

CRISTINA PRADA

MI MUNDO
SE LLENÓ
CON EL SONIDO
DE TU VOZ



zafro

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

1. Gracie

2. Conrad

3. Gracie

4. Gracie

5. Conrad

6. Gracie

7. Conrad

8. Gracie

9. Conrad

10. Gracie

11. Conrad

12. Gracie

13. Conrad

14. Gracie

15. Gracie

16. Conrad

17. Conrad

18. Gracie

19. Gracie

20. Conrad

Epílogo

Agradecimientos

Referencias de las canciones

Biografia

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Un trabajo. Dinero. Un marido.

Ésas son las tres condiciones que su padrastro, Louis Cochrane, le ha puesto a Gracie para cumplir su promesa y permitirle conservar lo que más le importa. El problema es que cualquiera de las tres es demasiado complicada para ella. Ha dejado su currículum por todo Manhattan, pero nadie ha querido contratarla. Sin trabajo le será imposible reunir el dinero. Y lo de casarse es aún más difícil.

Sin embargo, cuando todo parece más imposible que nunca, Conrad Sullivan irrumpe en su vida con sus propias condiciones. Gracie tendrá que mudarse, dejar atrás su ciudad y todo cuanto conoce. Conrad no es amable, no es simpático y no está por la labor de ponerle las cosas fáciles, pero Gracie no va a rendirse.

MI MUNDO SE LLENÓ CON EL
SONIDO DE TU VOZ

Cristina Prada

zafiro 

*Para Aroa, Silvia, Emma, Verónica, Tiaré,
Sara y Montse. Muchísimas gracias por todo
lo que habéis hecho por Conrad, por Gracie y por mí.*

1

Gracie

—Deberías tratar de hablar con tu padrastro otra vez.

—Ya lo he intentado —respondo mientras arranco, nerviosa, la etiqueta de mi botellín de cerveza vacío.

Desde el otro lado de la desvencijada mesa de madera de nuestro bar favorito de todo Nueva York, el Morning Star, mi única y mejor amiga Ophelia me dedica una mirada llena de compasión, que de inmediato cambia por una llena de ánimo, incluso con un poco de entusiasmo. Nosotras somos así. No nos rendimos nunca.

—Gracie Turner —me llama, dando una palmada e irguiéndose en el sillón de cuero rojo. Suena una vieja canción que no reconozco, pero ahora mismo me siento como si lo hiciera *Eye of the Tiger*. Voy a encontrar una solución. Lo sé—, hay que trazar un plan. Exactamente, ¿qué necesitas y con cuánto tiempo contamos?

Las dos tenemos ese toque de optimismo loco que, siendo sinceras, y supongo que también justas, nos mete en más problemas de los que nos gustaría admitir.

—En tres semanas tengo que conseguir dinero suficiente, un trabajo y estar casada. —Enumero cada objetivo como si no fuese capaz de ver lo absurdamente complicado que será lograrlos. Sin embargo, he dicho que iba a encontrar una solución y lo mantengo. No puedo plantearme siquiera pensar en la posibilidad de no hacerlo.

En ese preciso instante, Ted, el novio de Ophelia y mi único y mejor amigo, se sienta a su lado con tres cervezas heladas entre las manos.

—¿Quién quiere estar casada? —demanda, confuso.

—No quiere, tiene —especifica su novia.

—¿Tan mal ha ido? —inquieta de nuevo, tendiéndome una de las Budweiser.

El desaliento amenaza con aparecer, pero me obligo a seguir escuchando la canción de *Rocky* en mi cabeza. Voy a dar con una solución. Estoy segura.

—Creo que lo más complicado es lo del dinero —comenta Ophelia.

—En realidad, no —replico—. En cuanto encuentre un trabajo, doblaré turnos, haré horas extras, lo que sea, o tendré dos trabajos y doblaré turno en los dos.

—¿Y por qué no tres? —bufa Ted—. ¿Te estás oyendo, Gracie? Tienes veintitrés años y no has acabado la universidad. Deberías centrarte en eso y así poder optar a un trabajo mejor. Cuando estés licenciada, serás una experta increíble en literatura y no te costará hacerte con un buen curro. Habla con Louis.

Niego suavemente con la cabeza.

—Louis no quiere oír una palabra más sobre el tema. Ya ha tomado una decisión.

Ted me mira y tuerce el gesto. Ophelia y él conocen a mi padrastro, el todopoderoso Louis Cochrane, tan bien como yo y saben que no dará su brazo a torcer. No es una mala persona y sé que me quiere tanto como yo a él, pero es un hombre muy firme. Si toma una decisión, es inamovible.

—Te juro que no lo entiendo —se queja mi mejor amiga—. No entiendo por qué tu padrastro te pone en esta situación.

—Técnicamente, no ha sido él —replica Ted—, han sido los Servicios Sociales.

Ahora la que tuerce el gesto soy yo. Mentiría si dijera que me sorprendió cuando vi a su chófer esperándome en la salida oeste del campus hace dos semanas, pero lo cierto es que tenía la esperanza de que, de alguna manera,

Louis me ayudara, aunque sólo fuese un poco, en vez de tirarme directamente a los leones.

—Será mejor que nos centremos en todo lo que debo conseguir —vuelvo a reconducirnos al tema que nos ocupa—. Si me hago con un trabajo, tendré dinero; dos de tres. Luego sólo necesitaré estar casada.

Ophelia enarca las cejas y me mira conteniendo una carcajada.

—Lo has dicho como si sólo tuvieras que ir a Macy's y subir a la planta de maridos —se burla.

La fulmino con la mirada, pero unos segundos después no puedo más y acabo sonriendo. Tiene razón, pero en mi defensa diré que ha sido otra vez culpa de mi optimismo.

—Eso es lo que más me llama la atención de todo —apunta Ted—. Puedo entender lo del trabajo y la pasta, pero eso de que te cases... ¿Por qué te ha impuesto esa condición?

—Louis cree firmemente que no sé cuidar de mí misma y supongo que piensa que necesito a alguien que lo haga.

Desde que nos conocimos, mi padrastro ha dado por hecho que no sé enfrentarme al mundo, y la verdad es que puede que tenga razón. Nunca he trabajado, y he perdido un año de universidad porque me resulta demasiado complicado tratar con otras personas que no sean Ophelia, Ted o el propio Louis. La gente más amable diría que sólo soy demasiado tímida; la otra, que soy incapaz de desenvolverme. Yo lo único que tengo claro es que no puedo evitarlo.

—No puedo casarme con un amigo —les hago ver—; sería sospechoso y se acabaría descubriendo que es mentira.

—Además, yo soy tu único amigo —apostilla, socarrón, Ted.

Frunzo los labios de nuevo. En eso también tiene razón.

—Podría poner un anuncio o algo parecido —continúo—. Tal vez dé con alguien que necesite la tarjeta de residencia o algo así. Los matrimonios de conveniencia están a la orden del día —trato de justificarme—. Además, no

será para siempre. Sólo necesito tener marido unos meses. Cuando todo se solucione, me divorciaré. —De pronto me hago consciente de cada una de mis palabras y resoplo. Va a salir bien. Va a salir bien—. Va a salir bien —repito, esta vez en voz alta.

No puedo permitirme flaquear.

—Si lo tienes tan claro... —empieza a decir Ted, pero, antes de acabar la frase, guarda un sepulcral silencio.

Ophelia y yo lo observamos, impacientes.

—¿Qué? —lo apremiamos al unísono.

—Que vas a darle el «sí, quiero» a un completo desconocido —responde—. ¿No te inquieta... aunque sea un poco?

Ted y yo nos conocemos desde que, hace un año y siete meses aproximadamente, empezó a salir con Ophelia después de chocarse con ella en la cafetería de la facultad de medicina de la Universidad de Columbia y pretender obligarla a cenar con él para compensarla por semejante accidente. Mi amiga, alucinada porque él fuera tan engreído, y encantada precisamente por ese detalle, se presentó a la cita con un sándwich de la cafetería, que prácticamente le tiró a la cara. Como respuesta, Ted tomó su rostro entre sus manos y la besó con fuerza hasta que, como él mismo cuenta a cualquiera dispuesto a escucharlo, a Ophelia le temblaron las rodillas, dejando cristalinamente claro que ya se había enamorado de él. Siempre sonrío cuando oigo esa historia.

Desde ese momento, Ted me ha tratado como a su hermanita pequeña, y por eso entiendo perfectamente que esté preocupado.

Alzo la mirada, pero, veloz, la aparto.

—Supongo que sí —me sincero.

Otra vez no puedo evitar pensar que la gente no se me da demasiado bien. *Timidez, nerviosismo...* Odio tener que cargar con esas palabras.

Ophelia desliza una mano por la raída madera de la mesa y acaba agarrando la mía.

—Va a salir bien —sentencia sin asomo de dudas—, y si ese guapísimo, porque será guapísimo —aclara, provocando que sonría, aunque es lo último que quiero ahora mismo—, futuro marido de pega tuyo no se porta como un auténtico caballero, se las verá conmigo.

Ted sonrío y asiente, apuntándose al carro de las amenazas. Automáticamente mi sonrisa se ensancha. No sé qué haría sin ellos. Son los mejores.

Esa noche, a oscuras en mi diminuto apartamento en Chinatown, me duermo meditando todo lo que hemos hablado, especialmente las palabras de Ted. Voy a tener que casarme con un desconocido, pasar algo de tiempo con él si quiero que la farsa funcione. Resoplo y, a pesar de ser casi verano, me tapo hasta el nacimiento del pelo con mi suave colcha de Ikea.

Va a ser mucho más que complicado.

* * *

El resto de la semana lo paso buscando trabajo, recorriendo cafeterías, hoteles y locales de comida rápida. Soy optimista, mucho, pero el jueves por la tarde, después de salir del enésimo McDonald's, he de decir que me cuesta serlo un poco más de lo habitual. Parece que nadie está dispuesto a contratar a una universitaria, que repite último año, con cero experiencia laboral y sin disponibilidad total. Maldita sea, había dado por hecho que ésta sería la parte fácil.

El viernes por la mañana cojo el metro en dirección a la oficina de mi padrastro sintiéndome una absoluta fracasada. La verdad es que me he visto a mí misma muchas veces así y muchas también me he refugiado precisamente aquí.

En la acera de Park Avenue, observo el gigantesco edificio de oficinas y trago saliva.

—Es sólo un cambio de estrategia —intento autoconvencerme en un

susurro.

Sólo tengo que pedirle otro trato, reescribir las cláusulas. Louis es un hombre de negocios. Lo entenderá. La positividad regresa como un ciclón.

Devuelvo la vista al frente y dos ejecutivos que salen en ese preciso momento me miran como si estuviese loca. Genial. Justo lo que necesitaba para ganar confianza.

Doy el primer paso hacia la puerta giratoria automática cuando mi móvil comienza a sonar, frenándome en seco. Saco el teléfono de mi pequeño bolso cruzado y frunzo el ceño al ver la pantalla. Es Ted. Qué extraño. A estas horas debe de estar en el hospital, enlazando una guardia de veinticuatro horas con otra de treinta seis. Quien inventó el programa de residentes del Hospital Universitario Presbiteriano de Nueva York seguro que estudió antes, muy detenidamente, los sistemas de esclavitud de los pueblos egipcios.

—Hola —lo saludo, accediendo por fin a la puerta.

—Gracie, deja todo lo que estés haciendo —me ordena, cantarín— y ven ahora mismo al hospital.

Sonrío de oreja a oreja. Tienen que ser buenas noticias.

—¿Un trabajo?

—Mejor —responde, y sé que él también está sonriendo.

Me doy media vuelta, tratando de salir de nuevo a la calle, pero un mensajero y su bici me lo impiden. No pasa nada. Me vuelvo e, impaciente, empujo el cristal con las palmas de las manos, intentando mover la puerta más rápido, y otra vez un ejecutivo me mira como si estuviese chiflada.

—¿Te ha tocado el superbote de la lotería y vas a darme la mitad? —inquiero, con la voz trabajosa, a la vez que sigo en el inútil esfuerzo de acelerar la puerta. El ejecutivo finge no verme.

—Si me hubiese tocado el superbote de la lotería, ya estaría en Fiji... aunque te habría enviado una postal.

Le hago un mohín, aunque soy consciente de que no puede verme; no estoy tan chalada.

La infernal puerta sigue girando y, al fin, llego a recepción. Quiero salir tan deprisa que no calculo bien, acabo dando un traspié y choco con el ejecutivo, que pone los ojos en blanco camino de los ascensores. Noto cómo las mejillas se me encienden con un rojo brillante y me aparto rápidamente. Sé que tengo que volver a la puerta giratoria para salir a la calle, pero, al hacerlo, me doy de bruces con el repartidor, primero, y con su bici, después. Me disculpo, pero él sólo resopla. Creo que tiene demasiada prisa por mirarme mal. ¿Veis? No mentí cuando dije que la gente no se me da demasiado bien.

—¿Vas a darme alguna pista? —le pregunto a Ted.

—Creo que no —responde, disfrutando de toda la curiosidad que él mismo está generando.

Un puñado de segundos después, ¡por fin!, consigo poner mis pies de vuelta en Park Avenue.

—Habla de una vez —protesto, sonriendo de nuevo. No puedo evitar hacerlo. Sé que será algo bueno—. ¿Qué pasa?

—Sé con quién puedes casarte y... —continúa, haciendo una ceremoniosa pausa— también tendrías trabajo.

—¡¿Qué?! —grito, feliz.

Si es un amigo suyo, ya no es un completo desconocido. Además, estoy segura de que, como mínimo, será educado y buena persona. Ted no permitiría que acabara con un pirado declarado.

¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Sabía que serían buenas noticias!

—Es un amigo de la universidad. Hoy me he encontrado con él por casualidad... Ven —me apresura—. Tengo treinta minutos para el almuerzo. Te espero en la entrada de urgencias en diez.

Asiento, mostrando una sonrisa radiante.

—Sí —me reafirmo al percatarme de que él no puede verme.

Cuelgo, doy unas palmaditas y corro hasta la parada de metro de la 32. ¡Adoro a Ted Hanson!

* * *

No tardo en ver a mi amigo en la puerta del hospital con un pijama de quirófano azul claro y una bata blanca, apoyado en la pared, concentradísimo en la BlackBerry que tiene en una mano mientras se come unas Lay's directamente del paquete que tiene en la otra.

—Hola —lo saludo con una sonrisa enorme. No he podido borrarla de mi cara desde que hemos hablado por teléfono.

Él alza la cabeza y me devuelve el gesto a la vez que se separa de la pared.

—¿A que soy el mejor amigo del mundo?

—Tu amigo, con el que voy a casarme, ¿es Landon Harris? —le pregunto, burlona, apuntándolo con el índice.

Tendríais que conocer a Landon Harris; se apuntó a una especie de grupo de autoayuda fundado por un tal Dylan McFee, que defiende una cosa llamada *omnisexualidad*.

—Lo pensé, pero lo descarté —contesta, divertido.

—Entonces, sí, eres el mejor amigo del mundo.

Los dos sonreímos de nuevo y Ted me hace un ademán con la cabeza para que lo siga al interior del hospital.

—Sólo por puntualizar: que Landon Harris tuviera gonorrea dos veces el año pasado, fue una casualidad —bromea—. Al margen de eso, es un partidazo, lo que pasa es que no te lo mereces.

Abro la boca fingidamente escandalizada y le doy un codazo en el costado como respuesta. Sólo consigo que su sonrisa se ensanche y me pase el brazo por encima del hombro.

—Te voy a seguir queriendo, aunque seas una mujer casada.

—Y yo a ti, pero nuestro amor es imposible —contesto, encogiéndome de hombros—. Sólo puedo pensar en Landon Harris.

—Genial. Yo también lo quiero. Nos haremos mormones, nos casaremos y nos iremos todos a Utah.

Quiero responder a eso y alargar la gansada, pero sencillamente no sé qué demonios decir y acabamos estallando en risas; así llegamos a los ascensores.

—Como te he dicho antes, es un amigo de la universidad —me explica mientras nos encaminamos a la cafetería—. Estudiamos juntos en Columbia, pero él se especializó en ingeniería aeronáutica.

¿Ingeniería aeronáutica? Guau. Es una de esas carreras que, sólo con saber deletrear su nombre, ya pareces un poco más inteligente.

Ted saluda a dos médicos con los que nos cruzamos y extiende la mano para indicarme que giremos a la derecha.

—Recibió una beca muy importante para el Instituto de Tecnología de Massachusetts, el MIT —continúa—, y le perdí la pista. Pero hoy, por casualidad, me lo he encontrado en mitad de la 44 Este.

Los audífonos me fallan y de pronto todo se queda en el más absoluto silencio. Al ver que no sigo la conversación, Ted se detiene y me aparta el pelo para mirar con detenimiento uno de los aparatos. Odio cuando eso sucede. Lo odio con todas mis fuerzas. Tengo una pérdida de audición cercana al noventa y ocho por ciento en un oído y al noventa y siete en el otro, así que, cuando los aparatos dejan de funcionar, el mundo a mi alrededor se desvanece, aislándome, y esa sensación da demasiado miedo.

Gracias a Dios, un par de segundos después, cada sonido vuelve y dejo escapar el aire de mis pulmones, que había contenido sin darme cuenta.

—¿Con cuánta frecuencia te fallan los audífonos? —inquire, revisándolos todavía.

—Más a menudo desde hace un par de semanas.

—Deberías comprarte unos nuevos —me regaña, dejando caer el pelo sobre mi oreja. Siempre lo llevo suelto. No me gusta que todos se percaten de que soy una chica averiada—. Habla con tu padrastro.

—Ahora no es el mejor momento.

Ted pretende decir algo, con seguridad, bastante sensato, como que no puedo ir por ahí con dos audífonos que fallan cada dos por tres, pero acaba

guardando silencio. Sabe tan bien como yo que ahora no puedo presentarme delante de Louis y explicarle que tengo un nuevo problema que no soy capaz de solventar. Ha dado por hecho que soy un desastre incapaz de cuidar de mí misma, así que, contarle lo de los audífonos y que no puedo arreglarlos, sería como darle la razón.

—Y, tu amigo, ¿por qué quiere casarse? —planteo, para reconducirnos al tema que nos ocupa—. Quiero decir, ¿cómo surgió el tema? —De golpe caigo en la cuenta de algo—. ¿Se lo has contado? —demando, alarmada—. Dime que no le has contado por qué necesito un marido.

—No te preocupes —responde sin asomo de dudas, y suspiro aliviada—. Los matrimonios de conveniencia son siempre mi conversación preferida cuando me encuentro con un colega de la facultad al que hace años que no veo: ¿qué tal va todo?, ¿sigues siendo fan de los Mets?, ¿necesitas urgentemente casarte con una chica? —Ted enarca las cejas, socarrón, conteniendo una sonrisa—. Claro que se lo he contado, Gracie —añade como si fuera obvio, y yo quiero que la tierra me trague—. Bueno, sólo una parte —rectifica—. Le he dicho que tenías que hacerlo por un problema familiar y que, además, necesitabas un trabajo. No le he explicado más, ni tampoco le he comentado nada acerca del dinero.

—¿Por qué se lo has soltado? —me quejo en un gimoteo. Le agradezco todo lo que está haciendo por mí, muchísimo, pero podría haber sido un poco más discreto.

Ted se lleva las manos a las caderas y resopla. Saluda a alguien a mi espalda y yo miro hacia atrás por inercia. Un médico mayor, con el pelo canoso, se aleja camino de la zona de consultas.

—¿Tú por qué crees? —se burla, armándose de paciencia—. Es lo primero que tú me has preguntado sobre él. Es lógico que él hiciera lo mismo.

Frunzo los labios. Tiene razón. Ted ladea la cabeza y hace una mueca, imitándome para hacerme sonreír.

—Aún no me has contestado —le hago ver.

Su gesto se ensancha.

—Trabaja en una empresa de aeronáutica muy importante —me explica—. El dueño quiere que la dirija, pero es muy anticuado y no le pasará el testigo hasta que se case. Cree que debe sentar la cabeza para estabilizar su vida personal y, entonces, poder ponerse al frente de la compañía.

Asiento. No lo comparto, pero entiendo esa forma de pensar. Hace un par de días oí, en un documental de Discovery Channel, que se seguía asociando estabilidad con matrimonio, como si ese viejo dicho de «si alguien lo aguanta, no será tan malo» tuviese un valor científico.

—Y no sé qué más contarte —comenta, alzando la mirada y tratando de recordar al tiempo que echamos a andar de nuevo—. Tiene treinta y dos años, le gusta el fútbol y es uno de los tíos más inteligentes que he conocido... —Guarda silencio, cayendo en la cuenta de algo—. Supongo que tú misma podrás preguntarle lo que quieras.

Asiento de nuevo. Me parece bien eso de quedar los tres y conocerlo en persona antes de tomar una decisión. Cuando llegue a casa, prepararé una lista de cuestiones que necesito averiguar. Además, me vendrá bien un poco de tiempo para mentalizarme.

—¿Cuándo lo conoceré?

—Ahora.

—¿Qué?

¡¿Qué?!

Las palabras de Ted me detienen en seco a las puertas de la cafetería. ¿Está aquí? ¿En serio? De repente la idea de casarme con un desconocido, porque por muy amigo de mi amigo que sea no lo es mío, ¡es un maldito desconocido!, pasa de ser algo abstracto a ser real, completamente real, muy muy real, demasiado real. Trago saliva y un sudor frío me recorre la nuca. Optimismo loco, no me abandones.

—No te pongas nerviosa, Gracie —me consuela Ted, cogiéndome por los hombros e inclinándose hasta que sus ojos están a la misma altura que los

míos.

—No estoy nerviosa —miento en un murmullo.

Ted me observa, burlón, una vez más. Está claro que no he sido muy creíble.

—Gracie, no voy a mentirte diciéndote que nos será fácil encontrar otra solución, pero, si no quieres hacerlo, no lo hagas.

Le mantengo la mirada. No quiero hacerlo, mejor dicho, no quiero tener que hacerlo, ésa es la verdad, pero no es menos cierto que no tengo alternativa. Llevo una semana buscando un trabajo, el que sea, y, en una de las ciudades con más bares, tiendas y hoteles del planeta, no he encontrado absolutamente nada. Este matrimonio viene con un empleo, eso son dos de tres, y muy pronto habré doblado tantos turnos que conseguiré el dinero suficiente como para que sean tres de tres. No puedo rechazarlo.

Tomo aire otra vez.

—No estoy nerviosa —repito, y lo pronuncio más convencida.

Ted se endereza y suelta mis hombros.

—Sigue sonando como una bochornosa mentira, pero nos conformaremos con eso.

De inmediato, sonrío para infundirme valor y me obligo a hacer lo mismo.

En cuanto atravesamos el umbral y ponemos un pie en la cantina, los nervios burbujeándome en la boca del estómago hacen que mi paso se ralentice y, sin quererlo, poco a poco, voy quedándome rezagada. Ted saluda a varias personas, otros doctores y demás personal sanitario, y, cada vez que lo hace, el corazón me da un vuelco pensando que puede ser... Aprieto los labios. Ni siquiera sé su nombre.

Se detiene junto a una mesa al lado de los enormes ventanales que llenan la blanca y aséptica estancia de luz. Tiene que ser él. Me fuerzo a quitar la mirada de Ted e, infundiéndome de nuevo valor, la muevo despacio. Sin embargo, antes de poder ver a su amigo, la aparto, inquieta, y barro con la

vista el local. Por Dios, si ni siquiera me atrevo a mirarlo, ¿cómo voy a casarme con él?

«Eres idiota», me fustigo mentalmente. ¡No es tan difícil! Cuadro los hombros, suspiro y, al fin, consigo centrar la mirada en él. Está de pie, junto a Ted. Es alto y delgado, pero es obvio, por los brazos que descubre su camisa remangada, que tiene un cuerpo fibrado y duro. Lleva el pelo, castaño, alborotado, como si no le hubiese interesado peinarse esta mañana, y en su rostro se pueden adivinar unos armónicos rasgos marcados. Supongo que podría decirse que es guapo, pero eso es lo que menos me interesa ahora mismo. Ni siquiera estoy lo suficientemente cerca, pero ya desde esta distancia me doy cuenta de que es un hombre frío, uno de esos a los que les cuesta trabajo sonreír. Los nervios, que nunca se han ido, despiertan de nuevo en la boca de mi estómago. Automáticamente, me muerdo el labio inferior. Por favor, que esté equivocada y sea el hombre más amigable del mundo.

Él se gira, cogiéndome por sorpresa, y su mirada atrapa la mía. Tiene los ojos verdes, oscuros y brillantes al mismo tiempo, como si el acero, de pronto, pudiese ser de ese color. No sonrío. No me saluda. No hace el más mínimo gesto para hacerme sentir cómoda y aparta la mirada, volviéndola a fijar en su amigo.

«Definitivamente no te has equivocado, Gracie.»

—Acércate —me pide Ted.

Asiento y tardo un segundo de más en moverme. Me llevo las manos a las orejas y me aseguro de que mi pelo, rubio, ondulado y, con toda probabilidad, despeinado, las tapa por completo. Siempre ha sido un gesto reflejo y algo que hago con muchísima asiduidad.

—Hola —murmuro al llegar hasta ellos.

Él no dice nada, sólo me observa... y toda esa frialdad vuelve, como si una especie de abismo inmenso nos separara. Me pregunto si todas las personas a su alrededor se sentirán así con él.

Ted da una festiva palmada, sacándome otra vez de mi ensoñación.

—Gracie, él es Conrad Sullivan. Conrad, ella es Grace Turner. Os dejo solos para que os conozcáis.

Tan pronto como pronuncia esas palabras, da un paso atrás, alejándose de nosotros. Lo miro con cara de susto. Él sonríe y mueve las dos manos, en ese gesto de mover los dedos como si fueran comecocos.

—Siéntate.

Esa simple palabra me hace volverme hacia Conrad. Tiene una voz ronca y muy masculina.

Me acomodo en una de las sillas alrededor de la mesa y él lo hace frente a mí. Durante unos segundos, que se me hacen eternos, ninguno de los dos dice nada. No sé por qué, su mirada es diferente a cualquier otra..., más dura, más impenetrable, más verde, y me resulta intimidante; frío e intimidante. Aparto la vista, nerviosa, y la paseo a mi alrededor para acabar clavándola en mis propias manos. Me doy cuenta de las ganas que tengo de tomarme un café, sólo para tener algo entre ellas.

—Viviremos en Carolina del Norte.

La noticia me pilla por sorpresa y vuelvo a centrar toda mi atención en él.

—Pensaba que nos quedaríamos en Nueva York.

Adoro esta ciudad. Ted, Ophelia y Louis están aquí. Son las únicas personas en las que confío.

—El parque aeronáutico en el que trabajo está allí —aclara, adusto.

Lo pienso. Asiento. No tengo otra opción.

—Ted me ha dicho que también buscas un empleo. Podrás trabajar en el parque.

—Gracias.

—El matrimonio durará tres meses. No creo que ninguno de los dos necesite más.

Tres meses... ahora mismo suenan a cadena perpetua.

—Me parece bien —me obligo a decir y asimilar.

Nunca me ha gustado hablar mucho con personas con las que no tengo

confianza, no me siento cómoda, pero estas circunstancias son increíblemente... especiales, así que más me vale espabilar y tratar de conocerlo un poco mejor antes de saber si este descabellado plan puede o no seguir adelante.

—Ya sé que Ted te ha explicado por qué necesito hacer todo esto —comento, tímida—, pero, quizá, hay algo más que quieras saber.

Conrad me observa y tengo la sensación de que está estudiándome.

—No —replica—, no quiero saber nada más.

Lo miro sin saber muy bien cómo continuar. No me esperaba que tuviese un millón de preguntas, pero, al menos, sí que mostrara un poco más de interés. ¿No le importa lo más mínimo la persona con la que va a casarse?

—La verdad es que a mí sí me gustaría conocer algo más sobre ti.

Me mantiene la mirada sin un mísero titubeo y vuelvo a sentirme intimidada. Es como un animal que no rinde cuentas a nadie.

En ese preciso instante, los audífonos me fallan y todo se queda en el más absoluto silencio. Trago saliva e intento no ponerme nerviosa. Bajo la vista y la centro en su boca. La técnica de siempre: respirar, leer los labios y no hablar.

—¿Qué quieres saber? —me plantea.

Tengo muchas preguntas, pero no me atrevo a pronunciar ninguna. No puedo hablar; no, si no me oigo para regular el volumen. Espero, pero todo sigue callado y no me queda otra que negar con la cabeza, perdiendo así mi oportunidad de resolver muchas dudas.

Conrad se toma otra vez un segundo para observarme y finalmente asiente, ladeando la cabeza y perdiendo la vista en los enormes ventanales.

—No hablas mucho, ¿verdad? —El sonido vuelve, y con él su mirada, mientras dejo escapar, tranquilizándome, un largo suspiro—. Mejor —sentencia, y no hay burla; hay algo más profundo, como si de verdad le aliviara el hecho de mantenerme al margen de su propia vida.

Conrad se levanta, cogiéndome por sorpresa.

—Tenemos que marcharnos ya. Nos casaremos a la una en los juzgados — me informa. Parece ser que, fuera yo o cualquier otra, tenía clarísimo que hoy pondría fin a su soltería—. Saldremos hacia Carolina en cuanto terminemos.

¿Qué? ¡No! Necesito más tiempo. Tengo que llamar a Ophelia, a Ted... ¡Tengo que decidir si quiero hacer todo esto!

—Conrad —lo llamo.

Él levanta la mirada y vuelve a atrapar la mía. Si no fuera tan frío e intimidante, me resultaría muy guapo.

—Creo que no podré tenerlo todo listo con tan poco tiempo. Es un poco precipitado —trato de hacerle entender, aunque, por otra parte, resulta más que obvio.

—Ninguno de los dos necesita que este matrimonio sea para siempre — replica—. Pasaremos por tu apartamento después del juzgado. Sólo tendrás que hacer una maleta con lo imprescindible para tres meses.

Nuestra fecha de caducidad llega después del verano.

Quiero protestar, pero lo cierto es que no sé qué argumentar más allá de que preciso más tiempo.

—Me gustaría poder avisar a Ted y a Ophelia... y también a mi padrastro.

—Padrastro —repite—, eso suena a la Cenicienta. Parece que al final me he quedado con la princesita del cuento.

El inicio de una media sonrisa se cuele en sus labios. No es más que el amago de un gesto, pero, con él, parece mandar al universo el mensaje de que, si quieren verlo sonreír de verdad, tendrán que ganárselo.

Me hago consciente del tono burlón de esa frase, de todo lo que quiere decir con ella en realidad. No me gusta.

—No soy ninguna niña de papá, mimada y caprichosa.

Conrad me mantiene la mirada. No hay el más mínimo indicio de arrepentimiento en ella.

—Necesito saber una cosa —suelto, obligándome a ignorar lo que ha dicho, cómo me ha mirado o el «lo siento» que no ha pronunciado. También

rezo para que los audífonos no me fallen, o tendré que acabar escribiendo esta pregunta en la pizarra de los postres de la cafetería para saber la respuesta—: ¿Yo... bueno, nosotros...? —La verdad es que ni siquiera sé cómo continuar.

—¿A qué te refieres? —inquire.

No sé por qué, tengo la sensación de que entiende perfectamente lo que intento decir, pero quiere saber si soy capaz de pronunciarlo en voz alta.

Esa idea también me molesta. Resoplo y me obligo a cuadrar los hombros, a reunir valor.

—Lo que trato de decir es que vamos a casarnos y a vivir en la misma casa durante un tiempo, y me gustaría saber si esperas que tú y yo tengamos... relaciones.

—¿Eso sería un problema?

Otra vez su voz, su mirada.

Abro la boca dispuesta a responder que sí, que sería un problema, pero Conrad me interrumpe dando un paso hacia delante. Apoya las dos palmas de las manos sobre la mesa y se inclina hacia mí. Sus ojos están muy cerca de los míos y el verde vuelve a transformarse en acero.

—No tengo el más mínimo interés —sentencia como un auténtico perdonavidas.

No ha habido un solo gramo de duda en él.

Se incorpora y se aleja lo suficiente como para romper el hechizo entre los dos.

En ese momento me doy cuenta de que, independientemente de que acepte o no, no puedo dejar que dé por terminada la situación como si fuera el lobo perdonándole la vida al pobre corderito.

—La verdad es que sí sería un problema —me obligo a replicar, a la vez que me levanto de un salto.

La silla se desliza por el impoluto suelo de losas blancas, convirtiéndome involuntariamente en el centro de atención de la mitad de las mesas. Intento agarrarla, pero, al volverme, sólo consigo dejarla caer de la manera más

torpe, logrando que ahora todas las personas del local me observen. La sensación me sobrepasa. Me asusta que reparen en mí. Me asusta hacerme notar.

Recojo la silla de prisa y tomo aire justo antes de llevar de nuevo mi vista hasta Conrad, que me observa con el ceño fruncido casi imperceptiblemente, imagino que preguntándose con qué clase de patosa está a punto de casarse, pero le mantengo la mirada, obviando el ridículo.

—Entonces no necesitamos seguir hablando de ello —zanja el asunto.

Sin esperar respuesta, echa a andar mientras me quedo un instante en la cafetería sin saber qué hacer y, aunque jamás lo reconocería, también tratando de recuperar el aliento. ¿Siempre va a ser así? ¿Siempre voy a tener la sensación de que me enfrento a un titán que, en el fondo, está a millas de mí?

Finalmente comienzo a caminar. Al salir de la sala, no puedo evitar hacerme plenamente consciente de él, de dónde está... esperando el ascensor. Tiene la mano apoyada en la pared y su brazo se tensa, soportando el peso de su cuerpo. Lleva una camisa blanca de lo más común y unos simples vaqueros oscuros y, sin embargo, irradia algo diferente, más indomable, más salvaje.

En ese preciso segundo ladea la cabeza, como ha hecho antes en la mesa, y su mirada se encuentra con la mía. Un animal de mal trato. No hay nada que lo defina mejor.

—¿Ya te has decidido, princesita? —me desafía.

No lo sé. Lo observo, sopesando a toda velocidad si esto es buena idea, si de verdad no hay otra solución, si puedo confiar en él. No sé confiar en las personas. Ted y Ophelia sólo son la excepción que confirma la regla y me llevó mucho tiempo que fuera así.

Las puertas del ascensor se abren. Sé por qué hago esto. Son las condiciones de Louis y tengo que cumplirlas, porque nada del mundo podría hacerme olvidar mi objetivo. Suelto todo el aire de mis pulmones. Sólo quiero una pista, por insignificante que sea, que me indique que no estoy cometiendo el mayor error de mi vida casándome con Conrad Sullivan.

Un segundo, dos, tres... nada. Nada va a iluminarse en el techo y ni Dios ni Buda ni Thor van a aparecérseme para decirme que hago bien. Tengo que ser valiente, no me queda otra, el problema es que creo que no sé cómo.

Conrad no se mueve ni un centímetro y, al pasar junto a él, otra vez nuestras miradas se unen, otra vez sólo un segundo, pero de nuevo es tiempo suficiente como para plantearme un millón de preguntas.

Entra tras de mí, avanza hasta el fondo y se deja caer contra la pared del cubículo vacío, agarrando la barra de metal que lo rodea a media altura. Decido quedarme justo en el centro, con la vista clavada en la diminuta pantalla situada sobre la puerta que marca cómo vamos bajando planta a planta. De golpe, la pequeña estancia parece serlo todavía más y su olor, una mezcla de limpio y fresco, me sacude. Huele como un hombre de verdad, sin ningún perfume, sin aditivos.

Conrad Sullivan avanza un paso y se detiene a mi espalda. Mi cuerpo se tensa sin saber cómo ni por qué.

—Princesita —susurra con su aliento calentando mi mejilla; estoy más nerviosa y tampoco sé por qué—, sal, ahora.

Alzo la mirada y mi embotado cerebro comprende que las puertas se han abierto y ya estamos en el vestíbulo.

Ningún hombre, nunca, me había hablado de esa forma.

Cruzamos en silencio la planta baja del Hospital Presbiteriano y salimos por la puerta de urgencias. Camino a su lado, luchando por mantener su paso de largas zancadas. Estoy a punto de empezar a correr para igualar su ritmo cuando respiro aliviada al verlo detenerse frente a una *pickup* negra. Aunque está en muy buenas condiciones, el polvo y el hecho de que ponga CHEVROLET sobre el capó, en lugar de únicamente la insignia, señalan que hace mucho que salió del concesionario.

Abre la puerta del copiloto y otra vez tardo un par de segundos en darme cuenta de que lo está haciendo para que me monte. Frunzo el ceño. Me sorprende que sea tan frío y al mismo tiempo tenga esos modales. Es obvio

que no es algo ensayado, ni tampoco fingido, sino más bien la clase de cosas que te inculcan desde niño.

Avanzamos por Nueva York en el mismo silencio en el que lo hemos hecho por el hospital. No me siento incómoda con el silencio, pero sí con la situación. Me vuelvo despacio y aprovecho para observarlo un poco más. Está concentrado en la calzada, agarrando el volante con una mano mientras la otra descansa sobre su muslo. Parece tranquilo, una de esas personas que lo tienen todo bajo control. Me fijo un poco más y una pequeña cicatriz que le corta la ceja derecha llama inmediatamente mi atención. ¿De qué será? Quizá se cayó de pequeño. Tal vez se la hiciera jugando al fútbol, Ted ha dicho que le gustaba.

—¿Qué? —pregunta, sacándome de mi ensoñación.

—Nada —respondo rápidamente, apartando la vista y centrándola en el endiablado tráfico que nos envuelve en la Séptima.

Conrad gira por la 15 Este y, tras avanzar un par de metros, aparca. Me bajo del vehículo y he de reconocer que los nervios se vuelven un poco más... vertiginosos al ver el imponente edificio del juzgado civil.

—Había pensado que —empiezo a explicarme, rodeando la *pickup* y llegando hasta él, deteniéndome a unos pasos—, como has dicho que no teníamos cita en el juzgado hasta la una, podría ir a casa a cambiarme de ropa. Vivo en Bowery. No está muy lejos de aquí.

Necesito estar unos segundos con Ophelia o, al menos, lejos de él. Tengo que respirar hondo y reflexionar.

Cierra la puerta de la camioneta y se aleja de ella y de mí.

—No tenemos tiempo —responde sin ni siquiera mirarme, caminando hacia los juzgados.

—Sólo será media hora, como mucho. —Lo sigo, tratando de convencerlo—. No quiero casarme en vaqueros.

Sé que no es un matrimonio de verdad, pero no quiero presentarme al enlace de cualquier manera. El juzgado para bodas civiles de Nueva York es

muy especial. Las personas que celebran su matrimonio allí lo hacen con trajes de novia e incluso con damas de honor. No he mentado cuando he dicho que vivía muy cerca, lo veo prácticamente a diario.

—No tiene importancia —sentencia, pero no está tratando de consolarme, más bien está siendo condescendiente; arrogantemente condescendiente, para ser exactos.

Una ráfaga de brisa fresca cruza la calle y lo agradezco. Estamos a principios de junio y el calor comienza a ser asfixiante.

Pruebo un cambio de estrategia.

—Se supone que debemos fingir que este matrimonio es real. ¿Qué clase de novia se casaría en vaqueros y camiseta?

—No lo sé —contesta, deteniéndose y girándose al fin—. ¿Una que no tiene mucho tiempo para pensarlo por si pierde la oportunidad?

¡No me puedo creer que haya soltado eso!

Lo contemplo, tratando de averiguar si iba en serio o sólo se estaba riendo de mí, pero Conrad no hace ningún gesto, manteniéndose imperturbable.

—No te estoy pidiendo permiso —replico.

—Genial, porque no te lo estaba dando.

Abro la boca, indignada, pero la verdad es que no sé qué replicar. No me gustan las confrontaciones. No se me dan bien. Él sigue observándome con esa misma actitud seria, pero también presuntuosa, incluso hasta cierto punto descarada... como si quisiese decirme sin palabras: «Éste soy yo, princesita, y no te interesa desafiarme». Una lucecita dentro de mí se enciende, puede que una voz interior, no tengo ni la más remota idea, pero trago saliva y me mantengo en mis trece. Puede que vayamos a ser marido y mujer, pero no estamos en 1950.

—Aún no estamos casados —protesto— y, aunque lo estuviésemos —me corrijo rápidamente—, no necesito tu permiso.

—Pues, para no necesitar mi permiso, se te da muy bien pedirlo.

Ya no me quedan dudas. Se está riendo de mí. Una dignidad que nunca

había sentido antes bulle dentro de mí como si mi cuerpo fuese una olla a presión.

—Me voy a mi apartamento —le anuncio y, sin dudarlo, giro sobre mis talones, dispuesta a cruzar la 15 Este.

—De eso nada.

Esas tres palabras, pero, sobre todo, cómo las ha pronunciado, vuelven a detenerme.

—Creo que deberías empezar a entender cómo funcionan las cosas —me advierte. Su voz se agrava un poco más—. No voy a discutir contigo cada decisión que tome para que te sientas mejor. Puedes aceptarlas por las buenas o por las malas, no me importa lo más mínimo. Si quieres cambiarte de ropa, tendrás que hacerlo en el juzgado y, si no, siempre puedes darte media vuelta y marcharte.

Otra vez me resulta intimidante, pero no dejo que lo vea. Creo que ha sido ese mismo algo de mi interior, que también me advierte de que no puedo dejarle tan claro cómo me afecta.

—Tú también necesitas casarte —lo reto, sin volverme.

—Sí —replica, caminando con lentitud, arrogancia y desgana los pasos que nos separan y deteniéndose de nuevo a mi espalda, exactamente como ocurrió en el ascensor—, pero tengo la sensación de que no soy el que más lo necesita de los dos.

La personalidad de Conrad Sullivan vuelve a dibujarse en mi cabeza. Es arrogante, difícil, distante... y tiene clarísimo cómo utilizar la situación a su favor, y ninguna de esas cualidades es una buena noticia para mí.

Como si el desafío tácito siguiese en pie, no levanta sus ojos de mí hasta que me vuelvo y doy el primer paso en su dirección. Entonces, se da la vuelta y camina de nuevo hacia los juzgados.

Ya a la misma altura, sólo a un puñado de metros de la entrada principal, saco mi móvil y marco el número de Ophelia sin dejar de avanzar.

—¿Cómo va todo, Gracie?

—Necesito que me traigas un vestido y unos zapatos al juzgado, y date prisa, por favor —murmuro.

Conrad me observa de reojo y sus labios, durante un mísero microsegundo, se curvan hacia arriba. Cabeceo y me obligo a apartar la mirada de él. Estoy demasiado enfadada.

Me extraña que Ophelia no se sorprenda y acaba confesándome que Ted la ha llamado quince minutos antes para explicárselo todo.

* * *

—¿Y cómo es? —me pregunta mi amiga mientras cuelga un portatrajes de una de las puertas de los servicios.

Hemos tenido que aguardar a que el baño de la primera planta, donde está el registro civil, se quedara vacío y hemos echado oportunamente el pestillo. Espero que la gente piense que está cerrado por limpieza.

—No lo sé —me sincero, encogiéndome de hombros. La primera palabra que me viene a la mente, de nuevo, es *difícil*—. Es... muy frío e intimidante.

Ophelia, que no ha dejado de prestarme un solo segundo de atención, suelta un silbido en clara traducción irónica de «a eso se le llama tener suerte, Gracie Turner» y se gira para abrir la funda. En cuanto empieza a bajar la cremallera, distingo el vestido y suelto un lastimero gimoteo.

—¿Blanco? —me quejo—. ¿En serio tenías que elegir un vestido blanco?

—Vas a casarte —se excusa como si fuera obvio, y, en circunstancias normales, lo sería, pero es que éstas no son circunstancias normales, no es un matrimonio de verdad—. Además, como es mío —continúa a la vez que saca la prenda y me la tiende—, también es tu «algo prestado».

Pongo los ojos en blanco y cojo el vestido, claudicando. Sé que luchar con la señorita Ophelia O'Connell en este tipo de situaciones es una batalla completamente perdida.

Entro en uno de los aseos individuales, cierro la puerta y comienzo a

cambiarme.

—¿Es guapo? —inquire desde el otro lado.

Lo pienso un instante, aunque, siendo justos, no debería. Es objetivamente muy guapo y también muy atractivo. El problema es que se muestra tan distante que no te permite fijarte en él de esa manera.

—Supongo que sí.

—¿Sólo lo supones?

Contemplo el vestido. Es inmaculadamente blanco, ni siquiera *champagne* o beige.

—¿De verdad no has traído nada más? —vuelvo a gimotear—. Es demasiado blanco. Entre eso y que me caso sin amor y en un matrimonio concertado, parece que acabo de escaparme de un libro de las hermanas Austen.

—Eso espero —replica, en absoluto arrepentida—. Así sabremos que tendrás un matrimonio de lo más movidito.

No la veo, pero apuesto a que ha movido las caderas cuando ha dicho la última palabra.

Abro la puerta y le dedico un mohín. Sin embargo, no surte el más mínimo efecto, ya que, al verme con el vestido, Ophelia da unas palmaditas de pura felicidad y tira de mí para que vaya hasta el espejo.

—Ponte estas bailarinas —me pide, sacando una caja de una de las bolsas situadas sobre la encimera del lavabo y, de ella, unos bonitos zapatos planos blancos—. No pensarás que te iba a dejar casar en Converse —concluye, tendiéndomelos.

Obedezco y su sonrisa se ensancha.

—Estás guapísima sin los vaqueros. Es más, creo que es una señal del destino para que dejes de usarlos.

Finjo no oírla. Es su cantinela de siempre, pero me gusta ir en vaqueros y zapatillas deportivas. Es así como estoy cómoda, paso desapercibida y, si Nueva York volviese a verse sumida en una de las *Jungla de cristal*, yo

podría ayudar a Bruce Willis a salvar la ciudad de los malos, mientras que Ophelia, con sus vestidos y sus sandalias de tacón alto a lo Sofia Vergara, sólo podría lamentarse y esperar a ser rescatada. Soy una heroína en potencia.

—Ahora vamos a maquillarte —me informa.

Me acerca a la ventana y, durante diez minutos, me pinta con detenimiento los ojos y los labios, y luego me espolvorea la cara, aunque promete que sin cubrirme las pecas. Yo le insisto en que quiero algo natural y suave, sobre todo al ver un pintalabios rojo pasión en el neceser, pero mi queridísima amiga me manda callar las tres primeras veces; a la cuarta, me hace una pedorreta y, a la quinta, me amenaza con meterme el lápiz del rímel directamente en el ojo.

Cuando termina, me da una pequeña pulserita, el «algo azul», y, como «algo viejo», le explico que puedo llevar mi pequeño colgante. Es muy sencillo, de plata, con un pequeño brillante de bisutería en forma de corazón. Me lo regaló mi padre cuando tenía seis años y no podría alegrarme más de habérmelo puesto esta mañana.

—Pues ya estás lista —anuncia, extendiendo la mano para que me aleje de la ventana y me acerque al espejo.

Al ver el resultado, sonrío nerviosa y casi al mismo tiempo me muerdo el labio inferior. Aunque haya protestado, el vestido es precioso, de media manga y por encima de las rodillas, con el cuello de barco y lleno de flores también blancas de un suave encaje. La verdad es que no sé cómo me siento ahora mismo. Por un lado, estoy un poco avergonzada, como si me sacaran de mi zona de confort, pero, por otro, me veo guapa, incluso un poco atractiva, y eso no pasa muy a menudo.

—Sé que no querrás que te recoja el pelo —niego antes siquiera de que pueda terminar la frase—, así que he traído esto.

Me muestra un montón de diminutas florecitas y comienza a enganchármelas con paciencia en mi pelo rubio, por una vez absolutamente domado.

—¿Se lo has dicho? —me pregunta.

No necesita aclararme a qué se refiere.

—No, pero se lo diré.

Nuestras miradas se encuentran en el espejo. La de Ophelia está llena de compasión. Sabe cómo me afecta mi sordera. A veces pienso que, si ésta hubiese sido de nacimiento, ahora no me sentiría tan aislada cuando me fallan los audífonos. No lo sé. Quizá tampoco me habría convertido en una persona tan tímida, pero, cuando tenía doce años, en menos de tres meses perdí a mi padre y, después, el mundo se quedó sin voz.

—Ahora sí que estás lista —se parafrasea.

Salgo de mis pensamientos y de inmediato me obligo a sonreírle a ella, y también a mí, a través del espejo. Basta de recuerdos tristes. Hoy voy a poner la primera piedra para que las cosas vuelvan a ser como tienen que ser, y, aunque dé un poco de miedo, es lo que quiero.

Salimos del baño y dos mujeres nos miran con cara de pocos amigos. Me disculpo con una sonrisa, pero Ophelia finge que no va con ella, como si hubiera una tercera persona escondida en los lavabos que nos ha mantenido allí en contra de nuestra voluntad.

Caminamos hasta la sala del registro. Justo antes de abrir, Ophelia me obliga a detenerme en seco y me observa muy seria. Automáticamente, me preocupo.

—¿Qué? —inquiero en un inquieto golpe de voz.

—Si vas a fugarte y dejar al novio tirado en el altar, éste es el momento.

Dejo escapar todo el aire de los pulmones y la golpeo en el hombro. ¡Me había asustado de verdad!, pero, dos segundos después, las dos rompemos a reír. ¡Vaya!, realmente necesitaba reírme justo ahora.

—Todo va a ir bien, ¿lo sabes, verdad? —me asegura cuando nuestras carcajadas se calman.

—Claro que sí.

Nos abrazamos con fuerza y nos quedamos así unos segundos. Sé que sólo serán tres meses, pero voy a echarla muchísimo de menos... a Ted, a mi

padraastro, a Nueva York, pero, sobre todo, a ella.

Entramos en la inmensa sala aún con la sonrisa en los labios. Sin quererlo, como si hubiese una potente fuerza tirando de mí directa hacia él, mis ojos vuelven a encontrarse otra vez con los de Conrad. Está de pie, junto a los ventanales, con la camisa todavía remangada y las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros. Tengo la sensación de que algo ha cambiado en su mirada, pero casi al mismo tiempo me doy cuenta de que sólo me estoy dejando llevar por el momento. La culpa es del vestido.

En ese instante la puerta se abre atropelladamente y oigo mi nombre. Tardo un segundo más de lo necesario en apartar mis ojos de él y girarme.

—Pensaba que me lo habría perdido —dice Ted—. ¡Estás preciosa, Gracie! —comenta al reparar en mí.

De una zancada, me toma de la cintura, levantándome del suelo, y me hace girar. Yo sonrío, casi río, por la sorpresa. Cuando me deja de nuevo sobre el mármol, no sé por qué, vuelvo a buscar la mirada de Conrad. Él sigue observándome, sólo que ahora con la mandíbula tensa; parece malhumorado. Aparto la vista y la centro en mis manos. Supongo que no le ha hecho gracia que haya invitado a alguien que también es amigo suyo.

—Se nos olvidaba algo —suelta Ophelia, alarmada.

La miro confusa, pero ella me ignora mientras se acerca a su novio y le dice algo al oído. Ted protesta un poco y, tras farfullar un «enseguida vuelvo», sale de la sala.

—¿Qué ocurre? —pregunto, pero todo lo que obtengo es una sonrisilla de lo más impertinente por respuesta.

Han pasado quince minutos. En ese tiempo Conrad no se ha acercado ni me ha dirigido la palabra; juraría que ni siquiera me ha mirado.

—Sullivan y Turner —nos llama el juez de paz.

Asiento y los nervios se multiplican por mil. Conrad camina hasta el pequeño atril y se detiene frente al funcionario. ¿Cómo puede desprender toda

esa seguridad incluso a dos minutos de enrolarse en una boda falsa? Es envidiable.

—Con que sólo lo suponías... —murmura Ophelia a mi espalda, en clara referencia a la conversación que hemos mantenido en el baño sobre si era o no guapo.

Finjo no oírla; en estos momentos no me conviene fijarme en lo atractivo que es. No soy capaz de echar a andar. Es un clarísimo quiero y no puedo... Mi sentido común rogándome que me lo piense; mi corazón y mi optimismo loco gritándome «¡adelante!», y el miedo suplicándome que me vuelva a vivir con mi padrastro al Upper East Side y me olvide de todo. Pero, entonces, en mitad de este huracán, simplemente, ocurre. Conrad ladea la cabeza, exactamente como ha hecho en la cafetería, en los ascensores, y creo que me llama, aunque soy consciente de que no ha pronunciado ni una sola palabra.

Ahora la culpa no sé si la tiene el vestido o esos ojos verdes.

«Grace Turner, haz lo que tienes que hacer y deja de pensar tonterías», me digo.

Cuadro los hombros, cojo aire y por fin echo a andar. Conrad ya no me mira. Algo me dice que tenía clarísimo que vendría hasta aquí. Cuando el juez está a punto de empezar, Ted entra en la sala y, disculpándose con su señoría, me entrega un pequeño ramo de rosas blancas.

—Lo siento, no tenían gardenias.

Miro el ramo y después lo miro a él, con una sonrisa enorme. No me importa que no sean mis flores preferidas, es precioso.

—Muchas gracias.

Ted me guiña un ojo y regresa junto a Ophelia.

—Estamos reunidos hoy aquí para unir a Conrad y Grace en matrimonio —empieza el oficiante.

Después de citarnos el artículo de la Constitución y las dos leyes del Estado por las que se regulan los matrimonios en Nueva York, el juez de paz

guarda un segundo de silencio y mira la solicitud, que imagino que habrá rellanado Conrad mientras yo me cambiaba en el baño.

—Conrad Noah Sullivan, ¿aceptas a Grace Rose Turner como tu legítima esposa?

—Sí, acepto.

Su voz se ha vuelto un poco más ronca, algo casi imperceptible, pero que he notado sin temor a equivocarme. También ha vuelto a relucir toda su seguridad. ¿No tiene ni una mísera duda? ¿No necesita pensarlo apenas un segundo?

—Grace Rose Turner, ¿aceptas a Conrad Noah Sullivan como tu legítimo esposo?

Estoy nerviosa, aunque creo que la palabra justa sería *sobrepasada*. El juez me mira, además de Ophelia, Ted y todos los novios y novias que esperan su turno para casarse, y automáticamente comprendo que era mi momento de responder y ni siquiera me he dado cuenta.

Observo a Conrad, que tiene la mirada clavada al frente, y me muerdo el labio. Creo que yo sí necesito ese segundo, pero me temo que no podré tomármelo.

—Sí, acepto —contesto al fin.

El juez sonrío, aliviado. Supongo que debe de haber visto a más de una novia a la fuga y no le apetece repetir.

—Pueden acercarse los testigos.

¡Los testigos! No lo había pensado. Me giro hacia mis amigos y los dos se levantan, veloces. Conrad no ha invitado a nadie, así que supongo que no le parecerá mal.

Los chicos firman donde el funcionario les indica y se quedan junto a nosotros.

—Por el poder que me ha sido otorgado por la ciudad de Nueva York, yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Sonrío, aún nerviosa. El beso no es necesario. Abro la boca dispuesta a

decírselo al juez de paz, que me mira con una sonrisa radiante bajo su grueso bigote, pero, entonces, en ese momento, la mano de Conrad rodea mi muñeca y, hosco, me gira hacia él. Todo mi cuerpo se tensa y tengo la extraña sensación de que deja de pertenecerme. Alza la otra mano y la coloca en mi cuello; sus dedos se pierden, posesivos, bajo mi pelo y, hábil y suave y seguro, me obliga a alzar la cabeza. Sin saber por qué, obedezco y me encuentro frente a frente con sus impresionantes ojos verdes. Conrad se inclina despacio sobre mí, casi a cámara lenta, y, al fin, me besa. Apenas un roce de sus labios contra los míos, apenas un segundo, pero, en ese corto período de tiempo, consigue que el mundo a nuestro alrededor se esfume.

Se separa de mí con la misma lentitud al tiempo que sus manos dejan de tocarme y abro los ojos, que había cerrado sin darme cuenta. Da un paso atrás y vuelve a colocar de golpe toda esa distancia entre los dos. Por un instante lo observo sin saber muy bien qué acaba de pasar. No es un matrimonio de verdad y, en los matrimonios que no son de verdad, no hay besos, ¿no?

—Felicidades —nos desea el oficiante, tendiéndole la mano a Conrad y después a mí, que se la estrecho y sonrío, todavía demasiado confusa.

Definitivamente, tengo que salir de este lugar y quitarme este vestido.

—¡Felicidades, chicos! —grita Ophelia, tirándose en mis brazos.

—Muchas felicidades —añade Ted, con una sonrisa.

Sonrío de nuevo y, cerca de mis amigos y lejos del beso, me relajo un poco.

El funcionario firma la licencia y se la entrega a Conrad, que la dobla antes de guardársela en el bolsillo trasero de los pantalones.

—Ahora al Morning Star, a celebrarlo —propone Ophelia, entusiasmada—. Sé que es un poco pronto para beber, pero podemos tomarnos unas cervezas y comer algo. Será como un minibanquete de bodas exprés.

Asiento encantada. Me vendrá genial estar un rato con los chicos.

—No podemos —replica Conrad, sin dejar lugar a dudas—. Tenemos que marcharnos a Carolina del Norte.

—Pero... —trata de convencerlo Ophelia.

—Gracias por actuar de testigos —la interrumpe Conrad, educado, pero con la clara intención de dar la conversación por finalizada.

Sin dar oportunidad a que nadie diga nada más, coloca su mano al final de mi espalda y me obliga a caminar hacia la puerta. Apenas nos hemos alejado unos pasos cuando Ophelia me llama y sale corriendo hacia mí. Conrad resopla justo antes de detenerse. Yo me giro y mi amiga vuelve a lanzarse a mis brazos.

—Prométeme que, si me necesitas, me llamarás —me pide, apretándome con fuerza—. Si es preciso, iré a buscarte a Carolina del Norte, aunque tenga que hacerlo andando.

—Te lo prometo.

Ophelia se separa y fulmina a Conrad con la mirada, que se la mantiene sin ningún problema. Parece que acaba de ganarse una enemiga en toda regla, aunque el hecho no parece inquietarlo demasiado.

Conrad coloca de nuevo su mano en mi espalda y me obliga a reemprender el paso. Justo antes del salir del juzgado, mientras atravesamos el vestíbulo principal, diviso un cartel que avisa de que no pueden reservarse horas para las bodas. Inmediatamente frunzo el ceño, al recordar cómo Conrad me ha dejado clarísimo hace unas horas que la nuestra sería a la una.

La brisa nos recibe de vuelta al poner los pies en la calle Worth y mientras caminamos en dirección a la camioneta.

—Al salir del registro, he visto un cartel que avisaba de que no se puede reservar hora para las bodas —comento mientras la *pickup* negra gira por Grant para entrar en el Bowery—, ¿cómo has conseguido que nos guardasen el turno de la una?

—Conozco a alguien en los juzgados —responde escueto, prestándole toda su atención a la calzada.

—Y las licencias matrimoniales tardan veinticuatro horas, pero tú ya tienes la nuestra.

No me contesta. Supongo que habrá sido el mismo conocido. De pronto una

duda aún mayor me asalta.

—¿Por qué el juez de paz no ha dicho nada de anillos? —indago—. Los novios siempre se ponen alianza.

—Yo le he dicho que no lo hiciera.

—¿Por qué?

—Creía que no te gustaba hablar mucho —gruñe con ese toque de arrogancia y condescendencia.

No sé por qué, me siento avergonzada y clavo la mirada en mis propias manos.

—Tengo derecho a saberlo —murmuro.

Conrad me mira un segundo y, a continuación, resopla y gira para tomar mi calle.

—El anillo me molestaría en el trabajo —me aclara, adusto.

Arrugo la frente, confundida. ¿A qué clase de persona que trabaja diseñando planos en una oficina puede molestarle una alianza?

Conrad detiene la camioneta en el cruce de mi calle con Delacy, deja escapar todo el aire de sus pulmones una vez más y, por primera vez desde que hemos salido de los juzgados, se gira para observarme.

—No ha sido una boda de verdad y no va a ser un matrimonio de verdad —me advierte—. Dime que lo entiendes.

Le mantengo la mirada y poco a poco noto el mismo enfado que he sentido hace un rato a las puertas del juzgado inundarme por dentro. Sé que esto no es más que un acuerdo con fecha de caducidad. No necesito que él me lo recuerde.

—Lo tengo clarísimo —declaro con convencimiento.

—Mejor —replica.

Abro la puerta y me bajo de un salto.

«Pero, entonces, ¿por qué me ha besado?»

Sacudo la cabeza y me obligo a alejar esa pregunta de mi mente y dirigirme a mi edificio. Conrad contempla la fachada del restaurante chino del señor

Huang junto a mi puerta y, tras un par de segundos, alza la vista para barrer con ella todo el bloque.

—Vivo en el cuarto —le informo.

No dice nada. Asiento y entro. Apenas un instante después, capto sus pisadas tras de mí.

—Hay agua y también algún refresco en la nevera —comento mientras abro la puerta, y cuando recorro el diminuto pasillo del recibidor, señalo la nevera—. No tardaré.

Voy flechada a mi pequeña habitación. En mitad de la estancia resoplo con fuerza y miro a mi alrededor, pero la verdad es que ya va siendo hora de que deje de darle vueltas a todo y empiece a ser práctica.

Me cambio de ropa, de vuelta a mis vaqueros y a mi camiseta. Cojo mi maleta de encima del armario, la abro sobre la cama y empiezo a guardar lo que creo que necesitaré en los próximos tres meses. Estamos en verano e imagino que en Carolina hará aún más calor, así que meto todos los vestidos de algodón, pantalones cortos y camisetas que tengo, un par de vaqueros y todas mis zapatillas deportivas.

Al regresar al salón, me sorprendo al encontrar a Conrad con una de las fotos que tengo en la estantería entre las manos. Es mi foto preferida. En ella aparezco con mi hermano; nos acabamos de tirar por un tobogán en un parque cerca de la oficina de Louis.

Conrad deja el marco en su sitio con cuidado y, de pronto, me doy cuenta de lo enano que parece mi salón con él dentro.

—Ya podemos marcharnos —murmuro—. La maleta no es muy grande, pero no sé si nos obligarán a facturarla.

—No vamos en avión —anuncia, acercándose a mí y quitándomela de entre las manos—. Iremos en la camioneta.

Frunzo el ceño una vez más.

—Son más de ocho horas de camino —comento, confusa.

—Me gusta conducir.

Y con esa simple frase, vuelve a dar la conversación por finalizada. Hundo los hombros, frustrada, y echo a andar.

«Sólo serán tres meses —me digo mentalmente para consolarme—. Sólo tendré que estar tres meses con el hombre más distante del planeta.»

Cuando salgo a la calle, automáticamente reparo en Conrad junto a la *pickup*, escaneando de nuevo mi bloque, después otra vez el restaurante chino y, a continuación, el cruce de mi calle con Delacy. Sé que no es el mejor vecindario de Nueva York ni el mejor edificio tampoco, pero es un lugar seguro y a un precio asequible para tener dos habitaciones, más de lo que puede decirse de la mayoría de los sitios en alquiler en Manhattan.

* * *

Durante las primeras horas de trayecto trato de sacarle información sobre el parque aeronáutico, su trabajo o el que realizaré yo. No obtengo ningún resultado, aparte de alguna respuesta mecánica y monosilábica. Al décimo intento me doy por vencida. Está claro que no le gusta hablar y tampoco estoy segura de que yo lo haga demasiado bien, así que prefiero perder la mirada por la ventanilla. La timidez ha ganado, como siempre, pero el optimismo loco, también como siempre, está dentro de mí. Espero que mi trabajo sea emocionante y pueda aprender muchas cosas. También espero que haya una biblioteca en el parque o, por lo menos, cerca. Tengo que seguir estudiando. No puedo permitirme perder otro año de universidad.

Creo que aún no hemos salido del estado de Delaware cuando los ojos se me cierran sistemáticamente hasta que, en contra de mi voluntad, me quedo dormida.

Me despierta un ruido desagradable que dura un par de segundos; me parece que es el claxon de un camión. Trato de acomodar la cabeza contra la ventanilla y continuar durmiendo, pero estoy muy incómoda. Tras un instante, me rindo y abro los ojos despacio, conteniendo un bostezo y observando lo

que me rodea a través del cristal situado en mi puerta. Ya ha anochecido. Bajo los pies del asiento al percatarme de que los había subido y me incorporo.

—¿Qué hora es? —pregunto, y mi voz suena ronca por el sueño.

—Casi las once.

He dormido seis horas, aunque tampoco me sorprende. Desde que recibí el ultimátum por parte de Louis acerca de la boda, el trabajo y el dinero, apenas he podido dormir pensando y repensando una posible solución.

Sin ningún motivo en especial, me giro lentamente y, sin quererlo, me quedo contemplándolo. Es muy guapo. ¿Cómo es posible que no haya encontrado una novia con la que casarse por amor o, por lo menos, una chica a la que ya conociese y que estuviese dispuesta a contraer matrimonio con él? Debe de tener a las mujeres haciendo cola.

—Te he comprado algo de comer —me informa, sin levantar la vista de la carretera.

Señala en dirección a mis pies y llevo la vista hacia una bolsa de plástico con el logotipo de Hardee's.

—Muchas gracias —murmuro, cogiéndola.

La abro y mi estómago ruge con el olor a salsa barbacoa y patatas fritas. La verdad es que estoy muerta de hambre.

—¿No vas a comer? —inquire al percatarse de que miro la bolsa pero no saco la hamburguesa.

—No puedo comer con la camioneta en marcha. Tendría náuseas.

Lo he intentado decenas de veces, pero nunca he sido capaz.

Conrad observa la calzada un segundo más, mira por el espejo retrovisor y detiene el coche en el arcén al tiempo que pone las luces de emergencia.

—Muchas gracias —repito.

Y, antes de terminar la frase, meto las manos en la bolsa y me como un par de patatas fritas. Mi estómago lo agradece y sonrío, satisfecha. Con la hamburguesa en las manos, que sabe tan bien como huele, vuelvo a perder mi vista en la ventanilla, pero fuera es noche cerrada y no hay nada que ver. Así

que, otra vez sin tenerlo premeditado, vuelvo a mirar a Conrad. Supongo que lo de contemplarlo sólo es porque no me he acostumbrado todavía a él. Tiene el codo apoyado en su puerta y su boca descansa sobre sus nudillos. Pienso en algún tema de conversación, pero de inmediato descarto la idea. Ya tuve suficiente con todos los vanos intentos anteriores. Me fijo en la radio. Algo de música nos vendrá bien.

Giro el botón y *The Wind*, de Cat Stevens, comienza a sonar. Sonrío. Me encanta esta canción.

—¿Tendrás náuseas si no escuchas música mientras comes? —demanda.

Lo miro confusa.

—No —respondo, extrañada por su pregunta.

Sin decir nada más, Conrad apaga el equipo y vuelve a dejarse caer sobre el asiento.

Le doy un nuevo bocado a mi hamburguesa, con la mirada clavada en la bolsa.

—Nos guste o no —musito, y está claro que para él es claramente un no—, vamos a tener que pasar los próximos tres meses juntos. Sería más fácil si, por lo menos, pudiésemos hablar.

Siempre he huido de las confrontaciones. No sé manejarme en ellas. Creo que ni siquiera soy buena manteniendo una conversación, a no ser que tenga la suficiente confianza con la otra persona, pero, dadas las circunstancias, todo va a ser mucho más difícil si, además de estar casados con unos completos desconocidos, ni siquiera somos capaces de hacer algo tan simple como charlar.

Conrad me mira y durante un par de segundos guarda silencio sin levantar sus ojos de mí.

—Yo creo que es más sencillo que todo eso. Tú misma lo has dicho: sólo van a ser tres meses; no tenemos por qué hacernos amigos, princesita.

Devuelve su vista al frente, agarra el volante con una mano y enciende el motor con la otra, apremiándome en silencio para que termine de comer.

—¿Por qué me besaste en la ceremonia? —inquiero, como si ya no pudiese contener más mi curiosidad... y, en parte, así es—. Podrías no haberlo hecho o, simplemente, haberme dado un beso en la mejilla o, no sé, cualquier...

—¿Te gustó?

Su pregunta me pilla por sorpresa.

¿A qué ha venido eso?

—Ésa no es la cuestión —me defiendo.

—En realidad, sí lo es.

—Conrad...

—Contéstame —me interrumpe, mirándome directamente a los ojos.

Quiero mentirle, pero algo dentro de mí me lo impide. Vuelvo a sentirme intimidada y sobrepasada, pero también es algo más que se escapa por completo a mi control. Le echaría la culpa al vestido blanco, pero ya no lo llevo puesto, así que definitivamente son esos ojos de acero verdes. Otra muy mala noticia para mí.

—Sí, me gustó —susurro.

Conrad se mueve grácil sobre el asiento hasta quedarse muy cerca de mí.

—¿Ves como sí es la cuestión, princesita? —replica sin liberar mi mirada, marcando toda esa distancia, a pesar de la poca que hay físicamente entre los dos ahora mismo, demostrándome con una sola frase lo equivocada que piensa que estoy respecto a nosotros—. Te besé porque tenemos que fingir que este matrimonio es real, pero sólo se trata de eso, de fingir.

De pronto siento tanta rabia como sentí en la puerta de los juzgados.

—No vuelvas a besarme —le advierto.

No tiene que dejarme claro nada. Entiendo perfectamente lo que hay entre nosotros.

—No pensaba hacerlo.

Se acerca un poco más y, de golpe, la cabina de la camioneta parece medir diez centímetros cuadrados.

—No quiero que lo hagas —me esfuerzo en dejarlo libre de dudas, pero mi

voz no ha sonado tan segura, clara y firme como me hubiese gustado.

Conrad sonríe. No es una sonrisa entera o feliz, es ese gesto duro y frío. La sonrisa que lo a sola del mundo.

Me esfuerzo en mantenerle la mirada. Creo que todo sería más fácil si no fuera tan atractivo.

«Mucho más fácil», conviene la voz de mi conciencia.

—Claro que no —sentencia, con la misma media sonrisa presuntuosa en los labios.

Regresa a su asiento y vuelve a apoyar el codo en la ventanilla.

Difícil es la única palabra en la que puedo pensar.

Conrad

—Esta situación me gusta tan poco como a ti —dice sin atreverse a mirarme.

Ladeo la cabeza y la barro con la mirada. Tiene razón. La situación no me gusta lo más mínimo, pero esta boda es la solución a un problema. Ha sido puro pragmatismo. No me interesan las mujeres débiles, nunca lo han hecho. Creo que por eso elegí a la princesita. Parece un cachorrito al que alguien ha abandonado en mitad de una noche lluviosa. No hay ninguna posibilidad de que la acabe metiendo en mi cama. En la cafetería ni siquiera era capaz de mirarme a los ojos. Cuando se quedó dormida, se acurrucó contra la ventanilla y tuve la tentación de buscar mi chaqueta y taparla con ella. Estaba pidiendo a gritos una manta caliente y un tazón de sopa. Me pregunto qué habrá podido pasarle para que sea tan jodidamente tímida. Ted me dijo que tenía que casarse por motivos familiares y que también necesitaba un empleo. No seguí preguntando, no me interesa, pero él añadió que su padrastro, un tal Louis Cochrane, es el dueño de una empresa muy importante en Nueva York. Seguro que la princesita ha sido una niña mimada que ha tenido todos los caprichos que ha querido... Entonces, ¿por qué es así? ¿Por qué vive en un apartamento diminuto en el mismo edificio donde hay algo que no se sabe si es una lavandería o un restaurante chino?

Le da el último bocado a la hamburguesa, hace una bola con el papel que la envolvía y lo mete todo en la bolsa.

—Ya podemos irnos —murmura.

Podría ponerle las cosas más fáciles, pero no quiero. No soy un monstruo sin sentimientos. Se trata de que, en tres meses, seremos historia el uno para el

otro, y quiero asegurarme de que sea así. La princesita se comporta como un cervatillo asustado; si a mi lado llegara a sentirse segura o feliz, podría tener la tentación de quedarse, de pretender que nuestro acuerdo se convirtiera en algo permanente, y eso no puede ser. No quiero complicaciones.

En la siguiente hora atravesamos Virginia y, por fin, entramos en Carolina del Norte. Nos quedan poco más de cincuenta millas hasta el parque aeronáutico. No ha vuelto a soltar una palabra. Mejor.

Conforme nos vamos acercando a Swan Bay, a pesar de ser de noche, el paisaje llama su atención. Una sonrisa curva mis labios, pero la disimulo rápido. Es imposible pasar por este lugar y no quedarse embobado.

—Es increíble —susurra, admirada, deslizándose hacia el borde del asiento para acercarse a la luna delantera.

Y aún no has visto lo mejor, princesita.

El parque aeronáutico está construido en una isla con unas vistas maravillosas del parque natural del río Alligator, el Sound y la estrecha barrera de pequeñas ínsulas que nos separan del océano Atlántico.

—Me gustaría venir cuando sea de día y verlo todo otra vez —continúa, entusiasmada.

Inmediatamente se muerde el labio inferior y vuelve a apoyar la espalda en el asiento, avergonzada. Es obvio que lo ha dicho sin pensar, dejándose llevar por el momento, y ahora se arrepiente.

Creo que es la chica más tímida que he conocido jamás.

—Buenas noches, señor Sullivan —me saluda Monroe, uno de los guardias de seguridad del parque, saliendo de su garita y acercándose a mi ventanilla—. Buenas noches —se dirige a la princesita al reparar en su presencia.

—Buenas noches —responde ella.

Monroe me mira con cierto recelo y yo me contengo para no poner los ojos en blanco. ¿En serio piensa que soy tan estúpido de incumplir las normas? Ningún desconocido puede entrar en el parque fuera del horario establecido y, dentro de él, los requisitos son altísimos.

—Es la señora Sullivan —anuncio adusto, tratando de acabar con este trámite lo antes posible.

La mirada del vigilante ahora pasa al desconcierto absoluto. Sí, me he casado. No entiendo a qué viene tanta sorpresa.

—Mañana iremos al edificio de Seguridad y rellenaremos todos los papeles para su pase —sentencio.

El guardia sigue inmóvil. Entorno los ojos y con ese gesto parece salir de su ensoñación. Se disculpa en un torpe balbuceo y pulsa el botón para abrir la barrera y bajar la hilera de columnas de acero.

—Enhorabuena —nos felicita con una sonrisa.

Finjo no oírlo, pero la princesita le da las gracias, imitando su gesto. Por supuesto, es tan tímida como amable con cualquier persona que se cruce en su camino. Tendría que haberlo imaginado.

Gracie mira al frente y por su ventanilla, tratando de distinguir algo, pero, a pesar de que el parque está perfectamente iluminado, en esta zona sólo están los edificios administrativos y de Seguridad, nada que pueda darle una pista de dónde estamos o qué hacemos.

—Parece que os tomáis la seguridad muy en serio —murmura.

—¿Por qué lo dices? —suelto, fingiendo que no tiene importancia. El parque aeronáutico tiene una de las redes de seguridad más concienzudas de todo el país.

—Los edificios de la entrada tenían antenas de radares para buscar drones y aviones espía no tripulados. Yo diría que eso es una gran medida de seguridad.

Dejo escapar una media sonrisa. Parece que la princesita es muy observadora.

—Diseñamos y fabricamos aviones y aeronaves no tripuladas para el Ejército.

—¿Tú los diseñas?

—Sí, con un equipo de ingenieros. Todos los diseños y los prototipos son

alto secreto, por eso nadie sin autorización puede entrar en el recinto.

No pregunta nada más y, aunque lo prefiero, también me parece extraño. De pronto está muy pensativa. Supongo que no se esperaba tener que vivir dentro del parque, pero ésa también es una de las normas más importantes aquí. La vida de los trabajadores y sus familias, la escuela, el supermercado, el hospital..., todo transcurre dentro de este espacio, como en una base militar. Así se reducen drásticamente las posibilidades de una brecha en la seguridad y tanto los empleados como el trabajo en sí están más protegidos.

Las casas, poco a poco, van sustituyendo los edificios, y unos minutos después detengo la camioneta frente a la mía.

—Hemos llegado —le comunico.

Ella asiente y sale del vehículo. ¿Qué bicho le ha picado?

Voy a coger las maletas de la parte de atrás de la *pickup* cuando mi nombre en sus labios me distrae. Aún no me he acostumbrado a oírla llamarme.

—¿Qué? —demando, alzando la cabeza.

Gracie ya me estaba observando. No sé si es porque estoy cansado del viaje o por la extraña sensación de tenerla ya aquí, pero siento como si su mirada pudiese atravesarme. Me resulta... raro.

—¿Diseñas aviones de guerra? —inquire, seria—. ¿Fabricáis armas?

Dejo escapar un brevísimo suspiro de sorpresa al tiempo que frunzo ligeramente el ceño, todo, sin apartar la mirada. Acabo de obtener una nueva pincelada de ella. Claro que no fabricamos armas, jamás lo permitiría. Nuestros aviones y nuestros drones ayudan a crear estrategias militares y a localizar civiles o soldados perdidos y poder rescatarlos.

—No —respondo lacónico. No necesita saber nada más.

Pero, entonces, simplemente sucede, sonrío de oreja a oreja y asiente a la vez que se muerde el labio inferior. Le devuelvo la sonrisa sin entender por qué lo hago y la observo mientras se encarama con más tesón que habilidad a la camioneta para sacar su maleta.

La princesita tiene conciencia. Eso me gusta. Me gusta mucho.

Saco las llaves del bolsillo de mis vaqueros, abro la puerta y la empujo para que pase primero. Gracie lo hace y se queda de pie en mitad del pequeño recibidor. La sigo y enciendo las luces justo antes de tirar las llaves en un pequeño bol de plástico verde en el mueble situado junto a la entrada.

Reviso el correo que alguna de las chicas de Administración ha dejado en la misma mesita. Con todo iluminado, Gracie echa a andar escaneando cada rincón, sin atreverse a tocar nada. La casa no es muy grande. No lo necesito.

—¿Cuántas habitaciones tiene? —plantea.

Alzo la cabeza y por un momento la contemplo en el centro de mi salón. Es ridículo, ya sabía que estaba ahí, pero algo es diferente; es la misma extraña sensación de tenerla aquí, sólo que ahora se ha multiplicado por diez, porque no está en mi camioneta o en el parque, está en mi casa.

—Una —contesto.

—Entonces...

De pronto se queda callada y su cuerpo parece tensarse imperceptiblemente. Frunzo el ceño. ¿Qué le ocurre?

—Entonces, ¿qué?

Gracie centra su atención en mis labios y sigue en silencio. Yo contengo un nuevo resoplido.

—¿Nadie te ha dicho que es de mala educación no mirar a una persona a los ojos cuando tienes una conversación, princesita?

Parece una mocosa maleducada. Eso me cuadra mucho mejor con la niña mimada de un padrastro rico.

Continúa sin responder y yo francamente empiezo a cansarme de esto. Dejo las cartas sobre la isla de la cocina y me dirijo a mi habitación.

—No soy ninguna maleducada —replica cuando ya me he alejado unos pasos.

Suena segura y tímida al mismo tiempo, como si tuviese claro lo que quiere decir pero, a la vez, no se atreviese a pronunciarlo. Me giro y nuestras

miradas vuelven a encontrarse. Tiene los ojos grandes, azules, y, al contrario de lo que se pueda intuir, muy alegres, llenos de vida.

—¿Dónde se supone que voy a dormir? —inquire.

Vuelvo a la realidad y me encojo de hombros. Soy plenamente consciente de que otra vez podría ponérselo más fácil, pero otra vez no quiero. Además, apuesto a que esta «charla» va a ser de lo más divertida.

—En la cama —respondo como si fuera obvio.

—¿Y tú? —plantea de inmediato, y juraría que lo hace con algo de miedo.

Una media sonrisa se dibuja en mis labios.

—En la cama. —Eso sí que es obvio.

Cabecea.

—Pero... no puedo dormir contigo —rebate, casi escandalizada.

¿Dónde ha estado metida estos veintitrés años? ¿En un torreón protegida por un dragón? Por algo que no logro comprender, esa idea me molesta mucho... De repente esta conversación acaba de perder la gracia.

—Puedes dormir en la cama o puedes dormir en el sofá —digo, señalando fugaz el desvencijado mueble a su espalda—. Francamente, no me importa lo más mínimo.

Gracie mira el tresillo, después a mí y otra vez el mueble.

—Creo que prefiero el sofá —murmura.

—Que lo disfrutes —sentencio, dirigiéndome a mi habitación.

¿Por qué me siento de lo más culpable imaginándola en el sofá? Cabeceo, obligándome a parar esa línea de pensamientos. Ya en el dormitorio, me paso las manos por el pelo. Esto ha sido un error. No va a sobrevivir aquí. Es demasiado débil. Estará sola, sin la entrometida de su amiga y sin su padrastro. Resoplo por millonésima vez. Mañana la acompañaré al comedor, donde trabajará, y me aseguraré de que el imbécil de Nash le dé el trabajo más ligero. Aun así, no va a soportarlo. Lo sé. Chasqueo la lengua contra el paladar. Tendría que haberlo pensado mejor, joder.

Pierdo mi mirada en la ventana. Puedo meterla en un avión. El aeropuerto

de Raleigh-Durham no está demasiado lejos. Podría estar en Nueva York antes del desayuno.

Es lo mejor.

Lo último que necesito es una mocosa de la que ocuparme. La historia con la princesita se acabó.

Abro la puerta y salgo al salón. En ese preciso instante, alzo la mirada y encuentro a Gracie de rodillas, sobre el sofá, con la vista puesta en los diseños de aviones enmarcados que tengo sobre el tresillo. Los está contemplado con toda su curiosidad entremezclada con algo de admiración. Levanta la mano y sigue las líneas con las puntas de los dedos. Una leve sonrisa se dibuja en sus labios mientras los mechones de cabello rubio le recorren el cuello hasta descansar en sus clavículas.

Respiro hondo, tratando de averiguar cómo me siento en este instante, con ella justamente ahí, justamente así.

El sonido la sobresalta, se gira y, al verme, se levanta como un resorte del sofá, dando por hecho que podría molestarme lo que acaba de hacer.

—Pensaba que ya te habías acostado —se disculpa.

—Necesitarás sábanas —replico, ignorando sus palabras.

Camino hasta el mueble del recibidor y saco de él un juego de sábanas. Regreso con la idea de dárselas, pero, de pronto, estoy de un humor de perros, así que ando decidido de vuelta a mi cuarto, dejando la ropa sobre la isla de la cocina sin ni siquiera detenerme.

—Buenas noches, Conrad —se despide justo cuando voy a cerrar la puerta.

De espaldas a ella, aprieto la mandíbula mientras mi mano sobre la madera se hace más posesiva.

No tengo ni la más remota idea de por qué no la cierro.

«¿Qué coño estás haciendo, Sullivan?»

Gracie

—Buenas noches —gruñe más que dice, y entra en la habitación.

Durante un momento, revisa unos papeles que tiene sobre la cómoda. Finalmente coge una carpeta, la abre y comienza a leer los documentos del interior. Sin levantar la vista de ellos, camina por su dormitorio. Parece muy concentrado. Tengo la sensación de que adora su trabajo. No sé nada de ingeniería aeronáutica, pero los planos colgados sobre el sofá son bonitos y, al mismo tiempo, tienen ese aspecto de las cosas realmente complicadas, como cuando un científico sale por la tele y explica un nuevo avance revolucionario para la ciencia y, aunque no tengas ni la más remota idea de qué es o para qué sirve, sientes admiración porque ésas son las cosas que cambian el mundo.

Conrad alza la cabeza y, casi sin darme cuenta, caigo en el bochornoso detalle de que ha vuelto a pillarme contemplándolo embobada. Cuadro los hombros rápidamente, señalo torpe la isla de la cocina y, con paso ligero, me dirijo hasta allí para coger las sábanas. Tengo que asegurarme de no volver a quedarme mirándolo así. Supongo que sólo necesito tiempo para acostumbrarme a tenerlo cerca.

Observo el sofá con el gesto torcido. Creo que es tan antiguo que, cuando salió de la tienda, Ikea aún no había llegado a Estados Unidos. Estiro la tela blanca de la sábana y un intenso olor a suavizante invade mis fosas nasales. Involuntariamente, sonrío. Es de esos aromas que te recuerdan a un hogar, incluso si nunca has tenido uno. Es como un olor estándar. Las casas felices huelen a galletas recién hechas, café y suavizante.

Al terminar, coloco mi pequeña maleta entre el tresillo y la pared y la abro.

Saco uno de mis pijamas y la cajita de metal de caramelos Altoids donde guardo mis audífonos. Cualquier estadounidense sabe que esas latitas son multiusos, como las cajas de galletas danesas de mantequilla para los europeos. Sirven para guardar o fabricar cualquier cosa. Fue idea de mi madre que guardara los audífonos en una de ellas. Me dijo que todo en esta vida depende de la perspectiva con la que lo miremos. Si veía una fea caja de color negro, pensaría en algo oscuro y triste en su interior, pero, si lo que veía era una lata de golosinas, comprendería que, en realidad, mis audífonos eran mi segunda oportunidad.

Sonrío. Mi madre era la mejor.

Voy con el paso acelerado hasta el baño. Me cambio y regreso rápida como un gato. Me meto en el sofá, escondo la cajita de mis audífonos bajo la ropa y pongo el despertador a las cinco y media. No puedo arriesgarme a que Conrad se levante antes que yo, porque no podría oírlo sin los audífonos.

Con la estancia casi a oscuras, quiero dormirme, pero los nervios en la boca de mi estómago siguen burbujeando y manteniendo mi cuerpo en tensión. Me giro, tratando de cambiar de postura, pero, exasperada, vuelvo a abrir los ojos y, sucede que, otra vez, sin quererlo, sin ni siquiera proponérmelo, mi mirada se encuentra con la suya, separados por un puñado de metros y dos estancias alumbradas sólo por la luz de su mesita.

Conrad está sentado en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero de madera y sus largas piernas estiradas a lo largo del colchón y sobre la fina colcha gris. Baja la carpeta que revisa despacio, sin liberar mi mirada, y de repente, no sé si es por cómo se iluminan sus rasgos por esa luz tan tenue o si porque, por primera vez desde que toda esta locura empezó, he tomado conciencia de la situación, pero ahora parece más peligroso, más complicado. Conrad Sullivan es un animal de mal trato, frío, arrogante, difícil..., una lista que va a ponerme las cosas demasiado peliagudas. No quiero creerlo, pero empiezo a considerar que, quizá, todo esto haya sido un grandísimo error.

Para tranquilizarme, pienso una historia. Es lo que más me gusta en el

mundo: inventarme cuentos, pequeñas fábulas sobre gigantes o paraísos perdidos o ciudades de cristal o playas interminables. La temática da igual, lo importante es imaginar. Por ejemplo, la historia de una chica que se va de la ciudad de los rascacielos al hogar del mar en busca de la espada que logrará salvar su pequeño reino y a todos sus diminutos habitantes. La chica nunca ha blandido una espada, pero sabe que debe hacerlo. Sin embargo, en su camino, se topa con un guerrero que no es como los demás... Su armadura demuestra que ha emprendido más de mil batallas, pero el yelmo que le cubre el rostro, plateado, fuerte y con el grueso arañazo de la garra aún más gruesa de un oso en el lateral, no deja a la chica ver en su interior.

La chica lo tiene muy difícil.

* * *

El móvil vibra sobre el sofá e ilumina intermitente la habitación. Abro los ojos, pero no sé si he llegado a dormirme del todo. He tenido media docena de sueños extraños; no pesadillas, pero sí raros y un poco angustiosos, como que caía al vacío o que rodaba por las escaleras.

Apago la alarma, cojo la cajita de Altoids bajo mi ropa y me levanto deprisa. Todo lo que siento es silencio, y odio esa sensación.

En el baño, me coloco los audífonos y prácticamente en el mismo segundo tomo aire y suelto un largo suspiro. Ya es un nuevo día y va a ser fantástico. Mi optimismo loco y yo estamos completamente de acuerdo. Me suelto el pelo y, cuando mi mirada se cruza con mi reflejo en el espejo, tuerzo el gesto en un tácito reproche. Tengo que contarle lo de mi sordera. Es lo justo. Sólo necesito encontrar el momento adecuado.

Camino lentamente de vuelta al salón, pero, al pasar junto a la puerta de la habitación principal, la tentación es demasiado grande y mis pies, descalzos, se desvían un único paso, lo suficiente como para poder echar un inocente vistazo al interior. La luz de la mesita sigue encendida. Debió de quedarse

dormido revisando esas carpetas. La verdad es que el mero hecho de que abriera una tan tarde, después de conducir desde Nueva York, ya es digno de admirar.

Conrad está durmiendo, tumbado en el centro de la cama, con una suave sábana, gris como la colcha, tapándolo hasta las caderas. El cuerpo que ya sospeché que tendría se dibuja ante mí. Es delgado, pero con cada músculo perfectamente marcado. No sé por qué, pero resulta obvio que no es un físico moldeado en un gimnasio o con el *running* a través de las calles de una ciudad. Su cuerpo es fruto del trabajo duro, como ocurriría con un bombero o un rudo obrero de la construcción. Quizá tuvo un trabajo de esa clase para pagarse los estudios.

Sé que no debería, pero me permito estudiarlo con más detenimiento. Una suave capa de vello cubre su pecho y vuelve a aparecer más allá de su ombligo, perdiéndose bajo las sábanas y siguiendo el mismo camino que los perfectos músculos que nacen en sus caderas. Esa parte concreta de su anatomía es sólo otro dato más, supongo, pero, para algo dentro de mí, algo que llevaba dormido mis veintitrés años de existencia, no es sólo un detalle más y, desde luego, no lo interpreta así.

Ladeo la cabeza y lo recorro otra vez con la mirada con una precisión que prefiero catalogar como *científica*, una palabra que me ahorra unos cuantos problemas.

Definitivamente, Conrad Sullivan es muy atractivo.

Me muerdo el labio inferior de manera inconsciente sin levantar mis ojos azules de él, pero, entonces, la alarma del reloj sobre su mesita de noche comienza a sonar.

Mi cuerpo se tensa de golpe, pero entro en una especie de colapso y soy incapaz de moverme. ¡Joder! El sonido se hace más intenso. Conrad se revuelve. Maldita sea, ¿quién se levanta a las seis de la mañana?

«Lo dice la que lleva diez minutos observando a un hombre guapísimo dormir plácidamente», me recuerda mi conciencia.

«¡Métete en tus asuntos!», le recuerdo yo a ella.

Al fin logro reaccionar y salgo disparada hacia el sofá prácticamente en el mismo segundo en el que Conrad apaga el despertador de un manotazo. Me tumbo, me tapo hasta la barbilla y cierro los ojos con fuerza.

Oigo el crujir de la cama y sus pasos en la habitación. Sale al salón y lo noto detenerse a unos pocos metros de mí.

Por favor, que no me haya pillado con las manos en la masa. Por favor, que no me haya pillado con las manos en la masa.

Cada segundo se me hace eterno. Por favor. Por favor. Por favor. Por fin percibo cómo echa a andar de nuevo hacia el baño y, un instante después, el ruido del agua de la ducha caer. Suelto el suspiro de alivio más largo de toda la historia de los suspiros de alivio. Por Dios, ha faltado muy poco.

Más tranquila, decido levantarme. No tiene sentido que finja que sigo durmiendo. Me escabullo hasta la cocina y sonrío al ver la cafetera. No hay nada mejor que un café para empezar la mañana con buen pie.

Rebusco en los armarios hasta que encuentro el café molido, pero, frente a la cafetera, la historia es un poco distinta. Aunque parece un modelo de lo más común, no soy capaz de abrirla para cambiar el filtro y cargarla. Tiro de la pestaña indicada, pero nada. Me agacho y la observo y reobservo. No puede ser tan complicado. Vuelvo a intentarlo. Ningún resultado. Suspiro. Me llevo las manos a las caderas.

No vas a vencerme, cafetera.

—A veces se atasca. —Su voz me sobresalta.

Me giro justo a tiempo de ver cómo Conrad me escanea visualmente desde el otro extremo de la cocina. Mi camiseta de tirantes y mis pantalones cortos parecen volverse transparentes bajo su mirada rebotante de una masculina seguridad. Tiene el pelo castaño húmedo, echado hacia atrás con un golpe de mano, y está perfectamente afeitado. Sólo lleva puestos unos vaqueros gastados, que le caen de una forma casi mezquina sobre las caderas. Va descalzo y, sobre uno de sus hombros, descansa una camisa de cuadros.

Fija sus ojos verdes en el pequeño electrodoméstico, rodea la isla de la cocina y camina hasta él. Se inclina sobre la encimera y comienza a trastear con la cafetera con manos hábiles. Yo lo observo, tratando de comprender qué hace para arreglarla —me guste o no, me quedan muchas mañanas de café en esta casa—, pero, poco a poco, de una manera absolutamente involuntaria, mi mirada va perdiéndose en él. Nunca había estado delante de un hombre sexy. Sé que es una completa estupidez, pero también es la pura verdad. Ophelia siempre se metía conmigo diciéndome que si no sabía explicar lo que es un hombre sexy es porque nunca había estado delante de uno. Ahora soy plenamente consciente de que tenía razón.

—Ya está —me anuncia, tirando de una de las piezas de plástico y descubriendo el filtro.

Alza la vista y me pilla con la mía centrada en él y no en la pequeña máquina en cuestión. De inmediato, me giro nerviosa, pero no me fijo en cómo lo hago y dejo caer un frutero a mi espalda, consiguiendo que un número ridículamente alto de mandarinas se esparza por todo el suelo de la cocina.

«Grace Turner, eres un absoluto desastre», me castigo.

—Lo siento —me disculpo.

Me arrodillo deprisa y comienzo a recoger las piezas de fruta. Conrad me observa, suspira a punto de poner los ojos en blanco y se acuclilla para ayudarme.

—No hace falta —le digo con la mirada clavada en las mandarinas que voy agarrando.

Él no dice nada. Rescata el frutero con una mano y comienza a recoger piezas con la otra. Yo dejo las que sostenía en el cuenco. Poso la palma de la mano en el suelo y estiro el cuerpo para llegar a las más alejadas.

Al girarme para colocarlas en el recipiente, mi mirada se encuentra directamente con la de él, que ya me esperaba. De repente, la distancia casi mínima entre los dos y nuestras propias posturas parecen jugar en mi contra... frente a frente, demasiado cerca. Conrad recorre mi rostro con sus indomables

ojos verdes. Mi respiración se acelera suavemente y el corazón comienza a latirme en la garganta. Mueve las manos, las siento cerca de las mías, me acaricia la palma, apenas una milésima de segundo, apenas un roce.

—Y sólo me has visto con una cafetera —susurra con la voz rematadamente sensual—. Deberías ver lo que soy capaz de hacer con algo más —hace una pausa absolutamente deliberada—... grande —sentencia, burlón.

Su frase me confunde y me molesta al mismo tiempo. No me gusta que se rían de mí. No me gusta que él se ría de mí. Sin embargo, a Conrad también parecen pillarlo por sorpresa sus propias palabras y frunce el ceño imperceptiblemente, justo antes de que esa capa de seguridad y determinación lo embadurne todo y se levante, dejando el bol de nuevo sobre la isla de la cocina.

Tardo un segundo de más en darme cuenta de que me había quitado las mandarinas de las manos y me levanto de un salto. Me da exactamente igual lo grande que la tenga, es decir, lo bien que la maneje. ¡Por Dios, me da exactamente igual todo lo que tenga que ver con él!

—No me gusta que se burlen de mí —me quejo.

—Nadie se está burlando de ti, princesita —replica, esquivando mi mirada, como si buscara restarle toda la importancia, pero no para que lo disculpe, sino, únicamente, para eso, para que no le dé valor.

Sin darme oportunidad a responder, gira sobre sus pies descalzos y se dirige a su habitación.

—Saldremos en veinte minutos —prácticamente gruñe—. Iremos a Seguridad a rellenar los papeles para tu pase y te llevaré a tu trabajo antes de ir al mío.

A pesar de ver cómo se cierra la puerta, el sonido me sobresalta. Dejo escapar todo el aire de mis pulmones y me muerdo el labio inferior. Menuda manera de empezar la mañana. Sin embargo, todo cae en un segundo plano cuando racionalizo sus palabras. ¡Hoy empezaré en mi nuevo trabajo! Sonrío de oreja a oreja. Estoy un paso más cerca de mi objetivo. ¡Sí!

Cargo la cafetera rápidamente y me dirijo hacia el sofá. No he llegado hasta el centro del salón cuando la puerta principal se abre y un hombre entra con paso decidido.

—¿Cómo ha ido todo? —pregunta, impaciente—. ¿Dónde está la señora Sullivan?

Me quedo quieta, mirándolo y sin saber muy bien qué decir. Debe de ser de la misma edad que Conrad. Tiene el pelo oscuro y corto, casi rapado, y unos bonitos ojos azules que, al reparar en mi presencia, me barren de arriba abajo llenos de una divertida curiosidad. No es la primera vez que me miran esta mañana, pero sería inútil fingir que me he sentido igual en ambas ocasiones.

En ese preciso instante, Conrad sale del dormitorio, remangándose hasta el antebrazo la misma camisa de cuadros que antes llevaba sobre un hombro. Su armónico cuerpo se tensa en el momento en el que alza la cabeza. Mira al tipo en cuestión, un solo segundo, y después a mí. Nunca me había planteado la longitud de mis pantalones de pijama hasta este momento.

—Creo que he metido la pata hasta el fondo.

Sus palabras se llevan de nuevo toda la atención de Conrad y el ambiente se vuelve extrañamente tenso. ¿Está enfadado por mí, por el desconocido o por la situación?

En mitad de toda esta extraña confusión, el chico hace lo único que nunca podría haber esperado que hiciera: sonrío de oreja a oreja y da un paso hacia mí.

—Me llamo Niko —se presenta, divertido, tendiéndome la mano—, el médico del parque y el mejor amigo de tu marido.

Sigo confusa, pero, sin poder evitarlo, también sonrío. Parece muy simpático, una de esas personas que te inspiran confianza al instante y, tratándose de mí, el mérito es doble.

—¿Niko? —murmuro, estrechándosela. No es un nombre muy común.

—Sí, de Nikolaos —me explica—; mi padre es griego.

—Yo soy Gracie —respondo al darme cuenta de que aún no le he dicho

cómo me llamo.

—Pues que sepas, Gracie, que esta noche los cuatro vamos a tomarnos una copa en el bar del parque. Tenemos mucho que celebrar.

¿Los cuatro? ¿A quién más se refiere?

—¿Qué quieres? —lo interrumpe Conrad.

—Conocer a la señora *Sullivan* —le contesta como si fuera obvio. Pronuncia la última palabra con un retintín que me hace sonreír.

—Niko —lo apremia, impaciente.

Su amigo cuadra los hombros en una actitud mucho más profesional.

—Hay un problema en el sector veintiocho —le explica, entregándole unos documentos doblados por la mitad—. El tendido eléctrico se ha caído.

—¿Cómo? —pregunta Conrad, extendiendo lo que ahora son claramente varios planos de fondo azul y tinta blanca sobre la isla de la cocina y centrando la mirada en ellos.

—No lo sabemos.

—¿Has hablado con Samantha?

Niko asiente.

—Ha sido lo primero que he hecho cuando una de las chicas de Administración ha venido a buscarme. No quería venir a decírtelo a ti por si estabas... —burlón, finge tener que pensar la palabra adecuada— ocupado —concluye al fin, observándome un segundo justo antes de dirigir la vista hacia su amigo—. Deberías estar ocupado ahora mismo, maldito cabronazo —murmura.

Conrad alza la cabeza del plano y sus ojos de acero vuelan de su amigo a mí y después de regreso a Niko.

—Déjate de estupideces —gruñe, concentrándose en los papeles—. Hay que resolver este problema ya.

Parece que Conrad no está para bromas.

—Samantha dice que no es un problema informático. Los paneles de seguridad no marcan ningún fallo.

Conrad guarda silencio, sopesando opciones, leyendo cada línea del plano, sólo un puñado de segundos.

—Los paneles no dan el fallo porque el tendido de reserva ha sustentado la red principal —replica con una convicción aplastante—, pero no tiene la suficiente potencia como para llevar la luz de manera real. Llama a Samantha y dile que compruebe de nuevo el sistema informático, pero que baje el baremo de diez a dos. Esto tiene prioridad por encima de todo —le advierte. Niko asiente, profesional—. Quiero el sistema reiniciado en menos de quince minutos Yo iré a buscar a Pete y comprobaremos todo el cableado. —Vuelve a doblar los planos y se los tiende a su amigo—. Tiraremos una segunda red desde el área veintiuno y compensaremos la sobrecarga con la veintidós y la veintiséis. Si mantenemos el *impasse* a ciento doce kilovatios por hora, la potencia no se resentirá.

Niko vuelve a asentir, se saca el teléfono del bolsillo de sus vaqueros y se dirige a la puerta principal.

—Te espero en la camioneta —informa a Conrad.

Justo antes de salir, alza la mano y se despide con un breve gesto y una sonrisa. Yo le devuelvo el saludo, pero no creo que me haya visto, pues ya ha salido de la casa. Me pregunto cuánto hace que serán amigos Conrad y él. Parecen tener mucha confianza. Además, es el único que se ha atrevido a venir aquí, sabiendo que existía la posibilidad de molestarlo.

—Gracie —me llama Conrad, devolviéndome a la realidad.

—¿Sí?

Está marcando otra vez su distancia contra el mundo... o contra mí.

—¿Recuerdas el edificio que viste ayer con las grandes antenas para detectar drones?

Hago memoria y asiento.

—Es Seguridad. Allí rellenarás unos papeles y te entregarán tu pase. Cuando termines, regresa aquí. Vendré a buscarte en cuanto pueda y te llevaré a tu trabajo. —Recapacita sobre sus propias palabras. Es obvio que algo no le

gusta lo más mínimo—. Es muy importante que no te pasees sola por el recinto; no hasta que entiendas cómo funciona. La zona de los hangares es muy peligrosa. Hay maquinaria pesada y podrías tener un accidente. ¿Lo has entendido?

Asiento.

—Dime que lo has entendido —me ordena, adusto.

—Lo he entendido. Puedo apañármelas —añado.

—No sabes cómo me gustaría poder creerte, princesita.

Arrugo la frente, confusa, tratando de entenderlo. Su mirada sigue sobre la mía. Parece tan seguro de que no puede confiar en mí... y a la vez tengo la sensación de que ha sido sincero cuando ha dicho que le gustaría. Entonces, ¿por qué no lo hace? ¿Tan débil considera que soy?

Conrad me observa un par de segundos más. Yo aprieto los labios. Puede que no se me dé muy bien la gente, ni las confrontaciones, ni el mundo en general, pero sé arreglármelas.

Abro la boca dispuesta a decírselo, pero, tomándome por sorpresa, Conrad sale de la casa cerrando a su paso la puerta y la conversación.

Miro la salida con cara de pocos amigos. Tres meses, sólo serán tres meses.

* * *

A plena luz del día, el parque parece completamente diferente, como una de esas perfectas urbanizaciones de una peli de los ochenta. Todas las casitas son iguales y los jardines están llenos de grandes y frondosos árboles para combatir el calor del verano en Carolina del Norte.

Camino por la acera de enormes losas grises descoloridas, fijándome en cada detalle. Me cruzo con el cartero, sólo que no va vestido con el uniforme normal del servicio postal y entonces comprendo que tienen su propio

repartidor. Me hubiese gustado hablar más con Conrad sobre la vida en el parque; tengo la sensación de que es una pequeña ciudad en sí mismo.

No tardo en llegar a un gigantesco cruce. La avenida llena de casitas por la que venía se pierde en una encrucijada de la que salen tres calles más... y no tengo la más remota idea de cuál escoger para llegar a la entrada del parque y, por lo tanto, al edificio con las antenas de radares.

—Genial —murmuro sarcástica, echando un vistazo a mi alrededor.

Trato de hacer memoria, pero es inútil. Ayer estaba cansada, sobrepasada, y no dejaba de darle vueltas a que me había casado con un señor de la guerra, fabricante de armas. Me alivió como pocas cosas en mi vida saber que no era así. Creo que ni mi conciencia ni yo hubiésemos podido formar parte de eso. Casi sin quererlo, recuerdo cómo me miro cuando me dijo que no fabricaban armamento. Tuve la sensación de que esa frase terminaba con un «yo jamás lo permitiría», y por un momento me sentí feliz, incluso orgullosa. Mi mente juega libre y me zambullo en el recuerdo de esta mañana, en cómo ha resuelto un problema complicadísimo en apenas unos segundos. No tengo más remedio que sumar *inteligente* a la lista de palabras que lo definen.

Elijo una de las calles prácticamente al azar y echo a andar. Edificios de varias plantas sustituyen a las casas, pero no distingo el que vi anoche. Espero encontrarme con alguien a quien poder preguntarle, pero sólo me cruzo con coches. Nadie camina. Al fin veo a una mujer empujando un carrito de bebé. Seguro que ella puede decirme dónde está Seguridad.

—Perdone —pronuncio con mi mejor sonrisa. Cruzo las manos delante y me balanceo sobre mis Converse blancas, dos actos reflejos para disimular lo nerviosa que estoy—, siento molestarla, pero ¿podría indicarme cómo llegar a Seguridad?

Ella sonríe, pero, aunque no deja de mirarme, no contesta.

—Necesito encontrar el edificio de Seguridad —me reitero.

La mujer sigue con la vista sobre mí, pero continúa guardando silencio. Me encojo de hombros, confusa. No entiendo por qué no responde y la situación se

vuelve extrañamente incómoda. Entonces, de pronto, comienza a hablar francés, muy rápido. Se coloca la mano en el pecho, señalándose, y después lo hace a los edificios colindantes. Niega con el índice un par de veces y sigue explicándose. No entiendo una sola palabra, pero tampoco sé cómo hacérselo saber. Parece muy amable. Finalmente me hace una pregunta y me observa esperanzada.

Finjo una sonrisa que se acentúa por los nervios y, como no sé qué otra cosa hacer, asiento. Ella suspira aliviada y dice una última cosa.

—*Au revoir* —se despide, creo que son dos de las poquísimas palabras cuyo significado sé distinguir, y se aleja.

Yo lo hago en la dirección opuesta. No he avanzado más de un par de pasos cuando me llama; sé que es ella porque sigue haciéndolo en un francés ininteligible. Al girarme, me dice algo más; asiento de nuevo y continúo caminando. Creo que vuelve a llamarme, pero finjo no oírla. Me siento fatal, pero es que, más allá de *bonjour* y *macarons*, no entiendo nada de su idioma.

Ha pasado poco más de media hora. Cada vez hace más calor. Miro mis vaqueros y mi camiseta estampada con rodajas de sandía y me arrepiento de no haberme puesto unos pantalones cortos y unas playeras.

La acera desaparece y me veo obligada a caminar por una inmensa carretera pintada con señales amarillas. Frunzo el ceño. No son señales de tráfico convencionales. Hace mucho que no conduzco, creo que el sesenta por ciento de los neoyorquinos no lo hace, pero recuerdo las señales que regulan la circulación. Los edificios altos, poco a poco, también se extinguen y otros de una sola planta, cada vez más separados, comienzan a aparecer. Son como enormes garajes... un momento, ¿enormes garajes? Son hangares. ¡Estoy en la zona de los hangares!

En ese preciso instante un ensordecedor ruido se come cualquier otro. Una gruesa sombra se cierne sobre mí. Me agacho por inercia y la panza de un maravilloso avión vuela sobre mi cabeza. Levanto la mirada y sonrío, admirada. ¡Es increíble! El metal reluciente del fuselaje brilla ante los rayos

de luz que dibujan su silueta en el cielo. El sonido se transforma en algo diferente, un bonito rumor que lo ocupa todo mientras el avión avanza elegante, despacio, subiendo más y más alto.

La aeronave se aleja y me levanto del todo, siguiéndola con la mirada. Nunca había visto una tan de cerca y, desde luego, no pensaba que los no tripulados pudiesen ser tan grandes. Debe de medir al menos doce metros, como los cazas que salen en las películas. ¿La habrá diseñado Conrad? Sonrío de oreja a oreja. Acabo de descubrir que quiero saber más cosas sobre aviones.

—Personal no autorizado en pista tres —se oye a través de unos altavoces—. Personal no autorizado en pista tres.

Miro a mi alrededor, tratando de localizarlos. Creo que me he metido en un lío de los gordos.

—Maldita sea, Gracie. —Su voz suena amenazadoramente suave, mil veces peor que un grito—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Definitivamente, estoy en problemas.

4

Gracie

Me giro y veo a Conrad avanzar hacia mí, limpiándose las manos en un grueso trapo blanco. Sigue con los vaqueros y la camisa de cuadros. Frunzo el ceño. Pensaba que, al ser ingeniero aeronáutico jefe y futuro director del parque, iría a trabajar con traje y corbata.

—Lo siento. No ha sido a propó...

No me deja terminar la frase. Me agarra del brazo y me obliga a andar, apartándonos de la pista.

—Sólo te pedí una cosa —gruñe—: que te mantuvieras alejada de los hangares. ¿Acaso estás sorda?

La última pregunta me hace sentir mal y culpable al mismo tiempo.

Giramos tras uno de los inmensos garajes y no tardo en distinguir su Chevrolet entre todos los coches que hay aparcados a la sombra que proporciona el edificio. Conrad me suelta junto a la *pickup* y da un paso hacia la puerta del copiloto.

—No ha sido algo intencionado. Me he perdido cuando buscaba el edificio de Seguridad —trato de defenderme—. Además, tampoco creo que haya sido para tanto.

Conrad abre la puerta y se detiene en seco. Entreabre los labios, intimidante, dejando escapar un mordaz suspiro, y se vuelve hacia mí al tiempo que aprieta la mandíbula y se lleva las manos a las caderas.

—Un avión en pruebas de once toneladas te ha sobrevolado la cabeza —susurra despacio, convirtiendo cada palabra en una advertencia— y eres tan increíblemente ingenua de pensar que no ha sido para tanto.

—Si el avión se hubiese caído, creo que no serías tan buen ingeniero como piensas —replico.

Conrad me fulmina con la mirada y automáticamente me arrepiento de lo que he dicho.

—Sube a la camioneta —me ordena.

—Estás exagerando —me parafraseo, encogiéndome de hombros y moviendo las manos—. Estoy bien. No soy ninguna niña, aunque tú lo hayas dado por hecho. Sólo buscaba el edificio de Seguridad y me he perdido. Podría haberle pasado a cualquiera.

—Gracie —farfulla.

—No voy a subir al vehículo hasta que te disculpes —repongo, cruzándome de brazos y bajando la mirada.

No ha sido algo planeado, pero me alegro de estar dándole esta especie de ultimátum. Seguro que recapacita, entiende que sólo ha sido un error y podemos olvidarnos de esta conversación.

Sin embargo, al alzar la cabeza, me doy cuenta de que sus ojos, su expresión, toda su actitud en realidad, siguen mostrando una ira casi termonuclear.

—Sube a la maldita camioneta —ruge, aún más malhumorado—. Ahora.

Trago saliva. Estoy enfadada, mucho, pero tengo la sensación de que él lo está todavía más. No es que le tenga miedo, creo, pero me parece que subir al vehículo, actualmente, es lo más inteligente. No obstante...

—No —sentencio.

No puede comportarse así. No puede tratarme así.

—Princesita —me advierte.

—No voy a hacerlo porque tienes que entender que...

No duda. Tengo la sensación de que Conrad Sullivan nunca duda.

Da un paso hacia mí, toma mi cara entre sus manos y me besa con fuerza, llevándome contra la carrocería. Gimo por la sorpresa. Sus labios recorren, bruscos, los míos, con un experimentado control y muchísima habilidad. No se

parece al beso que me dio en los juzgados, pero, como aquél, el gesto está lleno de una posesión que hace que una mecha imaginaria se prenda en la punta de mis pies y estalle en mi estómago, liberando un centenar de mariposas.

Se separa y, con sus manos aún acunando mi rostro, clava sus herméticos ojos verdes en los míos, esperando a que diga algo, pero no sé el qué; ahora mismo creo que ni siquiera sé cómo hacerlo.

—Si hubiese sabido que besarte era todo lo que tenía que hacer para que te quedarás calladita y mirándome embobada, lo hubiese hecho mucho antes — sentencia con una media sonrisa, arrogante, insolente y tan frío como sólo él sabe ser.

¡Maldito cabronazo! ¡Sólo me ha besado para que me callase!

Quiero decir algo. ¡Tengo que decirlo! Pero estoy en estado de *shock*, un sexy y condenado *shock*. «¡Condenado cuerpo! ¡Obedéceme!»

Conrad, sin que esa media sonrisa lo abandone, se aparta y agarra la puerta de la *pickup*. Mi acelerada respiración hace que mi pecho se hinche y se desinflen rítmicamente. Su metálica mirada sigue sobre mí y me doy cuenta del desafío tácito que implica, además de dos cosas más: la primera, el universo es injusto y cruel por hacer que para él no haya significado absolutamente nada, incluso sea otra arma más para volver la situación a su favor cada vez que quiera, mientras que a mí me están temblando las rodillas. Y la segunda, tengo que añadir que besa de miedo a la lista de sus defectos (y mis problemas). Ya lo había descubierto en los juzgados, pero me había negado a aceptarlo.

—No vuelvas a besarme nunca —le espeto, cerrando los puños con fuerza junto a mis costados—. Te lo advierto.

—¿Algo más? —replica, desdeñoso.

Es un desgraciado.

Subo y me cruzo de brazos, hostil. La puerta se cierra de un sonoro portazo y, siguiéndolo con la mirada, veo a Conrad rodear la Chevrolet y ocupar el

sitio tras el volante. Al arrancar, la radio salta y comienza a sonar *Revelry*, de los Kings of Leon. Salimos del aparcamiento sin que ninguno de los dos diga nada y así avanzamos por el parque.

La sensación de sus labios contra los míos retumba en mi interior, mezclándose con mi enfado, con todas las sensaciones que me invaden, y vuelvo a sentirme sobrepasada, con el corazón latiéndome desbocado.

Llego a una conclusión: no puedo permitir que vuelva a besarme jamás.

Conrad detiene la camioneta junto a la calzada. Miro desorientada por mi ventanilla y me percató de que hemos llegado al susodicho edificio de Seguridad, reconozco las antenas de radar. Conrad se baja de un salto. Yo aprieto los labios, molesta, y lo imito. No está siendo justo. ¡Nada justo!

Él pasa a mi lado, me agarra de la muñeca sin ninguna amabilidad y me obliga a andar a su ritmo, ignorándome sin ningún remordimiento.

Dentro del edificio, tras pasar un control y varias estancias, llegamos a una habitación muy amplia con al menos media docena de mesas iguales dispuestas en estricto orden. Al fondo hay un mostrador de madera maciza. Conrad nos detiene frente a él. Una chica, al otro lado, se acerca a nosotros con la vista en los papeles que lleva entre las manos. Cuando levanta la cabeza y se encuentra con Conrad, una boba sonrisa se apodera de sus labios. Supongo que todavía no ha averiguado que todo lo que tiene de atractivo lo tiene de arrogante y difícil.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Sullivan?

—Carter —responde, adusto.

Ella asiente y, tras lanzarme una fugaz mirada, sale de detrás del mostrador y sus tacones repiquetean hasta llegar a la puerta de un despacho a nuestra espalda. Llama y abre. Dice algo asomando la cabeza entre la madera y el marco y después se encamina de regreso con la misma velocidad al otro lado de la barra. Aún no ha llegado cuando un hombre de mediana edad, con el pelo plateado y un carísimo traje sale de la oficina. Frunzo el ceño y rápidamente observo al resto de los empleados. Están vestidos con chaquetas; básicamente,

ropa de oficina. Si Conrad es el jefe de todos ellos, y, por la prisa que se ha dado el tal señor Carter en salir, es obvio que sí, ¿por qué él va en vaqueros y está manchado de grasa?

—Felicidades, señor Sullivan —dice el hombre, acercándose a nosotros con una sonrisa—. La buena nueva ha corrido como la pólvora. Usted debe de ser Grace —continúa, reparando en mí.

Le devuelvo la sonrisa.

—Encantada de conocerlo, señor Carter.

—Llámeme Mark —me corrige, amable, tendiéndome la mano.

Muevo la mía para estrechársela, pero los dedos de Conrad se hacen más posesivos sobre mi muñeca, sólo un fugaz instante, antes de abrir su agarre. Supongo que ha sido pura inercia.

Finalmente le estrecho la mano y él me la aprieta gentilmente entre las suyas.

—No tiene pase de seguridad —nos interrumpe Conrad.

Suena cortante, algo que el señor Carter parece captar enseguida. Alisándose la corbata azul sobre su camisa celeste, rodea el mostrador y coge una pequeña carpeta de plástico que sujeta varios documentos por la parte superior.

—Necesitaremos su permiso de conducir —nos informa.

Asiento y cojo la carpeta. El formulario es casi interminable. Necesitan mi número de la Seguridad Social, nombre completo, última dirección fuera del parque y todos los datos personales inimaginables. Cuando al fin termino, me hace pasar a una pequeña habitación. Nadie me explica para que estoy allí, y sólo lo adivino cuando, por sorpresa, un flash me estalla en la cara, provocando que, en los quince segundos siguientes, sólo vea puntitos amarillos.

—Si no le gusta, podemos repetirla —me ofrece el chico tras la cámara.

—Sí.

Es imposible que haya salido bien.

—Servirá —me frena Conrad desde el marco de la puerta.

Me giro hacia él. No servirá. No la he visto, pero nadie, absolutamente nadie, a no ser que seas Charlize Theron, sale guapa en una foto de carnet con un fogonazo de flash y pillándote desprevenido. Es una ley más cierta que las matemáticas. No obstante, una vez más, aunque lo intento, por supuesto, no tengo ni voz ni voto.

Regreso a la sala principal concentrándome en recuperar toda la visión. Conrad está en el mostrador, escribiendo algo que, al acabar, entrega a Carter. Me quedo a unos pasos, prudentemente separada. Ahora mismo no me apetece tenerlo cerca.

—Aquí tiene su identificación —me explica el señor Carter, tendiéndome un sobre color sepia—. También están el pase para el aparcamiento...

—Gracias —lo detiene Conrad, lacónico.

Coge el sobre, me agarra de la muñeca y, otra vez sin ninguna amabilidad, tira de mí para que camine junto a él.

—Muchas gracias, señor Carter —me despido, aunque, con franqueza, dudo que haya podido oírme.

Conrad abre la puerta del copiloto y espera impaciente a que me monte. Resoplo y me acomodo en mi asiento mientras él rodea una vez más la vieja Chevrolet. Sé que serán sólo tres meses, pero tengo la sensación de que van a ser tres meses eternos.

Arranca la camioneta al mismo tiempo que deja en el trozo de tapicería negra entre los dos el sobre sepia con mis identificaciones. Tímida, alargo la mano para cogerlo y lo abro con torpeza. Sonrío mentalmente. Seguro que he tenido suerte y la foto no ha quedado tan tan... horrible. Contemplo mi pase de seguridad. No habría una sola palabra en todo el universo que la definiera mejor. El pelo revuelto, los ojos medio cerrados, los labios entreabiertos y sin maquillar. Genial. Genial. Genial. Suspiro consternada.

—No es para tanto, princesita —ríe entre dientes Conrad.

Entorno los ojos, clavándolos en él. Me fijo en su pase, que cuelga de su

cuello por una gruesa cinta azul. Obviamente está guapísimo, como si alguien hubiese recortado la cara de un actor de Hollywood en la gala de los Oscar.

—Para ti es muy fácil decirlo —replico.

Conrad me observa, estudiando mi cara con detenimiento y olvidándose por primera vez de la calzada desde que hemos vuelto a subirnos a la *pickup*. Tras un segundo, frunce el ceño imperceptiblemente, como si hubiese algo que no es capaz de entender, y vuelve su vista al frente. Supongo que no se esperaba ese comentario por mi parte.

Presto más atención a mi identificación, rezando para que por arte de magia la horrible foto haya desaparecido, cuando caigo en la cuenta de algo. Pone Grace Sullivan, no Grace Turner. Entiendo que estamos casados y que lo común suele ser que la mujer adopte el apellido del marido, pero ¿y si no quería hacerlo?, ¿y si me gusta ser Grace Turner o incluso Grace Turner-Sullivan? Maldita sea, ¿por qué no me ha preguntado?

«Porque no le interesa lo más mínimo tu opinión.»

Mi voz de la conciencia no tiene compasión.

—¿Por qué pone Grace Sullivan?

Conrad tuerce el gesto, como si no terminara de entender la pregunta.

—¿Es posible que ya hayas olvidado que estamos casados? —inquire, sardónico.

—No lo he olvidado, pero podrías haberme preguntado. Quizá me guste ser Grace Turner.

—Lo normal es que la esposa lleve el apellido del marido.

—En un matrimonio de verdad puede darse esa posibilidad... entre otras, porque, por si no te has dado cuenta, estamos en el siglo XXI y una mujer puede vivir con su propio apellido sin que la quemem en una hoguera por bruja —le recuerdo, irónica.

—Estamos en Carolina del Norte, no cantes victoria tan rápido —replica, desdeñoso—. Además, en los cuentos, cuando el malvado rey obliga a la princesita a casarse, ella siempre cambia el apellido.

Conrad ríe entre dientes por su propia broma y yo quiero estrangularlo.

—No soy ninguna princesita, así que deja de llamarme así.

—Culpa mía —se disculpa.

¿Una disculpa? Estamos mejorando. ¡Genial!

—Gracias —respondo veloz.

—He dicho malvado rey, me refería a malvado padrastro rico dueño de una multinacional.

Aprieto los labios y lo fulmino con la mirada mientras él sigue encantado con su media sonrisa.

—De todas formas —vuelvo al tema que nos ocupa, obligándome a dejar a un lado lo arrogante e impertinente que puede ser—, esto no es un matrimonio de verdad.

—Me alegra que lo tengas claro —sentencia, presuntuoso.

—Quiero ser Grace Turner —contraataco vehemente, echándome hacia delante en el asiento.

Quizá pueda parecer una tontería, pero no puedo permitir que se tome la libertad de decidirlo absolutamente todo, incluidas cosas que, claramente, me conciernen sólo a mí. Es mi apellido. Es algo que me toca elegir a mí. A lo mejor soy una especie de reencarnación de Elizabeth Taylor, maldita sea, y esperaba fervientemente tener un guion en mi apellido.

—Yo no contaría con ello, princesita —me deja claro.

—No es algo que decidas tú —le dejo claro a él.

—Pues me temo que ya lo he hecho.

Resoplo, exasperada, a la vez que me dejo caer sobre la tapicería. Esto no va a quedarse así.

Conrad detiene la Chevrolet, distrayéndome momentáneamente de mi enfado. Lo hace frente a un edificio pintado de un reluciente blanco y lleno de inmensas ventanas que recorren toda la fachada. Sólo tiene una planta, pero debe de contar con varios miles de metros cuadrados de superficie.

Vuelve a bajarse, dando la conversación por acabada, pero esta vez no voy

a permitírselo. Me cruzo de brazos y me quedo en el asiento. Al llegar a la puerta del copiloto y darse cuenta de que no he salido, clava sus ojos en mí a través de la polvorienta ventanilla y abre la puerta. Finjo que ni siquiera compartimos continente y no muevo un mísero músculo.

—Baja —me ordena.

—No.

Conrad exhala, controlado, todo el aire de sus pulmones.

—Gracie, no estoy de humor —me advierte.

—No voy a moverme de aquí hasta que me prometas que vamos a volver a Seguridad y cambiaremos mi nombre por Grace Turner.

—No pienso hacerlo —prácticamente bufa.

—Pues no pienso salir.

Tengo derecho a decidir lo que me incumba y él tiene que entenderlo.

—Princesita. —Y esa única palabra en sus labios suena como la clara advertencia que ha sido.

Lo ignoro estoicamente. No pienso salir. Y no pienso dar mi brazo a torcer.

—Tú lo has querido.

Su respuesta es todo lo que oigo antes de que Conrad se abalance sobre mí, me sujete de las caderas y me saque de la camioneta. En el mismo momento en el que mis pies tocan el suelo, se inclina y me carga sobre su hombro.

—¡Bájame! —grito por la sorpresa, y por la confusión, y porque los adultos no le hacen eso a otros adultos, ¡y porque no estamos en 1950!—. ¡Conrad!

Pero a él no parece importarle lo más mínimo. Se dirige al edificio a grandes zancadas y atravesamos el vestíbulo. Descubro un viejo guardia de seguridad tras un pequeño mostrador. Lo miro esperanzada. Él tiene que poner orden, no puede parecerle normal... pero, lejos de eso, se levanta suavemente la gorra a modo de saludo.

—Buenos días, señor Sullivan.

—Buenos días, Arthur. Te presento a Grace —añade, arisco—. Le encanta

que la llamen señora Sullivan —le explica sin detenerse—. Adora su nuevo apellido.

¡Pero ¿qué demonios?!

—Buenos días, señora Sullivan —me saluda el empleado.

¡Diablos! ¡Estoy furiosa!

—¡Bájame! —vuelvo a gritar.

Pero mi nueva queja también cae en saco roto.

Cruzamos otro vestíbulo, algo más pequeño que el anterior, y de inmediato accedemos a una enorme sala llena de luz.

—Te he dado la oportunidad de que te comportases como una adulta —me informa resuelto, sin ningún remordimiento— y tú has preferido que hagamos las cosas así. Ya te lo dije en los juzgados, por las buenas o por las malas, princesita.

Se detiene y, al fin, me deja en el suelo. En cuanto mis Converse blancas lo tocan, doy un paso hacia atrás, alejándome de él, construyendo una especie de barrera invisible entre los dos.

—¿Y esto ha sido por las malas? —inquiero, impertinente, fulminándolo con la mirada. Es el hombre menos caballeroso que he conocido en todos los días de mi vida.

Conrad me dedica su media sonrisa y un sudor frío me recorre la nuca.

—Oh, no —sentencia, dando un masculino y arrogante paso e inclinándose sobre mí, destrozando en un segundo la prudente distancia que yo había levantado entre ambos—. No te haces ni una pequeña idea de lo que significa que lo haga por las malas.

Trago saliva instintivamente y mis ojos buscan los suyos mientras sigue así de cerca. ¿A qué se refiere? Conrad no es precisamente un hombre moderno, más bien resulta un animal arisco y de mal trato. Seguro que es de los que piensan que la mujer debe estar embarazada, descalza y en la cocina, y seguro que también es de los que piensan que a las chicas hay que meterlos en cintura.

—¿Qué... qué has querido decir con eso? —pregunto, y mi tono nervioso me delata.

Esa media sonrisa, que, en realidad, nunca se ha ido del todo, vuelve a sus labios.

—¿Impaciente? —replica, canalla.

Tardo un segundo de más en negar con la cabeza, atrapada en esos ojos verdes y repasando una y otra vez sus palabras. ¿Qué es lo que ha querido decir?

Desvío la mirada y carraspeo, obligándome a recuperar una fingida seguridad. No pienso dejar que crea que lo que dice o hace me afecta en lo más mínimo. Grace Turner no se rinde.

«¿Quieres decir Gracie Sullivan?»

#?!*!!#!

—¿Dónde estamos? —pregunto, cruzándome de brazos, esforzándome por sonar hostil y cambiar diametralmente de tema.

Conrad da un paso hacia atrás sin levantar sus ojos de mí.

—Espera aquí —me ordena.

Observo la puerta batiente por la que se ha marchado y muevo la boca, desdeñosa, sin emitir sonido alguno, imitándolo. Es un idiota. Cuadro los hombros y miro a mi alrededor, malhumorada. Sin embargo, la inmensa sala enseguida roba toda mi atención e incluso consigue que me olvide de mi vertiginoso enfado. Los ventanales llenan la estancia de luz, que incide sobre las mesas y sillas de reluciente metal, creando una iluminación casi cegadora. Todo está impolutamente limpio y un aroma dulzón sale de lo que imagino que es la cocina. ¡Estamos en el comedor! ¿Trabajaré aquí? Sonrío de oreja a oreja. ¡Eso sería maravilloso!

No tardo en ver a Conrad tras un mostrador de metal con varias de esas lámparas que mantienen la comida caliente sobre él. Está irascible e impaciente, aunque empiezo a pensar que ése es su estado habitual.

No ha pasado un minuto entero cuando un hombre de mediana edad y una

prominente barriga camina hasta él y comienzan a hablar. En mitad de la conversación, el hombre se inclina para evitar que las lámparas le entorpezcan la visión y me observa. Conrad le dice algo, sólo una palabra, y el hombre le devuelve inmediatamente la atención.

—Él es Robert Nash —me lo presenta Conrad mientras ambos caminan en mi dirección. Me acerco, le tiendo la mano y esbozo una sonrisa nerviosa—. Trabajarás aquí, en el comedor; él será tu jefe. Ella es Gracie.

Me encantará trabajar aquí. Lo sé.

El hombre me estrecha la mano, sólo un segundo, y pierde su mirada en los inmensos ventanales; parece como si no tuviera el más mínimo interés en esta conversación.

—Serás una de las pinches de Nora, la chef —me explica Conrad.

—Genial —replico, y mi sonrisa se ensancha.

De pronto, ocurre lo impensable y la expresión de Conrad se relaja, como si le hubiese contagiado una parte de mi entusiasmo. Yo mantengo mi sonrisa, ahora por un nuevo motivo, aunque ni siquiera lo entienda, mientras sus ojos verdes siguen sobre los míos.

—Básicamente vas a dedicarte a lavar lechuga —gruñe Nash tras Conrad.

Él lo fulmina con la mirada al tiempo que me encojo de hombros. Mi sonrisa se transforma en una más pequeña, pero continúa siendo un gesto feliz.

—No me importa. —Lo digo de verdad—. Creo que va a ser un gran trabajo. —Conrad vuelve a mirarme y toda esa sensación de suave intimidad se reconstruye a nuestro alrededor.

—Empezarás hoy.

Asiento, entusiasmada.

—Me gustaría doblar turno —le explico a Nash, tratando de sonar lo más profesional posible.

Él me observa extrañado, pero, cuando está a punto de contestar, Conrad da un paso hacia mí, robando la atención de los dos.

—No vas a doblar turno, Gracie. —No me está informando, me está

advirtiéndolo.

Mis ojos buscan los suyos y por un momento nos quedamos contemplándonos en una especie de desafío implícito. No pretendo que volvamos a discutir, pero no puedo ceder en esto: necesito conseguir dinero o no cumpliré todas las condiciones de Louis.

—Conrad, necesito hacerlo, por favor.

Se humedece el labio inferior, me toma del brazo y nos aleja unos pasos. Otra vez no hay la más mínima amabilidad en su gesto. Me pregunto si sabe ser amable, y con esto no me refiero a educado, pues no hay ninguna duda de que lo es, y mucho. La diferencia no está en que te abra la puerta del coche, sino en cómo te trata cuando te bajas, en si te coge de la mano y te lleva a cenar con una sonrisa o bien te agarra de la muñeca sin decirte una palabra y te arrastra por un parque aeronáutico perdido en la costa de Carolina del Norte. Por eso Conrad es educado, pero no amable.

—Basta, Gracie —vuelve a advertirme en un susurro que helaría la respiración de cualquiera.

Me suelta, pero ninguno de los dos se mueve.

—Lo siento, pero tengo que hacerlo.

—Se supone que estamos recién casados. ¿Qué clase de esposa pide doblar turno cuando sólo lleva dos días de matrimonio?

«Una que necesita desesperadamente la pasta.»

Me callo esa respuesta. No pienso contarle que necesito dinero. No quiero que él, como Louis, piense que no soy capaz de cuidar de mí misma y, sobre todo, no quiero que me mire con lástima. Él no. No sé por qué, pero no quiero que lo haga.

—Necesito hacerlo —repito, tratando de convencerlo y, de alguna manera, sonar conciliadora.

—La conversación se acaba aquí, princesita.

Sin darme oportunidad a replicar, desliza sus dedos por mi brazo. Mi mente vuela libre y creo que va a cogirme de la mano, pero, en lugar de eso, se

detiene en mi muñeca y la rodea. No puedo evitar alzar la cabeza y encontrarme de nuevo con su mirada de acero. Ha sido un gesto lleno de brusquedad, de dureza, pero, también, un acto de posesión en toda regla, y algo dentro de mí capta esa idea y, en contra de mi sentido común, de todo lo que he creído hasta ahora, incluso de mi propia imagen de mí misma, éste brilla con fuerza, absolutamente hechizada por la sensación de que aquí y ahora, en cierta manera, le pertenezco.

Sus ojos siguen sobre los míos, el acero, el verde... y tengo la sensación de que sus dedos en mi piel también han provocado algo dentro de él. Sin embargo, Conrad mueve la cabeza, levemente, un gesto casi imperceptible, y con él parece escapar de la situación.

Yo tardo un segundo de más en salir de mi ensoñación. ¿En qué estaba pensando? Es obvio que no le ha afectado en absoluto.

Me lleva de vuelta junto a Nash, pero, cuando nos detenemos frente a él, no libera mi muñeca. Mi jefe nos mira a ambos esperando a que se decida a soltarme y pueda entrar en la cocina, donde imagino que tendrá cosas que ordenarme que haga.

Conrad pierde la mirada en los inmensos ventanales, con la mandíbula tensa. Yo muevo la mano suavemente bajo su agarre, pidiéndole sin palabras que me libere, pero no surte efecto. Conrad le dedica a Nash una de las miradas más frías y amenazadoras que he visto en todos los días de mi vida. El hombre traga saliva instintivamente y creo que por un momento el traje de su propia piel le queda grande. No lo culpo. Esa mirada habría intimidado a cualquiera. Frunzo el ceño sin entender muy bien qué es lo que pasa. Conrad me suelta al fin y, sin decir una sola palabra, gira sobre sus gastadas botas y sale del comedor.

¿Qué le ocurre? ¿Por qué ha sido tan hosco con él y con Carter?

Nash lo observa durante unos segundos y finalmente echa a andar hacia la cocina.

—Muévete —gruñe.

Tomo aire y lo sigo. Va a encantarme trabajar aquí. Mi optimismo loco y yo estamos de acuerdo.

—La chef Nora se encarga de decidir las comidas y, lógicamente, de hacerlas —me informa mientras recorremos las instalaciones—. Estarás a su disposición para lo que necesite. Yo me encargo del personal, controlar los pedidos y todo el papeleo.

Asiento. El interior de la cocina está tan pulcro como el comedor. Una mesa enorme de metal brilla hasta casi resplandecer y lo mismo sucede con las estanterías llenas de ollas, sartenes y demás utensilios. A la derecha hay un grandioso fregadero y, junto a la decena de fogones, un pequeño vaso de madera con varias cucharas también de madera de distintos tamaños. A pesar de estar impolutos, es obvio que esos cucharones han cocinado muchísimo. La madera se ha oscurecido hasta marcar distintas tonalidades en cada pala. El contraste de la madera y el metal de la cocina en sí resulta evocador, como si estuviera diciendo que, a pesar de cocinar para miles de personas, la chef sigue poniendo el mismo cariño que si lo hiciera en la intimidad de una pequeña casita.

Curiosa, me acerco y alzo la mano para acariciar los cucharones.

—Yo de ti no lo haría —me frena Nash—. Son las cucharas de Nora. Te cortará las manos si se entera de que las has tocado.

—Lo siento —murmuro, avergonzada.

Él continúa dándome más detalles, aunque lo cierto es que no parece divertirse tener que ocuparse de eso. Finalmente, atravesamos una nueva puerta batiente y accedemos a una nueva sala, considerablemente más pequeña y llena de taquillas azules. Nash se detiene frente a un armario blanco algo descascarillado y abre una de las puertas; estudia el interior y se asoma desde detrás de la misma, me mira de arriba abajo y vuelve a centrarse en lo que quiera que esté haciendo allí.

—Tu taquilla es la segunda por la izquierda —ladra—, y éste es tu uniforme.

Me tiende varias prendas perfectamente dobladas y, sobre ellas, un pequeño candado negro. Lo cojo, pero, cuando voy a mirarlo con más detenimiento, su voz vuelve a distraerme.

—Tu turno será de siete a una. Ficha cuando llegues y cuando te largues. Puedes almorzar en el comedor de empleados y tendrás un día de descanso alterno a la semana. El domingo no hay servicio de comedor, así que sólo se trabaja en turno de tarde para preparar la semana siguiente —me explica, irritado—. Ahora cámbiate. Ya has perdido mucho tiempo.

Nash se dirige a la puerta. Me armo de valor. Hay algo que tengo que hablar con él y para lo que necesito desesperadamente un «sí».

—Señor Nash —lo llamo.

Él se detiene y resopla antes de volverse sin ningún interés en disimular que quiere perderme de vista ya.

—Me gustaría doblar turno.

—Sullivan ha dicho que no —replica sin ni siquiera pensarlo.

Parece que la sombra de Conrad Sullivan es alargada.

—Mi marido —digo, y me cuesta un extraño esfuerzo pronunciar esas palabras— no tiene por qué enterarse.

Nash entorna los ojos y me observa durante unos segundos que se me hacen eternos. No parece un tipo honesto y eso me asusta.

—Si Sullivan no va a enterarse —dice al fin—, no podrás fichar. Él controla los partes de personal. Ficharé por ti, lo que significa que, en vez de ocho dólares la hora, te pagaré tres.

¿Qué? Abro la boca dispuesta a protestar. ¡Eso es increíblemente injusto! Sin embargo, sólo necesito recordar por qué lo hago para que mis ánimos se aplaquen.

—Está bien —respondo a regañadientes.

—Tendrás que hacer los trabajos que nadie quiere, básicamente fregar y limpiar.

—Lo entiendo.

—Bien, imagino que querrás empezar hoy —comenta con una maliciosa satisfacción. No me he equivocado al pensar que no era un buen tipo—. Hablaremos a la una.

Asiento, y Nash se marcha. Ha sido un trato horrible, pero no he tenido más remedio que aceptarlo.

Me cambio de ropa y me pongo el uniforme: una chaquetilla de cocinero blanca y un mandil azul marino, casi negro, a la cintura. Me recojo el pelo en un moño y me coloco el gorro, asegurándome de que me tapa las orejas. Soy consciente de que tengo que contar en el trabajo que llevo audífonos, pero, como con Conrad, necesito un poco más de tiempo.

Estoy terminando de cambiarme cuando percibo ruidos en la cocina. Me doy prisa y salgo de la sala de personal con el paso acelerado, anudándome el delantal, dándome varias vueltas a la cintura. Una mujer afroamericana, de cuarenta y muchos, bajita, con el pelo negro azabache y unos profundos ojos marrones, está revisando unos papeles que Nash le tiende. A su lado hay una chica más o menos de mi edad, con rasgos asiáticos y el pelo recogido en un tirante moño en lo alto de su cabeza. Lleva un uniforme como el mío.

—Hola —saludo, llegando hasta ellos.

Las dos dejan de hacer lo que estaban haciendo y reparan en mí. Al cabo de un segundo, la única que todavía me observa es la mujer afroamericana.

—¿Y se puede saber qué haces tú en mi cocina? —inquire, adusta, girando todo su cuerpo hacia mí al tiempo que se lleva una mano a la cadera.

Trago saliva. No parece demasiado contenta de tenerme aquí.

—Soy Gracie... Soy su nueva pinche, señora Nora.

—Chef —me corrige de inmediato.

—Chef —repito, para hacerle saber que la he entendido.

—¿Sabes algo de cocina?

Niego con la cabeza.

—No —respondo. Tengo que dejar de asentir y negar con la cabeza. Parece que tengo cinco años.

—¿Has trabajado alguna vez en una cocina?

Presiento que la respuesta no va a hacerle la más mínima gracia.

—No.

—¿En serio? —replica, malhumorada, volviéndose hacia Nash.

—Es la mujer de Sullivan —da como toda explicación.

—¿Qué? —exclama, incrédula.

La chica asiática vuelve a mirarme ante tal revelación. No las culpo. Supongo que es complicado entender cómo un hombre como él ha acabado casado con una chica como yo.

—Así que Conrad se ha casado... —comenta con una sonrisa, escrutándome con la mirada—. Me da igual —añade al cabo de unos segundos, volviendo a centrar la atención en los papeles que tiene delante—. Que él se haya casado no implica que yo tenga que cargar con una pinche que nunca ha pisado una cocina. No es mi problema.

Maldita sea. No puedo permitirme perder este empleo.

—Aprendo rápido... —suelto dando un paso hacia ella— chef.

La cocinera vuelve a estudiarme con sus enormes ojos y finalmente su expresión parece relajarse.

—Ponte con las cebollas. Alguna vez habrás cortado una, ¿verdad? —plantea con una mezcla de seguridad y condescendencia; el toque de alguien que está acostumbrado a tener a personas bajo su mando.

Asiento.

—Sí —me reafirmo.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

Voy a asentir, pero me contengo.

—Sí, chef.

Cojo un enorme cuenco de metal lleno de cebollas, una de las tablas de cortar de la estantería y un grueso cuchillo. No sé mucho de cocina, pero me encantaba ver a mi madre cuando se ponía a ella. En la época en la que aún vivíamos en nuestro pequeño apartamento en Gramercy Park, todas las noches,

sin excepción, ella cocinaba para nosotros. Daba igual si él aparecía con una pizza para quitarle algo de trabajo, pues entonces ella hacía una ensalada y preparaba patatas al horno como acompañamiento. Siempre decía que cocinar para nosotros era una de las maneras que tenía de expresar cuánto nos quería. Cuando mi padre murió y tiempo después se casó con Louis y nos mudamos con él a su descomunal ático en Lennox Hill, poco a poco, fue dejando de hacerlo. Aun así, todos los domingos preparaba un plato especial, y a mí me encantaba sentarme en uno de los taburetes de la isla de la cocina y observar cómo lo elaboraba todo sin perderme ningún detalle. Su plato estrella era la lasaña.

—Hola —digo, saludando a la chica asiática, al otro lado de la enorme mesa de metal. Está pelando y cortando calabacines a una velocidad endiablada.

Alza la cabeza, repara en mí un instante y vuelve a concentrarse en lo que sus hábiles manos hacen.

—Me llamo Grace, Gracie.

—Maiko-Moon —responde en un golpe de voz, sin mirarme.

Prácticamente en ese mismo instante coge el bol lleno de verdura pelada y se dirige con él al fregadero. Creo que no le caigo demasiado bien.

Paulatinamente, el ritmo de trabajo se va incrementando hasta que, pasados unos minutos de las once, se convierte en una auténtica locura. El primer turno de comidas en el almuerzo empieza a las doce y media y la puntualidad en el parque, sea en el aspecto que sea, es sagrada.

—Gracie, Gracie, Gracie..., más rápido —me ordena Nora.

Está removiendo una gigantesca olla de camarones con sémola y verduras picadas, uno de los platos más típicos de Carolina del Norte. Las especias frescas han llenado la cocina de un olor sencillamente delicioso.

—Tienes que darte más prisa —repite.

—Sí, chef —respondo, llegando al fin hasta ella con una cesta llena de patas de cangrejo. Creo que nunca había pelado tantas en mi vida y creo que

tampoco había sentido nunca un dolor tan intenso en la punta de los dedos.

—Corta las patatas como te he dicho. Quiero las diez bandejas llenas ya.

—Sí, chef.

Camino, casi corriendo, hasta la mesa y comienzo a cortar las patatas en taquitos. Tengo el cuerpo tenso y estoy sudando. Nunca imaginé que el trabajo en una cocina podría ser tan estresante.

—¡Por Dios, así no! —grita Nora a mi espalda.

Me empuja con la cadera para que me haga a un lado y me arrebató el cuchillo y la patata de las manos.

—Las estás destrozando —protesta—. Las patatas atrapan todo su sabor en el horno cuando las cebollas van tostándose sobre ellas mezcladas con la sal y el romero. —Con un suave movimiento de muñeca, logra que el cuchillo atraviese con agilidad la patata, consiguiendo una ristra de trozos casi iguales—. No puedes cortarlas demasiado grandes, porque quedarán crudas por dentro, ni demasiado pequeñas, porque se harán demasiado.

Termina de trocear la patata y la rocía con un poco de sal y un poco de romero, que previamente ha mezclado en un pequeño bol de cristal con unas gotas de aceite de oliva virgen extra y exactamente dos granos de café. Sonríe por el resultado y, por inercia, yo también lo hago. Ni siquiera está cocinado y ya es obvio que estará delicioso.

Al ver la manera en la que miro la bandeja, Nora frunce el ceño y se gira hacia mí, llevándose las manos a las caderas.

—Y no sé por qué estoy perdiendo el tiempo explicándote esto cuando es algo que tú ya deberías saber —añade tajante, dejando el cuchillo sobre la mesa—. Quiero las diez bandejas ya.

—Sí, chef —respondo mientras cojo otra patata a la velocidad del rayo.

Nora vuelve a sus fogones.

—¿Siempre es así? —le pregunto a Maiko-Moon—. Parece muy exigente.

Ella alza la cabeza, me mira un segundo y vuelve a prestar atención a lo que está haciendo. Es la tercera vez que intento entablar una conversación con ella,

y las tres he obtenido el mismo resultado. No se me da muy bien la gente, ¿recordáis?

Los primeros trabajadores empiezan a llegar y, perezosos, se acercan al mostrador. En cuanto el olor de la comida los envuelve, todos sonríen y comienzan a cuchichear sobre lo bien que huele y lo rico que seguro que estará.

Tres personas con chaquetillas de cocinero negras y mandiles a juego son las encargadas de servirles la comida. Nora no las deja entrar en la cocina. Según ha dicho a voz en grito: «En mi cocina no entran camareros y todos deberían saberlo».

—¡Gracie, las patatas!

No respondo y acelero el ritmo. Cinco minutos después, tengo la última bandeja lista y dos cortes en la mano.

—Extiende la masa de hojaldre sobre la mesa. Asegúrate de que sólo extiendes una lámina cada vez.

—Sí, chef.

Es agotador y estresante. Es agotadoramente estresante.

El murmullo en el comedor se suaviza, pero se vuelve continuo. Las voces de los trabajadores se entremezclan con los tenedores chocando contra los platos. Voy hasta el fregadero a dejar los utensilios sucios y saco de la enorme cámara una pieza de mantequilla del tamaño de un ladrillo. Hundo los dedos en ella y comienzo a untarla sobre el hojaldre. Nora ha insistido en que lo haga con las manos, el hojaldre es demasiado delicado y podría romperse, pero la mantequilla está helada y apenas unos minutos después siento los dedos entumecidos. Afortunadamente termino rápido.

Estoy en la pila, lavándome las manos y recuperando un poco de calor en ellas gracias al agua caliente, cuando la puerta batiente se mueve y, a pesar de que una de las estanterías me tapa la visión, el sonido de un andar seguro y masculino me distrae. Creo que mi propio cuerpo ha sabido antes que yo que Conrad acaba de entrar en la cocina.

—Mira a quién tenemos aquí —oigo decir a Nora—, al flamante esposo.

Maiko-Moon abandona lo que está haciendo y corre a la nevera. Regresa a los pocos segundos y deja dos botes sobre la mesa de metal, junto a la chef.

El motor de la cámara se reactiva para mantener el frío y no oigo la respuesta de Conrad. Sigue caminando y, al fin, entra en mi campo de visión. Se detiene junto a la cocinera, apoyándose en el lateral de metal y cruzándose de brazos. Ladea la cabeza y sus miradas se encuentran. Ella enarca las cejas en un gesto muy significativo. Él le mantiene la mirada, imperturbable, hasta que, finalmente, se humedece el labio inferior, tratando de disimular una sonrisa, al tiempo que pierde su vista al frente, en el bullicioso comedor.

Cierro el grifo y tomo aire antes de separarme de la pila. No sé si estoy preparada para otro encuentro con Conrad. Llevamos poco más de veinticuatro horas casados y aún no sé muy bien cómo me siento. Estoy lejos de Nueva York, de mi padrastro, de mis únicos amigos, de todo lo que he conocido... y lo único que sé de Conrad es que me enfada, me intimida y, lo que más me asusta, consigue que sienta cosas que ni siquiera entiendo.

Decido quedarme en mi escondite particular y comienzo a lavar las fresas que la chef usará para el hojaldre. Cada pieza es de un color rojo intenso, como si estuviera pintada. Toda la comida con la que hemos trabajado aquí era de una calidad indiscutible.

Lavo concienzudamente cada fresa, pero, fruta a fruta, cada vez me siento más nerviosa. Creo que es el simple hecho de saber que él está aquí, en la misma habitación que yo.

Al lavar la última, me doy cuenta de que no tengo más remedio que volver y, con el paso acelerado, pero tratando de que sea seguro, regreso a la mesa central. Aún no he llegado al inmenso mueble de metal cuando Conrad repara en mí. Su mirada me atrapa sin dejarme escapatoria posible y, de pronto, tengo la firme sensación de que sabe sin asomo de dudas dónde he estado en todo momento.

—Coloca las fresas sobre la mantequilla —me ordena la cocinera.

Me obligo a dejar de mirar a Conrad y doy el último paso que me separa de la mesa. Debo concentrarme en el trabajo.

De reojo, puedo ver cómo Nora deja dos rebanadas de pan blanco sobre la mesa y coge un bote de mantequilla de cacahuete; imagino que ése y el de mermelada de arándanos son los que Maiko-Moon ha traído a toda velocidad de la cámara. Frunzo el ceño, confusa. ¿Está preparando un sándwich? ¿Para quién?

Alzo la mirada y la de Conrad, que ya me esperaba, vuelve a atraparme. Nunca había visto unos ojos tan bonitos, a medio camino entre toda la frialdad y una extraña calidez casi hipnótica, entre el acero y el deseo.

Vuelvo a apartar la vista y me centro en las perfectas fresas sobre el perfecto hojaldre recubierto de mantequilla. ¿Por qué no puedo sentirme con Conrad como me siento con los otros chicos? ¿Por qué no puede asustarme o parecerme amable? ¿Por qué tiene que dejarme en una especie de tierra de nadie, con un montón de sensaciones a las que ni siquiera sé ponerle nombre?

—No sé por qué te sigo mimando así —se queja la chef—. A la mesa del señor Sullivan —gruñe a una de las camareras, pasándole el sándwich por la larga y delgada ventana.

Conrad le dedica una sonrisa perezosa, es obvio que tiene muy claro lo que consigue cuando la muestra en toda su plenitud. Se incorpora despacio y da un paso hacia la puerta. Antes de echar a andar definitivamente, su mirada vuelve a robarme cualquier posibilidad de reaccionar y, durante unos segundos que se me hacen demasiado cortos, sólo me observa.

Se marcha sin decir una sola palabra y el corazón vuelve a latirme demasiado rápido.

Aún estoy colocando fresas cuando, quiero pensar que involuntariamente, la ventana entra en mi campo de visión. Sé que no debería, pero doy un paso en su dirección y acabo buscando a Conrad en el comedor. Está en una de las mesas, sentado con varios hombres, aunque no participa de la conversación.

Sin embargo, ni ellos ni él parecen estar violentos. No se trata de que el jefe haya decidido comer contigo y no te quede otra que apechugar, están cómodos.

Un hombre camina con paso dubitativo hasta él. Se detiene a su lado y lo llama «señor Sullivan», al tiempo que se quita la gorra en señal de respeto.

Al oír su nombre, Conrad alza la cabeza y, al ver al hombre, se levanta. El trabajador está algo lejos y un poco ladeado para poder leerle los labios con claridad, pero logro captar que es uno de los operarios de los hangares y que tiene un problema con su hijo.

El hombre se lo explica muy preocupado, retorciendo la gorra, nervioso, entre sus manos. Conrad lo observa realmente atento; el empleado empieza a trabarse, a tartamudear...; cada vez está más inquieto.

«No te preocupes —dice Conrad con una seguridad aplastante—; lo solucionaremos», añade. El trabajador asiente, aliviado, y él se gira para decirle algo a uno de los hombres de la mesa, que responde un contundente «por supuesto, señor. Cuente con ello». Conrad asiente, le hace un gesto al hombre de la gorra y se marcha sin ni siquiera terminarse el sándwich.

Ha corrido a ayudarlo en cuanto lo ha necesitado. No puedo evitar comparar cómo se ha comportado con él, y con los hombres con los que comía, con el trato que le dio primero a Carter y después a Nash, totalmente opuesto... por no hablar de Niko y Nora. Parece que Conrad Sullivan sí sabe ser amable después de todo y está claro que se preocupa por los demás.

—¿Te gustan las vistas? —La voz de la cocinera a mi espalda me hace dar un suave respingo y volver de inmediato al hojaldre.

—Lo siento, chef —me disculpo, veloz.

—Más te vale, chiquilla —sentencia.

La hora siguiente la paso trabajando al mismo ritmo casi delirante. Para la chef, nunca me doy la suficiente prisa, y empiezo a pensar que, quizá, me equivoqué con eso de que aprendo rápido, pero, entonces, mi optimismo loco saca pecho y me recuerda con una seguridad inquebrantable que sólo es el primer día y mañana irá mejor.

—Ya podéis salir a comer —nos anuncia la chef a Maiko-Moon y a mí al tiempo que nos sirve un plato de camarones con sémola y verduras y otro de patas de cangrejo con salsa de mantequilla para cada una—. Cuando terminéis, venid a por el postre.

A pesar de que me duele cada músculo, sonrío de oreja a oreja; estoy hambrienta.

Cogemos los platos y salimos al inmenso comedor. Maiko se adelanta y se sienta en una de las mesas más alejadas de las ventanas. Yo la sigo; apenas he avanzado un par de metros cuando muchos de los trabajadores se giran para mirarme y empiezan a cuchichear. Parece que el señor Carter tenía razón y la noticia de mi boda con Conrad ha corrido como la pólvora.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí? —le pregunto a Maiko. Quizá, ahora que no estamos en el estrés de la cocina, se anime a hablar.

Ella deja de comer y remueve el cangrejo, pero no responde.

—Debe de ser complicado adaptarse al parque, pero estoy segura de que es un lugar que vale la pena. —Silencio absoluto—. Llegué ayer y apenas he visto un par de calles, pero la zona de los hangares me ha parecido increíble. —Nada—. Nací en Nueva York y me encanta, pero creo que este sitio es muy especial —sentencio con una sonrisa animada e incluso un poco esperanzada.

Sin embargo, no obtengo ninguna respuesta.

Decepcionada, hundo los hombros y sigo comiendo en silencio. No se me da bien la gente. Da igual cuántas veces lo intente.

Los cuchicheos siguen aumentando y lo que eran tímidas miradas, poco a poco, pasa a ser un escrutinio en toda regla y yo cada vez empiezo a sentirme más incómoda. Termino de comer lo más rápido posible y miento a Nora diciéndole que no me apetece el postre sólo para poder escapar del comedor.

Ficho justo después de Maiko-Moon, pero no me cambio; ahora empieza mi segundo turno. Por suerte, no tardo en encontrar a Nash, que me espera con una sonrisa ruin en los labios. Conmigo hará el negocio de su vida: cobrará cinco dólares la hora por dejarme trabajar.

—Tienes que fregar —me anuncia.

Sólo quedan un par de rezagados en el comedor, terminándose el hojaldre. Nash me guía por una puerta contigua a la de la cocina y accedemos a una sala con un descomunal fregadero. Junto a él se apiñan los carritos donde la gente ha ido colocando las bandejas con los restos de la comida y los platos sucios. Abro la boca, al borde del colapso. Es imposible que yo sola pueda encargarme de todo esto.

—Y no tardes, después te ocuparás de limpiar el suelo y las mesas del comedor.

Nash no me da ninguna otra explicación y se marcha. Observo las decenas de carritos, con decenas de bandejas cada uno, y sólo puedo pensar en regresar a Nueva York.

Tomo aire.

—Recuerda por qué haces esto —me digo.

Me recojo el pelo en una coleta —al fin y al cabo, no hay ninguna posibilidad de que nadie aparezca por aquí, y, con toda franqueza, si lo hace, pienso ponerlo a fregar— y comienzo a trabajar sin dejar de pensar un solo segundo en por qué hago esto. No necesito más.

Veo a Nash cruzar el comedor, ya desierto, con una mujer, entre cuchicheos y sonrisas. Pasan a la cocina y oigo la puerta de la cámara abrirse. No veo qué hacen o quién entra, pero unos segundos después caminan hasta el centro de la estancia con un plato enorme lleno de hojaldre. Ella se deja caer en la mesa de metal donde preparamos la comida y se sienta en ella, apoyando también sus pies, calzados con unas botas rojas de cowboy. No hace falta ser ningún lince para saber que a la chef no le haría la más mínima gracia.

Una hora y media más tarde, en el comedor, las cosas no pintan mucho mejor. Nunca había usado una de esas fregonas industriales tan largas ni uno de esos cubos tan grandes y, cuando ya llevo más de la mitad del salón fregado, meto mal el mocho, tropiezo al intentar hacer fuerza para exprimirlo y el cubo se vuelca, desparramando litros y litros de agua, por supuesto, por la

parte que ya había limpiado y no la que me quedaba por limpiar... Son las tres horas más largas de mi vida.

No es hasta que me cambio en el pequeño cuarto de empleados que me doy cuenta de lo cansada que estoy. Me duelen músculos que ni siquiera sabía que existían. Sin embargo, cuando Nash me da los doce dólares que me he ganado por la tarde, vuelvo a sonreír. Puede que sea una cantidad de chiste, pero ya estoy más cerca de conseguir cumplir el trato con mi padrastro.

Me lleno la mano de tiritas, cierro la taquilla convencidísima de que estoy en el buen camino y salgo del edificio. Ahora tengo que centrarme en algo igual de importante que el trabajo: encontrar la biblioteca para poder seguir estudiando y prepararme los próximos exámenes de la universidad. Serán en dos meses y medio y necesito aprobar. Ya perdí un año y no puedo permitirme perder otro.

Lo mejor será que me conecte al servidor de la universidad y apunte toda la bibliografía que necesitaré para estudiar. Tengo que ir a casa de Conrad, buscar mi ordenador... Tan pronto como pronuncio esa frase, visualizo mi MacBook encima de la mesita de centro... ¡de mi apartamento! ¡Me he olvidado mi portátil! Suelto un suspiro triste y frustrado y enfadado. ¡¿Cómo voy a poder estudiar?! En el ordenador tengo los apuntes, las notas para el trabajo que debo preparar, ¡todo! Mi teléfono ni siquiera es una opción: para poder ahorrar lo máximo posible, cambié mi SIM por una de prepago con veinte dólares y sin datos móviles contratados.

Respiro hondo y opto por pensar las cosas con perspectiva. No puedo volver a Nueva York a recoger mi portátil, es un hecho, así que tendré que buscar otras alternativas. Pienso. Pienso. Pienso. En la biblioteca tendrán ordenadores, podré empezar trabajando allí.

Sonrío, obligándome a dejar todos los problemas atrás; son muchos, pero podré con ellos. Con la idea de encontrar la biblioteca en mente, comienzo a andar. Como no quiero perderme de nuevo y acabar por error en una zona donde no pueda estar, decido ir hasta la entrada principal. Si mal no recuerdo,

es una larga avenida recta que se ve desde el comedor. Ni siquiera yo podría extraviarme. Allí le preguntaré al vigilante dónde está la biblioteca; el asignado al edificio del comedor, Arthur, ya se ha marchado.

Afortunadamente, aunque estoy cansada y el camino es largo, se me pasa en un abrir y cerrar de ojos. Me quedo embobada con cada edificio, tratando de averiguar qué será cada uno, estudiándolos en la distancia, y, antes de que me dé cuenta, la garita de seguridad y las enormes vallas y bolardos de acero para controlar el acceso al parque entran en mi campo de visión.

—Buenas tardes... —lo saludo con una sonrisa, mirando su placa identificativa— Monroe.

El guardia me devuelve la sonrisa. Es el mismo que custodiaba la entrada cuando llegamos anoche.

—¿En qué puedo ayudarla, señora Sullivan?

—En realidad es Turner.

Él me mira con el ceño fruncido y finjo que no ocurre nada raro. Puede que gracias al hombre menos amable de la Costa Este en mi pase ponga Sullivan, pero ése no es mi apellido. Fin del comunicado.

—¿Podría decirme dónde está la biblioteca? —añado, dispuesta a centrarnos en el tema que me ha traído hasta aquí—. Aún no conozco muy bien el parque y no quiero molestar a Conrad.

Sonrío de nuevo, esta vez un poco más nerviosa; no quiero levantar sospechas sobre mi matrimonio.

—Me encantaría ayudarla, pero no hay biblioteca en el parque.

¿Qué? Tuerzo el gesto. Este lugar tiene pinta de tener de todo. Por los comentarios que he oído en la cocina y el comedor, sé que hay hospital, escuela, supermercado y bar. He dado por hecho que habría una biblioteca. ¡Maldita sea!

—Puede ir a la del pueblo —me ofrece.

Sonrío, encantada. El universo siempre tiene un plan B.

—Genial.

—Point Harbor está a unas cinco millas, pero el parque ofrece un autobús a las personas que necesitan desplazarse hasta allí.

—¿Dónde está la parada? —Estoy deseando empezar.

—Allí —dice, señalando un grueso letrero amarillo y azul junto a un banco macizo pintado de reluciente color blanco—, pero ahora no podrá cogerlo. El autobús sale a primera hora y no regresa hasta la tarde.

Hundo los hombros. Eso significa que no me sirve para ir al pueblo y, con toda probabilidad, tampoco para regresar. Además, quería empezar hoy. Ya perdí muchos días mientras buscaba trabajo en Nueva York. No puedo permitirme el lujo de desperdiciar más tiempo.

—Muchas gracias, Monroe.

No quiero, pero se me hace un poco complicado no desanimarme. Aun así, cabeceo y echo a andar de vuelta a la casa. No voy a rendirme. Hallaré la manera, un transporte para ser exactos; sólo tengo que pensar un poco.

El sol aprieta bastante y no encuentro una mísera sombra donde cobijarme. El mar suena cercano, e incluso puedo notar el olor a agua salada, pero no tengo ni la más remota idea de dónde está.

Intento hablar con Ophelia, pero la cobertura es desastrosa y, después de cinco intentos, me guardo el móvil sin conseguirlo.

No sé cuánto tardo, pero es bastante, y creo que es porque me pierdo, pues sé que el parque no es tan grande.

Cuando por fin veo la casita de Conrad, en mitad de una calle de casitas iguales, no puedo evitar sonreír. Es pequeña y exactamente como las demás, pero me gusta; no sé, me parece que tiene algo especial.

Estoy enfilando el camino de piedra que cruza el jardín cuando la puerta se abre bruscamente y Conrad aparece al otro lado. Su halo de imponente y atractivo me frena en seco. No me vendría mal acostumbrarme de una vez a su aspecto.

Al verme, frunce el ceño imperceptiblemente y su cuerpo se tensa un poco más. Está enfadado y, por un momento, esa simple idea logra intimidarme.

—Llevo más de una hora buscándote —ruge, bajando el pequeño escalón que separa la vivienda del camino y deteniéndose ahí, exactamente a tres pasos de mí—. ¿Dónde estabas?

No digas «doblando turno». No digas «doblando turno».

—Explorando —respondo en un golpe de voz—. Quería conocer el parque. Sonríó nerviosa, no sé si para ocultar mi bochornosa mentira o para hacerlo sonreír a él.

La reacción de Conrad no se hace esperar y su ceño se arruga aún más. Vale, está todavía más enfadado que antes.

—Conocer el parque... —gruñe con algo a medio camino entre una mordaz sonrisa y un fugaz e irritado suspiro en los labios.

Ahora soy yo la que frunce el entrecejo.

—¿Qué tiene de malo?

Conrad ladea la cabeza y me observa con un gesto algo duro, algo desdeñoso y muy condescendiente, como un profesor muy sexy y muy inteligente.

—¿Recuerdas lo que ha pasado está mañana? —pregunta.

No necesita especificar más. Sé a lo que se refiere y no lleva razón.

—Lo de esta mañana sólo ha sido un accidente —me reafirmo.

—No lo maquilles, princesita —replica con un toque de malicia—. Según tú, no pasó absolutamente nada, aunque al resto de las personas con un mínimo de sentido común les parecería peligroso que un avión les sobrevolara la cabeza.

Aprieto los labios. Ahora yo también estoy enfadada.

—Me he equivocado —me defiendo—. ¿Acaso tú no te equivocas nunca?

—Más de lo que me gustaría.

Conrad cabecea, frustrado, y enseguida comprendo que se refiere a un error muy concreto.

—¿Lo dices porque yo esté aquí?

Bajo la mirada. Tengo claro que no nos hemos casado por amor, pero

tampoco esperaba ser una equivocación para él.

Los dos nos quedamos en silencio. Conrad pierde su vista a un lado, en ningún punto en concreto, y sus ojos verdes se encuentran con la frondosa arboleda del Sound.

—No quiero hablar de eso —sentencia.

No quiere tener que decirlo, pero esa frase es otra manera de pronunciar un «sí».

—Sólo necesito que no hagas esto —añade, señalando vagamente entre los dos con las manos, volviendo a mirarme al fin—, que no te metas en líos.

La rabia vuelve como un ciclón, sustituyendo todo lo demás.

—Maldita sea —le espeto—. No me he metido en ningún lío.

—Y habrá sido más por suerte que por otra cosa.

—Deja de reírte de mí —le reprocho.

Mis ojos atrapan los suyos y me doy cuenta de que me he equivocado, que no ha intentado reírse de mí. Realmente cree que ni sé ni puedo cuidar de mí misma. Me duele y no sé por qué, tal vez porque lo he oído demasiadas veces. Es lo que Louis piensa de mí. Fue el único motivo por el que me puso las tres condiciones, para demostrarme que no podría hacerlo.

—No tienes ningún instinto de supervivencia, princesita —me advierte, echando a andar hacia la camioneta.

—No eres el primero que me lo dice, ¿sabes? —contesto, y no puedo evitar que mi voz suene triste.

Conrad ralentiza el paso hasta detenerse a mi lado. La gente no se me da bien, la gente me da miedo, pero, a pesar de todo, con él no me siento así, como si hubiese algo que no puedo controlar, que ni siquiera soy capaz de ver, que me hace sentir segura. No sé si es un presentimiento, una idea, un instinto, pero eclipsa todo lo demás.

Él se queda muy quieto y, por un instante, tengo la sensación de que sabe cómo me siento.

—Apuesto a que los dos tenemos razón —sentencia con la voz neutra, sin

dudas, reanudando el paso.

Está claro que no podía estar más equivocada.

La idea de haber vuelto al punto de partida rebota en mi mente. Soy consciente de que no sé desenvolverme, ni siquiera puedo oír sin ayuda, soy un desastre... pero no está siendo justo. No sabe cómo es mi vida, cómo soy yo.

—Tú no me conoces —replico, volviéndome y apretando los puños junto a mis costados.

Mis palabras lo detienen en seco. Sus hombros, bajo su camisa, vuelven a tensarse. Hinchaba el pecho y, despacio, deja escapar todo el aire. Es un animal de mal trato, duro y difícil, pero ese mismo algo dentro de mí me dice que todo esto también le afecta. No tengo ni la más remota idea de por qué, pero tengo la sensación de que está luchando para que las cosas sean así, para alejarme.

Creo que Conrad Sullivan nunca deja de luchar.

Conrad

La distancia es un escudo. Lo aprendí hace mucho tiempo. He oído decir muchas veces que, si no dejas a nadie entrar en tu vida, nadie podrá hacerte daño. Para mí no es así. Si no dejas a nadie entrar en mi vida, no podré hacerle daño a nadie. No me sentiré como un cabrón sin sentimientos después. El miedo no se hará más grande.

Gracie me observa con esos enormes ojos azules muy abiertos y la expresión triste, incluso perdida. Me mira como si acabara de decir una monstruosidad, y puede que tenga razón, pero no por eso deja de ser verdad.

—No me conoces —repite casi en un murmullo, y suena cansada. Juraría que lleva luchando la misma pelea demasiado tiempo.

Tiene razón. No la conozco. No sé por qué se comporta como un animalillo asustado, por qué es tan tímida, pero lo es y ahora mismo eso es lo único que cuenta aquí. No tiene ninguna oportunidad de sobrevivir en esta situación, por eso ha sido un error y por eso sigo conservando un billete para ella a Nueva York.

Cuando esta mañana la vi en mitad de la pista de prueba de los hangares, creí que iba a volverme loco. Podría haberle pasado cualquier cosa, un accidente demasiado grave incluso, pero ella se empeñó en tratar de explicarme una y otra vez que no ocurría nada, que sólo se había equivocado de camino. ¿Acaso no se da cuenta del peligro?

Por eso, al llegar del trabajo y no encontrarla en casa cuando su turno había terminado hacía horas, no podía dejar de pensar que podría haberle ocurrido algo o que se habría metido en otro condenado rincón donde no debía estar.

Me obligo a seguir andando, me monto en la camioneta y me marchó sin mirar atrás.

Tengo que reconocer que besarla no fue una buena idea, aunque, siendo tan pragmático como lo soy siempre, fue la solución a un problema. Con sinceridad, lo hice porque me estaba poniendo de los nervios y, cuando la vi de pie, junto a la *pickup*, con los puños cerrados, enfadada, ni siquiera lo pensé. Lo que no calculé fue que me gustara; que me pusiese como una puta moto, en realidad. Por eso después estaba de un humor de perros y por eso tuve con Carter menos paciencia de la que suelo tener, aunque ésa es la última de mis preocupaciones. Sólo es un gilipollas que se cree que, por ser hombre, blanco y llevar traje, puede tratar peor a las personas que no cumplen esas estúpidas características. Se merece una maldita paliza. No sé por qué no se la he dado ya.

Sin ni siquiera darme cuenta, llego al Amelia's, el Amelia Earhart's Livin' Room, en realidad, el bar del parque; supongo que es obvio cuánto nos gustan los aviones por aquí.

—¡Flamante esposo! —grita Niko al verme entrar.

Sonrío y camino hacia la mesa donde está sentado con Nora. Miro a Harvey, el camarero, que también es el dueño del local, un expolicía pelirrojo, con barba y cara de malas pulgas, que asiente parco, indicándome que ahora mismo me lleva mi Budweiser.

—Pensaba que estarías en tu casita —empieza a pincharme en cuanto estoy lo suficientemente cerca—, con tu mujercita, decidiendo el nombre de vuestros hijos.

Ni siquiera lo escucho y tomo asiento junto a Nora. Mi cerveza llega justo a tiempo. Apoyo los codos en la vieja mesa y, rodeando con el dedo corazón el cuello del botellín, le doy un trago.

Llegué al parque hace cuatro años. Niko fue la primera persona a la que conocí; era nuevo como yo, y nos ayudamos a acostumbrarnos a esto, a tener a alguien cuando no tienes cerca a nadie más. Es mi mejor amigo. Nora apareció

unos meses después y decidió que iba a convertirse en mi hermana mayor; no se lo pedí, incluso me negué, pero le importó bastante poco.

—No voy a negar que me ha sorprendido —toma el relevo nuestra chef—. ¿Por qué no nos contaste nada?

—Porque no hay nada que contar —replico, esforzándome en sonar indiferente. Es una técnica que he llegado a dominar con los años.

No les he explicado que el matrimonio con la princesita es sólo un acuerdo con fecha de caducidad. Confío en ellos, pero es una decisión que tomamos nosotros y nos pertenece exclusivamente a nosotros. Supongo que podría decirse que soy una persona reservada.

Nora suelta un gemido absolutamente indignado y no puedo evitar volver a sonreír.

—¿Te estás quedando conmigo? —me suelta—. Te fuiste a Nueva York para dos semanas y has regresado a los dos días en mitad de la noche con una criaturita que no gritaría «fuego» en mitad de un incendio por no molestar.

Tuerzo el gesto. Sé que tiene razón, pero no quiero que la describa así. Sólo me recuerda lo tímida e inocente que es, lo poco que encaja aquí.

Por eso he tenido que decir todo lo que he dicho antes. Sé que la princesita necesitaba que la abrazasen; no soy ningún cabrón, pero todo lo que pensé en el camino desde Nueva York sigue siendo verdad... No puedo dejar que se sienta segura a mi lado, porque dentro de tres meses no quiero tener que ser el hijo de puta que le diga que no puede ser. Sé que soy consciente de que no lo parece, pero sólo estoy intentando que, en un futuro muy cierto y muy próximo, todo resulte más fácil para ella y, no voy a negarlo, no soy de los que se esconden, también para mí.

Nora suelta una risotada. Os lo he dicho, es como una hermana mayor.

—A mí no me mires así, ojos verdes —sentencia—. No te va a funcionar.

Una hermana mayor bastante tocapelotas.

—Sigue sin ser tu problema —le recuerdo.

—Se suponía que ibas a aprovechar el viaje a Nueva York para hacer todo

lo que tenías pendiente —continúa, implacable—. Has llegado siquiera a ver...

—No hay nada que contar —me parafraseo, y ahora sueno tajante.

Nora quiere protestar, pero sabe que no tiene nada que hacer. Hay cosas de las que no hablo. Es así de sencillo y no tiene nada que ver con ser o no reservado.

—¿Te paso un sacacorchos? —le pregunta, burlón, Niko para que nos olvidemos de este tema—. Porque no vas a conseguir que hable de otra manera.

La chef tarda un momento, en el que estoy seguro de que medita si debe seguir con esta especie de interrogatorio o no, pero finalmente sonrío y apoya la cabeza en mi hombro, sólo una milésima de segundo, diciéndome tácitamente que ha dado la conversación por acabada.

Yo también sonrío. Le agradezco que se preocupe, pero hay asuntos que es mejor dejarlos encerrados donde están.

Durante los siguientes minutos bebemos un poco más mientras Niko nos cuenta cómo le ha ido el día en el hospital, y Nora, que casi le pega una paliza a Nash. Otro que claramente se la merece y con el que tampoco sé por qué me contengo. El único motivo por el que Gracie está en las cocinas, a pesar de tenerlo de jefe, es que sé que Nora lo mantiene a raya.

—Necesito que, a partir de mañana, prepares una caja más —le digo a la cocinera.

—¿Con cuántos menús? —plantea.

—Dos —respondo—, aunque en la de mañana estaría bien que metieras todos los alimentos básicos que puedas: pan, fruta, arroz...

—¿Cavalier —Gabe Cavalier, para ser exactos, el dueño de todo eso— lo sabe?

—Él quiere que el parque funcione —contesto—. Lo demás es cosa mía.

Tanto ella como Niko asienten, porque ambos saben que tengo razón. Cavalier quiere que todo vaya como tiene que ir, y yo me aseguro de eso, pero también de que todos estén bien, y eso incluye que ellos y sus familias, aunque

estén fuera del parque, tengan todo lo que necesiten. También la gente del pueblo. Todos aquellos a los que pueda ayudar, en realidad. Cualquier persona en mi posición haría lo mismo.

—¿Por eso te estaba buscando Donnie en el comedor durante el almuerzo?
—indaga Niko

Su hijo Dane está teniendo problemas. Él y su novia Cynthia lo están pasando mal.

Asiento. Es lo único que precisan saber.

Mi amigo me mira y en sus ojos veo algo parecido al orgullo, lo que me hace torcer otra vez el gesto y darle un trago a mi cerveza, visiblemente incómodo.

—Deja de mirarme así —me quejo.

—Aprende a aceptar el cariño de la gente que te quiere —protesta de vuelta.

—Métete en tus cosas —gruño.

Niko se lleva la mano al pecho, fingiendo que mis palabras le han dolido, y yo sonrío, satisfecho.

—Tú eres parte de mis cosas.

—No quiero formar parte de «tus cosas». —Hago una mueca de aversión
—. Es asqueroso y raro.

—Pues formas parte de «mis cosas» —repite, haciendo que suene aún más extrañamente pervertido, asintiendo un número ridículo de veces—, profundamente.

—Te doy cien pavos si dejas de hablarme.

—Creo que esto es más divertido.

—Quinientos.

Niko guarda un ceremonioso silencio de cinco segundos enteros. Todo un récord para él.

—¿Tan poco me quieres?

—No —sentencio, simulándome afectado—, pero tengo muchas ganas de

que te calles.

—Yo os doy mil dólares a cada uno si cerráis el pico, ya, ahora mismo —
interviene Nora con vehemencia

Los dos la miramos y ella asiente sin dudar.

—Hablo en serio —añade—. Metálico. Billetes pequeños.

Seguimos mirándonos, absolutamente callados, pero tras dos míseros segundos ya no podemos más. Nora y Niko estallan en carcajadas y yo sonrío de verdad.

Por eso necesito a estos dos. A veces creo que un jodido día voy a olvidar cómo sonreír.

La canción cambia y en los altavoces del bar empieza a sonar *One Way or Another*, de Blondie.

En ese preciso instante, se oye la destartada campanita sobre la puerta del Amelia's y creo que la siento incluso antes de verla, como si algo dentro de mí, un maldito motor, se hubiera activado.

Tiene el pelo húmedo, meciéndose sobre sus hombros con cada paso que da. La recorro con la mirada involuntariamente. Lleva unos pantaloncitos vaqueros cortos, con los bordes deshilachados, y su pecho se hincha y se desinfla, nervioso, bajo una camiseta de tirantes de algodón. Me contengo para no resoplar. La jodida ropa de verano no va a ponerme las cosas fáciles. ¿Por qué parece un puto regalo que desenvolver?

Cabeceo y me obligo a pensar en otra cosa. Por supuesto, follarme a la princesita no es una opción. Si hacer que se sienta segura complicaría las cosas, acostarnos lo enredaría todo aún más.

Se acerca a la barra, tímida, y pone las dos manos sobre el mostrador de madera.

—¿Qué? —demanda Harvey, sin ningún interés en sonar amable.

No lo es. A su favor sólo puedo decir que con el paso del tiempo te acostumbras y le acabas cogiendo cariño.

—¿Podría tomar un mojito, por favor? —musita Gracie.

—Cerveza.

—¿Coronita?

—Budweiser.

—¿Fría?

—Helada.

Ella asiente y desde aquí puedo notar cómo ha ido haciéndose más pequeña con cada pregunta. ¿Por qué es así? No puedo dejar de darle vueltas a eso. El maldito mundo parece asustarla y no le encuentro el más mínimo sentido cuando tiene un padrastro rico que lo habrá puesto a sus pies. De pronto, ese incesante motor va un poco más rápido y ni siquiera entiendo por qué.

Niko me presta atención y lleva su vista hacia donde apunta la mía. Podría haber disimulado, más que nada, por evitarme el comentario que vendrá ahora, pero no es mi estilo. Esconderse es una soberana estupidez y, además, nunca funciona.

—Mira quién está ahí —pronuncia, socarrón, mi amigo—, la flamante esposa. ¡Gracie! —la llama, alzando la mano para hacerse ver.

En cuanto la princesita repara en él, mueve la mirada hasta mí y algo me dice que sabía que estaba aquí, aunque no me hubiese visto. Doy una bocanada de aire, sintiendo cómo el momento, la sensación, va arengando mi sistema nervioso.

Ella suspira y mi cuerpo siente cómo el suyo despierta.

—Siéntate con nosotros —le ofrece Niko.

—No quiero molestar —murmura, encogiéndose suavemente de hombros, dirigiendo otra vez su vista a mi amigo.

Él sonríe, ella le devuelve el gesto y yo estoy de un humor de perros.

—No molestas —sentencia Niko, haciéndole de nuevo un ademán con la mano, esta vez para que se acerque.

La princesita parece reunir valor y finalmente camina hasta nosotros. Niko y Nora la reciben con una amable sonrisa y ella se sienta frente a mí, junto a

él, y ese pequeño detalle me irrita todavía más y no sabéis cómo me gustaría que Dios me explicara por qué.

No digo nada, pero tampoco levanto la vista de ella.

—¿Cuéntanos algo de ti, Gracie? —le pide Nora.

—Estamos intentando sonsacarle información a tu maridito, pero no hay manera —comenta Niko, fulminándome con la mirada.

Finjo que ni siquiera están aquí. Ése es un deporte que también practico mucho y se me da de miedo.

Gracie vuelve a encogerse de hombros.

—No hay mucho que contar —responde al fin.

Antes de que me dé cuenta, una suave, casi imperceptible, sonrisa se cuela en mis labios. Efectivamente, no hay nada que contar. Lo que hay entre los dos es sólo nuestro.

—¿Dónde he oído eso antes? —plantea, guasón, Niko.

—Por lo menos, podrás decirnos de dónde eres, ¿no? —contraataca Nora.

—Sí, chef...

Mi autoproclamada hermana mayor alza la mano, deteniéndola.

—No estamos en el trabajo; aquí soy Nora, ¿de acuerdo?

Gracie sonrío y asiente, realmente contenta. Tengo la sensación de que necesita desesperadamente familiaridad, formar parte de algo, como si el noventa y nueve por ciento del tiempo se sintiese sola. No me gusta esa idea, aunque soy plenamente consciente de que no es la primera vez que lo pienso.

—También puedes llamarla «la mayor entrometida del parque» —añade Niko, consiguiendo que la princesita vuelva a sonreír y poniéndome de mal humor... otra vez.

—Eh —se queja Nora—. Sólo soy una entrometida con vosotros —le advierte, hundiendo su índice en el hombro de él—, porque claramente lo estáis pidiendo a gritos.

—No voy a quitarte la razón —rebate sin una pizca de arrepentimiento.

—Eso pensaba —sentencia ella, asintiendo y observándome de soslayo,

esperando a que yo también admita que me merezco que vaya metiéndose en mis asuntos.

—Creo que esta vez voy a dejar pasar la oportunidad —comento, desdeñoso.

Nora aprieta los labios con desaprobación, pero no puede más, acaba sonriendo y su gesto, aunque mucho más tenue, se contagia en mi expresión.

—Tendré que conformarme con eso —se lamenta, divertida.

Todos sonreímos, la princesita también; es un gesto tímido y suave, como todo lo que hace, pero el motor, ese algo que ella ha activado, acelera como si le hubiesen dado una inyección de gasolina.

—Danos más detalles, Gracie —insiste Nora, volviendo a la conversación—. ¿Qué hacías en Nueva York?

—Estudiaba en la universidad.

Los dos la miran en silencio, esperando que concrete un poco más, y yo hago cuentas. Tiene veintitrés años. Ya debería haber acabado la facultad. Una idea serpentea en mi cerebro y acaba anidando en mi estómago. Seguro que no se lo tomó en serio y perdió un par de años. Eso sí me encaja mucho más con lo del padrastro rico y con haberla obligado a casarse y trabajar.

—Quiero licenciarme en Literatura —concreta.

—Vaya —añade Nora—. ¿Quieres ser profesora?

La princesita niega veloz, incluso se le escapa una sonrisa breve y nerviosa, como si esa posibilidad, simplemente, fuese impensable para ella.

—No —contesta al fin—. Elegí esa carrera porque me encanta leer y contar historias.

—¿Contar historias? —repite Nora, absolutamente encantada—. A mí me chifla escucharlas; cuéntanos alguna.

—No —niega Gracie, y otra vez ni siquiera duda.

Creo que nunca había conocido a nadie tan tímido.

—Vamos —la anima Niko.

—No nos obligues a suplicar, neoyorquina.

La princesita sonríe por el apelativo y, un segundo antes de asentir, me mira directamente a los ojos, buscando valor, como si, a pesar de todo lo que he hecho, a mi lado se sintiese protegida. Esa posibilidad me deja completamente noqueado, pero creo que, por primera vez desde que nos conocimos, no lucho contra mi primer impulso, y le mantengo la mirada. Quiero que se sienta exactamente así, protegida.

—Yo... —empieza a decir tímida— os voy a contar una historia... la historia —carraspea, nerviosa—, la historia «La guerra entre las abejas y los pájaros en el bosque parlante».

Con cada palabra del título que ha pronunciado, su seguridad ha crecido, como si ahora fuese ella de verdad, como si por un segundo se hubiese olvidado de todo lo demás y se concentrase en sus palabras, en esas abejas y esos pájaros.

Nora y Niko sonríen por el encabezamiento. La princesita carraspea de nuevo, pero ya no hay timidez ni nerviosismo.

—Un niña pequeña —empieza a narrar—, no debía de tener más de siete años, soñaba con tener una mascota, pero para ella no sería algo tan simple. Estaba convencida de que sería su mejor amiga, como su caballo para el Llanero Solitario o Colmillo Blanco para el pequeño Jack.

»Todos los días les pedía a sus padres que le trajeran una y, cuando se iba a dormir, siempre, antes de meterse en la cama, le suplicaba a la estrella más brillante que encontraba en el cielo el mismo deseo.

La voz de la princesita es suave, casi melódica, y, poco a poco, nos va aislando de este bar, del mundo. Niko y Nora la miran embelesados y yo... joder, yo no puedo evitar hacer lo mismo.

—Una mañana —continúa—, la niña se levantó y en su mesita de noche encontr  un frasco de cristal. Dentro, había una libélula. Tenía el cuerpo cubierto de un suave y frondoso pelaje de un precioso azul, casi violeta. El color viajaba hasta las alas, donde crecía y se hacía amarillo y naranja. Sus

largas patitas se apoyaban en el vidrio y su divertida carita miraba la de la cría.

»En cuanto la pequeña la vio, la libélula movió las alas, feliz, revoloteando contenta en el tarro. Tenía una amiga, alguien a quien querer para siempre..., pero la niña observó a su mascota, decepcionada. Esperaba un perro, un caballo, quizá un gato o un dragón.

Los tres sonreímos y Gracie lo hace con nosotros. Cuando nuestras miradas se encuentran, se muerde el labio inferior, sólo un segundo, al tiempo que aparta sus preciosos ojos azules y se prepara para seguir hablando.

—En el cole, los otros chicos se rieron de ella y de su «bicho que no valía para nada divertido», y la pequeña se puso muy triste. Su madre le explicó que las libélulas eran las mejores mascotas del mundo, pero la niña no la creyó.

»Esa noche, la chiquilla se acercó a la ventana y abrió el frasco para soltar a la libélula. El insecto miró a su amiga, no quería marcharse, pero ella no le dio opción: agitó el tarro y la libélula voló. Sin embargo, no se marchó. “Vete”, le pidió la cría. “No podemos ser amigas. Necesito una mascota más grande y más fuerte. Tengo que vivir muchas aventuras, ¿sabes? Lo siento de verdad.” A la pequeña se le escapó una lágrima, porque realmente lo lamentaba. La libélula se puso muy triste.

»Antes de irse, el insecto azul, casi violeta, amarillo y naranja batió las alas y se movió como si bailara. La niña creyó ver una estrella dibujada frente a ella, pero dudó, el dibujo se esfumó y su mascota se marchó.

»Pasaron los días y la pequeña estaba cada vez más y más triste. Se sentía sola, aunque no era capaz de comprender por qué. Ya no quería jugar, ni leer. Ya no le apetecía bailar y empezaba a sospechar que no volvería a reírse.

Sin poder evitarlo, Nora suelta un suspiro preocupado y una punzada a la que no quiero poner nombre me atraviesa las costillas.

—Pero, entonces, en plena noche —nos explica, abriendo los ojos, creando una increíble y maravillosa expectación—, algo llamó a su ventana. La

chiquilla se levantó emocionada, la abrió sin dudar y allí estaba, ¡su mascota! Su pequeña libélula... ¿vestida con una brillante armadura?

Frunzo el ceño, sumergido en la historia, como Niko, como la propia Gracie.

—«¿Ahora eres un soldado?», le preguntó, confundida, la niña. La libélula comenzó a moverse, a bailar, y la pequeña comprendió que lo que estaba haciendo eran dibujos, que así, con sus alas y un poco de magia, era como hablaba con ella.

»Le contó que venía de un bosque donde los árboles eran altos hasta donde la vista alcanzaba a ver y también muy sabios, pues sabían hablar. Los árboles le explicaron que las abejas y los pájaros siempre habían vivido en armonía bajo ellos, pero que, hacía un tiempo, un malvado pájaro, llegado de donde las aves nunca habían convivido con los insectos, había convencido a los otros de que no estaba bien compartir el bosque con las abejas y reclamaban todo el cielo para ellos.

»La guerra estaba siendo cruenta. Las abejas casi habían desaparecido. La libélula quería ayudarlas y luchó con ellas, pero necesitaban más. El bosque y el cielo debían ser de todos, como la tierra y el mar lo eran. “Yo las ayudaré”, dijo la niña, valiente, sin dudar. “Llévame al bosque parlante.”

»La libélula marcó el camino y la pequeña la siguió. Fabricaron para ella una armadura, un yelmo y una espada que curaba en vez de herir, y los árboles sabios la apodaron la pequeña guerrera sobre dos patas.

»La lucha fue muy dura; muchas abejas y muchos pájaros cayeron en su fragor. La pequeña guerrera se encontró cara a cara con el pájaro malvado. “¿Por qué no quieres compartir el cielo?”, le espetó sin temor. “Porque los pájaros y las abejas no pueden ser amigos”, respondió. “Todos pueden ser amigos de todos.” “Eso es imposible. Un pájaro y una abeja son diferentes.” “Todos podemos ser mejores”, contraatacó la niña, pero al malvado pájaro le habían enseñado desde pequeño que debía odiar a las abejas. Nunca le habían dado otra oportunidad; sin embargo, ¿y si la pequeña guerrera sobre dos patas

tenía razón?, pensó. Odiar era aburrido y le hacía estar triste. El pájaro se asustó de lo que él mismo pensó. El miedo lo paralizó, y el odio volvió con fuerza porque lo hizo sentir seguro, así que voló hacia la cría, dispuesto a atacarla. Era un pájaro muy fuerte. ¿Ése sería el final? Pero, entonces, la libélula apareció de la nada, volando tan rápido que creaba una corriente de viento a su alrededor. Se estrelló contra el pájaro y ambos cayeron al suelo.

»La niña estaba a salvo. Su pequeña mascota... no.

»La pequeña se arrodilló junto a los dos y empezó a llorar. Había perdido a su compañera de aventuras, a su Colmillo Blanco, había perdido a su mejor amiga. “Tú no eres una libélula, eres un dragón”, dijo entre lágrimas y, entonces, lo recordó: ¡su espada! ¡Podía curar! Veloz, se levantó y, solemne, la empuñó; en cuanto la punta del acero tocó el cuerpecito de la libélula, la magia brotó, los árboles silbaron y su mascota despertó.

»La niña rio feliz, viéndola revolotear a su lado. Su pequeño dragón estaba bien.

»La pequeña guerrera miró entonces al pájaro y dudó, pero la libélula voló frente a ella y dibujó un corazón. La chiquilla recordó en lo que creía: que todos podían cambiar, que todos podían ser mejores; quizá aquel malvado pájaro sólo necesitaba un poco de ayuda.

»Cuando el acero obró su magia y el pájaro respiró, la niña lo invitó a posarse en su dedo índice y le dijo: “La espada te ha salvado porque no importa que por fuera seamos diferentes, ya que por dentro somos todos iguales y sólo depende de ti, pájaro, intentar ser mejor”.

»El pájaro lo comprendió y nunca más volvió a ser malvado.

»Las abejas recuperaron su reino. La paz con los pájaros se logró. El bosque y el cielo serían de todos.

»“¿Aún quieres que seamos amigas?”, le preguntó la pequeña a la libélula. El insecto asintió. No dudó. Empezó a bailar y volvió a dibujar una estrella, la misma que creyó ver aquella noche en su ventana. La cría frunció el ceño. “¿Es tu manera de dibujar la palabra *aventura*?”, planteó confusa. “No”, le

respondió uno de los árboles, “es su manera de dibujar la palabra *amistad*”. La niña sonrió, también asintió, también bailó y también dibujó su propia estrella.

»Su madre tenía razón. Las libélulas eran las mejores mascotas del mundo.

La última palabra se apaga en sus labios y se transforma en una suave sonrisa, una sonrisa jodidamente preciosa. La princesita busca mi mirada y soy incapaz de apartar mis ojos de ella. Ha fabricado un nuevo mundo para nosotros. Acaba de demostrarme lo especial que es.

—Ha sido increíble —murmura, admirada, Nora.

—Alucinante —sentencia Niko.

Sus voces nos sacan de nuestra perfecta ensoñación de golpe. Gracie rompe el contacto, agacha la cabeza y la timidez la embarga de nuevo, como si ella misma fuese la pequeña guerrera del cuento y las historias fueran su espada y su armadura.

El motor de mi interior despegas, creo que el maldito motor se estrella contra el techo, y el deseo del beso se entremezcla con una ternura pura, dura, casi cruel, a punto de partirme en dos.

—No... —responde nerviosa—, yo... sólo es una historia.

—No seas modesta, chiquilla —le pide Nora—. Ha sido genial, ¿verdad, Conrad?

Mis amigos me miran, pero yo sigo con mi vista sobre ella. La princesita alza la cabeza y me observa a través de sus largas pestañas. Es tan inocente que sus ojos azules son transparentes, ella lo es. Si bajo la guardia, sería capaz de transformar estos tres meses en algo diferente, convencerse de que podríamos tener una oportunidad. Es tan especial que incluso podría convencerme a mí.

Todas las alarmas se encienden de repente. No puedo dejar que nadie dependa de mí. No puedes hacerlo cuando...

—Conrad —insiste Nora.

No quiero ser el monstruo sin sentimientos. No quiero ser quien al final lo

estropee. No quiero volver a sentir ese miedo.

—Sólo es una estupidez —me obligo a pronunciar y, tan pronto como lo hago, me siento como el hombre más miserable de toda la condenada tierra.

Gracie aparta la mirada y asiente, nerviosa. Mueve las manos sin saber qué hacer con ellas. Niko y Nora la contemplan con una mezcla de lástima y compasión. Una punzada de rabia me atraviesa. Odio que la miren así.

—Si no os importa, tengo que salir un momento —musita, deslizándose por el sillón, con los ojos llenos de lágrimas.

Me siento como un cabrón, pero lo estoy haciendo por ella... y por mí.

Fija su vista en la puerta y echa a andar hacia ella. Yo sigo con mis ojos al frente, inmóvil, luchando por no agarrarla de la muñeca, sentarla a horcajadas sobre mí y explicarle por qué tengo que comportarme como lo hago.

—Gracie —la llama Nora, pero ella no se detiene.

En cuanto la puerta se cierra a su paso, puede que incluso antes, los dos me fulminan con la mirada.

—¿A qué ha venido eso? —protesta Niko.

Vuelvo a la técnica de fingir no oírlo, pero me cuesta demasiado. Le doy un trago a mi cerveza con la vista todavía al frente, en ninguna parte, en realidad.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —lo secunda Nora.

Mi mente vuela libre y me imagino mi vida de una manera completamente diferente. Me imagino aquí, en el parque, trabajando, pero me imagino sonriendo, como si la carga imaginaria desapareciera, como si el peso sordo en el fondo del estómago nunca hubiera estado ahí. Hay alivio. Hay felicidad. Hay... esperanza, y no hay nada de lo que hay ahora.

Cabeceo al tiempo que un sudor frío me recorre la nuca. Hacía demasiado tiempo que no pensaba en esa posibilidad.

—Conrad Sullivan —insiste Nora—, esa chica es la cosa más inocente que he visto nunca. —Hago una imperceptible mueca. Eso lo tengo clarísimo—. No la trates así —me advierte.

Ya no aguanto más. Me levanto y, decidido, empujo la puerta del bar. No

tardo en verla en la acera pésimamente iluminada, dando pequeños paseos nerviosos de un lado a otro.

—Sé que hicimos un trato —dice al teléfono, con la voz triste—, pero necesito más tiempo. Por favor, Louis.

Louis Cochrane, su padrastro.

Doy una bocanada y me acerco a la barandilla de madera que marca la frontera del porche del bar, alzado apenas un par de metros del suelo. La princesita está tan sólo a unos pasos.

—Por favor —repite.

Con toda probabilidad, lo mejor es que su padrastro ceda, mande a alguien a buscarla y la saque de aquí, o que use el billete que yo mismo compré.

—Pienso cumplir nuestro acuerdo. Te lo prometo —insiste tras lo que sea que él le haya contestado—. Seguiré estudiando, trabajaré muy duro, pero dame más tiempo. Yo... necesito volver a Nueva York, necesito estar cerca de vosotros.

Se lo suplica y algo dentro de mí hace clic. Me doy cuenta de que no habría ninguna posibilidad de que yo me negase..., que me montaría en la camioneta y conduciría toda la noche hasta encontrarla, pero, sobre todo, me doy cuenta de que, si Louis lo hace, la alejará para siempre de mí y, joder, no quiero.

Gracie escucha lo que le responde su padrastro, trata de hacerle entender, pero él parece no darle opción y finalmente se despiden.

La princesita baja el teléfono, abatida, y suspira conteniendo las lágrimas.

—¿Ya vas a rendirte? —le digo.

Ella da un suave respingo al darse cuenta de que estoy en la barandilla y alza la cabeza. La timidez, la tristeza, de alguna manera, se han transformado en rabia.

—Yo no me rindo —me espeta.

—Demuéstramelo.

Demuéstrame que puedes sobrevivir aquí, por favor.

Gracie aprieta los labios reuniendo valor y, al fin, asiente. El alivio me

recorre entero con la fuerza de un ciclón y dejo que el amago de una media sonrisa se cuele en mis labios. Eso es, princesita, tienes que aprender a ser fuerte.

Es un error.

Lo sé.

Pero necesito tenerla cerca.

6

Gracie

Sin esperar respuesta por mi parte, se marcha, andando de una forma que es sólo suya, sexy y sensual a la vez, cadenciosa y dura, como andaría un vaquero mientras se prepara para domar un caballo salvaje, como lo hacían los actores de los cincuenta en esas producciones en cinemascope.

A solas, miro a mi alrededor y tomo aire. Puede que el trabajo sea agotador, que Nash no me pague lo que es justo y que eche de menos a Ophelia, Ted y Louis y, lo que es peor, puede que me sienta sola y a la vez no, que Conrad me mire, sólo un segundo, y me haga sentir protegida, pero que en ese mismo espacio de tiempo haga o diga algo y me deje claro que no le importo, que, con toda probabilidad, se arrepiente de que esté aquí, consiguiendo que me sienta más sola que en cualquier otro momento de mi vida, como si conectásemos en un instante y al siguiente lo perdiese todo..., pero puedo con esto. Tengo que poder. Voy a poder.

No voy a rendirme.

* * *

«Necesito un cambio de estrategia», pienso en cuanto abro los ojos. La idea no podría ser más simple y, al mismo tiempo, más poderosa.

He estado enfocando mal todo este asunto. Sólo tengo que esforzarme más. Sólo tengo que buscar una solución donde encuentre un problema.

Optimismo loco, oficialmente estás al mando.

Rescato la cajita con los audífonos de mi maleta, me los coloco veloz y me

bajo del sofá de un salto.

Camino del baño, al pasar junto a la puerta de la habitación principal, frunzo el ceño al darme cuenta de que la luz de la mesita está encendida. ¿Otra vez se quedó trabajando? Recorro el pequeño y funcional mueble en busca de papeles o carpetas, pero no hay nada. Sin embargo, lo que es un inocente viaje visual pronto se vuelve un poco más... complicado. Conrad está tumbado, bocabajo, otra vez sin camiseta, otra vez con una fina sábana colocada de una forma tan mezquina que deja su firme espalda al descubierto, sus costados..., la manera en la que los músculos de la parte superior y sus hombros se tensan por tener los brazos hacia arriba, con las manos descansando en la almohada.

Tiene el pelo revuelto y el sol dibuja su perfil, dejándole claro al mundo lo guapo que es.

¿Por qué se comportará así? ¿Por qué es como es? Supongo que debería dejar de darle vueltas y aceptar que es su carácter, no todas las personas son buenas, amables o simpáticas, ¿no?, pero es que sé que estaría equivocándome. No puedo explicar por qué, y soy consciente de que sueno como una chiflada de manual, pero lo sé. A veces tengo la sensación de que cada día lucha para no sufrir.

Tuerzo los labios, pensativa, y me obligo a dirigirme al baño.

Me lavo los dientes y me preparo. La música y el buen humor son aliados inseparables, así que me paso más de diez minutos cantando en bucle el *Something Just Like This*, de Coldplay.

—Nuevo día —murmuro saliendo del aseo, colocándome bien las dos pulseras de pequeñas bolitas de madera—, voy a comerme con patatas.

Al alzar la vista, me detengo en seco, a punto de chocarme con un torso desnudo de escándalo. Levanto los ojos un poco más y me topo con los suyos, increíblemente verdes.

Quiero decir algo inteligente, aunque actualmente me conformo con un «buenos días», pero, maldita sea, es muy difícil. Su olor me ha sacudido con

esa mezcla demasiado perfecta de limpio, hombre y suavizante de las sábanas y me está poniendo condenadamente complicado eso de pensar.

Conrad me barre con la mirada y el corazón se me acelera cuando recorre mis piernas desnudas y alcanza el borde de mis vaqueros cortos.

Al llegar a mis ojos, me estudia un poco más, como si la situación, y en concreto mi reacción, lo divirtiesen. Es lo mismo que hizo con el incidente con la cafetera. Se está riendo de mí y no me gusta.

Entorno los ojos y abro la boca dispuesta a reprochárselo, pero él se me adelanta.

—Este día tiene las horas contadas —bromea.

¡Bromea! Sus palabras me pillan por sorpresa, pero de inmediato una sonrisa se cuelga en mis labios. ¡Ha bromeado! Nada de mirarme distante o hacer un comentario adusto.

—Voy a acabar con él —sentencio justo antes de que mi sonrisa se ensanche.

Mi gesto tiene eco y una sonrisa tenue, casi imperceptible, asoma en su rostro, una que tiene escrita la palabra *ternura*.

¡Sí! ¡Tenemos una oportunidad de que estos tres meses no sean un auténtico infierno! ¡Podemos convivir! ¿Quién sabe? ¡Incluso ser amigos!

Sin dudar, echo a andar hacia la puerta, sintiéndome victoriosa.

—Buenos días, Conrad —lo saludo, ya que no lo he hecho antes, ladeando la cabeza, sin detenerme y sin dejar de sonreír.

—Buenos días, princesita —responde él.

* * *

Llego al trabajo de un inmejorable buen humor. ¡No me he perdido! El parque funciona con dos avenidas principales que se cruzan y, a partir de ahí, calles más pequeñas paralelas en todas direcciones, más numerosas y concurridas en la zona de las casas, más separadas y abiertas en la de los

hangares. Es el mismo sistema de distribución que usaban los romanos en sus campamentos. Una vez que he entendido eso, todo ha sido mucho más fácil.

—Gracie, espabila y ponte con las cebollas —gruñe Nora nada más verme entrar.

—Sí, chef —contesto sin titubeos.

No voy a rendirme, ¿recordáis?

Me esfuerzo muchísimo, intento ir más deprisa, ser más eficiente y, dos turnos después, sólo puedo decir que... ha sido exactamente el mismo desastre de ayer: tengo cortes en los dedos, más los que no han cicatrizado todavía, me he equivocado en uno de los aliños, se me ha vuelto a derramar el cubo mientras fregaba y ha quedado constancia de que no tengo la más mínima idea de cómo preparar la tempura para unas verduras, pero, extrañamente, me siento... orgullosa. Han sido diez horas de infierno, pero he aguantado el tirón y me he esforzado al ciento diez por cien.

Mi nueva estrategia también incluye la biblioteca. Descartado el autobús, sólo me queda caminar, y, ¿a que ya lo adivináis?, no me importa. Andaré las cinco millas hasta el pueblo y, con un poco de suerte, podré coger el autobús para volver. Soy neoyorquina y en Manhattan caminamos. ¿Cuánto serán cinco millas?, ¿veinte manzanas?

Son más de las cinco y, aunque el sol no es tan fuerte como esta mañana, sigue desprendiendo un calor casi insoportable. A falta de aceras o algo parecido, avanzo por el arcén de la carretera. Estoy cansada, mucho, pero no puedo evitar fijarme en el increíble escenario natural que rodea el parque. Los árboles son grandes, frondosos y de un espectacular color verde. Como me pasó ayer con las fresas en la comida, tengo la sensación de que alguien ha cogido un rotulador y ha pintado con esmero cada una de las hojas. El mar se oye de fondo, rugiendo con cada ola que llega a la playa, y el cielo no podría ser más azul. Desde luego, el Sound es uno de los lugares más bonitos que he visto jamás.

Aprovecho para intentar llamar a Ophelia, pero la cobertura en los

alrededores del parque es tan mala como en él y no consigo encontrar señal.

Llego a Point Harbor con la palabra *agotada* escrita en la frente. No sé cuántas manzanas habrán sido, pero, desde luego, muchas más de veinte. En cuanto diviso un bar, me dirijo decidida hasta él, dispuesta a gastarme dos de los doce dólares que acabo de ganar en una coca-cola helada, pero, cuando estoy a punto de entrar, me detengo en seco. No puedo permitirme ningún capricho. Asiento para reafirmarme en esa idea y doy media vuelta.

Sonrío cuando veo una fuente. Otro genial plan B del universo. El agua me sienta de maravilla. Al terminar, suelto un suspiro de satisfacción mientras me incorporo y me seco la boca con el reverso de la mano.

Ya recuperada, echo un nuevo vistazo y no tardo en divisar la calle principal. Este pueblo no parece un sitio muy grande; estoy segura de que la biblioteca estará allí.

Es de una sola planta, de color tierra; está coronada con la bandera del estado y la del país, además de un cartel en el que puede leerse BIBLIOTECA en letras de palo negro. Bajo éste, hay una foto algo descascarillada de Noam Chomsky, el famoso lingüista, y una pequeña placa que le dedica el edificio.

Tomo aire, como un corredor antes de la prueba de los cuatrocientos metros lisos en las Olimpiadas, y entro con el paso decidido.

Hay un viejo ordenador con una conexión a Internet bastante pobre, pero, al menos, consigo la lista de libros que debo leer para prepararme los próximos exámenes y poder terminar mi trabajo.

Apenas hay un par de personas y la bibliotecaria. Creo que por eso me gusta tanto. Es un lugar tranquilo, lleno de libros maravillosos e historias increíbles. ¿Qué más se puede pedir?

Busco uno de los manuales de la asignatura Literatura Universal 301, en concreto un tratado sobre la literatura anglosajona del período isabelino, y me instalo en una de las enormes mesas de madera oscura.

Leo las primeras páginas sin problemas, pero los párpados empiezan a pesarme muchísimo. Cambio de postura y me obligo a espabilarme. Tengo que

concentrarme. Paso una hoja más y otra. Christopher Marlowe era un tipo de lo más interesante, incluso hay algunas teorías que defienden que él fue el verdadero autor de ciertas obras que se le atribuyen a William Shakespeare.

—Vamos a cerrar —me explica la bibliotecaria en un susurro, acercándose a mi mesa e inclinándose suavemente sobre ella sin apoyar las manos en la madera.

Alzo la cabeza. ¿Qué hora es ya? Miro mi reloj de pulsera. Las siete y media.

Asiento y cierro el libro, procurando no hacer ruido.

—Me gustaría sacarme el carnet de la biblioteca —digo, acercándome al enorme mostrador.

La mujer asiente y me entrega un formulario.

—Debe rellenarlo.

Asiento de nuevo y alzo la mano, deteniéndola junto a un lapicero lleno de bolígrafos, pidiendo en silencio permiso para usar uno.

—Sírvase —responde.

Completo el formulario y lo consigno de vuelta. La empleada me pide un momento mientras se gira hacia uno de los archivadores de metal a su espalda, tan viejos como el propio edificio. La sigo con la mirada e, involuntariamente, reparo en una caja de cartón de la que sobresale la carcasa de un viejo portátil, amén de otras piezas que no logro distinguir.

Me muerdo el labio inferior al tiempo que una bombillita se enciende en mi cerebro.

—Señorita —la llamo.

Ella hace un ruidito sin girarse, dándome pie a que continúe.

—¿Van a tirar el portátil de la caja?

Está junto a una pila de revistas viejas que incluso han desgrapado para poder reciclar; eso me ha dado valor para preguntar.

—Sí —contesta, concentrada en lo que hace—. Es muy viejo y tiene un sistema operativo demasiado obsoleto.

—¿Le importa que me lo lleve? —inquiero.

La mujer se gira, confusa, pero no tarda más de un segundo en volver a su expresión seria.

—Puede cogerlo, si quiere —automáticamente sonrío—, pero debe saber que lo desmontaron en el taller de informática de los jueves para ver cómo es un ordenador por dentro. Imagino que estarán todas las piezas, aunque no puedo asegurárselo.

—No importa —respondo sin que la sonrisa me abandone, encaramándome al mostrador y atrayendo la caja hacia mí hasta que mis Converse vuelven a tocar el suelo.

Nunca he montado un ordenador, pero en YouTube ya hay tutoriales para todo. Sólo necesito la información adecuada.

El autobús se marcha de vuelta al parque a las seis, así que me toca regresar andado. Cargando la caja del ordenador, es un poco más complicado que el camino de ida, pero por suerte ya no hace tanto calor.

Tomo una decisión. Cuando cruzo el control de seguridad, le pido a Monroe que me explique la manera adecuada de llegar a los hangares sin que una voz de robot a lo *Mad Max* empiece a gritar que estoy en territorio prohibido.

El guardia me indica el camino y quince minutos después estoy pasando delante de la camioneta de Conrad, aparcada junto a otros tantos coches a la sombra que proporciona el gigantesco garaje.

—Disculpa —llamo a un operario con el que me encuentro en la entrada—. ¿Podrías decirme dónde está Conrad Sullivan?

Él asiente y se toma un segundo para pensárselo, rascándose la nuca.

—Trabajando en el X17-500 —responde al fin.

Lo miro como si no hubiese entendido nada, porque, con total franqueza, no he entendido nada.

—El avión grande, al fondo, con «X17-500» escrito en letras azules en el lomo —añade un pelín condescendiente, pero se lo perdono. Tiene un poco de razón.

—Gracias —contesto, reanudando la marcha.

—De todas formas, su oficina está en el hangar —añade, consiguiendo que me gire—, cuarta puerta a la derecha.

Se lo agradezco de nuevo y mi sonrisa se hace mayor. La verdad es que me muero de ganas de ver el despacho de Conrad y, sobre todo, averiguar de una maldita vez si es que se cambia antes de entrar y salir o es que los ingenieros pasan de las corbatas.

Sin embargo, cuando avanzo por la nave, simplemente me quedo... sin palabras. Es increíble. Varios aviones de al menos una decena de metros descansan sobre potentes elevadores, que los mantienen separados del suelo. Los operarios trabajan a su alrededor, concentrados, fuertes; juraría que orgullosos de estar creando algo extraordinario. Sigo caminando, perdida en cada detalle, sonriendo admirada, y de pronto todo parece eclipsarse. Hay un avión más grande, más aerodinámico, más lleno de pasión.

S sonrío de nuevo, alucinada, al ver las letras «X17-500» escritas en su lomo. Ahora entiendo por qué el operario ha pensado que me sería fácil encontrarlo. Es imposible entrar aquí y que no te robe por completo la atención.

Rodeo el aparato con cuidado, esperando ver a Conrad por aquí, hablando con algún mecánico, comprobando los datos en un plano, pero nada, así que me dirijo a su despacho. Mi curiosidad agita la cabeza, contenta. Espero que esta visita resuelva muchas dudas.

Cuento las puertas y enfilo la cuarta. Sin embargo, conforme más me acerco, más segura estoy de que el hombre debe de haberse equivocado.

Llamo, pero no me dan paso, así que me decido a girar el pomo y entrar.

—Siento interrumpir. Estaba buscando a...

Las siguientes palabras se disuelven en mis labios, porque no hay nadie para escucharlas. Dejo con cuidado la caja con el portátil en el suelo, a mi lado. No hay secretaria, ni asistente, ni nada remotamente parecido, ni siquiera otros ingenieros. El despacho de Conrad es un cuarto más bien pequeño, con

una mesa de madera que ha visto tiempos mejores, una silla y varios archivadores de metal. Bajo el gran ventanal que lo comunica con el hangar, hay un desvencijado sofá y, frente a él, una enorme estantería. No hay sofisticación ni adornos carísimos, como se esperaría del despacho de un alto ejecutivo; más bien es el pequeño rincón del mecánico de un taller de coches.

Pero, como me decía mi madre, todas las cosas dependen del cristal con que se miren, y con el primer paso me doy cuenta de que puede que el sofá sea viejo, pero tiene un precioso tapizado *vintage* no por una cuestión de moda, sino porque realmente lo fabricaron así años atrás. La estantería, del suelo al techo, está llena de libros de todas clases, algunos muy antiguos, pero es obvio que todos cuidados con mucho mimo y cariño. Le gusta leer. Sonrío como una idiota y dejo que mis ojos se pierdan en cada detalle, en los planos de aviones enmarcados, en el balón de fútbol americano colocado sobre uno de los muebles, en el cuadro repleto de posavasos firmados. El ventanal filtra los rayos del sol, llenando la estancia de una luz cálida, suave, acogedora, y comprendo que acabo de obtener una pincelada más de Conrad; ahora sé un poquito más de él.

—¿Qué haces aquí, Gracie?

Su voz me sobresalta. Me giro despacio y tengo a Conrad frente a mí. Otra vez en vaqueros y una simple camiseta gris, con las manos en las caderas, una mancha de grasa en el codo y otra en el pómulo.

—¿Éste es tu despacho? —inquiero, curiosa—. Creía que, como eres el ingeniero aeronáutico jefe...

—Ingeniero aeronáutico mecánico jefe —me corrige.

Frunzo el ceño, confusa.

—Es lo que soy —concreta.

—¿No diseñas planos?

—Claro que lo hago, pero también me encargo de que los aviones se construyan como debe hacerse; quedarme encerrado en un despacho no me va.

Sonrío. Creo que eso está claro.

Busco su mirada y ésta me atrapa. Me gusta que sea así, que cree cosas de la nada. Cuando he entrado, he tenido la sensación de que éste era un lugar especial, y me parece maravilloso que él forme parte de ello.

Juraría que Conrad también se da cuenta, porque una chispa de complicidad reluce en el fondo de sus ojos verdes, aunque no me deja verla demasiado tiempo. Aparta la mirada y, cuando la devuelve hasta mí, la distancia mezclada con la determinación reina de nuevo en ella.

—¿Qué querías? —repite, reconduciéndonos a los dos.

Yo necesito un segundo; ahora mismo me cuesta recordar qué me ha traído hasta aquí.

—Hoy he ido a la biblioteca y...

—¿Cómo has ido hasta el pueblo? —me interrumpe al caer en la cuenta de algo.

Lo miro extrañada, sin entender la importancia que puede tener eso.

—Andando.

—Son más de cinco millas —replica, y su voz se ha agravado.

—Créeme, ahora lo sé —sentencio con una sonrisa.

Nunca había caminado tanto.

Conrad deja escapar una breve y mordaz sonrisa en una mezcla de resignación, exasperación y mucha condescendencia.

—No tienes ni idea de cómo funciona el mundo real, ¿verdad, princesita? —pronuncia, pasando a mi lado y dirigiéndose a la mesa.

Sus palabras duelen y van al mismo sitio de todos esos «no puedes cuidar de ti misma».

—No soy ninguna cabeza hueca —le rebato, siguiéndolo enfadada, y mucho, pero esforzándome en que la rabia no le permita ver que también estoy triste.

Conrad cabecea y tengo la sensación de que lo hace porque, a pesar de todo, ha sido capaz de verlo. Saca una botellita de agua de una pequeña nevera

y le da un trago. Por un momento el ambiente se queda en silencio, pero no se calma.

—Point Harbor está a cinco millas —replica con ese tono de profesor de escuela mezclado con un toque de malicia, apoyándose en la mesa hasta casi sentarse en ella—. Se trata de un pueblo que no te es en absoluto familiar y, para llegar a él, has caminado por una carretera que tampoco conoces, sin tener la más mínima idea de si son peligrosos o no.

—Conrad, Point Harbor es precioso, parece una postal...

—No tengo tiempo de cuidar de ti —sentencia.

Sus palabras tambalean mi corazoncito.

—No quiero que cuides de mí —le rebato, más dolida de lo que hubiera imaginado, pero segura como lo he estado de pocas cosas en mi vida. Creo que eso también ha sabido verlo y, si no fuera una absoluta locura, diría que también le duele.

El silencio vuelve a instalarse entre los dos y esta vez está lleno de más cosas y también más complicadas.

—¿Y qué hacemos entonces, princesita? —me pregunta, pero creo que me está desafiando—. ¿Esperamos a que el *sheriff* me llame una tarde para decirme que te has metido en otro lío por no pensar las malditas cosas? No voy a tener esta conversación otra vez —me advierte—. No vas a volver a Point Harbor sola.

—Entonces, es una suerte que no tenga que pedirte permiso.

Conrad aparta la mirada al tiempo que asiente y centra sus ojos en la botellita entre sus manos. Hay quien podría decir que se está relajando, recapacitando, que ha comprendido que no puede hacer las cosas así, pero sin duda ese «quien» no lo conoce en absoluto. Puede que yo lo haga sólo desde hace muy poco, pero sé lo suficiente como para tener claro que sólo está calibrando la situación, decidiendo qué paso dar para seguir teniendo el control.

—En realidad, sí —pronuncia con una envidiable seguridad, alzando la

vista y volviéndola a clavar en mis ojos azules—. Yo autorizo las entradas y salidas.

Le mantengo la mirada, aunque no es fácil. La rabia está creciendo en mi interior como un huracán, y la impotencia también.

—¿Me estás diciendo que estoy encerrada en el parque?

—En absoluto, pero, quizá, cuando salgas, no puedas volver a entrar y te toque hacerte otras cinco millas para encontrar un techo.

Sus ojos verdes se llenan de determinación, de un serpenteante enfado y de una arrogancia tan brillante que resulta casi cegadora, pero a todos mis sentimientos acaba de unirse una efervescente rebeldía, algo que nunca había sentido hasta que llegué aquí, aunque, quizá, nunca la había necesitado.

—Supongo que lo descubriremos juntos.

Yo también sé repartir cartas, señor Sullivan, y también sé lanzar un reto.

—Sunlight Inn —comenta, sin levantar su mirada de mí.

Frunzo el ceño, confusa. ¿A qué se refiere? Conrad sonríe, ese gesto duro, desdeñoso y presuntuoso, y se levanta. De un paso, se coloca a un escaso metro de mí y, de dos, está tan cerca que el corazón comienza a latirme deprisa.

—El nombre del hotel más decente del pueblo —se explica, disfrutando de toda la expectación que él mismo ha creado—. Tampoco quiero que acabes durmiendo en una cama llena de chinches.

Aprieto los dientes. Condenado cabronazo, mezquinamente sexy, ojalá te pudras en un infierno lleno de lesbianas militantes.

—Gracias por tu sincera preocupación —respondo sin titubear.

Su sonrisa se ensancha.

—De nada, princesita.

—¿Podríamos hablar ya del tema que me ha traído hasta aquí? —continúo, esforzándome en que no parezca que me afecta que esté así de cerca, aunque me estén temblando las rodillas.

¿Por qué tiene que oler tan rematadamente bien?

—Soy todo oídos —contesta con esa actitud de perdonavidas, dejándose caer de nuevo contra la mesa, gracias a Dios, y abandonando la botella y cruzándose de brazos.

—Necesito usar tu ordenador para ver unos tutoriales y también que me prestes destornilladores y cosas de ésas; quiero arreglar ese viejo portátil —concluyo, señalándolo a mi espalda.

Conrad ladea el cuerpo lo justo para que la caja entre en su campo de visión.

—¿Piensas arreglarlo tú sola?

Asiento; mi optimismo loco y yo, para ser exactos.

—¿No crees que sea capaz? —inquiero.

—Es sólo que me parece algo presuntuoso para alguien que se ha referido a las herramientas básicas como «cosas de ésas» —sentencia, encogiéndose de hombros, y, al usar la misma expresión que yo, arrugando la nariz en un gesto rematadamente sexy.

—Puedo hacerlo.

—¿Quién lo duda? —plantea, socarrón.

¡Claramente, él!

Lo fulmino con la mirada.

—Sólo necesito información —gruño entre dientes.

—Y «cosas de ésas» —me recuerda, con una media sonrisa de lo más canalla.

¡Quiero gritarle!, pero, por motivos obvios, no puedo hacerlo. Es el que tiene los destornilladores y los alicates y... el resto de cosas de ésas. ¡¿Cómo demonios se llaman?!

Resoplo, indignada, y él sonrío, encantado. El muy desgraciado está disfrutando con todo esto.

—¿Vas a prestarme tu ordenador o no? —demando, malhumorada.

—Todo tuyo —dice, levantándose y haciendo un leve gesto de cabeza para indicarme el Mac a su espalda.

Al ver que estoy un paso más cerca de conseguir mi objetivo, se me olvida lo enfadada que estoy y salgo disparada hacia el ordenador bajo su atenta mirada.

—Tienes una hora hasta que nos marchemos a casa —me informa, dirigiéndose a la puerta.

Asiento.

—De acuerdo —añado, levantando la cabeza para mirarlo.

No sé si es porque realmente nos hemos relajado o porque cada uno ha dicho lo que tenía que decir sobre el tema del pueblo, pero su mirada vuelve a atrapar la mía, y el mundo, ahí fuera, se hace menos importante. Puede que no sepa nada sobre relaciones, pero estoy segura de que conectar así con alguien tiene que ser especial.

—Gracias —le digo con una suave sonrisa en los labios.

Conrad da una bocanada de aire, lo imposible sucede y un eco de mi gesto se cuelga en sus labios.

El ambiente le obedece y se carga de una ligera electricidad.

—Una hora, princesita —me recuerda—, y el cajón de la derecha está lleno de «cosas de ésas».

Una indignada carcajada se escapa de mis labios, pero en la misma milésima de segundo se transforma en algo divertido y rompo a reír, sincera.

Conrad cierra la puerta a su espalda antes de que pueda verlo, pero juraría que él también está sonriendo. Es un auténtico cabronazo, pero también tiene una sonrisa preciosa.

El primer vídeo que encuentro en YouTube me parece tan complicado que casi me resulta desconcertante. Estoy esperando a que pase la publicidad y empiece el segundo cuando la ventana, como pasó en el comedor, llama mi atención. Me pongo de rodillas en la silla y estiro el cuerpo para que el increíble avión entre en mi campo de visión. Nunca antes me había fijado en uno, pero creo que, poco a poco, se están convirtiendo en una de mis cosas

favoritas. Son preciosos, de una manera en que sólo lo son un puñado de objetos; son especiales.

Sigo la línea del aeroplano y no tardo en ver a Conrad subido en el morro, con un panel abierto frente a él. Está muy concentrado, con sus ojos verdes clavados en una ristra de cables de colores y diminutos fusibles.

Una suave sonrisa se cuelga en mis labios y me doy cuenta de cómo me llena el hecho de que haya elegido quedarse aquí en los hangares, formar parte de esto en lugar de aislarse de todo en un despacho. Un operario se le acerca y le pregunta algo. Conrad lo piensa un instante, sin dejar de trabajar en los cables, y contesta. El hombre medita la respuesta, una solución a un problema, imagino, y finalmente asiente admirado, lo que hace que mi sonrisa se ensanche, y, de pronto, comprendo lo que siento realmente: estoy orgullosa de él.

Conrad

Levanto la cabeza como si algo me dijese que me hiciese el favor y todo mi cuerpo se revoluciona de golpe cuando me encuentro con sus ojos azules, esa naricita llena de pecas y una preciosa sonrisa. Sin saber siquiera por qué lo hago, me olvido de los cables, enderezo la espalda y simplemente la miro.

No quiero que se vaya. El día de ayer fue largo y complicado, pero sirvió para grabarme esa idea a fuego. Por eso, cuando esta mañana la oí cantando en el baño y después salió con esa sonrisa, no tuve más remedio que bajar la guardia y dejar que, como es, me calentase por dentro.

Es obvio que nunca le impediría la entrada al parque, pero, por ese mismo motivo, no pienso consentir que se ponga en peligro. Point Harbor es un lugar tranquilo y apacible, pero caminar cinco millas por una carretera que ni siquiera está asfaltada es demasiado temerario. No quiero morir de un infarto con treinta y dos años, gracias.

Puede hablar con Nora, cambiar los turnos y coger el autobús, puedo cambiar los míos y llevarla yo... Todo mi cuerpo se tensa. Eso se parece demasiado a que dependa de mí y eso es algo que no me puedo permitir.

Me obligo a volver al trabajo y me llamo gilipollas cada vez que hago el amago de levantar la cabeza para buscar a la princesita.

* * *

—Hasta mañana, señor Sullivan.

—Hasta mañana, Gabriel —me despido, concentrado en el segundo tramo

de cables del panel D2 de la aviónica.

Los trabajadores se han marchado ya, pero yo no tengo intención de moverme. Normalmente no lo hago; ayer sólo fue una excepción, porque estaba preocupado pensando que Gracie podría estar Dios sabe dónde..., quizá perdida en mitad del parque sin saber cómo volver, pero hoy está aquí, en mi despacho, sana y salva, y eso me da una suave paz, aunque también me confunde.

A las diez y media decido que ya es suficiente. La princesita tiene que comer algo y también descansar. Me deslizo por el morro del avión y me bajo de un salto.

Saludo a Bobby Lee, el guardia del turno de noche de los hangares, que ha empezado la ronda, y me dirijo a mi despacho.

—Hora de irse, prince...

El resto de su apodo se transforma en un susurro cuando entro y la veo dormida en el sofá.

Tiene los labios entreabiertos, el pelo rubio esparcido por el viejo cojín y la respiración pausada. Su expresión parece relajada, incluso feliz, y su menudo cuerpo está perfectamente acurrucado.

El motor de mi interior se activa despacio pero constante, mandándome el mensaje de que, por mucho que quiera, no voy a poder apagarlo.

Cierro la puerta sin pensar en lo que estoy haciendo, avanzo hasta la mesa y me apoyo, casi me siento, en el borde, exactamente lo mismo que he hecho hace algo más de una hora, y, entonces, simplemente, me quedo aquí, en el centro de mi despacho, viéndola dormir. Podría haber escogido cualquier otra opción, pero he elegido lo que nunca pensé que elegiría, pero que es lo único que quiero hacer.

No sé cuánto rato pasa, pero un ruido indefinido fuera de los hangares despierta a la princesita. Abre los ojos, desorientada, pero no asustada, como si algo le dijera que no tiene por qué estarlo, y sus preciosos ojos azules me buscan. No se sorprende de encontrarme aquí, no rehúye mi mirada. En

ocasiones, lo complicado es dejarse llevar. Cada uno decide qué hacer con la vida que le ha tocado... Levantamos muros, corremos al lado de quien nos quiere, nos alejamos, y eso es lo que más me asusta de ella, que a veces tengo la sensación de que me entiende a la perfección, de que sabe cómo me siento.

—¿Por qué quieres ir a la biblioteca? —susurro.

Y no sé si lo hago porque quiero retomar la conversación y darle otro final o, simplemente, porque necesito llenar el aire entre los dos para que las palabras no le dejen sitio a la perfecta electricidad.

—Necesito ir —murmura.

La princesita se incorpora hasta quedar sentada en el tresillo, cruza las piernas como si estuviera en una clase de yoga y deja que sus manos descansen en su regazo.

—¿Por qué?

Suelta un suave suspiro. El motor se recrudece con fuerza. Sea lo que sea, le duele.

—Tengo exámenes en dos meses y medio —responde, jugueteando nerviosa con sus propios dedos—. Tengo que estudiar.

—Tienes veintitrés años —contesto, remarcando lo obvio—. Ya deberías haber terminado la universidad.

La princesita se muerde el labio inferior y baja la cabeza, avergonzada. Aquí era exactamente donde no quería llegar.

—Perdí un año.

—¿Por qué?

No quiero atosigarla, pero necesito saberlo, porque empiezo a sospechar que hay algo más, algo diferente a la mocosa mimada que tuve claro que era; lo sentí cuando se emocionó por trabajar en una cocina, por cómo contó aquella historia en el bar, incluso hoy, haciendo la estupidez de caminar cinco millas para ir a una biblioteca que se cae a pedazos, y luego intentando arreglar un portátil con un vídeo, un destornillador y muchas ganas.

—La gente no se me da demasiado bien... y allí, en el campus, en la

facultad —rectifica, inquieta y muy triste— había... demasiada. Durante meses lo intenté. —Los ojos se le llenan de lágrimas que no deja escapar. Mi cuerpo reacciona y aprieto el borde de la madera hasta que los dedos se me blanquean, dispuesto a partirme la cara con cualquiera que la haya puesto en esa situación—. Me levantaba, me vestía y cogía el metro, pero, en cuanto veía el edificio de la universidad, también veía un centenar de estudiantes, entrando, saliendo, sentados en las escaleras charlando... y me sentía diminuta, como si sólo midiera dos centímetros y aquello me viniese demasiado grande, en todos los sentidos... hasta que un día me rendí.

Una lágrima resbala por su mejilla, pero se la seca rápidamente; fuerza una sonrisa que no engaña a nadie y vuelve a bajar la mirada.

Trago saliva, y las ganas de correr y abrazarla se hacen tan fuertes que casi no puedo respirar. Aparto la vista un segundo y trato de poner orden, de dejar de pensar a mil millas por hora y volver a ser práctico, pero es jodidamente imposible; con ella, lo es.

—Tienes que aprender a ser fuerte, princesita —le recuerdo.

Ella asiente.

—Lo sé —responde con la voz tomada—. Yo...

Y juro por Dios que no sé en qué pienso; creo que, en realidad, ni siquiera lo hago, como si el miedo a tenerla y a perderla se conjugaran hasta eclipsarlo todo, como si necesitase estrecharla con fuerza contra mi cuerpo y, al mismo tiempo, pedirle que me echara a patadas.

Chasqueo la lengua contra el paladar, me incorporo como un resorte y camino hasta ella. Gracie se queda muy quieta y se deja hacer mientras la tomo de la muñeca, la levanto y la abrazo con fuerza. Su sorpresa se deshace en una décima de segundo; se pone de puntillas y rodea mi cuello con sus brazos, perdiendo su preciosa cara en ellos.

Odio pensar que lo ha pasado mal. Odio pensar que ha sufrido.

Y no sé si esas dos ideas son las responsables de todo lo demás, de que la estreche todavía más, de que ladee la cabeza y le huela el pelo, y que el aroma

a libros y a vainilla y a agua salada me mareen y hagan que el motor silbe desbocado.

Mis labios buscan los suyos, a tientas; los suyos buscan los míos.

Dejarla que dependa de mí.

Dejarla entrar en mi vida.

Hacerle daño.

Algo en mi interior se rompe y me separo de repente. La princesita me mira aturdida y vulnerable, y, en el segundo que tardo en apartar mis ojos de ella, me doy cuenta de que no puedo seguir con Gracie aquí ni un solo segundo más, o todo lo que me ha mantenido en pie todos estos años dejará de importarme y haré todas las estupideces que ahora mismo no puedo dejar de pensar hacer.

—Vámonos —susurro sin mirarla.

Cojo la caja con el portátil aún desmontado y echo a andar.

Al salir del despacho, suspiro aliviado, y el gesto se hace aún mayor cuando la oigo seguirme.

No puedo volver a ser ese monstruo sin sentimientos. No puedo dejar que el miedo se haga más grande... o no podré respirar.

* * *

Cuando el despertador suena a las seis menos cuarto de la mañana, me gustaría mandarlo todo al diablo y quedarme en la cama, pero no soy de esa clase de tíos, así que salgo de la habitación rascándome la nuca y tratando de no morirme de sueño.

El pequeño sofá entra de inmediato en mi campo de visión, pero la princesita no está. Frunzo el ceño. ¿Siempre se levanta tan increíblemente temprano? Decido darle su tiempo en el baño y hacerme un café, pero el *walkie*, sobre el único mueble del recibidor, empieza a sonar.

Aquí no usamos móviles, la cobertura es casi nula debido a los sistemas de seguridad y a las antenas antiespionaje, así que usamos *walkie-talkies* con una

frecuencia de radio protegida para comunicarnos.

—Señor Sullivan. Señor Sullivan. Cambio.

Pongo los ojos en blanco. Reconozco la voz. Es Welles, el responsable de la etapa de pruebas.

—Aquí Sullivan. Cambio —respondo, deteniéndome junto al mueble, aún sin camiseta y todavía descalzo. Ni siquiera he tenido tiempo de darme una condenada ducha.

—Señor Sullivan, Loreai acaba de traerme el parte meteorológico. La borrasca que estaba en el norte de Virginia ha cambiado de rumbo y se dirige hacia nosotros. Si nos alcanza, es más que posible que llueva. Si no pasamos las pruebas de las once ahora mismo, tendremos que suspenderlas. Cambio.

Mascullo un juramento ininteligible entre dientes. No podemos suspender las pruebas. Necesito comprobar el porcentaje de vuelo perfecto de esos no tripulados. Si hay el más mínimo fallo, nos supondrá al menos una semana de retraso, y quiero dejarlos listos antes de que el X17-500 entre en la última etapa. Nada puede distraernos de ese avión.

—Prepáralo todo —sentencio—. Estaré allí en quince minutos. Cambio y corto.

Dejo el *walkie* sobre la mesita y me encamino hasta mi habitación. Voy a vestirme, pero me doy cuenta de que no puedo hacerlo. Necesito espabilarme con una ducha y afeitarme. Estoy de un humor de perros, joder. Mi plan era mantenerme alejado de Gracie todo lo que me fuera posible y ahora voy a tener que colarme en el baño, la habitación más pequeña de la casa, con ella.

—Genial —siseo, sarcástico. Son todo ventajas.

»Princesita —la llamo, golpeando la puerta con los nudillos—, necesito pasar.

No responde.

—Si estás como no debería verte, tápate —gruño aún más irritado.

Por Dios, tápate o no respondo.

Sigue sin contestar. Me imagino que estará demasiado ocupada buscando

una toalla... Me obligo a quitarme esa imagen de la cabeza o voy a tener que darme esa ducha con agua fría.

Le doy un par de segundos más, abro y entro con la vista prudentemente clavada en el lado opuesto.

Está frente al lavabo, con el pelo recogido, envuelta en una toalla. Tiene una cajita de caramelos Altoids en la mano; hacía años que no veía una de éstas. La vista me traiciona un solo segundo y la recorro de pies a cabeza. Maldita sea, tengo que comprar albornoces.

—Lo siento, princesita —me disculpo, obligándome a salir de mi ensoñación—, pero llego tarde.

Ella me mira a través del espejo, pero no dice nada. Supongo que le incomoda tanto como a mí.

Necesito la espuma y la cuchilla que están en el mueble ubicado sobre el lavabo.

—Me afeitaré en el fregadero —decido de pronto, deteniéndome a su espalda. Así ganaré algo de tiempo para dejarla terminar. Es lo mejor.

Tan pronto como pronuncio esas palabras, la princesita se gira hacia mí y me observa con ojos curiosos e inocentes, la clase de mirada que es sensual sin ni siquiera saberlo..., la mirada que hace que todo mi cuerpo arda.

Me obligo a escapar de todas las ideas que me están cruzando la cabeza ahora mismo... La princesita en la ducha, la princesita gimiendo en la ducha, la espalda de la princesita deslizándose contra los azulejos mientras yo me hundo en ella con tanta fuerza que pasamos del martes al viernes.

¡Basta!

Alzo la mano para coger la cuchilla. El movimiento tiene esa única intención, lo juro, pero entonces mi brazo desnudo roza el suyo, que también lo está, y todo parece girar ciento ochenta grados, subir mil de temperatura en un solo instante.

La princesita también lo nota, lo tengo jodidamente claro. Busco sus ojos en el espejo y éstos están llenos del placer anticipado más real y subversivo

que he visto nunca.

El deseo se come a bocados el oxígeno de la habitación y todo en lo que puedo pensar está fabricado con gemidos y sus labios.

Con una lentitud casi agónica, bajo el brazo, dejando que sea mi mano la que toque ahora el suyo, la que se vaya deslizando por su piel, acariciándola, quemándola, excitándola.

Su respiración se acelera veloz, igual que la mía.

Todo lo que no sea ella me sobra y doy un paso adelante. Su espalda se acopla en mi pecho, mi mano se hunde en su cadera y un gemido se escapa de su boca, como si todas fueran piezas de un puzle encajando a la perfección.

Sé que debería contenerme, pero no puedo. Sé que pensaba que podría controlar el deseo, pero no sólo he perdido la batalla, sino que he rendido las armas. Necesito sentirla más cerca. No me vale nada que no sea más.

Me inclino sobre ella y paseo mis labios por su cuello, dejando que mi aliento sobreestime su piel. La princesita ladea la cabeza, concediéndome mejor acceso, y no puedo evitar sonreír contra su cuerpo. Está saltando al vacío por los dos y yo quiero hacerlo con ella.

Busco su reflejo en el espejo mientras la torturo, dejando que mi boca recorra sus hombros, su cuello, su mejilla. La beso rápido, sólo un roce, para morderla después hasta hacerla gemir, para lamerla con habilidad luego, disfrutando de todo su sabor.

La observo, viendo cómo se derrite despacio, y es lo mejor del condenado mundo.

«Te quiero así, princesita, y tú vas a querer todavía más, porque esto no ha hecho más que empezar.»

El beso en los juzgados, el beso junto a la camioneta, sólo fueron parte de los preliminares más largos de la historia. Ha llegado la hora de sentir de verdad.

Cierra los ojos al tiempo que sus manos se aferran a la losa blanca del lavabo y yo la acaricio con la punta de la nariz, antes de subir poco a poco,

con la misma cadenciosa lentitud que antes, hasta llegar a la piel bajo su oreja.

—Princesita —susurro.

Y algo cambia de golpe.

Gracie abre los ojos casi aterrada, busca de nuevo mi mirada a través del espejo, pero no me deja que atrape la suya y, antes de que pueda decir una sola palabra, sale disparada con la caja de Altoids en la mano.

Tira de la puerta tras ella, pero lo hace tan rápido que no llega a encajar, la madera rebota en el marco y se abre de nuevo. Agarro el lavabo con fuerza e inclino mi cuerpo, tenso, hacia delante. «Piensa, joder, piensa un solo segundo», me pido. Aprieto los dientes... pero es que no quiero pensar. Me muevo veloz hacia la puerta, dispuesto a salir tras ella, a preguntarle qué ha pasado, a llevarla a mi cama, a dejar que el endiablado deseo tome el mando, pero, en el último segundo, me detengo en seco y gruño entre dientes; creo que incluso me daría un puñetazo. Me paso las manos por el pelo, tirando de un par de mechones al final, y me obligo a girarme, a alejarme de la salida sin dejar de maldecir.

La puerta principal suena. La princesita se ha ido. Ha sido más lista que yo.

* * *

Las pruebas han ido como esperábamos y, aun así, estoy de un humor de perros. No soy un mujeriego. Nunca lo he sido. Prefiero tener a una mujer en mi cama que me resulte mínimamente interesante a diez con las que el sexo sea algo mecánico. Elegí a la princesita porque no es del tipo de mujer con la que me voy a la cama. Entonces, ¿qué coño ha pasado? No soy idiota. Sé que es preciosa, ya lo noté en el hospital, y, siendo sinceros, también me pone como una moto, aunque, en mi defensa y para mi desgracia, eso ha pasado poco a poco, casi sin darme cuenta. No quiero acostarme con ella, porque, después de tres meses, esta historia se acabará. Si bien al principio esa frase terminaba con un «no quiero líos», ahora lo hace con un «porque no quiero hacerle

daño». No soy un cabrón, no se lo haría a ninguna otra chica, pero es que, además, la princesita me importa, y eso tampoco tengo ni la más remota idea de cómo ha pasado.

Empalmo el cable junto al relé y aflojo el tornillo para dejar pasar la corriente. Cuento los fusibles al tiempo que compruebo, uno a uno, que funcionen correctamente.

Creo que esa maldita mezcla de candidez, ternura e inocente sensualidad está siendo mi jodida perdición. El universo ha decidido poner a prueba eso que dije acerca de que las princesitas ingenuas no me van. ¡Puto karma! Tiene que estar descojonándose a mi costa mientras me llama gilipollas.

Por eso llevo subido al morro de este avión desde que volví de las pruebas y ni siquiera he parado para comer. Hace mucho que entendí que, cuanto más complicada era la tarea, antes se volvía borroso el mundo exterior y los problemas, y simplemente dejaba de pensar en cualquier otra cosa que no fuera en lo que estaba trabajando. Ése es el motivo por el que me hice ingeniero aeronáutico mecánico.

Uno de los fusibles parece fundido. Lo saco, lo observo, finalmente lo descarto e instalo uno nuevo. Recuerdo la sensación de paz que tenía ayer; trato de alcanzarla, casi puedo rozarla con los dedos, pero se evapora. Había estado con Gracie, aunque fuera para discutir; sabía que estaba en mi despacho, segura, y la calma simplemente apareció. ¿Qué estará haciendo ahora? Su turno ha terminado hace tres horas. Tiro un nuevo cable al condensador central e invierto la polarización en la placa base. Resoplo. Sólo espero que no se haya metido en otro lío, que no se haya perdido. Quizá podría asignarle un guardia de seguridad, sólo hasta asegurarme de que lo tiene todo controlado, de que conoce el camino al comedor, a casa. Aprieto uno de los tornillos. La imagino ayer, andando sola hasta el pueblo, y todo mi cuerpo se llena de una densa rabia. Paso al siguiente fusible. Son cinco millas, sin una pizca de sombra, sin ni siquiera arcén. Al siguiente cable. Podría haberle dado un golpe de calor, podrían haberla atropellado. ¡Joder!

El destornillador se me va de las manos, patina por la placa y rompo dos fusibles y el relé.

—Joder —repito en un gruñido entre dientes, mirando el desastre que acabo de provocar.

Dejar de pensar, obviamente, hoy está funcionando genial (nótese la jodida ironía).

—Señor Sullivan —me llaman desde abajo.

Ladeo la cabeza y me inclino para que, sea quien sea, aparezca en mi campo de visión. Es una de las empleadas de Administración.

—¿Qué? —ladro. Ya lo he dicho, hoy no estoy de humor.

—Tiene que firmar los informes de entradas y salidas —prácticamente tartamudea.

Pongo los ojos en blanco, tedioso, pero, al mismo tiempo, agradezco tener algo en lo que concentrarme, a la vista de lo poco que me está funcionando centrarme en la aviónica de esta aeronave supersónica.

Me bajo de un salto y camino hasta la chica, que me tiende la carpeta con todos los documentos. Por un lado, las entradas y salidas de mercancía. Las reviso. Todas correctas. Por otro, el seguimiento de acceso del personal y las visitas. Sonrío y no debería, básicamente porque parezco un niño enamorado de su vecina de enfrente cuando veo mi firma junto al nombre de Gracie la noche que llegamos. Sigo pensando que la vida aquí puede que sea demasiado dura para ella, pero también he aprendido que la princesita no es la mocosa mimada que creía y, cuando no pueda ser lo suficientemente fuerte, yo me encargaré de protegerla... Aunque... ¿cómo demonios voy a hacerlo?, ¿cómo puedo proteger a alguien cuando yo mismo...?

—Pero ¿qué coño? —me freno a mí mismo, con la vista clavada en una línea muy concreta del informe.

Lo compruebo. Tiene que ser un error... pero sé que no lo es.

—¿Es de hoy? —gruño, pero, en realidad, no tengo ni idea de por qué lo hago. Sé de sobra la respuesta.

—Sí —contesta la empleada.

Aprieto la mandíbula y echo a andar hacia la puerta, cabreado como lo he estado pocas veces en mi vida.

8

Gracie

Saludo a Arthur, uno de los vigilantes, con la mano y una sonrisa, y cruzo el acceso.

—Buenas tardes, señora Sullivan —me saluda saliendo de la garita.

Sí, lo habéis adivinado. Arthur es el guardia de seguridad que estaba encargado del comedor cuando Conrad entró en él conmigo al hombro y al que le dije que adoraba mi nuevo apellido.

Sobra decir que, este hombre de más de sesenta años, es un profesional inquebrantable y que, cada vez que me ha visto desde aquel día, y han sido muchas veces, me ha llamado exactamente así, «señora Sullivan».

Sonrío de nuevo y agito otra vez la mano sin detenerme. Quizá podría comprarme una de esas pegatinas de presentación y escribirme con rotulador permanente, fluorescentes y purpurina «Gracie Turner». Estoy segura de que pillarían la indirecta, empezando por el propio señor Sullivan.

Estoy cansada y hace un calor de mil demonios, pero creo que el clima de Carolina del Norte y yo estamos llegando a una especie de tregua. Yo soporto el sol y él me manda brisas con olor a mar. Todos ganamos.

Hoy tengo mucho que estudiar, además de revisar la bibliografía en la web del departamento en el ordenador de la biblioteca y sacar al menos dos libros de lectura. No puedo permitirme retrasarme.

Se oye el motor de un coche rugir a lo lejos.

Podría leer un poco esta noche. Cenar con un libro en la mano. Sé que no es el colmo de la educación, pero ni siquiera sé si Conrad estará en casa o desaparecerá como ayer. *Ayer...* de pronto esa palabra se queda flotando en el

ambiente. Ayer casi nos besamos. Ayer lo sentí tan cerca que la palabra *conexión* se quedó demasiado pequeña. Ayer todo lo que no fuéramos nosotros dejó de importar. Y ayer y esta mañana en el baño se parecieron demasiado, pero, cuando noté su cálido aliento en mi oreja, el miedo a que me dijera algo y no pudiese oírlo me paralizó, y no por vergüenza o porque descubriese mi secreto, sino por algo mucho más básico y primario: lo quería todo de él, y eso incluía su voz.

El coche suena más cerca... mucho más cerca.

Me giro, confusa, y lo hago justo a tiempo de ver a Conrad detener su camioneta de un frenazo a unos pasos de mí.

—¿Qué demonios estás haciendo? —gruñe en cuanto se baja.

Guardo un segundo de silencio. ¿Qué bicho le ha picado? Pero, tan pronto como lo pienso, lo comprendo. Acaban de pillarme con las manos en la masa.

—No es para...

—No se te ocurra decirme que no es para tanto, princesita —me interrumpe, furioso—. Te dije que no quería que volvieras al pueblo sola.

—Y yo te dije que pensaba ir a la biblioteca, Conrad —le dejo claro.

No quiero que discutamos, pero no puedo dar mi brazo a torcer. En este asunto, no.

—Es peligroso.

—No soy ninguna niña.

—Sube a la camioneta, Gracie —sisea.

Suspiro, sorprendida.

—No —respondo sin dudar.

—Princesita, no estoy de humor.

—Y yo tampoco, Conrad —replico, cruzándome de brazos—. Ya te expliqué que necesito ir a la biblioteca.

—Y yo te dije que no podías ir sola a Point Harbor.

—No —replico de nuevo, todavía más enfadada—. Tú me lo ordenaste, y no tienes ningún derecho. Yo tomo mis propias decisiones y tú tienes que

aceptarlas.

Conrad me mantiene la mirada. Por un momento pienso que va a comprenderme, a entender que, en efecto, soy una mujer adulta y él no es mi dueño, pero nada más lejos de la realidad... Mis palabras parecen ser su pistoletazo de salida particular.

Rodea la Chevrolet, veloz, y, antes de darme tiempo a reaccionar de algún modo, me carga sobre su hombro y echa a andar de vuelta a la *pickup*.

—¡Bájame, Conrad! —grito, realmente furiosa—. ¡Estoy hablando en serio! Pero creo que ni siquiera me oye.

—¡Maldita sea! ¡Bájame!

Forcejeo, pataleo, pero lo único que consigo es una palmada en el culo. ¡Una palmada! ¡El muy cabronazo!

Me deja en el lugar del copiloto, cierra de un portazo y se dirige a su asiento, pero no pienso consentírselo. Me bajo de un salto antes de que él llegue a entrar y me alejo de la camioneta. Conrad da un paso hacia mí, dispuesto a repetir la jugada, pero yo lo fulmino con la mirada.

—No se te ocurra acercarte —le espeto, apuntándolo con el índice, y creo que nunca había sonado tan segura ni tan determinada.

Supongo que Conrad también lo ve, porque se detiene, pero no es un gesto arrepentido, ni siquiera está claro que vaya a quedarse así mucho tiempo. Aprieta los puños junto a sus costados y ésa es sólo una pequeña señal de todo su cuerpo en guardia.

—Si quieres comportarte como un animal de mal trato, tosco y difícil con todos los que viven en el maldito parque, en todo el condenado Sound, hazlo, pero conmigo, no.

No puedo dejar que siga tomando decisiones por mí... que él y mi padrastro lo hagan. Conrad me gusta, es obvio, ¿para qué seguir engañándome?, pero esto no va de eso o, quizá, justamente sí, no lo sé. No sé por qué se comporta así, pero yo decido si se lo permito o no, si dejo que el tren de mercancías que se se choque conmigo cada vez.

Nos mantenemos la mirada y sus ojos verdes se llenan de muchas cosas: hay rabia, hay frustración, hay ese deseo loco y cegador, pero también hay algo más que no logro distinguir.

Mi cuerpo grita que me tire en sus brazos, que le deje pasear sus dedos por mi piel como la última vez. Sin embargo, por muy poco que sepa de hombres y relaciones, he aprendido que ése es su superpoder, y hay determinadas circunstancias en las que no puedo permitirme caer en él.

Giro sobre mis Converse llenas de arena y polvo y empiezo a caminar... enfadada, excitada, decidida.

Conrad no me detiene.

* * *

En la biblioteca, todo se me hace un poco cuesta arriba. No puedo dejar de pensar en Conrad. No puedo dejar de pensar en cómo me hace sentir, en que me gustaría poder tener la experiencia necesaria como para ponerle nombre y, sobre todo, para lidiar con ello.

Salgo tres horas después, con dos libros en la mano y repasando mis notas sobre Lord Byron, cuando algo me pide que alce la cabeza y, simplemente, lo hago.

Conrad está en la acera opuesta a la de la biblioteca, separada por la carretera principal del pequeño pueblo. Está apoyado en la parte de atrás de su camioneta, con los brazos cruzados, junto a la palabra *Chevrolet*.

Me está mirando como si él también hubiese comprendido que éste era el instante exacto en el que debía dejarse llevar, levantar la cabeza y mirar.

Trago saliva, me armo de valor y camino hacia él dubitativa, aunque algo dentro de mí me dice que no tengo por qué hacerlo, que esa especie de conexión que tira de mí hacia él nunca me mentiría.

Conrad se separa de la *pickup* y da un paso hacia mí. Se yergue en su uno ochenta y su postura masculina, segura, arrogante, brilla con fuerza.

—Contigo, no —sentencia.

Y esa misma seguridad resplandece en sus ojos. Él tampoco tiene dudas y nuestra conexión parece multiplicarse, volverse eléctrica.

Me muerdo el labio inferior sólo un segundo y asiento sin apartar mis ojos azules de los suyos, más bonitos que nunca.

Sin necesidad de pensármelo un solo segundo más, acelero el paso hasta casi correr y me detengo frente a la camioneta. Nos quedamos cerca y, en el siguiente puñado de instantes, dejamos que el mundo a nuestro alrededor siga girando.

Él es el primero en apartarse y echa a andar hacia el puesto del piloto. Una sonrisa se cuele en mis labios; Conrad se detiene junto a su puerta abierta, me mira, ve mi sonrisa y ésta se refleja en su boca, y así, otra vez sin dudas, mi gesto se hace aún más grande, porque siento que me ha comprendido, que hemos avanzado juntos un paso.

Sin dejar de sonreír, suelto mis cosas en la parte trasera y me encaramo a mi asiento.

Conrad ocupa su lugar tras el volante, arranca y la radio se enciende. Suena *Million Reasons*, de Lady Gaga.

* * *

—¡Más rápido! —grita la chef, removiendo una salsa de tomate que huele como debe de oler el mismísimo cielo.

Resoplo y muevo las manos más deprisa. Desde luego, nunca he pelado tantos calabacines en mi vida.

—Por favor, dime que al final te acostumbras y los dedos dejan de arderte —bromeo con Maiko-Moon.

Al no oír respuesta, la miro y sonrío para remarcar el hecho de que no estaba hablando en serio, aunque las manos me ardan de verdad.

Ella me observa un puñado de segundos indefinidos y finalmente coge su

bol gigante, lleno de patatas cortadas en tiras, y se marcha al fregadero.

Hundo los hombros, un poco desanimada. Desde que llegué, todos los días, de una manera u otra, he intentado hablar con ella, pero sólo he conseguido un saludo y algún que otro monosílabo.

—No te sientas mal, chiquilla —me dice la chef desde el otro lado de la enorme mesa de metal.

Frunzo el ceño, confusa, pero enseguida entiendo a qué se refiere.

—La gente no se me da bien —sentencio, cabeceando y completamente resignada—. No es culpa de Maiko.

La cocinera remueve la salsa una vez más, deja la pala en equilibrio sobre el asa de la olla y da un paso hacia la mesa y, por ende, hacia mí.

—No sé cómo se te dará la gente —replica—, pero Maiko no es un ejemplo. No habla con nadie.

Vuelvo a arrugar el entrecejo.

—¿Con nadie? —inquiero, incrédula.

—Su padre es un matemático importantísimo. Cuando el señor Cavalier, el dueño del parque, le ofreció trabajo, se mudó con su familia desde Corea, pero apenas se relacionan con las otras familias. No sé... —añade con un deje triste, y centra la mirada en Maiko, quien está junto al fregadero—, a veces pienso que ni siquiera habla nuestro idioma.

No puedo evitar hacer como ella y observar a mi compañera. Parece una chica muy agradable, incluso simpática, pero, entonces, ¿por qué no habla? Yo sé lo que se siente estando aislado y no creo que nadie elija esa opción si no tiene un buen motivo.

—¡Vamos, Gracie! —me saca de mi ensoñación la chef—. No te duermas. Más calabacines. Otro día de infarto. Pero logro superarlo.

* * *

En la biblioteca, buscando un libro sobre literatura anglosajona comparada,

me equivoco de pasillo y acabo en «Narrativa de ciencia ficción», básicamente la colección completa de Julio Verne y *La guerra de los mundos* de H. G. Wells. Deberían invertir un poco en libros nuevos.

Paso los libros de cocina y, al girar, me topo con una balda llena de cursos para aprender idiomas. Están viejos y bastante gastados. Veo el de español, el de italiano, el de francés... pero no es hasta que llego al de coreano que se me enciende una bombillita. ¿Y si Maiko-Moon no se relaciona porque no sabe hablar inglés? ¿Y si sólo necesita que le pregunten en su idioma? Sigo manteniendo lo que dije esta mañana, nadie elige sentirse aislada, y yo pienso ayudarla.

Cojo el estuche de plástico, lo abro y, bajo un grueso libro, hay un casete. ¡Un casete! Supongo que era mucho pedir un archivo *podcast* en esta biblioteca.

Después de pedirle permiso a la bibliotecaria, rebusco en la caja de objetos perdidos y sonrío victoriosa al encontrar un *walkman* negro y amarillo en buen estado; incluso tiene uno de esos cascos con el cuerpo delgado de metal y los auriculares acolchados con algo parecido a espuma negra. ¿Quién dijo que los ochenta habían muerto?

Me paso el camino de vuelta escuchando la cinta y repitiendo en voz alta todo lo que debo repetir. Parece que me he escapado de una peli de samuráis coreanos y cada dos por tres no puedo evitar sonreír, casi reír, por cómo suena mi voz diciendo cosas como *gichayeog-eun eodi issseubnikka?*, ¿dónde está la estación de tren?, un clásico de los cursos de idiomas.

* * *

El móvil vibra y se ilumina intermitente con la alarma, y a mí sencillamente me duelen músculos que ni siquiera sabía que tenía. Resoplo mucho y me acurruco al lado contrario, dispuesta a olvidarme de todo, pero el teléfono

vuelve a vibrar. Toca mover el culo. Abro los ojos y tuerzo los labios. Digamos que tengo un despertador muy completo.

Me levanto y echo a andar hacia el baño; sin embargo, a unos pasos de la habitación principal, decido que lo mejor es ahorrarme tentaciones, así que me coloco las palmas de las manos, una seguida de la otra, al lado de la sien, a modo de barrera, y llego al aseo sana y salva. Los hombres con pijamas mezquinamente sexis, después de desayunar, por favor.

Después de ponerme los audífonos, me instalo en la barra de la cocina con el manual de informática que saqué de la biblioteca, todo lo que apunté sobre el tutorial que vi en el ordenador de Conrad, las herramientas que le pedí prestadas y el portátil destrozado. Hoy es domingo, así que sólo tengo un turno y no entro hasta las tres. Tendré el tiempo suficiente para arreglarlo. Voy a ser capaz. Lo sé. Sin embargo, una hora después... no estoy tan convencida.

Intento encajar la misma pieza en la misma placa por tercera vez, pero nada. ¡Nada! ¡Dios, qué frustrante! Me recuerda a cierto ingeniero aeronáutico mecánico.

—Buenos días, princesita.

Su voz me hace dar un respingo y, en contra de mi voluntad, lo que ya no es una novedad, lo recorro de arriba abajo. Los músculos de mi vientre se tensan deliciosamente. Va descalzo, sin camiseta y con el condenado pantalón de pijama, que parece esculpirle las caderas en mármol y ese músculo que le nace en ellas y baja...

—Buenos días, Conrad —respondo, reconduciéndome.

Va hasta la cafetera y se sirve un café. Deja una palma sobre la encimera y con la otra mano se lleva la taza a los labios. Sonrío al ver la manera en la que la sostiene, con el meñique, el anular y el corazón dentro del asa y el índice fuera. Me recuerda a cómo Robert Redford agarraba el café en *El golpe*.

—¿Qué estás haciendo? —inquire, curioso, al darse cuenta de todas las piezas que hay repartidas por la encimera.

Sus ojos verdes parecen estudiar cada una y no puedo evitar quedarme un

segundo de más contemplándolo. Creo que nunca había visto a un hombre tan guapo de cerca.

—Estoy tratando de arreglar el portátil.

Algo parecido a una sonrisa se cuele en sus labios y me percató de que, una vez más, se está riendo de mí sin necesidad de usar una palabra.

Decido ignorarlo. No es una novedad que no crean en mí. Estoy acostumbrada. Normalmente no se equivocan, pero hay que seguir intentándolo.

Cojo uno de los diminutos condensadores. Esta pieza me suena. Repaso mis notas del vídeo. Creo que lo he localizado.

A pesar de no estar haciendo nada, su presencia me distrae, como el segundero de un reloj en la otra habitación en mitad de la noche. Sé que está ahí, percibo cada vez que hace un mínimo movimiento, sus ojos clavados en mis manos, subiendo por mis brazos, mis hombros, mi cuello... Suspiro, tratando de centrar toda mi atención en lo que hacen mis manos. Cojo el condensador e intento encajarlo, pero, por supuesto, no se acopla. Lo intento de nuevo. Quizá tenga que girarlo.

—Te puedo asegurar que eso no va ahí. —Su voz, condescendiente y con un punto de sorna y malicia, atraviesa el ambiente y me hace torcer el gesto.

«Ignóralo, Gracie. Tú puedes.»

Pienso. Pienso. Pienso en él. Me obligo a pensar en el ordenador. Hay otra placa casi idéntica y que aparentemente también lleva un condensador. Lo probaré ahí. Me pregunto si a él también le afecta cuando yo estoy delante, si también piensa en mí cuando no estoy.

—Y ahí, mucho menos —dice en el mismo segundo en el que rozo la pieza con las manos.

La suelto como si quemara, pero no lo miro, aunque lo esté deseando. No se lo merece.

Sigo dándole vueltas a él, al portátil, a cómo me afecta cuando lo tengo cerca. Cojo otra pieza. Es más grande, así que, por ende, debe de ser más fácil

encontrar su lugar. Tomo la carcasa, la giro...

—Uf—suspira, socarrón—. Casi —sentencia.

Lo miro o, mejor dicho, lo fulmino con la mirada. ¡Está sonriendo! ¡Se lo está pasando de escándalo a mi costa!

Cierro los puños con rabia y cuento mentalmente hasta cinco. *Pa-so-de-él*. ¡En todos los sentidos!

Me concentro en el ordenador. Miro las piezas. Cojo uno de los relés y una de las placas. Ayer casi pasó algo en el baño; puedo sentir lo cerca que estaba, sus labios rozando mi cuello...

—Otra vez te equivocas, princesita —comenta sin que esa estúpida sonrisa lo abandone.

—¡Dios! —Me levanto como un resorte, dejando caer las piezas sobre la barra y alzando las manos, absolutamente exasperada.

Él me observa, disfrutando. Santo cielo, la informática es un juego de niños comparada con Conrad Sullivan, el hombre más frustrante e insoportable sobre la faz de la tierra.

Lo apunto con el índice, dispuesta a gritárselo, abro la boca, pero estoy tan exasperada que las palabras se niegan a ponerse en fila para salir ordenadas. Él sigue con sus ojos sobre mí, le da un presuntuoso sorbo a su café y esa sonrisa sexy y arrogante vuelve a aparecer. ¡Ahora mismo sólo quiero tirarle algo a la cabeza!

—¿Tienes algo que decir, princesita?

«Que eres guapísimo, cabronazo.»

—Nada —me contengo, malhumorada—. Me voy al trabajo.

Me encamino hacia la puerta, salgo y cierro de un portazo, pero, con el primer paso que doy en el camino de piedra, me doy cuenta de que sigo en pijama. ¡Maldita sea!

Me vuelvo, abochornada... aunque el enfado y el deseo están compitiendo ferozmente por ser la emoción predominante, y, cuando voy a abrir, soy consciente de que no tengo llaves. Joder. Joder. Joder.

Llamo y el condenado se toma su tiempo en aparecer, a pesar de que es más que obvio que sabe que voy en pijama.

—Princesita —pronuncia burlón y ceremonioso—, cuánto tiempo sin verte. Quiero asesinarlo. Quiero asesinarlo con mis propias manos.

—Bonito pijama —sentencia.

—¡Por lo menos yo no ando por ahí sólo con un pantalón como si fuera junio en el calendario de *Cosmopolitan*! —protesto.

Su sonrisa se ensancha hasta casi reír. Eso me enfada todavía más, pero me doy cuenta de que también está aún más guapo. Deseo, rabia, frustración, vergüenza, más deseo, más rabia... y esa maldita sonrisa. ¡Me voy!

Camino, irritada, hasta el salón y cojo mi ropa. Voy al baño, me visto a la velocidad del rayo y, a pesar de que faltan más de cuatro horas para que empiece mi turno, salgo disparada bajo su atenta mirada.

—Que tengas un buen día, princesita —se ríe de mí.

—Pues yo espero que se te caiga el café sobre los planos y te claves el compás en una mano —replico entrecerrando los ojos, abriendo ya la puerta.

Conrad me observa, tomándose su tiempo para darle un nuevo sorbo a su café. Juraría que va a decir algo realmente importante, quizá a pedirme disculpas por haberse reído de mí un buen rato, quizá por no usar la parte de arriba del pijama. Mi cuerpo se destensa y me preparo para sonreír.

—No uso compás —comenta.

—¡Vete al diablo! —gruño.

Cierro de un portazo, pero aun así puedo oírlo reír. La primera vez que lo oigo reír. De pronto mi enfado se esfuma, por lo menos una parte, y también sonrío. Tiene una risa preciosa, juvenil y despreocupada, y oírlo así ha sido genial.

* * *

Me calzo y voy andando al comedor. Aún estoy cruzando la enorme sala

cuando oigo a alguien resoplar sonoramente en la cocina. De inmediato frunzo el ceño y acelero el paso. ¿Qué ha pasado?

Lo primero que veo al entrar es a Nora darle un manotazo a la puerta de la cámara frigorífica. Está realmente enfadada. Maiko-Moon sale de ella y la mira con cara de susto, aunque es obvio que ni el golpe ni el propio enfado tienen que ver con ella. Lleva una enorme caja de cartón de la que sobresale comida. Repara en mí y parece aliviada. No entiendo nada.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto, acercándome.

Al oírme, Nora se gira hacia mí y da un paso en mi dirección.

—Cuando he llegado, el interruptor de la cámara estaba bajado. Toda la comida que teníamos guardada se ha echado a perder.

¡No puede ser!

Incapaz de creerla, aunque mi parte racional sabe que es imposible que mienta con algo así, corro hasta la enorme nevera industrial y doy un paso al interior. El olor es la primera prueba que obtengo; el aspecto de los lomos de pescado, por poner sólo un ejemplo, la segunda.

En invierno, o incluso en primavera, no habría pasado nada, ya que el frío residual habría mantenido la comida en buen estado, pero estamos a finales de junio, hace un calor infernal y este parque se toma muy en serio lo de ser responsables energéticamente, así que, cuando el turno acaba, se desconectan los aires acondicionados.

—Si el fusible de la cámara saltó —por una subida de tensión o el motivo que fuese—, ¿por qué no se activó el generador de emergencia?

—¿Acaso no me has oído, chiquilla? —replica Nora, llevándose las manos a las caderas—. En ningún momento he dicho que el fusible saltara. Alguien bajó el interruptor.

Cabeceo.

—Nadie lo haría a propósito —afirmo. Es imposible.

—Pero sí por error —sentencia la chef—. Piensa —me presiona—, ¿qué fue lo último que hiciste?

Terminé el primer turno, fiché y apagué los interruptores y las luces de la cocina. Lo normal. Esperé a que Nora y Maiko se fueran y regresé para el segundo turno. Estuve fregando casi dos horas, después el suelo, y me marché. Yo bajé los interruptores, pero sé que no toqué el de la cámara. Siempre tengo mucho cuidado... Empiezo a dudar y a agobiarme, pero entonces caigo en la cuenta de algo. Mientras estaba guardando los cubos, vi a Nash entrar en la cocina con la chica de las botas de cowboy. Encendió las luces de la cocina, entró en la cámara y estuvieron comiendo. Cuando me cambié y me fui, seguían allí. ¡Fue Nash! Pero ¿cómo explico lo que pasó omitiendo el pequeño detalle de que estaba doblando turno? Si Nora se entera, se lo contará a Conrad.

—¿Tú apagaste las luces?

—Sí —respondo, porque es la verdad—, pero alguien volvió a encenderlas y estuvo en la cámara después de que se cerraran cocinas.

Nora abre mucho los ojos, sin poder creer lo que acaba de oír, e inmediatamente da un paso hacia mí.

—¿Quién?

Buena pregunta. Nash es un pusilánime y mi jefe, mi jefe pusilánime. Si lo echo a los leones, puede vengarse contándole a Conrad que doblo turno o, simplemente, impidiéndome que lo haga. ¿Cómo demonios salgo de ésta?

Nunca había pensado tan rápido en tan poco tiempo.

—Si le cuento algo, tiene que prometerme que no se lo dirá a Conrad.

La chef tuerce los labios.

—No estás en esa posición, chiquilla.

Genial. En serio, ¡¿qué hago?!

Supongo que toca ser valiente y enfrentarme a las consecuencias.

—Fue Nash. Lo vi entrar con una mujer.

Nora abre la boca, absolutamente indignada.

—Maldita sabandija —rumia entre dientes—. ¡Robert Nash! —grita furiosa, echando a andar hacia la puerta batiente que nos comunica con el

comedor.

—¿Qué? —ladra él, entrando en ese preciso instante.

—¿Has visto la que has montado? —se queja Nora—. Bajaste el interruptor de la cámara y nos has dejado sin comida.

—¿De qué estás hablando? —protesta—. Yo no he hecho nada.

—Y eso no es ninguna novedad —contraataca ella, enfadada—. Sólo sabes meternos en problemas.

—Te repito —rebate, condescendiente y antipático— que no tengo ni la más remota idea de qué me estás hablando.

La chef resopla, armándose de paciencia.

—El interruptor de la nevera ha amanecido bajado...

—¿Y a mí qué me cuentas? —la interrumpe—. Habrán sido la rarita blanca o la rarita amarilla —añade, señalándonos vagamente.

Aprieto los labios. Creo que antes he sido demasiado amable cuando lo he llamado *pusilánime*. Nora lo fulmina con la mirada. Claramente, se está conteniendo para no darle una paliza.

—Gracie dice que has sido tú.

La frase tiene una reacción en él en el mismo microsegundo en el que Nora termina de pronunciarla. Nash lleva su vista hasta mí y sonrío breve, medio taimado. Acaba de comprender que lo pillé con aquella mujer.

—No fui yo —sentencia mirándome a mí, amenazante—. Fue ella.

Ahora soy yo la que acaba de comprender que va a hacer todo lo posible por cargarme a mí el muerto.

Nora vuelve a resoplar sonoramente.

—Me da igual quién haya sido —estalla—. ¡¿Cómo demonios pretendes que trabaje?!

—Eso deberías preguntárselo a ella —responde Nash, señalándome de nuevo, esta vez con más vehemencia—. No es...

—¿Qué está pasando aquí?

Su voz en un rugido atraviesa la sala, callándolo de golpe y haciéndole dar

un paso atrás. Es Conrad.

Lo miro y, antes de que pueda controlarlo, una sensación de alivio me recorre de pies a cabeza. No buscaba sentirme así con él, pero creo que ni siquiera tengo opción.

—El motor de la cámara lleva apagado desde ayer por la tarde —le explica Nora, pero los ojos de Conrad siguen clavados en mí, como si instintivamente supiese que tengo problemas. Su mirada resulta intimidante, incluso amenazadora, pero al mismo tiempo me siento increíblemente protegida—. Estamos a finales de junio, hace un calor del demonio; voy a tener que tirar cajas enteras de comida.

Conrad desliza su vista hasta ella.

—¿Quién lo apagó? Quiero un responsable —le advierte al mundo.

No lo culpo. Es un imprevisto que costará tiempo y dinero, por no hablar de toda la comida que se ha desperdiciado cuando hay millones de personas que no tienen nada que llevarse a la boca.

Los tres intentamos hablar a la vez, pero Nash se adelanta.

—Tu mujer —sisea.

¡Qué desgraciado!

Voy a dar un paso hacia él, aunque, la verdad, no sé qué haré después. Las confrontaciones, la gente... no sé. Es frustrante. Quiero gritarle todo lo que se merece, pero no soy capaz, como si me faltara el gen de echarle la bronca a los gilipollas consumados.

Sin embargo, Conrad vuelve a robar la atención de los tres y a hacer que Nash se muera de miedo con una sola mirada.

—Más te vale decirlo con más respeto la próxima vez —le advierte, con la voz calmada y peligrosa al mismo tiempo— o no te van a quedar dientes para hacerlo.

Nash lo entiende a la perfección, porque traga saliva y hunde los hombros. Lo dicho, es un auténtico pusilánime.

—Ha sido Gracie —rectifica en un tono infinitamente más amable.

—No es verdad —salto—. No fui yo.

—¿Y quién fue? —replica Conrad, girándose hacia mí.

Abro la boca dispuesta a culpar a quien verdaderamente lo merece, pero un segundo después la cierro, guardando silencio. No puedo decirlo. Si se entera de que he estado doblando turno, sólo servirá para que discutamos otra vez.

—Gracie —me apremia.

Pero tampoco puedo cargar con algo que no ha sido mi responsabilidad, y mucho menos permitir que Nash se salga con la suya, porque... ¿y si vuelve a pasar?, ¿y si culpa a Maiko-Moon, por ejemplo? Ella ni siquiera podría hablar para defenderse.

—Fue Nash —murmuro con la cabeza baja.

Nash va a destrozarme. Conrad no va a perdonarme.

—Ni de coña —ladra mi jefe—. Tú y Maiko-Moon sois las encargadas de recoger, guardar la comida y apagar todo lo que se debe apagar. Vosotras sois las últimas en tocar los interruptores.

Cierro los puños con rabia.

—No siempre es así —replico, y vuelvo a alzar la cabeza.

—Ah, ¿no? —suelta él, y la misma sonrisa malvada de hace unos minutos se apodera de sus labios—. ¿Estás insinuando que te quedas por aquí después de tu turno y alguna vez has visto a alguien abrir la cámara?

Le mantengo la mirada y trago saliva. Quiero decir que sí, que a él; por Dios, quiero describir hasta la botas de esa mujer, pero no puedo. No puedo enfrentarme a él. No tengo valor. Supongo que por eso todos tienen tan claro que no podría sobrevivir sola.

—No he dicho eso —musito al fin.

—Perfecto —sentencia Nash.

Conrad me observa. Siento cómo me hago más y más pequeña bajo su mirada. Lo último que quiero es decepcionarlo.

Cabecea una sola vez y pierde su vista a un lado sólo un segundo, antes de volver a clavar sus ojos en Nash. Quiere darle la paliza de su vida y tengo

clarísimo que está realizando un esfuerzo enorme por contenerse.

—Lárgate —ruge, llevándose las manos a las caderas en una postura increíblemente amenazante.

Su voz nunca había sonado tan salvaje.

El imbécil de mi jefe asiente y echa a andar hacia la puerta sin mirar atrás.

Conrad se pasa las manos por el pelo, tratando de tranquilizarse, pero juraría que no está funcionando.

—Haz dos listas —le indica a Nora—. Una, con lo que necesites para mañana; mandaré un camión a Chesapeake y lo conseguiremos todo. En la segunda, escribe lo que haya que reponer para el resto de la semana. Una de las chicas de Administración llamará a los proveedores.

La chef asiente y se dirige a la cámara seguida de Maiko, dejándome sola con él. Sus ojos de acero buscan los míos y los encuentran. Quiero decirle muchas cosas, pero no sé cómo y nunca me había odiado tanto por ser así, por no hallar la manera de enfrentarme a otra persona.

Aparto la mirada, y de eso también estoy cansada.

—Conrad... —pronuncio, aunque ni siquiera sé cómo seguir esa frase.

Él me observa, y el alivio, esa sensación de protección, sigue ahí, latiendo con fuerza, más alto, mejor. Doy un paso más. Tengo que contarle la verdad, toda la verdad. Sé que puedo confiar en él.

—Ayuda a Nora —me ordena, frenándose y rompiendo de golpe mi burbuja.

—Espera... —le pido, avanzando otro paso.

Conrad deja que sus ojos se deslicen sobre los míos un segundo más, pero no me da opción, gira sobre sus talones y sale de la cocina.

—Conrad —vuelvo a llamarlo, echando a andar tras él.

No contesta y el mismo serpenteante enfado de cada vez comienza a recorrerme entera.

—¿Ahora no me hablas? —protesto.

Sigue en silencio.

—¿Es tu manera de castigarme? —me quejo, exasperada.

—Tómalo como quieras —contesta sin ni siquiera mirarme, sin detenerse, pero, extrañamente, tengo la sensación de que sigue conteniéndose, como con Nash, aunque algo me dice que ya no tiene nada que ver con él.

—¡Maldita sea, Conrad! —grito, desesperada—. Me merezco saberlo.

Se frena en seco y, por un momento, se queda muy quieto antes de girarse despacio, de que sus ojos atrapen los míos y me dejen al borde de un precipicio, esperando una sola palabra suya para saltar. Son sus superpoderes, ¿recordáis? Enfadarme como nadie y hacer que me olvide de todo sólo con estar ahí.

Aun así, tengo que mantenerme en mis trece.

—Contéstame —le pido, y mi voz suena más calmada, pero no más serena. El corazón me late con tanta fuerza que temo que pueda oírlo.

No responde. Conrad Sullivan nunca se baja de su pedestal.

—Yo no apagué ese interruptor —sentencio con una seguridad absoluta, enfadada con él porque se esté comportando como siempre y cabreadísima conmigo misma por no entender que no va a cambiar—. Tienes que confiar en mí.

Mis cinco últimas palabras parecen activar un resorte en él.

—¿Igual que tú confías en mí? —me desafía, dando un paso en mi dirección.

No sé qué contestar. Siento como si hubiese tirado de una alfombra bajo mis pies.

—No soy estúpido, Grace. Sé que hay algo más que no me estás contando. Algo que tiene que ver con que todas las tardes desaparezcas después de tu turno hasta que sales del parque para ir a la biblioteca siempre a la misma hora. ¿Qué es lo que haces? ¿Dónde demonios te metes?

Está molesto, pero también hay algo más que no soy capaz de ver, algo en su voz, en sus palabras, en la manera en la que me mira. ¿Acaso está celoso? Me riño a mí misma por semejante estupidez. Eso es imposible.

Estiro los segundos para darle vueltas a todas las posibilidades, pero siempre llego a la misma conclusión: no puedo contárselo.

—Eso no es asunto tuyo —respondo, y me obligo a no titubear, a no bajar la cabeza, a que no duela.

Lo último que quiero es decepcionarlo, pero necesito el dinero. Necesito cumplir el trato con Louis.

Conrad traga saliva y en el siguiente segundo me dedica su media sonrisa más dura y me doy cuenta de que, a veces, poner distancia para él no es algo gratuito, es una necesidad. Frunzo el ceño. ¿Por qué? ¿Por qué necesita alejar a las personas de su vida?

—De todas formas —trato de reconducir la conversación, a nosotros—, eso no cambia lo que ha pasado. Yo no apagué la cámara —me defiendo—. Fue Nash.

—Lo sé —me deja claro sin un solo resquicio de duda.

Arrugo la frente de nuevo. ¡Por Dios, estoy completamente perdida!

—Y, si lo sabes, ¿por qué haces esto?

—Porque tienes que dejar de ser tan débil, princesita —sisea.

—No soy la mocosa mimada que crees que soy —le espeto con rabia.

—Demuéstramelo.

Otra vez esa única palabra, esa actitud de condescendencia y reto a la vez. El mundo se hace grande, y yo, pequeña. No puedo enfrentarme a Nash.

—Yo... —Lucho, juro que lucho por no bajar la mirada, pero soy incapaz.

Conrad avanza hacia mí, dejándonos muy cerca, robando de nuevo mi atención, obligándome a volver a levantar la cabeza sin decir una sola palabra.

—No has dejado de repetir que tú no bajaste el interruptor —sentencia inmisericorde—. Habla con Nash, defiéndete.

No puedo. No puedo.

—¡No puedo!

—¡Sí, que puedes! Por el amor de Dios, Gracie —ruge—, reacciona de una

maldita vez.

Conrad da el último paso que nos separa y toma mi cara entre sus manos. Yo sólo siento el corazón latiéndome deprisa; la sangre martilleándome en los oídos; el deseo húmedo, caliente, cruel. Todo eso es demasiado real y demasiado intenso como para poder pensar en otra cosa que no sea él, pero, cuando ya puedo sentir sus labios, le cruzo la cara de una bofetada y doy un paso atrás. Sólo iba a besarme para terminar la discusión, y yo quiero que me bese, lo anhele más que nada, pero no por esos motivos.

—No puedes hacerme callar así —le espeto con la voz jadeante.

Conrad se lleva la mano a la mejilla y gira la cara despacio, atrapando mi mirada. Mi respiración se acelera cada vez más. Mis ojos vuelan de los suyos a sus labios. La electricidad se está comiendo a bocados el aire entre los dos.

Da un nuevo paso hacia mí, intimidante, sexy, seguro, exactamente como es él, y yo debería moverme, debería huir.

—Voy a besarte —me advierte—, y no tiene nada que ver con esta maldita conversación.

Asiento, inconexa. El calor sube. El mundo se evapora, se vuelve borroso.

—Si no quieres que lo haga, tendrás que abofetearme otra vez.

Vuelvo a asentir, pero de nuevo no me muevo y mi mirada vuela hasta su boca. Debería darle esa bofetada, marcharme, pero es que no quiero hacerlo.

—Gracie —ruge.

Y estrella sus labios contra los míos, sus manos vuelan a mis caderas y me estrecha contra él. Todo estalla, el color, la electricidad, el placer, en mayúsculas.

Un gemido se escapa de mis labios y Conrad me lleva contra la pared sin separarse un solo centímetro. Nunca me he sentido así. Nunca he volado tan alto. Nunca, nada, ha sabido mejor.

Mi cuerpo toma el control y mis manos se aferran a su camisa, pidiéndole más, deseando más, necesitando más.

Lo que siento por Conrad es diferente. Me hace creer que vale la pena ser

yo misma.

De golpe, se separa de mí y todo mi cuerpo protesta, decepcionado. Algo en mi interior parece despertarse del letargo más largo de la historia. Él es el príncipe, y yo, la princesa que mordió la manzana.

Conrad deja caer su frente contra la mía y nuestras respiraciones, jadeantes, se entrelazan. Sus dedos estrechan mi piel con más fuerza y ese algo brilla sabiendo que me dejarán una marca.

—Conrad —murmuro.

Lo necesito. Necesito más. Lo necesito más cerca.

Mueve las manos, dejando mi piel desnuda y febril, y las sube hasta atrapar las mías.

—No puedo, Gracie —pronuncia, obligándome a soltarlo.

Me muerdo el labio, tratando de contenerme, tratando de entenderlo, de hacer que duela menos, pero fracaso estrepitosamente.

Abro los dedos, Conrad se separa de mí y echa a andar sin mirar atrás. Justo antes de alcanzar la salida, suelta un suspiro ahogado y se pasa las manos por el pelo; por un momento tengo la esperanza de que va a detenerse, a volver, pero, finalmente, se marcha.

Doy un paso adelante, separándome de la pared, tratando de regresar a la realidad. ¡Nos hemos besado! ¿Cómo se supone que voy a lidiar con eso? Trato de calmarme, pero, con toda franqueza, es imposible. Conrad es prácticamente el primer chico que me ha besado. Algún que otro vago intento en el instituto es mi única experiencia y eso, en realidad, ¡no es experiencia! Al besarme en los juzgados sentí algo diferente, algo que explotó cuando me besó de nuevo junto a la camioneta, pero ahora el deseo no sólo se ha aliado con el placer, sino también con la necesidad.

Tengo que pensar.

Doy otro paso más, milagrosamente un pie sigue a otro y regreso a la cocina. Terminaré aquí y después iré a la biblioteca. Cinco millas de ida y

cinco de vuelta es el tiempo que me hace falta para entender qué acaba de pasar.

—Has vuelto —afirma Nora, dirigiéndose a mí en cuanto pongo un pie en la cocina—, perfecto. Llévale la lista a Conrad —me ordena, tendiéndome un trozo de papel.

—¿Qué? No —contesto de inmediato, e incluso reculo un paso.

¡No puedo verlo! ¡Ahora no! ¡Tengo que pensar!

—Será mejor que envíe a Maiko-Moon, chef —añado, asintiendo para resultar más convincente—. Debe de estar cansada de limpiar la cámara, yo la sustituyo —sentencio, haciendo el amago de echar a andar hacia el gigantesco frigorífico.

Pero Nora me mantiene la mirada, dudando de mis capacidades mentales, y deja la lista sobre mi pecho, haciéndome suspirar y hundir los hombros en el mismo movimiento. Está claro que no voy a librarme.

—Está bien —claudico.

—Gracie —me llama justo cuando iba a alcanzar la puerta batiente—, ¿cómo era la mujer que viste con Nash aquí ayer?

Automáticamente, frunzo el ceño.

—¿Me cree?

—Dejémoslo en que conozco demasiado bien a esa rata.

Sonrío. No puedo evitarlo. Me alegra que tenga claro que no he mentado. Ella continúa observándome, apremiándome en silencio, y, veloz, hago memoria.

—No vi mucho —le aclaro—. Tiene el pelo rizado y pelirrojo, y usa botas de cowboy también rojas.

Nora aprieta los labios.

—Maldita zorra descarada —masculla—. Me las va a pagar. Colarse en mi cocina...

—¿La conoce?

—Claro que sí —afirma—. ¿Cuánta gente de por aquí piensas que se viste

como para participar en un rodeo?

Sonrío, casi río, pero el gesto me dura poco cuando Nora vuelve a clavar sus ojos grandes y marrones en mí.

—¿Qué haces todavía aquí? —demanda, amenazadora.

En cuanto pronuncia esas palabras, reempiendo la marcha. Es como un sargento de los SEAL.

—Sí, chef —respondo, saliendo.

Atravieso el comedor con las mariposas entremezclándose con los nervios en mi estómago.

Saludo al guardia del vestíbulo y, a unos pasos de la puerta, me detengo casi por inercia. Ya puedo distinguir a Conrad. Está junto a la camioneta, hablando por su *walkie*, dando cortos paseos de un lado a otro.

Nos besamos y ahora todo es complicado y... ¿alguien podría explicarme por qué está más guapo que hace cinco condenados minutos? Es de lo más molesto.

Doy una bocanada de aire, reuniendo valor, y reinicio la marcha. Empujo la puerta con las dos manos y la brisa me recibe; me detengo otra vez. ¿Por qué estoy tan nerviosa? «Te ha besado. Supéralo.»

Conrad repara en mi presencia al momento. Se gira hacia mí con una mano en su cintura y la otra sosteniendo el *walkie*, envolviéndolo todo con ese halo de atractivo y masculinidad.

Me mira, mejor dicho, me recorre con sus ojos de acero, y tengo que contenerme para no suspirar. El ambiente entre los dos se ha vuelto un campo de gravedad más potente que el generado por doscientos planetas.

Conrad suelta un profundo suspiro al tiempo que baja el intercomunicador.

—¿Qué quieres, Gracie? —pregunta rudo, tratando de acelerar la conversación.

Es sencillo, no quiere tenerme cerca... y duele más de lo que pensaba.

—Nora me ha pedido que te entregue la lista —explico, dando un paso en su dirección y tendiéndosela.

Él no dice nada, sólo alza la mano, dispuesto a cogerla, y de pronto la posibilidad de que sus dedos puedan rozar los míos pesa más, me sobreestimula aún más. Sé que él también lo siente, porque una llamarada de puro deseo arde en el fondo de sus ojos verdes. Todo parece suceder a cámara lenta. Mi respiración se acelera. La promesa se vuelve real y mística al mismo tiempo, como si el roce de nuestros dedos fuese todo lo que necesitamos justo ahora, justo en este momento. Conrad acaricia despacio el reverso de mi mano con su pulgar y yo saboreo su contacto, su calor, un pulso eléctrico que nace donde nuestras manos se tocan e ilumina todo mi cuerpo.

Pero él vuelve a romper al momento. Puedo ver el segundo exacto en el que su mirada se llena de determinación justo antes de atrapar la lista y apartar sus dedos.

Me quedo inmóvil, mirándolo, sin saber qué hacer. No tengo la más remota idea de cómo gestionar lo que me hace sentir, y la imagen de que Conrad Sullivan es como un tren de mercancías vuelve, arrasándolo todo.

Sus ojos siguen sobre los míos y, por un instante, tengo la kamikaze sensación de que a él también le afecta todo esto.

—Vuelve dentro, Gracie —susurra con la voz ronca.

—No —respondo antes siquiera de pensarlo.

¡Esto es una locura! Necesitamos hablar de lo que ha pasado.

Conrad me observa un puñado de segundos más. El deseo sigue en su mirada, pero también se llena de frustración, de rabia, de ternura. ¿Por qué se siente así? Sin embargo, antes de que pueda preguntar, hace lo que siempre hace, en realidad: decide por los dos, da la conversación por acabada y se monta en la *pickup*.

Pero hay otro «sin embargo» que también cuenta aquí. Yo cuento aquí y necesito respuestas.

Sin dudar, corro hasta la Chevrolet y tomo asiento, cerrando la puerta y clavando la vista al frente en el mismo movimiento, bajo la incrédula y

enfadada expresión de Conrad. Creo que nunca había estado tan nerviosa, pero al mismo tiempo tengo claro que esto es lo que debo hacer.

—Gracie... —me advierte.

—Tenemos que hablar de lo que ha pasado —suelto a bocajarro, sin atreverme a mirarlo todavía.

—En realidad, no tenemos nada de que hablar —replica.

—¡Me has besado! —estallo, volviéndome hacia él.

Conrad me contempla igual que un tigre peligroso contemplaría a una gacela en mitad de la sabana, como si por su mente no hubiese pasado la posibilidad de que le recordase semejante detalle. Aprieta los dientes, tensa la mandíbula, pero al mismo tiempo sus ojos se oscurecen, su cuerpo en guardia me llama y me doy cuenta de que está luchando por no dejarse vencer por el deseo. Esa pequeña revelación provoca que los músculos de mi vientre se tensen deliciosamente y de golpe, sin remedio, condenándonos con toda probabilidad, la cabina de la camioneta parece medir sólo dos centímetros cuadrados y todo huele a él.

Eso no me conviene. Tengo que mantener la cabeza fría, creo; pensar con el deseo cabalgando por las venas es muy complicado. Ahora entiendo por qué Madonna ha hecho tantas tonterías y se ha casado cuatro veces.

—Mira —trato de reconducir la conversación, de llegar a un puerto seguro—. Sé que te gustaría fingir que no ha pasado, pero...

—Yo no he dicho eso —me interrumpe sin dudar.

Lo observo una vez más, sin saber qué decir, aunque en esta ocasión sí sé qué pensar. Puede que sea un animal de mal trato, tosco, arrogante y difícil, pero también es un hombre de principios, y éstos no sólo tienen que ver con la responsabilidad en el trabajo. Conrad Sullivan no se esconde.

—Y, ¿entonces? —lo presiono suavemente. Estoy hecha un completo lío.

—Nos hemos besado. Eso no cambia lo que debe haber entre nosotros.

Me mantiene la mirada y tengo la sensación de que necesita que lo entienda.

—Has dicho *debe* —murmuro.

Por primera vez parece dudar, pero la rabia, la arrogancia o quizá, sencillamente, la supervivencia, brilla en el fondo de sus iris verdes.

—Sé lo que he dicho —sisea—, y es lo mejor para los dos.

Conrad devuelve su vista al frente, arranca el motor y nos incorporamos a la calzada.

No puedo dejar de pensar en ese «debe», porque significa que también hay un «quiere» que no se permite vivir. ¿Y qué quiero yo? Puede que esté nerviosa, confusa, incluso un poco asustada, pero sé que no es justo, que los «debe» no tendrían que pesar más que los «quiere», no cuando estamos hablando de sentimientos, de ser... feliz.

—Te estás equivocando —susurro.

No dice nada, pero sé que me ha oído.

—Puede que no sepa mucho sobre relaciones —continúo—, pero sí que tendrías que permitirte vivir lo que quieras vivir, no lo que debas.

Conrad aprieta el volante hasta que sus dedos se emblanquecen sobre él. Se está conteniendo otra vez, luchando otra vez, y con eso sólo me está dando la razón. Las mariposas, que nunca se han marchado, hacen triples mortales en mi estómago.

—Tienes razón, princesita —dice, concentrado en la carretera. Sin titubeos. Llevo mi mirada hacia él. Tengo que contenerme para no sonreír—. No sabes mucho sobre relaciones.

Ni siquiera me mira un mísero segundo para decirme semejante lindeza y yo caigo directa desde la nube a la que me había subido.

—Eso ha sido mezquino —musito, cruzándome de brazos.

Conrad traga saliva, pero no aparta sus ojos de la calzada.

—De nuevo, no te falta razón.

Frunzo el ceño y, automáticamente, vuelvo a contemplarlo, confusa. ¿A qué ha venido eso? ¿Acaso quiere volverme loca?

Ladeo el cuerpo hacia él como si estuviésemos sumidos en una especie de duelo. Sigue habiendo rabia en su expresión, frustración. ¿Por qué?! ¡Quiero

entenderlo! Pero me lo pone demasiado difícil.

—Conrad —lo llamo, casi desesperada.

—Gracie, por el amor de Dios, basta —ruge.

Cabeceo, conteniéndome para no gritar. ¡Ahora mismo lo estrellaría contra el maldito parabrisas!

—Para la camioneta —le pido; ahora mismo no quiero tenerlo cerca por nada del mundo. Él finge no oírme—. Para la condenada camioneta, Conrad.

Por supuesto, el rey del mambo no piensa obedecer.

—Para o te juro por Dios que soy capaz de tirarme en marcha sólo para fastidiarte —lo amenazo, pero sólo consigo que se ría entre dientes.

Muy bien, Conrad Sullivan, tú lo has querido.

Echo un veloz vistazo a la cabina y no tardo más de un par de segundos en sonreír con malicia. Antes de que pueda verlo venir, atrapo el *walkie*. Él me mira de reojo y, aunque pretende disimular que no le preocupa lo más mínimo, su cuerpo se tensa. Pulso el botón y agravo la voz.

—Atención —empiezo a decir—, ha habido un incendio en el hangar del X17-500. Busquen a Conrad Sullivan. Repito. Busquen a Conrad Sullivan. Cambio.

Conrad aprieta la mandíbula y en el siguiente segundo se hace el silencio. Si el plan no surte efecto, voy a quedar como una auténtica pringada. Dos segundos. Vamos. No me hagáis esto. Ha sido una voz de alarma en toda regla. Tres segundos. Los labios de Conrad se curvan ligeramente hacia arriba. Cuatro...

—Señor Sullivan. Señor Sullivan, conteste. Cambio —se oye la primera voz y, prácticamente en el mismo instante, los «señor Sullivan» y los «cambio» empiezan a multiplicarse.

Conrad gruñe entre dientes. Suelto una carcajada, victoriosa, y alzo las manos al cielo, incluida la que tiene el *walkie*.

Frena la Chevrolet de golpe junto a la acera y me bajo, sintiéndome muy orgullosa de mí misma.

—Muchas gracias, señor Sullivan —pronuncio con retintín con los pies ya en el suelo—. Será mejor que se marche. Parece que tiene mucho trabajo que hacer —sentencio, socarrona, lanzándole el *walkie*.

Y haciendo algo que he aprendido de él, giro sobre mis Converse y echo a andar sin esperar respuesta por su parte. «Demonios, ¡qué bien sienta!», pienso con una sonrisa. Ahora entiendo que lo haga tanto.

* * *

No sé cuándo vuelve. Me paso más de una hora tumbada en el sofá, pensando en todo lo que ha pasado, en cómo me he sentido cuando me ha besado esta tarde y, más que nada, en ese «debe». Si hay un «quiero», necesito saberlo, porque, quizá, yo también tenga uno que decir.

Nunca imaginé que mi vida cambiaría así.

* * *

Abro los ojos. Ya es de día. Vuelvo a cerrarlos y me acurruco al otro lado. Tengo mucho sueño, pero ya es de día, ya es de día... ¡Ya es de día!

Me incorporo de repente con cara de susto y miro a mi alrededor. ¡Me he quedado dormida! ¡¿Cómo es posible?! Miro mi móvil. Está apagado. Sin batería. ¿No se supone que estos chismes siempre guardan un poco de energía para el despertador?

«Tranquilízate», me pido. Es más que obvio que Conrad ya se ha levantado, pero no ocurre nada. Sólo tengo que esquivarlo, llegar al baño y ponerme los audífonos. Estiro la mano para coger mi cajita de Altoids, pero no llego a la maleta. Frunzo el ceño. Me giro. Pero ¿qué demonios...? ¡Mi maleta no está!

Me levanto angustiada. Busco por todo el salón, incluso por sitios en los que es imposible que esté. Voy a la habitación de Conrad, al baño. ¿Dónde está? ¿Dónde está? La respiración se me acelera. ¡¿Dónde está?!

Estoy en el pasillo camino del salón cuando la puerta principal se abre y entra Conrad. Mi cuerpo se pone en guardia, se tensa; estoy demasiado nerviosa.

—Buenos días, princesita —le leo en los labios—. ¿Qué tal has dormido? Suena socarrón y me temo lo peor.

Me mira con una media sonrisa, esperando a que diga algo, ¡pero no puedo hacerlo! Tras unos segundos, se encoge de hombros en un gesto, en teoría, inocente, pero que esconde una perfecta actitud de perdonavidas.

—Pensaba que lo primero que harías al verme sería preguntarme por tu maletita —continúa, impertinente.

Abro un poco más los ojos y mi respiración se acelera un poco más. Su sonrisa se ensancha.

—Sólo diré que el camión de reciclaje pasa los lunes exactamente a esta hora.

No. No. ¡No!

Conrad

Sale disparada antes de que pueda decir nada más. En pijama, sin ni siquiera ponerse unos zapatos, pero no es eso lo que ha hecho que todos los músculos de mi cuerpo se tensen, colocándolos en guardia: había algo en su mirada que sé reconocer demasiado bien. Estaba muerta de miedo.

—Gracie —la llamo, saliendo tras ella.

La princesita corre tras el camión, pero no grita, sólo agita las manos. El vehículo, una camioneta mediana con el cajón de carga al descubierto, se detiene un par de casas más arriba. Gracie empieza a golpear la carrocería, imagino que llamando la atención del operario, pero, antes de que él baje, ella se sube y empieza a buscar la maleta entre las bolsas.

Frunzo el ceño, demasiado confuso. ¿Qué le pasa? Sólo ha sido una broma. No es un camión de basura maloliente con una trituradora. Las bolsas de reciclaje hay que entregarlas perfectamente cerradas y ya hablé con el conductor para que guardase su maleta en los asientos de delante y después en la oficina de la pequeña planta de reciclaje, donde pensaba recogerla en un par de horas.

—Gracie —la llamo, acercándome a ella con el paso lento y estudiado, como si tuviera delante a un animalillo asustado que puede salir huyendo en cualquier momento—. Gracie —repito, pero ni siquiera me oye.

Empieza a lanzar bolsas al suelo, buscando la suya. No está enfadada, es preocupación pura, inquietud, miedo. Nunca la había visto así.

—Gracie, sólo ha sido una broma. Tu maleta está en el asiento —le aclaro, pero sigue sin oírme. ¿Por qué coño no me oye?

El operario la observa, me mira a mí y, aturdido, asiente rápido, entendiendo a la perfección que tiene que darle su valija. La llama con un tímido «señora», pero Gracie tampoco le presta atención, hasta que alza la cabeza, angustiada, y al fin repara en él.

¿Qué le pasa? ¿Qué lleva en esa maleta?

Se baja de un salto, corre hasta el conductor y prácticamente le arranca la maleta de las manos. La deja caer al suelo y la abre con manos rápidas y torpes.

—Gracie, ¿qué ocurre? —demando, caminando de nuevo hasta ella.

Las personas que han salido de casa a dejar la basura empiezan a acercarse y a observar, mitad curiosos, mitad extrañados. Quiero que todos se larguen.

Empieza a rebuscar entre su ropa.

Está asustada, está demasiado nerviosa, está desesperada.

—Gracie, ¿quieres explicarme de una vez qué demonios te pasa?

Mi voz suena dura, pero una sensación comienza a atenazar cada centímetro de mi cuerpo. ¿Qué he hecho? ¿Por qué no me contesta?

—Gracie —la llamo por enésima vez, y ya no aguanto más.

Me arrodillo junto a ella y agarro su mano justo en el momento en el que coge algo de la maleta y siento que puede volver a respirar. ¿Qué hostias es?

La gente a nuestro alrededor, más a cada segundo que pasa, empieza a cuchichear.

Gracie trata de soltarse, forcejeamos. Alza la mirada y algo en mi interior cae fulminado. Está llorando. Joder, pero ¿qué coño he hecho!

—Gracie, por Dios —y creo que casi se lo suplico—, ¿qué es lo que está pasando?

Ella deja de forcejear, su agarre se hace más suave y puedo ver el extremo de la cajita de caramelos Altoids, la misma que vi en el baño.

—¿Qué guardas aquí?

Tengo la sensación de que una parte de ella quiere impedirme que abra la pequeña lata, pero hay otra mayor que quiere terminar ya con lo que sea que

implique y sé que las dos están demasiado tristes y asustadas.

Abro la caja y me siento como el imbécil más grande de toda la condenada tierra.

Son unos audífonos.

La miro y sus ojos azules ya me esperaban. Quiero decir algo, pero ni siquiera sé el qué. ¿Cómo he podido no darme cuenta? ¿Cómo he podido...? El camión entra en mi campo de visión y me siento ruin y miserable, y entonces vuelvo a mirarla y la veo de rodillas, con todas sus cosas en mitad de la calle, con las mejillas mojadas, vulnerable... y todo es culpa mía, joder.

De pronto cada persona que la está observando es como un disparo en el centro de mis costillas.

—Largaos —rujo, ladeando la cabeza por encima del hombro—. Aquí no hay nada que ver.

Obedecen y, poco a poco, se van alejando.

Devuelvo mi vista hasta Gracie, pero no sé qué hacer. La cabeza me va demasiado deprisa. ¿Por qué no me lo ha contado antes? ¿Por qué no ha confiado en mí?

«Porque tú le dejaste muy claro que no querías saber nada de ella, maldito gilipollas», me castigo, y me lo merezco.

Ella tira suavemente de su mano y suelto su muñeca, que aún tenía agarrada. La princesita se coloca los audífonos, respira aliviada y agacha la mirada al tiempo que nuevas lágrimas ruedan por su preciosa cara. Cabecea sin mirarme y yo quiero levantar la cabeza y aullar, ¿cómo he podido ser tan imbécil?

Me obligo a ser práctico, es lo que tengo que hacer, lo que nos va a sacar de aquí. Me levanto y tiro de sus manos para que haga lo mismo. Ya de pie, el uno frente al otro, me contengo las ganas de abrazarla, porque ahora mismo me merezco que me eche a patadas, pero la dejo muy cerca de mí. Le aprieto las manos con fuerza y me inclino sobre ella, hasta que mis labios casi tocan su pelo.

—Espérame en casa, Grace —le pido en un susurro.

Ella no dice nada, pero empieza a caminar y la observo hasta que entra. Recojo sus cosas y ayudo al operario a devolver al camión todas las bolsas que la princesita ha tirado.

Regreso a casa tan rápido como puedo. Gracie está en la cocina, con las palmas de las manos apoyadas en la encimera de la isla y la mirada perdida al frente, como si hubiera ido a hacer café, convenciéndose de que todo estaba bien, y, a mitad de camino, le hubiesen asaltado demasiadas dudas.

Despacio, dejo su maleta en el suelo del recibidor y avanzo un paso hacia ella.

—¿Por qué no me lo has contado? —le pregunto, porque no puedo pensar en otra cosa.

Tengo la sensación de que va a contestar, pero en el último segundo parece impedirselo a sí misma y se dirige con el paso decidido a la puerta principal, yo averiguo sus intenciones, la intercepto cogiéndola por la cintura y la llevo contra la pared, apresándola entre mi cuerpo y el muro.

—Quiero irme —me espeta, forcejeando—. ¡Déjame!

Pero no puedo dejar que se vaya, no ahora, no con todo lo que debe de estar pensando.

—Gracie...

—¡No!

Le agarro las manos y se las sostengo por encima de la cabeza con una de las mías.

—Gracie, escúchame.

—¡No, suéltame, Conrad!

La tomo de la barbilla, la obligo a mirarme, pero ella sigue luchando con rabia.

—Lo siento.

Mis dos palabras la detienen en seco y, poco a poco, esa rabia sin fin se va calmando, transformándose en algo triste, en una herida que lleva abierta demasiado tiempo.

La princesita aprieta los labios, conteniendo las lágrimas, y yo sólo quiero besarla hasta llevarme todo el dolor.

—No puedo dejar que te vayas —trato de hacerle entender, y mi voz suena diferente a cada vez que he hablado con ella, porque me siento diferente. No me importa que sea sorda. Me importa ella. Le he hecho daño y nunca me lo voy a perdonar, pero también va más allá de eso, porque tampoco se trata de mí. Sólo me importa ella. Y ahora más que nunca, quiero protegerla. Yo mismo construiría ese torreón, yo mismo domaría ese dragón. Todo, para que nadie, nunca, jamás, volviera a hacerla llorar.

—¿Por qué? —murmura.

«Porque me importas demasiado.»

—¿Por qué no me lo has contado? —vuelvo a inquirir, porque no puedo contestar en voz alta a su pregunta.

Ella aparta la mirada y se clava los dientes en el labio inferior, pero, cuando estoy a punto de hacer una estupidez y besarla, o quizá no sea una estupidez y sí lo único que he querido hacer de verdad en más de once años, suelta un suave gemido y sé que se está armando de valor para responder. No me sorprende; al fin y al cabo, la princesita es mucho más valiente que yo.

—Porque no quería que me miraras así —pronuncia al fin—. Tú, no.

El motor de mi interior se activa con la fuerza de un maldito huracán y todo lo que me hace sentir se vuelve tan grande que casi no me deja respirar.

—A los doce años perdí a mi padre y, tres meses después, dejé de oír, y desde entonces todos me han tenido lástima, incluso yo misma.

Quiero decirle que no se trata de lástima, sino de compasión. Por el amor de Dios, ¿quién no la tendría? Es la persona más dulce sobre la faz de la tierra. Es normal conocerla y querer cuidarla, incluso alguien con las cosas tan claras como las tenía yo, con tanto miedo como tengo yo.

—Princesita...

—Y, ¿sabes qué?, ya es hora de que haga algo para solucionarlo.

Cabeceo.

—No —trato de frenarla—. Olvídate de todas las estupideces que te he dicho. No tienes que ser más fuerte.

Ahora la que cabecea es ella y el gesto roba de inmediato mi atención, porque, a pesar de ser algo sencillo, incluso tímido, está lleno de poder.

—No quiero olvidarme de nada de lo que me has dicho —sentencia, y una nueva lágrima cae por su mejilla.

Alzo los dedos y se la enjugo despacio. Atrapo su mirada y ella me la mantiene. Me concedo una especie de tregua y dejo caer mi frente en la suya, porque necesito sentirla cerca, aunque sólo sea un instante. Gracie mueve las manos bajo el agarre de las mías, pidiéndome en silencio que la suelte, que no escapará. Obedezco con demasiado miedo, porque no estoy preparado para que se vaya. Ella baja las manos despacio y, cuando el temor casi no me deja respirar, la princesita me abraza con fuerza. Yo doy una bocanada de aire, llenándome de este momento, de ella, del alivio más poderoso, y, sin dudarlo, rápido, veloz, también la abrazo. La princesita tiene el corazón más grande del mundo.

—No te vayas —susurro, separándome lo justo para atrapar sus ojos azules, dejando que mis manos se aferren con más fuerza a su cintura, al final de su espalda.

—Tengo que hacerlo —murmura con la voz queda.

—Yo lo haré por ti —le ofrezco, apresando su cara entre mis manos, y, en realidad, se lo estoy advirtiendo a todo el universo.

«Déjame protegerte.»

—Es algo que tengo que hacer yo —replica, colocando sus manos sobre las mías.

—Gracie... —Chasqueo la lengua contra el paladar. No tiene que demostrarle nada a nadie, y mucho menos a mí.

—Llévame al comedor, por favor —me pide, y sus ojos azules, alegres, vivos, tímidos, también se llenan de una radiante seguridad.

La princesita es fuerte.

10

Gracie

Conrad detiene la camioneta frente al comedor.

—Sea lo que sea lo que piensas hacer —me dice con la vista en la calzada y su halo de masculinidad embadurnando las palabras—, no tienes por qué.

Asiento, nerviosa; lo estoy, es una estupidez negarlo, pero también siento que ha llegado el momento de enfrentarme a mis miedos y éste es tan bueno para empezar como cualquier otro.

—En realidad, sí.

En realidad, hay muchos motivos. Si quiero que los demás dejen de tenerme lástima, tengo que empezar a luchar contra todo lo que me asusta.

Me bajo de la *pickup* y entro en el immaculado edificio. Conrad camina a mi lado, destilando toda esa seguridad bajo su camisa color vino tinto remangada, sus vaqueros oscuros y sus botas.

En cuanto la puerta batiente entra en mi campo de visión, la inquietud gana enteros, pero me obligo a seguir avanzando, a ser fuerte, a ser valiente.

—¿Qué haces aquí? —inquire Nora, confusa, al verme entrar—. Hoy es tu día libre —me recuerda—. ¿Y tú? —añade, aún más sorprendida al ver a Conrad.

Sin embargo, su expresión cambia, supongo que al observar más detenidamente la de él. Al fin y al cabo, lo conoce muy bien.

—Quiero hablar con Nash —expongo sin titubeos—, ¿sabe dónde está?

—Aquí —responde éste malhumorado, saliendo de su diminuto despacho, situado junto a la salita de empleados.

Mi vista vuela hasta mi jefe igual que la de Nora, pero Conrad me observa

un segundo más antes de clavar su mirada increíblemente amenazante en él.

—¿Qué quieres? —demanda, y sé que le gustaría ser mucho más desagradable y añadir algo como «rarita», pero también que le tiene demasiado miedo a Conrad como para hacerlo.

Sé lo que quiero decir. Es mi turno, pero, sin que nadie lo haya invitado, el miedo comienza a hacerse cada vez más y más presente, más y más grande. Todos esperan en silencio para oír lo que he venido a explicar; yo quiero explicarlo, pero no soy capaz.

Nash, al principio, me observa con cautela. Sabe demasiado bien lo que vi, pero mi silencio, segundo a segundo, sólo lo va fortificando en la posición en la que está y una sonrisa de lo más taimada comienza a asomar en sus labios.

«Todo depende de la perspectiva con la que se miren las cosas —me recuerdo—. Tener miedo no es lo complicado; el problema es tenerlo y no afrontarlo. Los valientes no lo son porque nunca se asusten, sino porque se enfrentan a lo que los atemoriza.»

«Gracias, mamá.»

—Tú fuiste quien apagó el interruptor y provocó todo el problema de la cámara frigorífica —pronuncio con la voz clara, sin dudas, porque no las tengo, y sin miedo, porque pienso vencerlo.

Nash entorna los ojos, tratando de resultarme amenazante. Lo consigue.

—¿Segura?

Esa única palabra implica muchas más: ¿segura de que quieres seguir por ese camino?, ¿segura de que quieres enfadar a la única persona que sabe que doblas turno?, ¿a la que te permite hacerlo?

Asiento.

—Sí —sentencio—. Te vi con una mujer pelirroja con botas de cowboy.

—Anaís —concreta Nora.

Mi jefe retuerce el gesto y las arrugas de su frente se le marcan todavía más.

—¿Y cómo es posible que tú me vieras? —plantea, sabiendo perfectamente

dónde me deja eso.

Pienso una mentira, aunque sé que debería sincerarme.

—Tu turno ya había acabado —añade con maldad.

Y él solo acaba de sacarme del problema en el que pretendía meterme.

—¿Y cómo es posible que tú sepas que mi turno ya había acabado a no ser que estuvieras aquí? Fichas y te marchas antes que nosotras. —Todos los aquí presentes sabemos que es el primero en largarse, y yo disfruto de estar devolviéndosela.

—¿Cómo puedes ser tan imbécil, Nash? —lo fastidia Nora.

Mi jefe la mira y, a continuación, de nuevo a mí, para acabar resoplando y apretando los labios, acorralado como la rata miserable que es.

—¿Te haces una idea del jodido lío en el que acabas de meterte? —ruge Conrad, avanzando hacia él.

Le roba toda su atención y, de inmediato, Nash se gira hacia él con cara de susto.

—Sullivan...

—Me importa una mierda lo que tengas que decirme —le deja claro Conrad—. Vas a hacer frente a todos los gastos extra, vas a pagar hasta el último centavo de la comida que se desaprovechó... y te advierto desde ya que tu vida va a complicarse mucho por aquí.

Nash cabecea, calibrando cómo salir de ésta. Me busca con la mirada y sus ojos se clavan en los míos, diciéndome en silencio que puede que ahora haya ganado yo, pero que él todavía tiene mucho que contar. Un sudor frío me recorre la columna, pero algo también me dice que sabré enfrentarlo cuando llegue. Este parque aeronáutico me está cambiando como nunca pensé que podría suceder.

—Lárgate —sisea Conrad, y Nash obedece.

Lo observo hasta que la puerta batiente se detiene de nuevo tras su marcha e involuntariamente dejo escapar todo el aire de mis pulmones sin darme cuenta de que lo había contenido.

—¡Bien hecho, chiquilla! —exclama Nora, dando una palmada.

Una suave sonrisa se apodera de mis labios, pero no es un gesto nervioso y creo que muestra algo parecido a la satisfacción personal. Me gusta esa sonrisa. Me hace sentir bien.

Mi mirada se encuentra con la de Conrad y todo se relativiza cuando veo orgullo en sus preciosos ojos verdes. Nunca me habían mirado así. He hecho esto por mí, porque era lo que debía hacer, pero saber que he provocado eso en él hace que merezca aún más la pena.

—Sentaos —nos ordena Nora—, pienso haceros vuestro propio festín.

La miro aturdida, la verdad es que ni siquiera le había prestado atención, pero ella nos señala el otro extremo de la mesa y se vuelve, risueña, hacia los fogones.

—Maiko —la llama—, trae la mantequilla de cacahuete y la mermelada de arándanos. —Sonrío. Va a hacerle un sándwich a Conrad—. ¿Tú qué quieres? —me pregunta—. Puedes pedir lo que te apetezca —me ofrece, sonriendo también.

Lo medito un segundo, aunque ya sé lo que deseo.

—Tomaré lo mismo que Conrad —respondo.

Antes de que pueda controlarlo, ni siquiera pensarlo, mis ojos vuelven a buscarlo. Su mirada ya me esperaba y un mundo que nos concierne sólo a los dos se construye a nuestro alrededor.

—Menuda pareja —se queja Nora, divertida.

* * *

—¿Quieres descansar? —inquire Conrad cuando nos montamos otra vez en la *pickup*.

Niego con la cabeza mientras me pongo el cinturón de seguridad.

—Tienes que trabajar —le recuerdo.

Ahora es él quien niega, imitando mi gesto.

—No —añade—. Hoy es mi día libre.

Una suave sonrisa se dibuja en mis labios. Está mintiendo, pero no me importa. No quiero perder la oportunidad de estar con él.

—¿A dónde quieres ir?

Pierdo la mirada en la luna delantera y me tomo un momento para pensar la respuesta a una cuestión que, en circunstancias normales, me habría hecho mucho antes, aunque cada vez tengo más claro que no me importa. No importa que no sea perfecto, es lo auténtico lo que tiene valor.

—Quiero ver el Sound —respondo.

Conrad curva los labios suavemente hacia arriba y asiente al tiempo que arranca la Chevrolet.

Unos diez minutos después estamos en el extremo oeste del parque, en un pequeño rincón alejado de todo lo demás, casi como si no le perteneciese.

Las ruedas de la camioneta se detienen sobre una frontera dibujada en arena, piedra y hierba verde. Conrad atrapa mi mirada un solo segundo y, sin decir nada, sale, ordenándome, retándome, pidiéndome, quizá las tres cosas a la vez, quién sabe, que me baje y lo siga.

Cuando mis pies tocan el suelo, el rugido de una ola me recibe. El cielo azul cabalgado por un centenar de nubes como algodón de azúcar me roba la atención, pero, tras un momento, reparo en él y me deja completamente boquiabierto. Estamos en el borde de un pequeño acantilado, de no más de un par de pisos de altura, donde rompen las olas como si se equivocaran de camino al llegar a la playa, a poco más de cien metros.

—Aquél es el parque natural del río Alligator —dice, señalando a la derecha, a una espesa arboleda con un millar de tonos de verde—; esas pequeñas islas —continúa, con la vista al frente— nos separan del océano Atlántico, y todo lo demás es el Sound.

Su voz se vuelve casi un susurro al pronunciar la última palabra; para él es un tesoro, su tesoro. Ya sabía que quería este lugar, pero ahora tengo cristalinamente claro que es algo muy especial para él.

—Hay una leyenda sobre el Sound, ¿sabes?

—¿Vas a contarme una historia? —pregunto, mitad insolente, mitad divertida, refiriéndome a lo que ocurrió en el Amelia's cuando fui yo la que contó un cuento.

Conrad tuerce los labios, con la vista todavía al frente, sabiendo a la perfección de qué estoy hablando, conteniendo una sonrisa culpable.

—Sólo lo digo —concluyo, encogiéndome de hombros.

Quiero alargar la broma, pero ninguno de los dos es capaz de contenerse y ambos sonreímos.

—Grace —me llama, cruzándose de brazos. La sonrisa se ha borrado de sus labios y ha devuelto su vista al frente—, lo que pasó en el bar...

—Sé por qué lo hiciste —lo interrumpo.

Conrad lleva su mirada hasta mí. Sus ojos están llenos de sorpresa y de algo que bascula de la inquietud y el miedo al alivio.

—Querías alejarme, ¿verdad? —Y, aunque hay una pregunta, en el fondo no tengo dudas. Algo dentro de mí siempre es capaz de ver cómo se siente Conrad, aunque mi cerebro, mi corazón o mi sentido común, en ocasiones, se nieguen a aceptarlo.

Él se toma un segundo para pensar lo que va a decir.

—Parece que me conoces muy bien.

Yo también lo hago.

—¿Y eso te asusta?

Él asiente y mi corazón deja escapar una lágrima. Daría todo lo que tengo por saber por qué necesita aislarse de todos, poner esa distancia con el mundo.

—Pero también me gusta —añade, cogiéndome por sorpresa.

Una sonrisa indisimulable se cuelga en mis labios y, antes de que ninguno de los dos diga nada más, aparece también en los suyos. En este acantilado, en mitad del Sound, nuestra conexión se vuelve más fuerte, brilla más. Él también lo nota, lo sé, y eso hace que me sienta un poco sobrepasada. A veces creo que

lo que Conrad me hace sentir es demasiado grande, que no podré vivirlo sin sufrir.

—¿Vas a contarme esa historia ya o qué? —lo fastidio, risueña, para romper el momento.

Conrad vuelve a guardar un segundo de silencio.

—No —responde al fin—. Es una historia demasiado buena. No te la mereces.

Abro la boca fingidamente indignada, lo que le hace sonreír. Le doy un codazo y finge un lastimero «ay».

—Eres una niña —me quejo.

Conrad me dedica un mohín, precisamente de lo más infantil, por mi comentario y, como ha pasado antes, quiero alargar la broma y seguir jugando, pero no soy capaz y los dos rompemos a reír.

Mi corazón se zarandea, risueño. Es genial estar así con él.

El siguiente minuto lo pasamos en silencio, contemplando el paisaje más bonito del mundo.

—¿Me la cuentas? —inquiero, con algo gritándome por dentro que la respuesta será un sí.

—¿Nos ponemos cómodos? —plantea a su vez, y creo que también sabe qué voy a contestar.

Nos instalamos en la parte de atrás de la camioneta, los dos tumbados, el uno junto al otro, pero con la cabeza en lados opuestos y ambos con la mirada perdida en el sol, bajo unas gafas oscuras, disfrutando de cada uno de sus rayos.

—Cuentan que antes el Sound no existía —empieza a decir, con la cabeza apoyada en su antebrazo— y todo era tierra.

Me guardo el impulso de girarme hacia él y me muerdo el labio inferior, saboreando sus palabras.

—En ella, un chico se enamoró de una chica la primera vez que la vio, el amor más puro e incondicional que nunca, nadie, hubiese visto. —Sonrío, las

historias románticas son mis preferidas—. Pero ni la familia de ella ni la de él estaban dispuestas a permitirlo e intentaron separarlos. Sin embargo, el chico no iba a rendirse y desafió al padre de su amada. Si conseguía recorrer todas las tierras inexploradas que rodeaban la suya y volvía sano y salvo, demostrando su valor, podría casarse con la chica. El padre aceptó y el chico se puso en marcha. Tuvo que luchar con bestias inimaginables y estuvo a punto de morir, pero no le importó, sólo tenía que pensar en ella para continuar. Sin embargo, cuando al fin logró regresar, comprendió que el padre de la chica sólo había aceptado el reto para tener tiempo suficiente de alejarla de él, sacarla de esa tierra y casarla con otro hombre. —Abro la boca absolutamente compungida. ¡Qué malvado!—. El chico no estaba dispuesto a permitirlo y corrió hasta el borde de la tierra, pero sólo pudo ver el barco que transportaba a su amor alejándose en pleno océano Atlántico.

Su voz se va apagando hasta llegar a la última frase y se queda en silencio. Frunzo el ceño, confusa. ¿Ya está? ¿Eso es todo? ¿Acabó mal?

—¿Qué ocurrió después? —demando, demasiado curiosa como para fingir que no lo estoy, incorporándome hasta quedar casi sentada.

—No todas las historias tiene finales felices, princesita —replica Conrad, y otra vez tengo la sensación de que se está riendo de mí.

—Ya lo sé —protesto—. No soy tan inocente, ¿sabes?

Mi reproche sólo obtiene una media sonrisa de su parte. Pongo los ojos en blanco y decido ignorarlo. Puede que sea un poco ingenua, pero tengo claro cómo funciona la vida y, sobre todo, las historias.

—Sé que no todos los cuentos acaban bien, pero, éste, sí —me reafirmo, determinada—. Obsérvalo un momento —le pido, dejando que mi mirada se pierda en el cielo, en el mar, en los preciosos árboles—. Es imposible que un lugar así sólo tenga una leyenda triste.

Conrad medita mis palabras.

—Tienes razón —sentencia, algo triste—. Es lamentable.

No puede ser verdad, no se lo merece... Cuando estoy a punto de aceptarlo,

sus labios se curvan hacia arriba y comprendo que se estaba quedando conmigo.

—¿Quieres contarme de una maldita vez lo que pasó? —me quejo, frunciendo los labios.

Conrad sonrío abiertamente y, antes de que pueda verlo venir, me coge de la cintura, tira de mí y nos mueve hasta quedar sentado, con la espalda apoyada en la cabina de la camioneta, conmigo a horcajadas sobre él.

La nueva postura me pilla por sorpresa y todo mi cuerpo cae en una deliciosa tensión. El corazón me retumba en el pecho. Estamos muy cerca; lo siento más, mejor que en ninguna otra ocasión.

Atrapa mi mirada y me hechiza mientras alza la mano despacio y sus dedos empiezan a acariciar con una cadenciosa lentitud el borde de mi camiseta, pasando a veces a la piel bajo ella, sólo un instante..., esos instantes son los mejores.

Lucho por contener la respiración, para que no se vuelva un absoluto caos. Conrad baja la mirada y sus ojos verdes acerados se pierden en el movimiento de sus dedos.

—El Sound no lo permitió —pronuncia con la voz más ronca, más indomable, como el propio paisaje en su leyenda— y se partió en cinco trozos, dejando aislado en cada uno a una de las personas que los había intentado separar. —Su mano avanza por mi cintura, llega a mi espalda y se esconde bajo mi camiseta, abriéndose posesiva. Su piel calienta la mía y tengo la tentación de cerrar los ojos y ronronear—. Llamó al océano y él devolvió a la joven y, entre los dos, crearon una isla en mitad del Sound, una que es invisible para todos los demás, a la que es imposible llegar a no ser que ya hayas estado allí, para que el chico y la chica pudieran vivir felices.

Sonrío. Ése sí es el cuento de este trozo de tierra y mar. Muevo ambas manos y las dejo caer sobre su estómago para ir subiendo despacio, parándome en cada botón de su camisa.

—Es una historia preciosa.

Conrad sonríe y otra vez los sonidos del Sound se hacen más grandes a nuestro alrededor. Nunca había sentido una comunión tan perfecta con un lugar.

— C mo pasó?

No necesita especificar.

—Sarampión —contesto, sin atreverme a mirarlo—. Con doce años ya es considerada una enfermedad peligrosa. Me afectó a los t mpanos y a las membranas del oído. Fue prácticamente fulminante. Al principio opinaron que, cuando remitiera la enfermedad, volvería a oír, pero creo que sólo querían darnos esperanzas a mi madre y a mí —continúo, con una sonrisa triste—. Mi padre acababa de morir en un accidente de tráfico, tres meses antes, y supongo que consideraron que ya habíamos tenido suficiente. Recuerdo perfectamente aquellos días, incluso si no quiero. Mi madre no dejaba de llorar; a veces creo que ni siquiera tenía claro por qué lo hacía, si por mi padre, por ella o por mí.

Conrad no dice nada, pero su mano en mi espalda, acompañada ya de la otra, me aprieta con fuerza, como si quisiese llevarse con ellas los recuerdos tristes.

—Me acostumbr  —sentencio, y de nuevo intento que una sonrisa, ahora, cambie cómo fue la historia entonces; sobra decir que no lo consigo—. Supongo que al final te acostumbras a todo, pero me volví demasiado tímida. Trato de no serlo —añado, moviendo las manos, pero vuelvo a dejarlas en su pecho—, pero a veces es complicado.

Conrad me observa mientras pronuncio mi impulsiva explicación y una suave sonrisa llena de la palabra *ternura* se cuele en sus labios.

— Y tu padrastro?

—Mi madre lo conoció cuatro años después; se casaron y nos mudamos con él.

Fue algo sencillo, pero creo que también fue auténtico. Mi madre quería con locura a mi padre y durante cuatro años sólo pens  en él. No me enfad  cuando decidió casarse ni nada parecido. Ella merecía volver a ser feliz. Sólo espero que de verdad lo fuera y fuese capaz de permitir que mi padre se

transformase en un recuerdo. Esa idea siempre me ha preocupado y creo que a Louis también.

—Louis es un buen hombre —sigo, y es la pura verdad—. Quería muchísimo a mi madre y siempre se ha preocupado por mí.

—Entonces, ¿por qué te impuso el trato?

—Porque piensa que no seré capaz de cumplirlo —respondo sin paños calientes. Nuestras miradas vuelven a encontrarse y veo un destello de culpabilidad en sus ojos. Supongo que él también lo cree—. Quiere que entienda que debo volver con él y dejar que cuide de mí.

Con mi última frase, Conrad se tensa debajo de mí, como si la hubiese detestado en el mismo instante en el que la ha oído.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—¿Qué crees tú que ocurre? —demanda a su vez.

Cabeceo, sin saber qué contestar. No sé qué está pensando, pero sí lo que me gustaría que pensara: que me ve capaz de cumplir el trato, que sabe que no soy ninguna mocosa, que no quiere que vuelva con Louis porque implica alejarme de él..., pero no me atrevo a poner ninguna de esas premisas en voz alta, porque me da demasiado miedo estar equivocada.

—¿Aún te arrepientes de que esté aquí?

—No —contesta sin dudar.

Conrad Sullivan no se esconde, ¿recordáis?

—Me gusta estar así contigo —digo, y las palabras salen desde el fondo de mi corazón antes de que pueda controlarlas.

Él sonríe y sus manos se mueven bajo mi camiseta, estrechándome un poco más contra él.

—Y a mí me gusta estar así contigo —sentencia, y su voz se llena de un aire canalla, casi torturador.

De pronto me imagino muchas cosas y todas hacen que las burbujas de mi estómago bajen hasta despertar los músculos de mi vientre.

—No hagas eso, princesita —me advierte.

El tono de su voz vuelve a cambiar y suena trémula e instintiva, suena llena del mismo deseo que me está abrasando por dentro.

—No estoy haciendo nada —me defiendo, dejando que atrape de nuevo mi mirada, y no es una estrategia, de verdad que no lo estoy haciendo con un fin, ni siquiera soy capaz de controlarlo.

Conrad deja escapar un profundo suspiro al tiempo que se reclina un poco más sobre la carrocería, creando unos centímetros más de aire entre los dos. Mi cuerpo maldice, pero él parece querer recompensarlo. Alza una de sus manos y me aparta un mechón de la cara, permitiendo que el reverso de sus dedos acaricie mi mejilla.

—Siento haberme comportado como un cabrón contigo —pronuncia en un ronco susurro—. No eres ninguna princesita mimada.

Sonrío y esa suave sensación de orgullo vuelve a embargarme. No quiero ser mejor por él, pero quiero que él sea capaz de verlo, que sea feliz conmigo.

—Entonces, ¿por qué me sigues llamando así? —planteo, divertida.

—Porque me gusta —responde, desdeñoso y, sobra decir, en absoluto arrepentido—. Además, tengo la sensación de que te pone un poco de los nervios.

—Eh... —protesto.

Maldito cabronazo exasperante, aunque esta vez una sonrisa acompaña ese pensamiento.

—¿Ves? —rebate, satisfecho, como si acabase de confirmar su teoría—. Son todo ventajas.

Lo golpeo en el hombro y los dos sonreímos.

—A mí también me gusta que lo hagas —musito.

Es la verdad, aunque a veces tenga ganas de estrangularlo cuando lo hace, porque es algo entre él y yo, sólo nuestro, y porque, aunque no lo admitiría teniéndolo delante ni en un millón de años, me gusta que sea así de desdeñoso, de presuntuoso. Vuelvo a recordar la frase que me he dicho más de mil veces sobre su carácter: animal de mal trato, arrogante y difícil. Pienso en cómo se

ha comportado conmigo desde que nos vimos por primera vez en la cafetería del Hospital Universitario Presbiteriano de Nueva York.

—A veces me resultas intimidante —confieso.

—Es como soy —contesta, pero, cuando mis ojos buscan los suyos, me doy cuenta de que no está siendo arrogante, no está jugando, es sincero. Conrad no aparta sus ojos de mí y, tras apenas un segundo, frunce suavemente el ceño, como si él también hubiese llegado a una especie de conclusión—, pero no quiero serlo contigo —sentencia.

—Pues no lo seas —replico con una sonrisa—. Si algo estoy aprendiendo en este lugar tan increíble es que podemos ser como queramos ser, Conrad.

Mi voz se ha transformado en un murmullo con las últimas letras, en el momento en el que sus ojos vuelven a hechizarme y me perco de las ganas que tengo de que me toque, de que me bese.

Su mano se hace más posesiva en mi piel, anclándose en mi cadera, traduciendo su deseo en gesto mientras los dedos de su otra mano se pierden en mi pelo hasta llegar a mi nuca. Mi respiración se acelera aún más y ya es una empresa completamente inútil tratar de controlarla.

Conrad traga saliva, aferrándose a su último resquicio de autocontrol.

—No puedo dejar que las cosas se compliquen más —susurra contra mis labios.

Tardo un segundo de más, quiero decir muchas cosas, pero al final sólo asiento, porque, aunque mi libido me esté poniendo complicado eso de pensar, lo entiendo. Conrad aleja sus manos de mí, como si no pudiese contenerse si sigue con ellas sobre mi piel. Mi cuerpo protesta, decepcionado; vuelve a llamar al suyo. Todo esto es una locura.

—Lo entiendo —repito en voz alta—, dentro de tres meses todo se acabará.

Conrad atrapa mi mirada. Sus ojos están llenos de tantas cosas que apenas puedo distinguirlas. Hay deseo, hay toneladas de placer anticipado, pero también hay rabia, incluso frustración, y, más que nada, determinación.

Tengo la sensación de que va a decir algo, las mariposas despiertan

esperando sus palabras, pero en el último segundo decide guardar silencio.

—Eso es, princesita —concluye.

Frunzo el ceño, dibujando su cara con mi mirada, estudiándolo. Sé que no era eso lo que iba a pronunciar, pero también que no voy a ganar nada presionándolo, así que opto por un cambio de estrategia. Ahora mismo lo único que quiero es disfrutar de él.

—Cuéntame algo sobre tu familia —le pido, cambiando por completo de tema.

Conrad sonrío, dándose cuenta de lo que pretendo.

—Yo no hablo sobre mi familia.

—¿Por qué? —demando, todavía más curiosa.

—Tengo mis motivos. —Y con esa contestación, obviamente, me está dejando claro que no va a dármelos.

—Ésa no es una respuesta —replico, divertida, torciendo los labios.

—En realidad, sí lo es, y una bastante buena, por cierto —replica, socarrón, pero es sólo un escudo.

¿Por qué no querrá hablar sobre su familia? Quizá sea huérfano. Quizá no se lleve bien con ellos. Demasiadas posibilidades.

—En realidad... —dejo en el aire, extendiendo los brazos.

Conrad me mantiene la mirada al tiempo que entreabre los labios y pasea la punta de su lengua por ellos..., un gesto condenadamente sexy.

—Sólo una pregunta —gimoteo, juntando las palmas de las manos y poniendo mi mejor cara de pena.

Él pretende hacerse el duro y continuar impassible, pero curvo los labios hacia abajo un centímetro más, un poquito más de expresión de cachorrito abandonado... y ¡victoria!, Conrad sonrío en contra de su voluntad.

—¿De dónde eres? —indago antes de que pueda arrepentirse.

Me observa con sus preciosos ojos verdes y creo que, por una milésima de segundo, decide dejarse llevar.

—Nací en Nueva York —contesta.

¿Qué? ¿Nueva York? ¿En serio? ¡Yo también nací en Nueva York! Nos casamos allí, ¿por qué no avisó a su familia? Esa respuesta da para algo así como un millón de nuevas cuestiones.

Sin dudar, abro la boca dispuesta a seguir averiguando, pero Conrad me frena, señalándome con el índice.

—Tengo muchas preguntas —me quejo al borde de la pataleta, alargando todas las vocales.

Conrad me imita, yo le hago un mohín, que también me copia, pero, cuando más absolutamente indignada estoy, Conrad vuelve a deslizar sus manos en mi espalda, bajo mi camiseta, y automáticamente todo lo demás se sume en un profundo *impasse*.

—Una más, princesita —me ofrece, y sé que es lo máximo que conseguiré —, así que piénsala bien.

Asiento, feliz, y me arañó la uña del índice con los dientes, meditando. Si sólo tengo una oportunidad, quiero aprovecharla como se debe.

Lo tengo.

—¿Por qué no te gusta hablar de tu familia? —inquiero.

Conrad se toma un instante.

—Porque no puedo —contesta.

Sin duda alguna, esa respuesta también da para otro millón de nuevas cuestiones, pero sé que no responderá ninguna, y, siendo franca, tampoco quiero que lo haga. Roma no se conquistó en un día; nosotros no necesitamos hacerlo, porque lo único importante ahora mismo es lo cerca que estamos en todos los sentidos.

Dejo caer mi mejilla en su hombro y simplemente disfruto del Sound, del sonido del mar y de sus caricias.

No sé cuánto tiempo pasamos en la parte de atrás de su camioneta, hablando, formando parte de un paisaje tan increíble. Cuando Conrad me dice que nos marchemos, ya ha anochecido.

Tampoco sé cuánto tiempo pasa desde que me instalo en el asiento hasta

que me quedo dormida.

Noto una de sus manos sostenerme por la espalda mientras la otra se desliza bajo mis rodillas y me saca de la Chevrolet. Ya en sus brazos, en ese extraño momento en el que no sabes si estás dormida del todo o despierta del todo, me acomodo contra él y hundo la cara en su cuello.

Siento su pecho hincharse y vaciarse con una bocanada de alivio mientras camina hacia la casa. Con cuidado, me deja en el sofá, me descalza y me cubre con la fina colcha.

Si hubiese estado despierta del todo, habría notado cómo me acarició la mejilla con el reverso de los dedos, cómo sonrió mientras recorría mi rostro, cómo se marchó a su habitación pasándose las manos por el pelo para acabar dejándoselas en la nuca, convenciéndose de que estaba haciendo lo mejor para los dos, pero, sobre todo, para mí.

* * *

Abro los ojos, aunque no sé qué me ha despertado, creo que ha sido la luz del sol. Miro desorientada a mi alrededor. Esta vez no puedo echarle la culpa al teléfono; no lo cargué en todo el día, así que entiendo que no haya sonado.

Me desperezo y una boba sonrisa aparece en mis labios cuando recuerdo, dudando al principio de si fue un sueño, cómo Conrad me trajo en brazos hasta el tresillo. El día de ayer fue uno de los más intensos de mi vida.

Me incorporo hasta sentarme y muevo una mano en busca de mi maleta para coger mis audífonos, pero no están. No están. El miedo reaparece en la boca de mi estómago demasiado penetrante, pero me obligo a no preocuparme. Hago memoria. Me dormí con ellos puestos. Me llevo las manos a las orejas por inercia, a pesar de que sé que no los tengo puestos. ¿Dónde están?

Me levanto. El miedo se hace un poco más fuerte, pero otra vez me fuerzo a tranquilizarme. Conrad debió de quitármelos. Camino hasta su habitación, pero no hay nadie. La cama ni siquiera está deshecha.

Mi respiración se agita. Me sujeto la frente y trato de pensar. Si me los quitó él, seguro que los dejó en un lugar donde estuviese seguro de que los encontraría con facilidad. Busco en la barra de la cocina, nada; en el baño, nada; en la pequeña mesita de centro, nada. Abro mi maleta en mitad del recibidor. No están. ¡No están!

Ya soy incapaz de controlar el miedo. No puedo volver a pasar por esto.

Corro hasta su habitación, miro en las mesitas. ¡Nada! Las lágrimas empiezan a quemarme detrás de los ojos. El viento agita las cortinas, el mundo a través de la ventana entra en mi campo de visión: un coche en la carretera, dos mujeres que se paran a charlar en la acera de enfrente, los pájaros, el mar..., pero yo no oigo nada, sólo el silencio, y eso me asusta demasiado.

Trato de no llorar, de pensar, pero no puedo. Me dejo caer al suelo, rodeando mis rodillas con mis propias manos, tratando de consolarme. ¿Por qué lo ha hecho? Los sollozos cruzan mi pecho, violentos. Hundo la cara en mis brazos. «Conrad, por favor...»

Una mano me acaricia suavemente el pelo y levanto la cabeza de un golpe al tiempo que doy un respingo, casi un salto, y me arrastro por el suelo hasta que mi espalda se choca con la pared.

Tardo un segundo en comprender que es él.

El alivio es inmediato, pero el miedo sigue ahí, alienándolo todo.

Él me mira preocupado y, de una sola zancada, se arrodilla frente a mí.

—Por favor, cálmate, Grace —le leo en los labios—. No quería asustarte.

Me observa hasta que despego la mirada de su boca para llevarla hacia sus ojos y, tímida y nerviosa y confusa, asiento, aunque ni siquiera pueda explicar por qué lo hago.

Conrad se mete la mano en el bolsillo de los vaqueros, saca mi caja de Altoids y me la tiende.

Sonrí con la cara llena de lágrimas, aunque esté aún más confundida, porque al fin puedo volver a respirar. La agarro con fuerza, veloz, pero, cuando la abro, automáticamente frunzo el ceño.

Conrad me toma de la barbilla y me obliga a mirarlo de nuevo.

—Ayer, cuando te dejé durmiendo, estuve dándole vueltas a todo. Tenemos uno de los mejores equipos de microingeniería del país. Nos hemos pasado toda la noche trabajando, pero hemos conseguido mejorar tus audífonos. Vas a oír más, Grace, y mejor. —Un jadeo nervioso, pero increíblemente feliz, se escapa de mis labios. No me puedo creer que haya hecho algo así por mí—. Y te puedo asegurar que nunca volverán a fallarte.

Sin esperar un instante más, los cojo y me los coloco. En el primer segundo no logro percibir nada, pero, entonces, en el segundo siguiente, todos los sonidos regresan y por primera vez en once años tengo la sensación de que nunca se han ido.

Sonríó de nuevo, ahora mismo no sé hacer otra cosa, y una lágrima cae por mi mejilla, aunque ya no lloro por miedo, os lo puedo asegurar.

La mirada de Conrad se llena de ternura, y también de felicidad.

—¿Por qué has hecho algo así por mí? —pregunto, sin poder creerlo todavía. Ha conseguido devolverme algo que nunca pensé que recuperaría. Me ha hecho el mejor regalo del mundo.

—Dijiste que, cuando te fallaban, era la peor sensación que podía haber, y no quiero que vuelvas a pasar por eso, Gracie. No quiero que nada vuelva a hacerte daño.

Me mira a los ojos tan de verdad que tengo la sensación de que puede ver en ellos todo lo que desee. Yo no dudo y me lanzo a sus brazos, rodeando su cuello con los míos y hundiendo mi mejilla en ellos. Me gustaría poder ponerle nombre a lo que siento por él, pero es que, por primera vez en toda mi vida, creo que cualquier nombre se le quedaría pequeño, porque, sencillamente, Conrad Sullivan ilumina mi corazón.

Él me estrecha con fuerza y la sensación vuelve a ser perfecta, a ser sólo nuestra.

Me separo despacio porque algo en el centro de mi cuerpo me lo pide, murmurándome bajito que no voy a arrepentirme de hacerlo.

Su mirada ya está esperándome, su cuerpo suavemente en guardia, él, todo lo que es, todo lo que adoro que sea.

—Gracie —susurra.

Y el deseo inunda otra vez nuestra historia.

Conrad me besa con fuerza, sin titubeos, sin preámbulos, disfrutando de mis labios, dejando que yo disfrute de los suyos y tiñéndolo todo de placer.

Gimo absolutamente entregada. Conrad sonríe contra mi boca y el sonido reverbera en todo mi cuerpo. Toma mi labio inferior entre sus dientes y tira de él hasta que un fino hilo de dolor hace acto de presencia, hasta que una ola de placer me recorre de pies a cabeza.

Me tumba en el suelo, haciéndolo él en el mismo microsegundo sobre mí. Sus manos vuelven bajo mi camiseta, dibujando, posesivas, mi espalda; las mías se pasean por sus fuertes hombros, por su pecho.

Quiero dejarme llevar, pero hay algo que me impide hacerlo. Tengo que contárselo, ¿no? Debería hacerlo antes de que... antes de que sea demasiado tarde. Su boca se pierde en mi cuello y sus manos se deslizan bajo mis pantalones. Sus besos se dirigen a mi hombro, a mis pechos. Por Dios, esto se le da demasiado bien. Me muerdo el labio inferior y echo la cabeza hacia atrás, inconexa, disfrutando en mayúsculas.

Sus dedos, los dedos más hábiles que se puedan imaginar, se cuelan en mis bragas.

Estoy a punto de dejar de pensar. Es ahora o nunca.

—Para —le pido en un jadeo.

Conrad ríe contra mi piel y otra vez ese sonido, en este momento, me hace gemir. Ha sonado como la octava maravilla del mundo.

—No pareces muy convencida de querer que lo haga —se burla.

No lo estoy.

—Por favor —casi le suplico.

No necesita oír nada más. No dice nada más. Se separa y, lentamente, sube por mi cuerpo hasta quedar frente a mí, con sus manos sosteniendo el peso de

su anatomía a ambos lados de mi cabeza. Sus ojos verdes atrapan los míos azules y, a esta distancia, el hechizo es aún mayor, casi perturbador. Puede que no pueda compararlo, ni siquiera ponerle nombre, pero sé que es de verdad, que nunca, nada, lo será tanto.

—¿Qué pasa, princesita? —pregunta.

Su voz suena dura, llena de autocontrol. Simple y llanamente se está conteniendo, y es como llevar la soga a casa del ahorcado, porque ahora mismo no podría parecerme más sexy.

—No puedo —respondo con voz trémula.

Cabeceo. Necesito más oxígeno. Necesito que deje de hacer este delicioso calor.

—¿Cómo que no puedes? —replica.

—Conrad, yo...

Involuntariamente, clavo mi vista en su pecho y tomo una bocanada de aire tratando de calmarme, de vencer la timidez.

—Grace, mírame —me pide, tomando mi cara con una de sus manos y obligándome a alzarla suavemente para que pueda mirarme a los ojos de nuevo—. Sea lo que sea, puedes contármelo.

Otra vez una cálida sensación de protección me envuelve, algo que sólo Conrad ha conseguido hacerme sentir. Sin embargo, todo es demasiado... complicado. Me siento avergonzada.

—Gracie, por Dios, dímelo, porque voy a volverme loco.

—Soy virgen —suelto en un golpe de voz, prácticamente interrumpiéndolo.

—¿Qué?

Nos miramos a los ojos un segundo más antes de que Conrad se mueva, separándose. Se pasa los dedos por el pelo, intentando recuperar el control de la situación y juraría que fracasando. Se levanta y me ofrece las manos para ayudarme a hacer lo mismo, pero, una vez que estoy en pie, no me suelta. Nuestros ojos se encuentran de nuevo, por un segundo su agarre se hace más posesivo, pero, de pronto, vuelve a separarse, como si mi contacto le

quemara. Otra vez nuestras miradas se buscan y se encuentran, pero, en esta ocasión, un segundo, sólo un segundo, y su determinación hace acto de presencia. Ha tomado una decisión.

—Tengo que irme —anuncia, y sé que nada podría hacerlo cambiar de opinión.

Miro a mi alrededor y una punzada de culpabilidad me atraviesa. Tendría que habérselo dicho antes, no dejar que llegáramos hasta aquí, pero tenía tantas ganas que no podía pensar. Sus besos son como una droga... Ya sé que es lo más cursi que habéis oído jamás, pero es la pura verdad. Cuando me besa, consigue que todo sea eléctrico.

—Lo siento —me disculpo, saliendo al salón, porque, igual que soy consciente de que no cambiará de parecer, también sé que sigue ahí.

Lo encuentro en mitad de la estancia, con las manos en las caderas y la vista clavada al frente, en el suelo. Es el dibujo del hombre de verdad por excelencia, y también es más que obvio que, en este preciso instante, la mente le está funcionando a más de mil millas por hora.

En el momento en el que me oye, su mandíbula se tensa un poco más y reemprende la marcha.

—Conrad... —lo llamo.

—Déjalo estar, Gracie —me pide, conteniéndose por no estallar.

Sin embargo, ¿os acordáis del deseo?, pues digamos que mi libido no está demasiado de acuerdo con eso de dejarlo estar; más aún cuando mi mirada decide seguir sus manos y éstas recolocan su polla, dura, dentro de los vaqueros. Además, a pesar de que actualmente no controle mis impulsos, creo que le debo una explicación. Y, por si todo esto no fuera ya suficiente, estoy comenzando a enfadarme. ¡Está exagerando! Excitación, culpa y rabia, un cóctel increíblemente fácil de manejar (léase con mucha mucha ironía).

—Siento no habértelo dicho antes, pero tú tampoco has dejado mucho tiempo para la charla.

—Que yo, ¿qué? —ruge, todavía más molesto.

—¡Me has besado! ¡Y no me has dejado pensar!

Conrad abre la boca dispuesto a contestar, pero, sin que pueda controlarlo, rompe a reír; no es un gesto divertido, sino más bien lo que sucede antes de un brote psicótico. Está cabreadísimo.

—Además, creí que a los chicos os gustaban esas cosas —añado.

Cierra los ojos, como si necesitara un segundo.

—Y nos gustan, Gracie —replica—. Cuando hemos encontrado a la mujer de nuestras vidas. En la cama queremos disfrutar, no dar clases particulares.

Lo miro absolutamente alucinada. ¿Cómo ha podido decir algo así? Estoy molesta y dolida y enfadada, ¡y muy cabreada!

—Nadie te las ha pedido —siseo.

—Mejor, porque es algo que no va a ocurrir.

La ira termonuclear toma el salón y sube un nuevo escalón, pero mi (inoportuno) sexto sentido me dice que hay algo más, aunque, con total franqueza, ahora mismo... me importa un comino. Se está comportando como un capullo. Abro la boca dispuesta a gritarle exactamente eso, pero no soy capaz y me llamo estúpida media docena de veces por no serlo y preocuparme de que esté ocultando sus verdaderos sentimientos cuando él no se está preocupando por los míos... o quizá sea justamente eso. Por Dios, todo esto es tan confuso...

—Conrad...

—Gracie, sea lo que sea, no quiero oírlo —me frena.

Cabeceo más enfadada y, sobre todo, más dolida.

—Creí que era «Gracie, sea lo que sea, puedes contármelo» —rebato, rememorando lo que él mismo ha dicho hace tan sólo unos minutos, aunque, viéndonos ahora, parezca de una vida anterior.

Conrad aparta la vista al tiempo que entreabre los labios ligeramente, pensativo. Él también ha recordado el momento exacto en el que lo ha dicho y, sobre todo, por qué lo ha dicho.

A pesar de todo, creo que esto es positivo. Estamos hablando. Tal vez los

dos podemos conseguir dejar de estar enfadados.

Pero, como siempre, demostrando que soy la chica más ingenua del planeta, Conrad echa a andar de nuevo.

—Tengo que irme —masculla, sin ni siquiera mirarme.

¡Y, maldita sea, ya estoy harta!

—¡Para! —protesto.

Conrad hace el ademán de detenerse, sólo una milésima de segundo, como si su cuerpo hubiese reaccionado a mi voz igual que el mío a la suya, pero, en el caso de que sea así, veloz, consigue deshacerse de esa sensación y alcanzar la puerta.

—¿¿Tanto te ha molestado que no te lo contara?! —estallo.

—No estamos hablando de una estupidez, Grace —replica, cabreadísimo, girándose al fin y olvidándose de ese «tengo que irme»—. ¿Qué crees que hubiese pasado si nos hubiésemos acostado? Yo no puedo ser ese tío para ti. Yo no puedo dejar ninguna huella en tu vida.

¿Por qué siempre tiene que mantenernos alejados? ¡Ni siquiera logro entenderlo!

—¿Por qué? —inquiero, desesperada.

Los ojos de Conrad siguen clavados en mí, pero guarda silencio. Tiene una respuesta y sé que quiere dármela.

—¡Contéstame! —le exijo, y sueno tan desesperada como me siento. ¡Necesito entenderlo!

—¡Porque no puedo correr el riesgo de que te enamores de mí!

Sus palabras nos silencian a ambos y el corazón se me parte en pedazos.

—¿Tan horrible sería? —murmuro, pero mi voz no suena débil ni asustada—. ¿Tan insignificante te parezco que ni siquiera me merezco poder quererte?

Conrad aprieta la mandíbula.

—¿Por qué tienes que dar por hecho que es por ti? —ruge, como si la sola idea de que yo pensara realmente lo que acabo de decir le enfadara todavía más.

—Porque me miro en el espejo —respondo, con los ojos llenos de lágrimas que no me permito llorar, porque elijo estar enfadada, no triste—. Tengo claro el desastre que soy, Conrad.

No quiero seguir hablando. Odio cada palabra, saber que son verdad. Odio que él me mire igual que me miran todos.

Salgo disparada y cierro de un portazo; sin embargo, no voy mucho más lejos y me dejo caer en el pequeño escalón que separa la entrada principal del camino de piedra y, antes siquiera de poder controlarlo, las primeras lágrimas empiezan a caer. Parece que estar enfadada en vez de triste no es algo que se pueda escoger, después de todo.

Siempre ha sido así, ¿por qué iba a ser diferente aquí? Sólo soy una mocosa demasiado inocente que, además, tiene tara. Cruzo los brazos sobre mis rodillas y me oculto tras ellos, tapándome hasta casi los ojos. Me sorbo los mocos y un sollozo cruza mi pecho. «No te hundas», me pide mi optimismo loco asomando la cabeza, pero lo echo del continente de una patada. Soy una estúpida.

La puerta se abre. Sé que Conrad está a mi espalda. Puedo sentir sus ojos de acero abrasándome. Mi respiración se acelera un poco más y también me odio un poco más. No quiero que me guste. No quiero sentir nada por él.

Baja el solitario peldaño y anda decidido. Contemplo cómo se marcha sintiéndome aún más desgraciada. Tendría que haber sabido que acabaría así. No tenemos ningún futuro. Me lo ha dicho tantas veces...

—Tú no eres ningún desastre —pronuncia, deteniéndose en seco en mitad del jardín, sin volverse.

Frunzo el ceño sin estar segura de que he oído lo que acabo de oír. Alzo la cabeza despacio y simplemente lo observo. Su espalda está tensa bajo su camisa, como si sus hombros soportaran la carga de una batalla entera. Otra vez se lleva las manos a las caderas, otra vez clava la mirada en el suelo. La lucha dentro de él es abismal y ni siquiera sé quiénes son los contrincantes.

Al fin se gira y toda su fuerza, su indomable personalidad, anegan sus ojos

verdes, pero también otras cosas, como ternura, como rabia, como deseo, como algo que cruza su mirada demasiado rápido y no logro atrapar.

—Gracie, eres inteligente, buena y generosa —susurra—. Has hecho cosas aquí, has conseguido que yo...

Se interrumpe a sí mismo, pero toda su fuerza sigue ahí, latiendo entre los dos, secando mis mejillas llenas de lágrimas sin ni siquiera tocarme.

—Eres preciosa —sentencia.

Conrad no me deja responder, no me deja añadir nada y simplemente se va. Ha conseguido que algo dentro de mí se ilumine, que brille y, a veces, creo que odio que tenga ese poder.

—Pero al final te marchas —susurro, levantándome.

Puede que no tenga su fuerza, pero estoy segura de cada letra que he pronunciado.

Conrad vuelve a detenerse, vuelve a girarse, vuelve a atrapar mi mirada, y yo vuelvo a ver todas esas emociones disputándose sus ojos verdes.

Entreabre los labios, dejando escapar un suspiro, un gesto que revela que está cansado, aunque tengo la sensación de que esa señal no es para mí, sino para sí mismo.

—Me pareció buena idea casarme contigo porque no te pareces en nada a la clase de chicas con las que suelo acostarme.

Suelto un jadeo demasiado parecido a un gemido triste. Ha dolido.

—Si intentas hacer que me sienta mejor... —dejo en el aire, herida.

Conrad resopla.

—No soy ningún maldito mujeriego —se defiende—, pero siempre he escogido a mujeres a las que no les supusiese un mundo cuando les dijera que la relación no iba a durar mucho más y no iba a pasar de la cama.

—¿Y eres tan engreído de pensar que me gustas tanto que no lo soportaré cuando me mandes a paseo? —protesto, con un cristalino enfado saturando mi voz, aunque, en realidad, no es más que un escudo. ¿Tan claro tiene cuánto me afectaría? Aunque, para mi desgracia, creo que no se equivoca.

—No —replica sin dudar—; se trata de que no quiero hacerte daño, joder. —Quiere que lo entienda. Necesita que lo haga—. Te deseo, Gracie, te deseo como un auténtico idiota, pero estos tres meses terminarán y, cuando eso ocurra, los dos tenemos que volver a nuestras vidas.

Me gustaría decirle que, quizá, ahí es donde se está equivocando, que, quizá, lo estoy haciendo yo, no lo sé, pero que no habría nada de malo en darnos la oportunidad de probar.

Conrad parece intuir lo que voy a decir y cabecea, interrumpiéndome.

—Al principio, no quería que nos acostáramos porque no buscaba complicaciones —se explica con la voz ronca y el ceño levemente fruncido, como si ahora le costase trabajo entender la decisión que tomó—. Después, porque, a pesar de lo que pueda parecer, no soy ningún cabrón y tú me importas.

No quiero, pero mi corazón se agita feliz otra vez.

—¿Y ahora? —murmuro, con demasiado miedo de lo que pueda responder.

—Ahora, porque lo que más me importa es protegerte, incluso por encima de lo que yo desee.

Las mariposas vuelven como un ciclón. Por Dios, creo que, si me dejara llevar, saldría volando, pero no puedo permitirme perder la perspectiva. No puedo dejar que elija por mí. Tengo que parar de cometer ese condenado error de una maldita vez.

—Pero esa decisión no te corresponde sólo a ti, Conrad. También es mi vida.

—¿Y qué quieres que hagamos?, ¿que nos pasemos lo que queda de estos tres meses jugando a las casitas? ¿Después ibas a poder marcharte sin más?

No, y no necesito que pase ese tiempo para saberlo.

—Y, después, ¿tú ibas a poder dejar que me fuera? —rebato, y eso también lo sé—. Tengo la sensación de que no paras de decir que es por mí, pero que, en el fondo, es por ti, que tienes miedo de sufrir.

Conrad me mira a los ojos. Todo sigue ahí, la ternura, la rabia, el deseo, la

arrogancia, pero hay algo más grande y más oscuro que lo ha cubierto todo y ni siquiera me deja ver qué es.

—Ojalá fuera eso. —Y suena tan sincero que duele.

—Conrad... —musito, dando un paso hacia él, quiero ayudarlo, pero él lo hace hacia atrás, alejándome, aislándose una vez más, sólo que ahora es más obvio que nunca que no es un capricho, lo necesita.

—No puede ser, princesita —sentencia—. Cuanto antes lo entiendas, mejor.

De nuevo mis mejillas se llenan de lágrimas mientras veo cómo se va, pero no son por mí, son por él. Nunca he tenido tan claro como en este momento que Conrad esconde algo, y es demasiado complicado para él.

11
Conrad

Me miró como si supiese que hay algo más, como si pudiese ver cómo me siento en realidad.

—¿Hará la misma operación de todas las semanas? —pregunta McIntire, el subdirector del Departamento de Contabilidad, revisando la nómina que acabo de firmar en su tablet. Sólo es otro gilipollas como Carter.

Frunzo el ceño, confuso. No estaba prestándole mucha atención, quizá me haya comentado algo sobre que ha ocurrido cualquier incidencia con nuestra intranet bancaria y que no se pueden hacer ingresos a cuentas fuera del parque.

Asiento con cautela y también tosco, sin levantar mis ojos de él, esperando una explicación.

—Lo digo porque, como ahora es un hombre casado —comenta con una sonrisa llena de falsa pleitesía—, sería comprensible que ya no enviara más de la mitad de su sueldo fuera del parque.

Lo fulmino con la mirada. Eso, claramente, es meterse donde no se le ha perdido nada. La sonrisa se le borra de golpe y se achanta. Mejor. No son sus putos asuntos y no estoy de humor.

—¿Necesitas algo más? —interviene Niko, a mi lado, acelerando la conversación y salvándole el culo a McIntire.

—Todo listo —responde, solícito.

Me alejo del mostrador sin decir una palabra. Niko se despide por los dos y salimos del edificio de Servicios Financieros.

—No lo culpes —comenta Niko—. Yo también me he preguntado muchas veces cómo consigues vivir con menos de la mitad de lo que ganas.

La respuesta es fácil: porque ellos lo necesitan más que yo.

—¿Le ha pegado a alguien? —demanda Nora, con una insolente sonrisa en los labios, los brazos cruzados y el culo apoyado en mi camioneta.

¿Qué hace aquí?

—Ha faltado poco —responde Niko yendo hasta ella; ahora lo entiendo, la ha llamado él, otro al que tampoco he invitado a hacer recados conmigo esta mañana.

—¿Se puede saber por qué estáis aquí? Puedo hacer mis gestiones solo. No tengo cinco años.

—Porque hace dos días que ni siquiera tú te soportas —responde Nora, sin una pizca de tacto; tenerlo nunca ha sido su fuerte.

Aprieto los dientes y aparto la mirada, tratando de concentrarme en otra cosa que no sea lo increíblemente cabreado que estoy.

Hace dos días que la tuve debajo de mí, con su cuerpo apretándose contra el mío. La besé como llevaba semanas sin permitirme hacerlo. Joder, la saboreé, y todo se fue al diablo en un condenado minuto. ¡Es virgen! ¿Cómo se supone que voy a lidiar con eso? Al contrario de lo que le dije a ella, la idea de que hubiera estado en una maldita urna de cristal, esperando a que yo llegara, hizo que me pusiera como una maldita moto, que ese motor que sólo ella sabe encender se volviera más oscuro y se me clavara más adentro, que me gustara aún más, pero tuve que mentirle... y una rabia profunda y descomunal lo asoló todo. No quiero tener que mentirle. Sin embargo, lo peor vino después. «Me miro en el espejo. Tengo claro el desastre que soy.» En ese momento, quise besarla con fuerza y no dejar de hacerlo en los próximos quince días sólo para hacerle entender todo lo que me hace sentir, la persona tan increíble que es, aunque ella misma no sea capaz de verlo.

Me convencí de que, que pensara aquella estupidez, era lo mejor, que así me odiaría y se olvidaría antes de mí. Quise marcharme, lo juro, incluso lo intenté, pero, sencillamente, no pude. No pude dejarla llorando, permitiendo

que creyera que la consideraba poco para mí, cuando aquí estamos hablando de todo lo contrario.

Soy yo el que no puede permitirse tener una relación. No busco sexo indiscriminado y siempre he escogido muy bien a las mujeres a las que llevarme a la cama. Mujeres fuertes, decididas, a las que no se les iba a complicar la existencia cuando les dijera que no podía tener una relación. No soy ningún cabrón. No quiero hacerle daño a nadie. Sin embargo, aquí estoy, perdiendo la cabeza por una chica sin experiencia, que no para de demostrarme con sus actos que está dispuesta a saltar al vacío por los dos porque de verdad tiene la peligrosa idea de que puede salir bien.

Es dulce e inocente, la clase de chica a la que el primer tío se les queda clavado a fuego, que las marca. Podría dar ese paso, podríamos pasarnos el tiempo que nos queda encerrados en mi maldita habitación, pero, después, ¿qué?

El no dejar que dependan de mí, que se enamoren de mí, no es un capricho, y la princesita es la primera chica que ha conseguido que lo odie.

Sí, por eso llevo dos días de un humor de perros.

—Eh, ojos verdes, vuelve a la realidad —me pincha Nora.

Lo hago e incluso el oxígeno a mi alrededor me molesta.

—Dejadme en paz —me quejo, dirigiéndome a la camioneta.

—¿Se puede saber qué te pasa? —trata de frenarme Nora.

—No, no se puede, joder. Hablo en serio, dejadme en paz.

Abro la puerta, pero, veloz, Nora se encarama a la del copiloto y me busca a través de la ventanilla. Es muy bajita, así que le concedo el mérito.

—¿Todo esto es por Gracie?

Quiero gritar que sí. Literalmente estoy a punto de estallar, pero me contengo. Ellos no saben nada de lo que ha pasado. No saben que nos casamos por conveniencia y, con toda sinceridad, no quiero contárselo. Es sólo nuestro. Con respecto a la princesita, me he vuelto avaricioso en todos los malditos sentidos. Es así de sencillo y de cruel.

—No —replico hosco, rearmándome sobre mí mismo, y es la mayor locura de todas: sólo he necesitado pensar en ella un único segundo para conseguirlo. Gracie es lo que me provoca la sed y lo único capaz de darme de beber—, todo esto es porque no tenéis ningún sentido de la intimidad.

Nora suelta un resoplido.

—Ni lo vamos a tener —afirma sin un mísero gramo de arrepentimiento—; ya estamos demasiados mayores, y yo, con la edad, creo que voy a peor.

Niko suelta una risilla por lo bajo y, en otras circunstancias, yo también lo haría, pero es que no estoy de humor.

—¿Qué? —me desafía—. ¿Es por Gracie o no?

—Con Gracie no pasa nada, ¿vale?

—Pues yo creo que, precisamente, ése es el problema... que sí pasa —sentencia, irritantemente acertada, haciendo una insolente pausa antes de pronunciar cada una de las tres últimas palabras.

—Nora —le advierto.

—Conrad —me imita.

Paso de esta conversación. No puedo más. Necesito... Necesito... Joder, ni siquiera sé qué coño necesito. Bueno, eso no es más que una mentira, sí lo sé, follarme a Gracie hasta que me queme cada músculo del cuerpo y verla dormir entre mis brazos hasta que me recupere para volver a empezar; podría ser el puto círculo de mi existencia... pero ni siquiera puedo permitirme desearlo.

Mi humor acaba de empeorar mil jodidos puntos.

Sin decir una palabra más, me monto en la camioneta y cierro de un sonoro portazo. Sin embargo, aún no he arrancado cuando Nora también se sube y Niko lo hace tras ella.

—Por Dios —exclamo, conteniéndome para no gritar, agarrando el volante con fuerza—, ¿qué coño queréis?

—Que seas sincero y admitas que esa chica te gusta de verdad y eso te supone un problema porque no puedes encajarla en tu esquema de sexo, un

poco de cariño y fin —responde Nora con la vista al frente—. ¿Va a ocurrir? —me reta, observándome al fin.

Le mantengo la mirada. Otra vez estoy a punto de decir que sí, pero otra vez guardo silencio.

—Tengo que ir a los hangares, supongo que no tenéis nada que hacer —comento a regañadientes.

Giro la llave en el contacto y el motor de la Chevrolet se despierta con un rugido.

—Nada que hacer —contesta Nora.

—Ni un solo plan —añade Niko.

Asiento suavemente y me incorporo a la carretera. Ni siquiera entiendo por qué, pero, extrañamente, me siento... reconfortado. Nora enciende la radio. Suena *On the Other Side*, de The Rocketboys.

—Señor Sullivan —me llama Takeshi, uno de los operarios de los hangares, acercándose a nosotros al tiempo que se limpia la grasa de las manos en un trapo.

Asiento, indicándole que le estoy prestando atención. Espero que no haya ningún problema con la aviónica. Por Dios, hoy no.

—Tiene una llamada —me explica.

Una gota de alivio cae en mitad del maremoto de rabia.

—Gracias —le digo, dirigiéndome a mi oficina. Nora y Niko me siguen.

—¿Diga? —respondo levantando el auricular del viejo teléfono fijo.

A veces tengo la sensación de que, en cada ocasión que entro en el parque, en cierta manera, lo hago en la década de los cincuenta. A veces incluso yo mismo me siento como si perteneciera a esa época. Básicamente, podría decirse que entiendo a la perfección al Capitán América.

—Conrad.

Sólo una palabra, mi nombre, y caigo de nuevo.

Frunzo el ceño y aprieto el auricular con fuerza, demasiado triste, demasiado enfadado, con demasiado... miedo.

—Mamá —murmuro.

Esas cuatro letras en mis labios me traen recuerdos y, el hecho de los recuerdos consigue que, por un segundo, todo se vuelva más oscuro, duela más.

Al oírme, Niko y Nora se miran y dan un paso en mi dirección.

Cuento hasta diez, trato de recuperar el control, lucho, lo logro, aunque sólo sea lo suficiente como para mantener las barreras, a mí mismo, en pie.

—Mamá, ¿qué necesitas? —pregunto con voz neutra.

Esta conversación tiene que ir lo más deprisa posible.

—Quería saber cómo estabas, hijo.

—¿Necesitáis más dinero? Puedo conseguir más.

Puedo hablar con Cavalier, pedir un adelanto. Sólo tengo que asegurarme de que la princesita tenga todo lo que precise; yo puedo apañármelas.

—No, hijo —responde—. Lo que nos envías es más que suficiente. Sólo quería que habláramos...

—Mamá... —la interrumpo.

—Conrad —me frena ella a mí—, sólo un minuto.

Trago saliva y clavo la mirada en el suelo.

—¿Cómo estás? —vuelve a preguntar, llena de la paciente amabilidad que sólo las madres saben imprimir a las palabras.

—Bien —respondo.

—¿Cómo van las cosas en el parque?

Asiento.

—Bien —repito.

—Ayer, en las noticias, hablaron de Carolina del Norte, de esas pequeñas islitas que os separan del océano Atlántico. Pegué un bote del sofá y le señalé a tu padre la televisión. Stacey pensó que nos había tocado la lotería y vino corriendo...

Sigue hablando. Los ojos se me llenan de lágrimas. Juro por mi vida que quiero hacer esto, pero no puedo. No puedo. Y soy una basura por no poder...

El monstruo sin sentimientos.

—Mamá, tengo que colgar. Debo volver al trabajo.

Niko y Nora me observan con empatía y muchísima compasión.

—Claro —contesta ella, pero sabe lo que ocurre en realidad—. Cuídate, cariño.

—Vosotros también.

—Te quiero, hijo.

Todo se queda en el más absoluto silencio. No oigo el ruido de los operarios trabajando al otro lado del cristal, el de los coches en la carretera, ni siquiera el rumor del ambiente de la habitación.

Aprieto los dientes. La mandíbula me tiembla. Debería ser muy fácil responder, ¿no? Debería ser jodidamente fácil, pero no lo es.

—Adiós, mamá.

El sonido del auricular encajando en la base hace estallar el silencio. La rabia, la tristeza, el miedo, todo se recrudece.

Doy una bocanada de aire, pero siento que llega vacía.

Las cosas no deberían ser así.

Nora da un paso más.

—Conrad, tío —me llama Niko.

Pero las cosas no van a cambiar. Aprendí por las malas esa lección.

—No —suelto, frenándolos a los dos.

No quiero charlas ni palmaditas en la espalda ni compasión.

Ambos me observan y un solo segundo les sirve para comprender que la llamada y toda la situación que ha provocado se acaban aquí.

No puedo ser el Conrad que mi familia necesita. No sé.

* * *

Me paso el resto del día trabajando y el resto de la semana pasa exactamente igual que ese día. Me levanto temprano para asegurarme de

marcharme antes de que Gracie se despierte, pero me quedo contemplándola dormir como un auténtico idiota más tiempo del que quiero reconocer, sin ser capaz de entender cómo las cosas han podido cambiar tanto, cómo su ternura está resquebrajando mis barreras, cómo todo esto cada vez se parece más a la palabra *necesitar*.

Voy al comedor con el primer turno, cuando sé que es imposible que Nora la deje escaparse, y regreso a casa más tarde que nunca, para cerciorarme de que, aun habiendo querido esperarme, el sueño la haya vencido.

Siempre me propongo entrar en casa, ir derecho a la habitación y ni siquiera mirarla, pero siempre acabo fracasando estrepitosamente.

Estoy celoso, y lo que más me molesta de todo es que nunca lo he sido. No soy un tío posesivo, aunque, por supuesto, esa torre también tenía que caer con ella. Cada vez que tengo que firmar los registros de accesos y salidas del parque es una puta tortura. En ellos siempre encuentro lo mismo: la princesita termina de trabajar a la una, pero no sale del recinto hasta pocos minutos después de las cinco, para ir a la biblioteca. Sé que Nora no le ha ampliado el turno y sé que no regresa a casa. ¿A dónde va?

Nunca he sido un tío posesivo, me recuerdo, pero es mucho más complicado y ni siquiera lo entiendo. Estoy muerto de celos porque no sé dónde demonios se mete y me vuelve loco pensar que haya conocido a otro tío y se sienta con él como yo no nos permito que se sienta conmigo.

Por eso lo he hecho.

Por eso me he levantado antes de que saliera el sol y he conducido una hora hasta Elizabeth City, y por eso ahora llevo más de quince minutos en la camioneta, aparcado frente a mi casa, pensando. Pensando y llamándome idiota. No soy un tío celoso. Resoplo.

—Joder, qué lejos ha quedado eso —mascullo entre dientes.

Entro. No la veo, pero, cuando estoy a punto de fruncir el ceño, la oigo canturrear en el baño *Love Me Better*, de James Blunt. Sonrío. Creo que nunca me había dado cuenta de lo vacía que estaba esta casa hasta que llegó ella.

Sale todavía tarareando y eso me da unos segundos para poder barrerla con la mirada: el pelo suelto, la camiseta de algodón, uno de esos pantalones cortos, descalza. Me pregunto seriamente si la marca que puso de moda esos vaqueros sabe lo que nos complica las cosas a todos los tíos del universo. Hacen que sea demasiado difícil pensar. Es un puto suplicio.

En mitad de todo eso, cuando mi cuerpo me está llamando gilipollas por no correr hasta ella y follármela contra la pared, alza la cabeza y se frena en seco al verme.

—Creía que estarías trabajando —murmura, nerviosa.

Poner a una chica nerviosa... Otra cosa que, antes, jamás pensé que me despertaría ternura, que me haría sonreír, que me pondría como una condenada moto... Antes, mi vida era infinitamente más sencilla.

Debería olvidarme de todo y dejarme llevar. Estar juntos, en todos los malditos sentidos. Serían dos meses y una semana increíbles.

La princesita sigue mirándome, esperando que haga o diga algo.

¿Por qué tengo que dar por hecho que el final sería un desastre? ¿Por qué tengo que pensar incluso que acabaría?

Sin embargo, tan rápido como pienso eso, a mi mente acuden otras cosas: ellos llorando, observándome sin poder entender por qué me estaba comportando así; ella llamándome monstruo.

Cierro los puños con rabia, obligándome a volver al aquí y ahora, y cualquier otra idea, las malas, las buenas y lo único que sé que me haría feliz, se desvanecen.

—Tienes que ponerte esto —le anuncio con voz neutra, siendo lo práctico que a veces se me olvida que debo ser.

Ella entorna los ojos, curiosa, y se acerca a la encimera. Rodea la pequeña cajita negra que acabo de dejar sobre el granito con los dedos sin llegar a cogerla y, finalmente, la abre.

—¿Quieres que la use? —pregunta al ver la alianza.

De inmediato su mirada vuela veloz hasta mi mano izquierda y se fija en el

anillo, la pareja del que está en la caja, que ya llevo yo.

Soy plenamente consciente de lo que dije en la puerta de los juzgados, pero las cosas han cambiado mucho desde entonces.

—Tenemos que hacerlo —respondo, imprimiendo a las palabras distancia y frialdad—. Los matrimonios de verdad lo hacen. No quiero levantar más sospechas.

Y miento, porque nada de esto tiene que ver con nada de eso.

—¿Más?

Tan rápido como lo pregunta, me arrepiento de haber usado esa palabra. Odio mentirle, ni siquiera lo he hecho cuando me ha preguntado por cosas de las que no puedo hablar, como mi familia, y ahora estoy aquí, haciéndole creer que todos en el parque están a diez minutos y un capítulo más de «Colombo» de averiguar que nuestro matrimonio es sólo un acuerdo, cuando, en realidad, lo que debería estar explicándole es que quiero que se ponga ese anillo para que todos, pero, sobre todo, ella misma, piensen en mí al mirarlo y, aun así, ni siquiera estaría siendo sincero del todo, porque no es un «quiero», es un «necesito».

Pero no puedo decirlo porque soy un puto tarado emocional de mierda.

Ladeo la cabeza, tratando de recuperar un poco de calma, pero sé que eso no va a ocurrir. Un frustrado y fugaz suspiro enredado en una sonrisa breve y exasperada se escapa de mis labios, pero lo disimulo bien, tengo demasiada práctica, y ella acabará viéndolo como un gesto mordaz, desdeñoso y arrogante.

—No hagas un mundo de esto —continúo, buscando dar la conversación por acabada—. Póntelo y listo. Es lo mejor para todos.

—No estoy haciendo ningún mundo —se defiende.

Está empezando a enfadarse. No la culpo, pero esta discusión sólo va a terminar de una manera.

—No entiendo a qué viene todo esto —insiste, moviendo las manos.

La estudio unos segundos y algo me golpea en el estómago sin avisar y, de

pronto, me siento exactamente igual que cada vez que he visto su nombre en el parte de salidas del parque.

—¿No quieres ponértelo? —demando de mal humor.

¿Porque hay un gilipollas por ahí que ha hecho las cosas mucho mejor que yo y todo esto llega demasiado tarde?

—No es eso —responde sin dudar, y algo dentro de mí, completamente idiota y sin ningún sentido común, respira aliviado— o, en realidad, sí, es justamente eso —sentencia enfadada.

Pero ¿qué coño...?

—Fue idea tuya que no los lleváramos —explica rápidamente—. No me preguntaste, decidiste solo, y ahora pretendes que vuelva a dejar que hagas lo que quieras sin ni siquiera contarme qué ha cambiado. Pues lo siento, pero no, Conrad.

Han cambiado muchas cosas, princesita. Tú las has cambiado.

Me paso las manos por el pelo, tratando de controlarme una vez más. El motor se reactiva y estoy a punto de aullar. Ha cambiado cada jodido centímetro cuadrado de mi vida.

—¿Vas a ponértelo o no? —gruño, porque necesito estar cabreado, apoyando las palmas de las manos sobre la encimera e inclinándome ligeramente sobre ella, porque también necesito tenerla cerca, aunque sea consciente de la malísima idea que es—. Es de lo único que estamos hablando, princesita. Estamos casados, por si ya lo has olvidado.

Gracie suelta una risotada irónica al tiempo que se cruza de brazos.

—¿Y tú lo has recordado alguna vez? —replica.

—Cada maldito día —sentencio.

No te haces una condenada idea.

—Pues ya somos dos —rebate, fulminándome con la mirada.

Ella también lo odia, perfecto. Ella también está cabreada, perfecto. Para ella también somos un error, ¡jodidamente perfecto!

—Genial —mascullo, apretando los dientes, alejándome de la encimera y

dirigiéndome hacia a la puerta.

—Genial —contraataca con el mismo tono de voz.

—Genial —repito, saliendo.

—¡Genial! —grita, con la puerta ya cerrada, para asegurarse de que pueda oírla.

Camino hacia la camioneta respirando rabia con cada paso que doy. ¿Por qué tiene que hacer una montaña de todo?

En ese preciso instante, la puerta suena a mi espalda y todo mi cuerpo se tensa, cae en barrena y, en contra de mi voluntad, se rinde, porque da igual lo furioso que esté, es ella. Siempre será ella. No importa que no tengamos una mísera oportunidad.

12

Gracie

—No puedes hacer esto —le advierto, enfadadísima—; no puedes pasarte días casi sin dirigirme la palabra y después presentarte aquí como si fuera de tu propiedad. ¡No lo soy! —De pronto la alianza me quema en la palma de la mano de pura rabia—. ¡Y métete este estúpido anillo donde te quepa!

Antes de que la idea cristalice en mi mente, le lanzo la pequeña cajita cuadrada, pero, ¡maldita sea!, no le doy.

Internamente, resoplo furibunda e incluso suelto un grito alzando las manos. No pienso dar mi brazo a torcer. Puede que él decidiera sin consultarme que no las llevaríamos, pero no va a hacer lo mismo cambiando de opinión.

¡Dios! ¿Por qué tiene que ser la persona más difícil de toda la condenada tierra?

Conrad observa la cajita en el centro del pequeño jardín y después clava sus ojos en los míos. La misma intensidad que siempre nos rodea crece hasta aislarnos de todo lo demás. Con él todo parece estar cargado con la fuerza de un huracán.

No puede hacer las cosas así y yo tengo que quererme lo suficiente como para no permitírselo.

Sin decir nada más, giro sobre mis talones, entro en casa y cierro la puerta sin volver a mirarlo.

Cuando salgo de nuevo para trabajar, más de media hora después, no hay rastro de la cajita.

* * *

Mientras almuerzo, sentada sola en un extremo del inmenso comedor, mi imaginación, peligrosa y kamikaze, decide volar libre y, antes de darme cuenta, estoy pensando en Conrad. Últimamente hago mucho eso, creo que demasiado, siendo sincera, pero es que es un hombre complicado y ciertamente frustrante. Me hace sentir cosas a las que ni siquiera sé poner nombre y consigue que todo quede en un segundo plano y sólo pueda escuchar a mi cuerpo, sentirlo. Su mirada, su boca, la manera en la que se mueve..., podría describirlo con los ojos cerrados e incluso oírlo u olerlo. ¿Me estoy volviendo loca? El diez por ciento de las veces me preocupo por llegar a esta especie de conclusión, que termina conmigo metida en una habitación de paredes acolchadas, aspirando el aroma de su camisa como si fuese una bolsa con pegamento industrial, pero el noventa por ciento restante, me percató de que a esto es a lo que se le llama «estar colada por alguien», y la verdad es que esas veces me preocupo aún más, porque tengo todos los números para acabar pasándolo demasiado mal.

—Tu segundo turno empieza a la una en punto. Te descontaré cinco centavos por cada minuto que llegues tarde.

Alzo la cabeza y me encuentro con Nash.

Echa un vistazo a ambos lados, como la sabandija que es, para asegurarse de que Conrad no anda cerca y que nadie nos presta atención, y se inclina un poco más sobre mí.

—Ya sabes, vas a divertirte mucho trabajando aquí —me advierte con una sonrisa taimada.

Le mantengo la mirada. No pienso dejar que vea que me da miedo, aunque, con total franqueza, lo haga. Ya sabía que culparlo del desastre de la cámara frigorífica, aunque fuese lo justo, me traería consecuencias... y no me toca otra que ser valiente y afrontarlas.

Mi turno en cocinas termina a la una, pero, como es lógico, nadie, o casi nadie, supongo que los habrá afortunados, se marcha de su trabajo a la hora

exacta, y yo no puedo ir a buscar a Nash hasta asegurarme de que Nora y Maiko se han ido. El muy hijo de perra lo sabe y se queda rondando la cocina, disfrutando de saber que ya estoy lista para el trabajo y no lo puedo hacer, retrasándome en contra de mi voluntad. Sin embargo, lo más rastrero llega cuando decide entretener a Nora con un problema imaginario, haciéndome perder otros cincuenta centavos.

Nash me hace volver a fregar algo así como un millón de platos, porque considera que no están lo suficiente limpios, cosa completamente incierta, y, cuando voy a limpiar el comedor, se ha llevado el cubo y la fregona con los que trabajo y en su lugar hay otros antediluvianos.

En resumidas cuentas: tardo más, me hago polvo las manos limpiando con ese mocho y es el día que menos cobro. Aun así, consigo poner rumbo a la biblioteca a una hora más o menos decente, y el paisaje calma mis instintos homicidas.

Al llegar a casa, Conrad no está. No debería sorprenderme, es lo que lleva pasando la última semana; el encontrarnos esta mañana sólo ha sido la excepción. Sin embargo, no puedo evitar que una punzada atraviese mi corazoncito. Lo echo de menos. Pienso en ir a buscarlo a los hangares, pero incluso yo me doy cuenta de la pésima idea que es. Él ha decidido que no podemos estar juntos, así que tiene que ser él quien arregle esta situación.

Resoplo, agotada, paso de la cena y me doy una ducha. Me curo las manos y me meto en el sofá. Ya con todo en silencio, casi involuntariamente, empiezo a pensar en lo que ha ocurrido esta mañana, en la alianza. ¿Qué ha cambiado para que quiera que la lleve? Daría todo lo que tengo por saber la respuesta a esa pregunta.

* * *

Los días empiezan a parecerse muchísimo los unos a los otros. Me levanto inhumanamente temprano, trabajo en el primer turno y cada día más duro en el

segundo, ya que Nash no para de inventar nuevos métodos de tortura para vengarse por descubrirlo ante Conrad.

Estudio aprovechando cada minuto y siempre voy y vuelvo de la biblioteca escuchando el curso de coreano en el *walkman*. Creo que estoy mejorando o, mejor dicho, *naneun naega joh-ajigo issdago saeng-gaghae*.

A veces estoy demasiado cansada incluso para quejarme de lo cansada que estoy, pero cada dólar que consigo reunir me hace sonreír. Lograré cumplir con el trato que hice con Louis y tendré lo que más quiero en este mundo.

En cuanto a Conrad, ni siquiera sé qué pensar. Llevo días sin verlo y ayer hice la mayor estupidez de la historia de las estupideces. Al levantarme, como de costumbre, él ya se había marchado, pero parecía que prácticamente había salido huyendo e incluso la cama estaba sin hacer. Me dije algo así como un millón de veces cuánto se parecía esto a mi fatídica visión de mí misma siendo tratada mentalmente, pero no pude evitarlo, o sí pude, pero me importó bastante poco, y me tumbé sobre el colchón, en su lado, sólo para sentir algún indicio de su calor. La almohada olía a él, a esa mezcla de gel y suavizante y al recuerdo de los años cincuenta, y algo dentro de mí sintió como si me abrazaran con fuerza. ¿No es lo más patético que habéis oído? Supongo que el agotamiento me está friendo las neuronas.

—Buenos días, chiquilla —me saluda Nora—. ¿Preparada para un nuevo día?

—Sí —mentira, mentira, mentira; quiero encerrarme a vivir en un spa, para siempre—, chef —respondo, limpiando la mesa con una bayeta húmeda. Huele a desinfectante y a limón.

Nora asiente y deja de prestarme atención para centrarse en su cuaderno de recetas. En ese momento, Maiko sale del cuarto de taquillas, ajustándose el mandil.

—Buenos días —le digo.

Ella me mira y me devuelve un educado gesto de cabeza, ese que es como el inicio de una reverencia. No sé por qué, pero parece más triste que nunca.

Nadie se merece estar aislado, no puedo evitar pensar.

Maiko va hasta la cámara, saca la caja de berenjenas que yo misma guardé después de lavarlas ayer concienzudamente y empieza a secarlas con mimo para llevarse cualquier rastro de humedad. Puede que no se me dé muy bien la gente, pero es obvio que no lo está pasando bien.

Trato de hacer memoria sobre todo lo que he aprendido con las cintas de casete, aunque aún me queda mucho para acabar. Sin embargo, en el mismo microsegundo en el que pienso esa última idea, me riño a mí misma y me obligo a reunir valor. Estoy haciendo ese curso por una razón: ayudarla; pues bien, está claro que Maiko necesita esa ayuda ahora.

Listo.

Decidido.

«Sé valiente, Grace.»

Doy un paso hacia ella. Maiko me mira. Me aclaro la garganta.

¡Vamos!

—*Annyeonghaseyo* —y eso sólo es «hola»—, *jal jinaess-eoyo?* —«¿Cómo estás?»

Maiko me observa con los ojos como platos, pero no dice nada. Nora también levanta su vista del libro de recetas y me contempla con el ceño fruncido. No adivino cuál de las dos tiene más claro que he perdido un tornillo.

No obstante, cuando estoy intentando recordar cómo se dice «olvidalo, era una tontería» en coreano o, con toda franqueza, soltarlo en mi idioma original, Maiko emite un gritito de lo más agudo y, contentísima, corre hasta mí. Me da un auténtico abrazo de oso en toda regla y empieza a parlotear en coreano a una velocidad de vértigo.

Sólo pillo expresiones sueltas, como que está muy feliz y todas las veces que me da las gracias.

—*Hangug-eoleul eodieso baewossseubnikka?* —me pregunta.

Yo la observo tratando de descifrar sus palabras. «¿Dónde has aprendido

coreano?»

Pienso la respuesta, pero no recuerdo cómo se dice *biblioteca*, así que le hago un gesto con la mano, corro hasta mi taquilla y regreso con mi *walkman*.

—¿Todavía usas uno de éstos? —pregunta Nora, casi conmovida.

Sonrío mientras saco la cinta de casete y se la muestro a Maiko.

—El curso de coreano de la biblioteca sólo estaba en cintas —me explico, encogiéndome de hombros.

—*Doseogwan-eseo wassseubnikka?* —pregunta otra vez Maiko, y en esta ocasión reconozco la palabra al instante. *Doseogwan*. ¡Biblioteca!

—Sí —respondo con una sonrisa—. *Doseogwan*.

Maiko continúa hablando, moviendo las manos y riendo. ¡Está pletórica! Le presto atención con el ceño fruncido, tratando de seguirle el ritmo, pero me resulta imposible, aunque, en realidad, creo que eso es lo que menos importa ahora mismo. Se siente mejor.

—Bien hecho, chiquilla —me dice Nora con una sonrisa, al otro lado de la mesa.

Le devuelvo el gesto. La verdad es que yo también me siento mejor por haber podido ayudarla.

Después del segundo turno, me duele incluso cerrar la taquilla, pero aguanto el tirón. Estoy empujando la puerta batiente para salir de la cocina cuando alguien maldice al otro lado porque casi le da. Es Nora.

—¿Qué haces aquí? —inquire, confusa, al verme.

«Piensa, Gracie Sullivan, quiero decir, Grace Sullivan, quiero decir, Grace Turner, quiero decir...» Mejor no indagemos en eso.

—Había olvidado mi pase —miento, y lo hago bastante mal, porque Nora me observa suspicaz unos segundos, aunque finalmente decide correr un tupido velo.

—Me viene de perlas que estés aquí —comenta, pasando junto a mí y echando a andar hacia el interior de la cocina.

¿A qué se refiere?

La sigo y la encuentro rebuscando en uno de los cajones de la gigantesca cocina hasta que saca un bloc de notas y un lápiz con la parte trasera mordisqueada.

—¿En qué puedo ayudarla, chef?

La llamo así porque, aunque no estamos en horario de trabajo, seguimos en sus dominios.

—En cinco semanas será el cumpleaños de Gabe Cavalier, el dueño de todo esto —hace un inciso, veloz—, y acaban de decirme que debo encargarme de la comida de la fiesta.

Murmura nombres de alimentos, los valora y los escribe o no en una lista, imagino que haciendo memoria de recetas.

—En unas horas saldrá un camión hacia Norfolk y quiero aprovechar para que me traigan de regreso algunas cosas un poco especiales.

Creo que incluso estoy más confundida que antes.

—Si la fiesta no es hasta dentro de cinco semanas... —dejo en el aire.

—Nunca has preparado una comida importante para unos sureños ricos, ¿verdad? —replica, llevándose una mano a la cadera.

Niego con la cabeza.

—No he plantado un árbol ni he tenido un niño ni he escrito un libro —contesto, haciendo referencia a la popular frase de José Martí—, y tampoco he dado fiesta para unos sureños ricos —sentencio, encogiéndome de hombros.

Nora me mira un segundo y, al siguiente, lanza una risotada.

—Así que ahí es donde estaba escondido este sentido del humor tuyo..., me gusta —afirma.

Sonrío y también respiro aliviada; la verdad, por un momento he pensado que me había ganado una buena bronca por faltarle al respeto o algo parecido.

—La señora Cavalier querrá hacer, al menos, una decena de pruebas antes de decidir el menú, así que quiero estar preparada —me explica al fin—, pero no te quedes ahí —me increpa—, ayúdame.

Asiento y me acerco hasta ella. Una hora después de revisar cajas y

recetas, hemos terminado. Miro el reloj. Con un poco de suerte, todavía puedo llegar a la biblioteca.

—Llévale esta lista a Conrad —me pide, tendiéndome el papel.

¿Qué? No.

Niego con la cabeza. Nora me observa. Obviamente esta respuesta no va a ser suficiente para ella.

—No puedo —miento, aún peor que la primera vez.

La cocinera me mira esperando a que profundice esta vaga explicación. Pero ¿qué demonios le digo? Piensa. Piensa. ¡Piensa!

—Es que no puedo —añado y, para rematar está increíble jugada del engaño, sonrío nerviosa (soy lo peor).

Nora enarca las cejas, haciéndome el favor de no comentar mi actuación, y deja la lista sobre la mesa justo antes de echar a andar hacia el cuarto de empleados.

—Dile que los brotes de soja deben ser frescos, nada de lata —comenta, alejándose.

Maldita sea. Me toca ir.

Cojo el trozo de papel a regañadientes y me marcho. Sobra decir que una parte de mí está encantada con semejante encargo, porque podré ir a verlo sin vulnerar la norma autoimpuesta de no dar ese paso cuando es él quien nos ha colocado en esta posición, pero, la otra parte, la que tiene el sentido común, supongo, no para de ver el peligro, sobre todo en que la primera no lo vea.

Me paso todo el camino hasta los hangares planeando la estrategia. Entrar, dejar la lista, ni siquiera mirarlo a la cara. No debería ser tan complicado. Es guapísimo, pero siento que tengo mucha rabia acumulada; la contienda está igualada.

Accedo a los garajes y sonrío al ver los aviones, incluso me permito acariciar uno. Definitivamente, éste es mi lugar favorito de todo el parque. Sin embargo, en el mismo segundo, me obligo a concentrarme. Este sitio me

recuerda mucho a Conrad, es parte de él, y no quiero flaquear incluso antes de tenerlo enfrente.

Sin embargo, nada me prepara para lo que estoy a punto de ver. Conrad está bajo el morro del X17-500, el avión en el que trabajaba la última vez que estuve aquí; a su espalda no hay ningún otro aparato y el maravilloso paisaje le sirve de postal mientras el sol empieza a esconderse entre los árboles y todo es de un millón de tonos naranja.

Alza las dos manos y las coloca sobre el morro, casi agarrándolo, y deja caer su frente sobre él, como si se comunicaran, como un jinete con su caballo, como un niño con la magia de un dragón.

Sonrío y me cuelo un poco más por él; es imposible no hacerlo viéndolo así de entregado.

Se separa y una suave sonrisa se cuele en sus labios al tiempo que separa las manos, y sus ojos se pierden en la preciosa aeronave.

—Buenas tardes, señora Sullivan.

El saludo de uno de los operarios nos saca a los dos de nuestras respectivas ensoñaciones.

—Hola —respondo algo aturdida.

Conrad me busca con la mirada y me encuentra. Abro la boca, dispuesta a decir algo, pero lo cierto es que no sé el qué.

Él frunce el ceño imperceptiblemente, en ese gesto tan suyo, y avanza hacia mí. Sólo tengo un par de segundos para recomponerme de su pelo castaño peinado con las manos, de sus increíbles ojos verdes, de su manera de caminar, como si se hubiera escapado de *Casablanca*.

—Sólo he venido a traerte esto —me obligo a pronunciar antes de que él pueda decir cualquier otra cosa, tendiéndole el papel doblado por la mitad—. Nora me lo ha pedido —aclaro. Es un detalle sumamente importante—. Es la lista para la fiesta de cumpleaños del señor Cavalier.

Conrad continúa observándome un puñado de segundos que se me hacen eternos antes de coger la lista. ¿Cómo es posible que me afecte de esta manera

incluso cuando no hace otra cosa que mirarme?

—Avisaré al camión de que la recoja en el control de acceso —me informa.

—Asegúrate de que los brotes de soja sean frescos.

Una conversación de lo más civilizada... y también extrañamente triste.

—Eso era todo, así que me marcho —anuncio.

Pero, en el fondo, no quiero hacerlo. Conrad asiente y comienza a revisar la nota de Nora, aunque algo me dice que sólo está fingiendo. Espero, y no debería esperar, y, tras un número de instantes indefinidos, por fin, me fuerzo a irme.

—Grace —me llama.

—¿Qué? —contesto esperanzada, y eso es algo que tampoco debería hacer, al tiempo que me giro.

Conrad guarda silencio, me mira, sus ojos verdes se llenan de demasiadas cosas. Él tampoco quiere esto; entonces, ¿por qué lo hace?, ¿qué es lo que no me cuenta?, ¿qué es lo que nos aleja?

Pero, como siempre, la determinación vuelve a hacerse con su mirada y sé que ya he perdido.

—Dile a Nora que tendrá todo lo de la lista.

Asiento un par de veces, decepcionada, y clavo mi vista en el suelo. Por el rabillo del ojo puedo ver cómo Conrad se pasa la mano por el pelo, como si la situación tampoco hubiera ido como él quería que fuera, y, contrariado, gira sobre sus talones y se dirige a la salida del hangar opuesta a la que yo he llegado.

Nunca se me han dado bien las confrontaciones, decir lo que quiero decir, pero es que hay cosas que necesito saber, merezco saberlas.

—¿Por qué te comportas así?

Al oír mis palabras, Conrad se detiene y se vuelve despacio; parece que la lucha ha regresado y pesa tanto como siempre.

—¿Y qué quieres que haga? —replica—. Ya te lo dije, Gracie, no puedo

jugar a las casitas contigo.

—¿Y quién te lo ha pedido? —le espeto.

Estoy cansada de que dé por hecho cómo reaccionaré, de que decida por los dos.

—Ni siquiera lo comprendo —añado. He tomado carrerilla y ya no puedo parar—. Sólo pretendo que las cosas sean más fáciles. Todo esto es una locura demasiado complicada. Si ni siquiera intentamos convivir, ¿cómo piensas que va a funcionar?

Soy plenamente consciente de que he sonado vehemente, casi desesperada, pero necesito que lo entienda.

—No tiene que funcionar, Gracie —responde veloz, tomándome de la muñeca y alejándonos de los demás para ganar intimidad.

Su mano sobre mi piel no pasa desapercibida para nuestros cuerpos y, de golpe, nos zambullimos en una piscina del deseo más puro del mundo.

—Nos quedan dos meses —continúa, reconduciéndonos a ambos—. Después los dos recuperaremos nuestras vidas y podremos olvidarnos de esto.

Sus palabras duelen y no deberían doler, tiene razón.

—¿Eso es lo que quieres? —mascullo, soltándome, pero dando un paso hacia él. Estoy muy enfadada.

—Gracie —me reprende o me advierte, pero, sencillamente, no me importa. ¡Quiero saberlo!

—Contéstame —le pido o le suplico, sigo sin saberlo, pero ahora mismo tampoco me importa.

—Basta —ruge, intimidante.

—¡Contéstame!

—¡Sí! ¡Claro que es lo que quiero! —Sus palabras nos silencian de inmediato a los dos—. ¿Acaso tú no?

No, y tendría que ser un sí.

Demasiados sentimientos cruzan su mirada. Está más enfadado, pero también más perdido.

—Debería ser un sí —sisea con la voz baja y amenazante y, si no fuera una completa estupidez, diría que asustado.

La confusión vuelve a recorrerme de pies a cabeza. ¿Qué es lo que le ocurre en realidad? Hay algo más. ¡Lo sé!

—Da igual lo que quiera —me defiendo—. Ya no hay opción, ¿no crees? —prosigo, encogiéndome de hombros, con el llanto quemándome detrás de los ojos. Él no es el único que está asustado—. He dejado todo lo que conozco demasiado lejos, las únicas tres personas en las que confío. No puedo enfrentarme a esto sola.

Una lágrima cae por mi mejilla, pero me la seco con rapidez, incluso con rabia.

La mirada de Conrad se transforma y se anega de ternura; sin embargo, tan sólo un segundo después, todo parece cambiar y el enfado, incluso una herida abierta, toman sus ojos de acero.

—Pues tendrás que aprender —sentencia, indomable.

Lo observo sin saber qué contestar, ni siquiera cómo comportarme. Él no es así, lo sé. Lo viví en la camioneta cuando me llevó a ver el Sound, cuando arregló los audífonos para mí, pero no puedo dejar que todo eso pese hasta el punto de permitir que me trate así.

—Sólo me estás alejando —le advierto con la voz clara y firme, a pesar de las lágrimas—, y da igual que yo sea capaz de ver que no lo haces porque sea un capricho, que también te duele, porque un día lo conseguirás y no volveré.

Conrad me mantiene la mirada y la batalla que vive por dentro se vuelve encarnizada. Quiero estar con él, sé que él no quiere perderme, pero, por mucho que algo dentro de mí se ilumine con tan sólo oír su nombre, lo cierto es que no sé si él está dispuesto a luchar por mí, así que tengo que hacerlo por mí misma.

—Y tienes razón —añado, quitándole la lista de la mano—, aprenderé.

Es difícil, mucho, pero giro sobre mis pies y comienzo a caminar sin mirar atrás. Me pregunto si el corazón duele así por una persona por la que te has

colado; espero que sí, porque la otra opción da demasiado miedo.

Le llevo la nota de Nora a Vince, uno de los guardias de seguridad, y le explico que debe entregársela al camión que saldrá en unos minutos para Norfolk. Órdenes de la chef y del señor Sullivan.

Estoy apenas a unos metros del acceso al parque cuando su camioneta se detiene frente a mí y Conrad sale de ella.

Me quedo quieta, distante, observándolo, esperando a que sea él quien mueva ficha primero.

Se para exactamente a dos pasos de mí. Sus ojos verdes se posan en los míos justo antes de que ladee la cabeza y su mirada se pierda al fondo de una de las avenidas principales.

—Tenemos que hablar —suelta al fin.

—Prometedor —respondo, torciendo los labios. Reconozco que sueno insolente, pero no es nada que no se haya ganado—. Sin embargo, no es suficiente.

—Princesita —me reprende, entornando la mirada.

—Princesita, ¿qué, Conrad? Has conseguido que estas tres semanas sean horribles —protesto, enfadadísima. ¡Lo estoy!

—¿Crees que para mí no ha sido difícil? —me interrumpe, casi gritando.

Esa frase está a punto de tumbar todas mis defensas, pero aguanto el tirón. No puedo ponérselo tan fácil.

—Te lo mereces —le espeto—. Tú nos has puesto en esta situación.

—Tengo mis motivos —gruñe.

—¿Y son?

Conrad se revuelve, incómodo, en el sitio. Hemos llegado al verdadero origen de todo esto.

—No quiero hacerte daño —dice muy despacio, como si esa idea fuese en lo único en lo que pudiese pensar.

—Pues permíteme decirte que estás fracasando estrepitosamente.

Otra impertinencia que no parece hacerle la más mínima gracia.

Conrad entreabre los labios y desliza la punta de la lengua por ellos.

—Te follaría hasta que llegara el invierno, ¿te vale así? —me desafía, dando un paso hacia mí.

Abro la boca dispuesta a contestar, pero... ¿a quién pretendo engañar? Ha conseguido que me tiemblen las rodillas y sólo soy capaz de tartamudear algo absolutamente ininteligible.

—Nos encerraría en nuestra casa y te haría correrte tantas veces que acabarías suplicando por agua, comida y diez minutos de sueño —añade, amenazador, rematadamente sexy, dando un paso más, el último para colocarnos demasiado cerca—. Te imagino cada segundo de cada día, Grace. Te deseo como nunca he deseado a nadie, pero llegará el momento en el que quieras más, y no lo digo porque crea que eres una ingenua enamoradiza —me aclara de inmediato—, sino porque así es como debe ser, como siempre es. Una chica y un chico se conocen, salen, se acuestan, son felices, ¿por qué demonios no iban a seguir juntos?

—¿Por qué? —musito, y algo de mí lo hace triste, porque sabe que su respuesta va a doler.

—Porque a veces no es cuestión de querer, sino de poder.

Esas once palabras van directas a mi corazón y esta vez sí que destruyen, ladrillo a ladrillo, todas mis barreras. ¿Por qué no puede? ¿Por qué necesita mantenernos en esta especie de limbo? ¿Por qué le duele tanto como me duele a mí?

—Conrad... —murmuro.

Él da un paso atrás y trata de poner otra vez toda esa distancia entre nosotros.

—¡Por favor!

Ese grito a nuestra espalda nos distrae y los dos nos giramos a la vez hacia el control de seguridad.

Vince, el guardia, está fuera de la garita, tratando de calmar a un hombre visiblemente nervioso y contrariado. El desconocido es el que ha gritado.

—Quédate aquí —me ordena Conrad, dirigiéndose hacia ellos.

Pero, en cuanto avanza el primer metro, yo también lo hago. Tengo demasiada curiosidad.

Conrad, al verme acelerar el ritmo hasta alcanzar el suyo, pone los ojos en blanco, mitad exasperado, mitad irritado, mitad condescendiente (¡vaya!, me sobra una mitad), pero no dice nada.

—¿Qué está pasando? —demanda intimidante, deteniéndose frente a los dos.

Yo lo hago un metro más atrás.

—Señor Sullivan... —empieza a decir el empleado.

—Sólo quiero un trabajo —lo interrumpe el hombre en un inglés perfecto, pero con un marcado acento mexicano—. Puedo hacer cualquier cosa. En el pueblo dicen que el parque es grande y tiene muchos servicios dentro, por favor —ruega, desesperado.

No debe de tener más de cuarenta años, con el pelo y los ojos oscuros y la tez morena. Parece cansado, como si llevara días pateándose toda la costa de Carolina del Norte en busca de curro y ni siquiera hubiese perdido tiempo en comer o dormir.

—Ya le he explicado que, si quiere pedir un empleo, tiene que mandar un e-mail —interviene el guardia, dirigiéndose a Conrad.

—¡No tengo tiempo! —replica el hombre, muy agobiado, dando un paso hacia el propio Conrad.

Vince reacciona al instante y se lleva la mano a la pistola eléctrica que tiene en el cinturón, avanzando también una zancada, pero Conrad, imperturbable, sin moverse un solo milímetro, alza la mano, deteniendo al miembro de seguridad con la mirada fija en el hombre.

—Por favor —repite éste, esforzándose por sonar más sereno, pero fracasando por completo—, lo he intentado todo.

Una punzada de tristeza me atraviesa el corazón. Sé que no lo conozco en absoluto, pero algo me dice que es una buena persona y parece completamente

desesperado.

—Matías. —La suave voz de una mujer roba la atención de todos, que miramos más allá del control para ver una vieja ranchera, detenida en la explanada que separa la entrada al parque del camino de tierra hacia Point Harbor y donde se encuentra la parada del bus que siempre pierdo.

La mujer se acerca, sólo un poco, con los ojos fijos en el hombre y la expresión preocupada.

Un simple vistazo sirve para comprobar que el coche está atestado de bolsas y otros enseres y, entonces, lo comprendo: viven en él.

—Vuelve al coche, María —le pide el hombre—. Está todo bien.

Ella asiente, pero su mirada lo dice todo. Está tan desesperada como él, pero un poco más preocupada al ver al que imagino que es su marido tan hundido.

—Papá —lo llama un crío de unos ocho años, con el flequillo casi tapándole los ojos, saliendo también de la vieja ranchera.

—Javier, entra dentro —replica el hombre, veloz.

—Es Coco —responde el niño—. Está llorando otra vez.

La madre se activa de inmediato y se dirige al vehículo. El hombre suelta un profundo suspiro observando a su familia, todo bajo la atenta mirada del guardia, de Conrad y de mí, pero, cuando nosotros apartamos la vista, contrariados, Conrad sigue contemplándolos. Tiene los puños apretados junto a los costados y todo su cuerpo tenso. Me doy cuenta de que la rabia lo está recorriendo de pies a cabeza, aunque no mueva un solo músculo para demostrarlo.

En ese preciso momento, uno de los camiones del parque se detiene a nuestra espalda.

—Señor Sullivan —lo llama uno de los operarios—, estamos listos para ir a Norfolk.

Esa simple frase lo hace reaccionar.

—Os lleváis a un hombre más —dice, sin levantar los ojos de Matías,

como si siguiera estudiándolo.

Él no está seguro de si está oyendo lo que cree que está oyendo, pero, como si la sola posibilidad le permitiese volver a respirar, sonrío nervioso. Es contagioso y yo también sonrío.

—Señor Sullivan —replica el empleado tras el volante—, no creo que nos haga falta.

—Pues yo creo que sí —sentencia, sin dar posibilidad a réplica.

—Señor... —pronuncia Matías, al borde del colapso.

—Irás a Norfolk —lo interrumpe Conrad—, hay que recoger unos pedidos. Mañana te presentarás aquí con tu familia a primera hora. Trabajarás en logística y viviréis dentro del parque. También hay una escuela.

La respiración del hombre se acelera; no se me ocurre otra palabra para describirlo más que *feliz*. Mi sonrisa se ensancha. Conrad es increíble.

—Señor... —vuelve a decir.

—Esto cubrirá tu turno de hoy —lo frena de nuevo, metiéndose la mano en el bolsillo, sacándose dos billetes de cien y tendiéndoselos a Matías—. En el pueblo hay un hotel, pequeño, pero cómodo y limpio.

Es mucho más de lo que cobraría por una jornada de trabajo, pero es obvio que Conrad quiere asegurarse de que pueden pagarse un sitio donde dormir y la cena.

—Señor... —trata de hablar por tercera vez.

—Sube al camión —le ordena—. No quiero que os retraséis.

Matías lo mira y, al igual que yo, comprende que Conrad no es de la clase de hombres a los que les gusta que les regalen los oídos; es más, con toda probabilidad lo odia. Sin embargo, lo que acaba de hacer es maravilloso y todos lo sabemos.

—Gracias —le agradece, sincero, olvidándose del elaborado discurso que seguro que tenía en mente.

La sonrisa no se va de mis labios.

Conrad se acerca a Vince, le pide la lista, se dirige al camión y se la

entrega al conductor, con el que intercambia un par de frases. Matías va hasta el coche, espera a que salga su mujer, con una niña de unos dos años en brazos, le da el dinero y habla con ella en español. No sé qué dicen, pero, por las sonrisas y los besos, puedo imaginarlo.

Matías corre al camión y todos contemplamos cómo se marcha.

Se está perdiendo en el camino a Point Harbor cuando la cría, aún en brazos de la madre, comienza a toser, mucho y muy fuerte. Conrad y yo nos miramos y, sin que ninguno de los dos diga una palabra, avanzamos hasta ellos.

—¿Está bien? —pregunto.

—No lo sé —responde María, tratando de calmarla—. Lleva así varios días. Ya no tiene fiebre, pero no deja de toser. Javier, por favor —llama al niño—, trae el agua de la hermanita.

El crío sale pitando hasta el coche y regresa con un pequeño biberón con un Mickey Mouse algo descolorido dibujado en él.

—Debería verla un médico —le comento a Conrad.

No responde, pero va hasta la camioneta, se inclina para pasar el torso por el hueco de la ventanilla y saca el *walkie*. Va a avisar a Niko.

El médico del parque aparece conduciendo un viejo Suzuki Samurai clásico de color blanco. Está donde esté ubicado el hospital, debe de ser cerca del control de acceso. No ha tardado más que unos minutos.

Niko aparca junto a la Chevrolet, donde el propio Conrad lo espera. Su amigo se baja y ambos avanzan hacia nosotras, dirigiéndose un puñado de frases por el camino.

—Soy Niko —se presenta a la mujer con una amable sonrisa, deteniéndose junto a ella y dejando su maletín sobre el capó de la ranchera—, el médico del parque.

María lo mira con recelo.

—Nosotros no tenemos seguro médico —se explica en un murmullo—. Tengo doscientos dólares, doscientos veintidós —rectifica—. No sé si será

suficiente.

Niko niega con la cabeza.

—Tu marido ya trabaja en el parque —le comenta—. Tenéis todos los servicios cubiertos.

Ella sonrío con los ojos llenos de lágrimas y, finalmente, asiente. Una suave sonrisa vuelve a inundar mis labios. Su vida ha cambiado.

Niko empieza a examinar a la pequeña.

—Gracias —le dice María a Conrad con la voz tomada.

Él asiente y yo, junto a María, no puedo evitar contemplarlo. Parece distante y puede que lo sea, pero, bajo esa coraza, hay un hombre generoso y bueno, lleno de principios.

Conrad mueve sus preciosos ojos verdes y nos encontramos, separados por unos pocos metros, un doctor y una bebé preciosa llamada Coco. Sonrío y no quiero contenerme. Ahora mismo, estas tres semanas, incluso la discusión que acabamos de tener, han quedado momentáneamente en *standby*.

Él me devuelve la sonrisa y da una bocanada de aire, consintiendo que el campo de fuerza que siempre nos ata al otro lo haga un poco más, como si por primera vez se permitiese dejarse llevar.

—Esta niña tan guapa está perfectamente —anuncia Niko, bajándole la ropita después de auscultarla y sacándonos de nuestra ensoñación—. Sólo necesita que la ayudemos con esa tos.

Da un único paso hacia su maletín, lo abre y, tras rebuscar unos segundos, saca un frasco diminuto con una etiqueta en la que puede leerse «Prednisolona».

—El cuentagotas ya está listo —comenta tras prepararlo él mismo, ofreciéndoselo a María—. Dáselo dos veces al día.

La mujer asiente y Niko le indica que es mejor que le dé ya la primera toma. La madre mezcla las gotas con el agua que queda en el biberón y se acomoda en el asiento de atrás para dárselo.

—¿De verdad se pondrá bien? —le pregunto a Niko, que se ha alejado

hasta el capó del coche para guardar su estetoscopio en el maletín.

—Sí —contesta, convencido—. Los resfriados de verano a veces se complican un poco, nada importante.

Sonríó. Me alegro de verdad de que sea así.

Observo a la pequeña tomando la medicina. Su hermano pasa corriendo a su lado y continúa haciéndolo alrededor del coche. Un poderoso estruendo corta el aire y un avión cruza el cielo sobre nosotros. El niño se queda embobado, mirándolo hasta que desaparece en el horizonte, exactamente igual que Conrad.

El crío camina hasta él y lo coge de la mano para que le preste atención. Conrad frunce el ceño, confuso, e inclina la cabeza en dirección al pequeño Javier.

—¿El avión ha salido del parque? —indaga, curioso.

—Sí, los construimos nosotros. Está haciendo un vuelo de prueba.

El chiquillo se queda boquiabierto.

—¿En serio? —inquire, emocionado, con sus enormes ojos castaños muy abiertos.

—Sí.

—¿Tú los construyes?

Conrad se rasca la nuca, tratando de pensar la respuesta más adecuada.

—Todos contribuimos. Fabricar un avión es complicado —contesta.

—¿Y dónde está el taller?

—No se llama taller, son hangares.

—¿Y dónde están? —insiste Javier.

—En la zona norte del parque.

—¿Y dónde está la zona norte? —demanda, sin rendirse.

Conrad resopla, armándose de paciencia, y no puedo evitar sonreír. Toda la escena es de lo más tierna.

No lo duda y, resuelto a terminar con todas las preguntas del crío, lo coge en brazos y le señala un punto a los lejos. El niño mira interesadísimo hacia

donde le indica y mueve la mano, imitándolo.

—¿Los... —hace una pequeña pausa, tratando de recordar la palabra— hangares son muy grandes?

Conrad asiente.

—Tienen que serlo si queremos que quepa un avión.

Como si el propio parque quisiera darle la razón, un nuevo avión nos sobrevuela, majestuoso. Javier alza la cabeza hasta una posición casi imposible, completamente admirado. Creo que el mundo acaba de ganar otro ingeniero aeronáutico mecánico. Conrad sigue la aeronave con la mirada, hasta que la devuelve al pequeño y, al verlo tan entregado, sonrío. Una sonrisa preciosa, llena de ternura y muchas cosas bonitas.

Mi propia sonrisa se ensancha. Es maravilloso verlo así.

—Lo que ha hecho Conrad ha sido increíble —digo antes siquiera de que mi cerebro procese las palabras.

—Bueno —responde Niko, y no parece en absoluto sorprendido; eso me escama de inmediato—, él es así. No es la primera vez que lo hace y, conociéndolo, tampoco será la última —añade con una tenue sonrisa. Hay un deje de auténtico orgullo en su voz.

—¿A qué te refieres? —planteo.

Creo que sueno aún más curiosa que el pequeño Javier preguntando sobre aviones.

Niko cierra el maletín, se gira hasta apoyarse en la ranchera y cruza los brazos sobre el pecho.

—Sé que Conrad parece un tipo duro, tosco —afirma en tono burlón, estirando vehemente cada letra del último adjetivo y sonriendo inmediatamente después—, y lo es —prosigue sin dudar, con el mismo gesto en los labios—, pero también se preocupa por todas las personas que viven en el parque. Son más de doscientas familias, y Conrad, cada día, hace todo lo que está en su mano para que estén bien, para que sean felices. Te puedo

asegurar que el almacén no necesitaba otro trabajador, pero también que Conrad jamás los habría dejado marcharse sin trabajo y sin dinero.

Sin quererlo, hago memoria y pienso en cada vez que lo he visto con un empleado, en cómo lo tratan todos aquí. Conrad es su jefe, pero también hay algo más. Lo respetan.

—Es como si necesitara poder decirse a sí mismo que ha hecho todo lo posible —sentencia.

Su voz cambia y el orgullo se transforma en preocupación, lo que hace que, de repente, un nudo se forme en la boca de mi estómago.

—¿Por qué tengo la sensación de que eso te preocupa?

—Porque eres muy observadora —bromea, para escapar de mi pregunta.

Tuerzo los labios y entorno los ojos, divertida, dejándole claro que sé lo que está haciendo.

—Sé que no te lo está poniendo fácil —deja en el aire.

Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Bajo la cabeza, algo aturdida y con la timidez ganando enteros. Me obligo a volver a levantar la vista y el propio Conrad entra en mi campo de visión. Está jugando con el pequeño, que finge que es un avión.

—¿Él te lo ha contado?

—Por supuesto —contesta sin dudar, y automáticamente me siento increíblemente mal... entonces, ¿es sólo conmigo con quien no quiere hablar? —. Conrad y yo mantenemos largas conversaciones sobre sus sentimientos.

Niko guarda silencio con la vista al frente, yo me siento aún peor, pero, en ese preciso instante, por el rabillo del ojo, veo cómo las comisuras de sus labios se van elevando hasta que no puede más y acaba sonriendo abiertamente. ¡Me estaba tomando el pelo!

—Ha sido cruel —me quejo, risueña, golpeándolo en el hombro.

—Cierto —responde sin remordimientos, y ambos sonreímos de nuevo.

Durante el siguiente puñado de segundos, sin que ninguno de los dos se lo proponga, simplemente observamos a Conrad.

—No te quedes sólo con eso —pronuncia Niko, y otra vez consigue robar toda mi atención.

No necesita especificar más para saber que se refiere a que, en ocasiones, puede ser la persona más difícil del planeta.

Conrad

La princesita niega con la cabeza, tímida, y el deseo vuelve a comerse a bocados todo el oxígeno de mi cuerpo. No puedo sacármela de la cabeza, nunca. Creo que por eso no dejo de hacer tonterías.

Han sido tres semanas demasiado complicadas. Tres semanas sin poder pensar en otra cosa que no fuese tocarla, conteniéndome, luchando, obligándome a alejarme de ella. Tres semanas celoso y enfadado... y necesito un respiro.

El crío corre hasta colocarse delante de mí, pegado a mis piernas. Echa la cabeza hacia atrás y busca mi mirada. Frunzo el ceño. ¿No debería estar con su madre o jugando o haciendo cualquier otra cosa? Aunque, extrañamente, no me importa que esté aquí.

Grace levanta la mirada y busca la mía. Es como aquella noche en el bar, quiere que la ayude a sentirse protegida, que le dé valor, pero es que tengo la sensación de que muchas cosas han cambiado desde entonces.

—¿De verdad sabe contar historias? —plantea el pequeño.

La princesita lo oye y sonrío. Está claro que le divierte verme contestar todo tipo de preguntas que, en realidad, no tendría por qué responder.

Vuelvo a pensar en ella, qué novedad. Si tan sólo pudiera dejarme llevar, la metería en mi cama y cada segundo de cada día sólo me preocuparía por hacerla feliz.

—Cuenta unas historias increíbles —sentencio, atrapando la mirada de Grace.

Ella sonrío y otra vez logra que sienta un segundo de paz en mitad de todo

este huracán sólo por verla así.

¿En qué condenado lío me he metido?

—¿Y vas a contarnos una? —le pide Javier, emocionado.

Gracie tarda un segundo de más en apartar sus ojos de mí y dirigirlos hasta el chiquillo.

—¿Tú quieres que lo haga? —le pregunta.

El crío asiente al menos una decena de veces.

—Pues ven —le propone, extendiendo los brazos.

El pequeño no lo piensa y sale disparado hacia ella. Un niño listo. Si pudiera, yo tampoco me lo pensaría.

La princesita lo coge en brazos y lo sienta en su regazo.

—¿Cómo se llama la historia? —inquire.

Gracie lo piensa un segundo, torciendo los labios en un gesto increíblemente adorable.

—«Las aventuras desafortunadas de un gato llamado Steve Yeguan, cuya sexta vida transcurría en el número 72 de Bowery, en la frontera de Chinatown.»

Sonríó sincero, como María, que se acomoda en el borde del asiento con su bebé en brazos, y como Niko, que con un par de pasos se coloca junto a mí.

—¿Estás preparado? —demanda.

Él asiente.

—Sí —responde, convencido.

La princesita le sonrío, condensando en sus labios toda la dulzura del mundo, la generosidad, la inteligencia, todo lo que es ella, lo preciosa que es por dentro y por fuera, y, joder, creo que con esa sonrisa ha iluminado todo el parque, todo el Sound... Me ha iluminado a mí.

Consigue que me sienta como pensé que nunca más sería posible.

* * *

Unas tres horas después, el camión regresa de Norfolk. Me aseguro de que Matías sabe dónde está el hotel y él y su familia se marchan al pueblo. Sólo espero que estén bien.

—Bueno —dice Niko, dando una palmada—, creo que, después de esta tarde tan interesante, toca ir al Amelia's y tomarnos unas cervezas.

Miro a mi alrededor, al cielo; ya ha anochecido y todo se ha llenado de estrellas. Doy una bocanada de aire. Este lugar es mágico, como si Dios lo hubiese creado con un propósito especial.

—Yo marco el camino —anuncia mi amigo, señalándome y dirigiéndose hacia su coche.

Lo señalo de vuelta al tiempo que bajo la cabeza.

La princesita está frente a mí, prudentemente separada por unos metros, observándome. Cuando centro mi vista en ella mientras me meto las manos en los bolsillos de los pantalones, la timidez vuelve a embargarla y acaba desviando la mirada y clavándose los dientes en el labio inferior. Antes me reía de los tíos a los que les ponía ese gesto. Antes mi vida era infinitamente más sencilla.

—¿Quieres que vaya? —se arma de valor para plantear.

—Claro que no —contesto sin dudar, conteniendo una media sonrisa.

Mi respuesta hace que Grace busque mi mirada. Me gusta que, cuando se enfada, su primer movimiento sea buscar mis ojos, ir de frente; la princesita es honesta. La princesita es muchas más cosas de lo que esperaba.

Antes de que pueda decir nada, echo a andar, desdeñoso y arrogante, saboreando su reacción.

Al llegar a la camioneta, abro la puerta del copiloto y apoyo los antebrazos en la ventanilla abierta. Ella sigue de pie en el centro de la explanada.

—Tengo que anotármelo en algún sitio —comento, socarrón—: La princesita no capta las bromas a la primera.

En cuanto oye mis palabras, se gira a la vez que se lleva las manos a las caderas y me mira todo lo amenazante que es capaz.

—Muy gracioso, Conrad Sullivan —protesta.

Una sonrisa llena de ternura se cuelga en mis labios. Es preciosa, joder. Sin embargo, en cuanto empieza a caminar hacia mí, disimulo el gesto a la perfección y una sonrisa más presuntuosa, más dura y más canalla sustituye a la de verdad. Quiero jugar un poco más.

A unos pasos de la *pickup*, se detiene, sólo un segundo, y reemprende la marcha.

—Conrad —me llama, colocándose frente a mí, al otro lado de la puerta; su voz suena diferente—, lo que has hecho hoy...

—Gracie... —la interrumpo.

Sé lo que va a decir y no quiero que lo haga.

—Lo pillo —me frena ella a mí, con una sonrisita de lo más condescendiente. ¿A qué viene eso?—. No te gustan los halagos, así que seré rápida para que te resulte poco doloroso —bromea.

Asiento un poco amenazante, dejándole claro que sé que se está riendo de mí y que por esta vez voy a consentírselo, aunque lo que sucede es que, en el fondo, estoy contagiado de su humor.

—Eres un buen hombre —sentencia sin un mínimo resquicio de duda.

Y sucede que sus palabras me golpean de una forma que jamás pensé que ocurriría. Nunca he pretendido que estuviesen orgullosos de mí, ni mi familia ni mis profesores o mis jefes. Creo que tienes que hacer las cosas bien por ti, porque es tu responsabilidad, pero oír decir eso a la princesita ha sido completamente diferente, como si hubiese llenado un hueco que ni siquiera sabía que tenía. Sin embargo, tan pronto como llega esa sensación, la coraza se hace más fuerte y acabo gruñendo un juramento ininteligible entre dientes.

Gracie rompe a reír por mi reacción y el sonido de su risa me calienta por dentro. ¿Por qué demonios no la hago reír cada maldito día?

Atrapo su mirada con una sonrisa en los labios. La princesita es lo opuesto a todo lo que soy yo. Por eso acepté toda esta locura de casarnos, pero, sin ni

siquiera saber cómo ha pasado, creo que lo que antes pensaba que más me alejaba de ella, ha resultado ser lo que me mantiene más cerca.

—Sube —le ordeno, pero ese trasfondo lleno de cosas diferentes está ahí.

Ella asiente y se encarama a su asiento.

Cosas diferentes... Siempre he oído decir que uno no sabe cuánto echa de menos algo hasta lo que pierde. Ése no es mi caso, es imposible que lo sea, pero sí estoy empezando a creer que uno nunca es consciente de cuánto necesitaba algo hasta que por fin lo tiene.

Entramos en el bar del parque y *Jessie's Girl*, de Rick Springfield, nos recibe. El local está bastante lleno, pero no tardamos en ver a Nora en una de las mesas.

—Cuatro Buds —le pide Niko a Harvey, acercándose a la barra.

—Hola, chiquilla —saluda Nora a Grace.

La princesita sonrío de vuelta, responde al saludo y nos acomodamos en la mesa, Gracie junto a Nora, frente a mí.

—Me han dicho que tenemos familia nueva en el parque... —deja en el aire la chef, haciendo eso de tirar la piedra y esconder la mano. Le encanta usarlo para sacarme información sobre temas de los que sabe que no tengo ningún interés en hablar y que, claramente, no son asunto suyo.

Yo miro al frente, a las otras mesas, fingiendo que no la he oído, mi técnica favorita. No tardo en toparme con Kowalsky y Roberts, los dos operarios que fueron con Matías a Norfolk. No hay que sumar dos más dos para saber que ellos son los informantes de, aquí, la reportera dicharachera.

—Sí —interviene Niko, dejando los cuatro botellines helados sobre la mesa—. Son los Costa Guzmán —especifica con un malísimo acento mexicano.

Es tan horrible que no puedo evitar sonreír.

—Mira quién habla —protesta Nora—, el señor Papapartenón griego.

Ese chiste es casi tan malo como el anterior y todos rompemos a reír.

—Antes de que se sigan diciendo más tonterías... —comenta ceremoniosa

Nora.

—Tú eres la que ha dicho la mitad de ellas —la corrijo, ganándome un pellizco en el brazo. Duele más de lo que parece.

—... quiero decirle algo a Gracie —continúa, simulando que no existo para ella.

En cuanto oye su nombre, la princesita se pone muy nerviosa, temiéndose que va a decir algo horrible. No entiendo por qué tiene esa imagen de sí misma; es una persona increíble, ¿cómo no puede darse cuenta?

—Estoy muy orgullosa de ti —sentencia con una sonrisa.

Antes de que pueda controlarlo, yo también sonrío. Es imposible conocerla y no sentir que es la chica más especial de la tierra.

Gracie se muerde el labio inferior y baja la cabeza, avergonzada.

—No hagas eso —la riñe Nora, y ella se obliga a levantar la vista—. Has trabajado durísimo estas últimas semanas, lo has dado todo y, aunque sólo hemos pasado de monumental desastre a desastre pequeño...

La sonrisa de la princesita se ensancha y la de todos con ella.

—Te has esforzado al doscientos por ciento y siempre has intentado aprender, y eso, chiquilla, es de las mejores cosas que se pueden decir de otra persona.

Gracie le mantiene la mirada y la sonrisa y, finalmente, asiente, orgullosa.

—Muchas gracias —musita, pero no puede controlarlo y acaba apartando los ojos de nuevo. No sé qué la está poniendo más nerviosa ahora mismo: los halagos o estar siendo el centro de atención.

—No se merecen —responde Nora.

Niko dice algo, no sé qué responde Nora, y los dos empiezan a charlar. No me interesa. Sin levantar mi mirada de la princesita, me inclino ligeramente sobre la mesa, quedándome un poco más cerca de ella.

En cuanto nota mi proximidad, levanta la cabeza y nuestros ojos se encuentran.

—Parece que no soy el único al que no le gustan los halagos —bromeo.

Ella contiene una sonrisa en su preciosa boca.

—Muy gracioso, señor Sullivan, pero, al menos, a mí no van a nombrarme hombre del año del parque —replica, impertinente.

—Otro año más —contesto, poniendo los ojos en blanco, fingiéndome completamente hastiado—; ya no sé dónde guardar tantos premios.

Mi comentario la coge por sorpresa y rompe a reír. La observo y, otra vez sin poder evitarlo, sonrío. Estoy loco por ella, joder.

—Nora —la llama una de las chicas de Administración, deteniéndose frente a nuestra mesa.

Le doy un trago a mi Bud y me dejo caer hasta que mi espalda se apoya en el sillón de cuero negro. Sin embargo, no levanto mis ojos de ella y ella no los aparta de mí. Estamos conectados, aunque ninguno de los dos pretenda provocarlo.

—¿Te apetece jugar una partida al billar? —le pregunta.

La cocinera niega con la cabeza.

—Hoy no —rechaza.

La chica se encoge de hombros.

—¿Qué pasa? —fastidia Niko a Nora—. ¿Ya estás mayor para practicar deporte?

—¿Pincharte con algo puntiagudo hasta que pidas ayuda se considera un deporte? —replica ella.

—Depende de cuánto mida lo puntiagudo.

Ella lo piensa un instante.

—¿Una vara de salto con pértiga?

Niko bufa, indignado.

—Eres demasiado bajita para practicar salto con pértiga —contesta como si fuera obvio.

—¿Y tú? —le plantea la chica a la princesita—. ¿Te apuntas? Eres Grace, ¿verdad?

—Gracie —concreta, nerviosa.

La observo agarrarse al borde de la mesa, inquieta. Sonrío lleno de ternura. Si por un momento pudiese verse como yo lo hago, el mundo dejaría de darle miedo.

—Podría comprar la pértiga en Amazon —contraataca Nora.

Niko hace el sonido de «respuesta equivocada» de los concursos de la tele.

—Amazon no vende pértigas —la corrige.

La princesita alza la vista, como si hubiese oído lo que acabo de pensar, busca mi mirada por enésima vez y, antes de que pueda evitarlo, sonrío y ese gesto parece darle a Gracie todo el valor que necesita.

—Me encantaría jugar —murmura, levantándose.

La chica sonrío y le hace un gesto para que la siga. La princesita asiente y lo hace. La observo pasar por mi lado y, esa sensación de orgullo mezclada con ternura y, sobre todo, con respeto vuelve a invadirme. No ha tenido las cosas fáciles y, aun así, se enfrenta a cada día con una sonrisa. ¿Cómo no fui capaz de ver lo fuerte que es?

—Amazon vende de todo —continúa Nora—. El otro día me compré un columpio...

—¿Sexual? —la interrumpe Niko, veloz.

Nora lo contempla, boquiabierta.

—¿De qué demonios estás hablando? —se queja con una mueca de asco.

Niego con la cabeza, ocultando mi sonrisa con un trago de Bud.

—Era un columpio para el árbol del jardín... —le explica, pero pierde el hilo, como si no fuese eso lo que verdaderamente necesita decir—. ¡No todo es sexual!, ¿sabes? —farfulla.

Mi sonrisa se ensancha. Lo más divertido de todo es lo indignada que está.

—Cierto —responde Niko con contundencia, incluso asiente, el hijo de su madre. Nora respira aliviada. Me parece alucinante que todavía no lo conozca —. Pero debería —sentencia.

Ya no puedo más y rompo a reír. Nora alza las manos, ojiplática, y lo señala dispuesta a reprenderlo, pero no sabe qué decir y acaba torciendo los

labios.

—Si le añades la palabra *sexual*, todo es más divertido —continúa nuestro amigo.

—¿Quieres parar? —le pide ella.

—¿Qué prefieres: un incidente o un incidente sexual? —La última palabra la pronuncia tan lascivo que un escalofrío de pura aversión me recorre la columna y, faltaría más, así lo expreso.

—Basta —le rebate Nora, disimulando una sonrisa. Está venciendo sus defensas.

—¿Una carta certificada —propone el reputado doctor de nuestro parque— o una carta certificada sexual?

Creo que Nora y yo fruncimos el ceño a la vez.

—¿Se pueden enviar cartas certificadas sexuales? —demanda.

—Si se puede, seguro que Niko ya ha enviado una veintena —intervengo.

—No lo sé —responde él, ignorando mi comentario—, pero, si no se puede, se debería —concluye, apuntando la mesa con el índice y cerrando el círculo de esta bonita conversación acerca de que Amazon debería ser más perverso.

Nora lo observa, evaluándolo.

—Eres un degenerado —comenta, dándolo por imposible.

Niko sonríe, satisfecho por haberla sacado de sus casillas.

—Un degenerado sexual —apostillo, utilizando su propia teoría.

Mi amigo me mira, indignadísimo, y yo asiento, vehemente.

—Tienes razón —le digo—, así todo es mucho más divertido.

Nora y yo rompemos a reír. Niko pretende hacerse el duro, pero es incapaz y también estalla en carcajadas.

Cuando las risas se calman, por inercia, busco a la princesita con la mirada y mi cuerpo entra en una calma completamente diferente; diferente y, paradójicamente, también brutal y caótica, como esas personas que necesitan música a todo volumen para pensar.

Está con esa chica de Administración, en la mesa de billar que hay cerca de la barra, charlando. De pronto la princesita sonríe y yo también lo hago. Sólo necesita confiar.

—Veo que estás de mucho mejor humor —comenta Nora, perspicaz.

Doy una bocanada de aire y me obligo a dejar de mirar a Grace.

—No empieces —le advierto.

—Que no empiece, ¿qué? —replica, fingiéndose inocente—. ¿Quién ha empezado?

Me llevo el botellín de cerveza a los labios y la miro de reajo. La conozco demasiado bien como para saber que no tiene un pelo de inocente y que no va a dejar que esta conversación termine así de fácil.

—Aunque... —deja en el aire.

Cierro los ojos, mortificado. Lo sabía.

—Si quisiera empezar con algo —continúa—, lo haría diciéndote que nuestra pequeña Gracie ha aprendido a hablar coreano sólo para poder comunicarse con Maiko-Moon.

Arrugo la frente, confuso; todo el rollo de mantenerme fingidamente displicente se va al traste y clavo mis ojos en ella para que siga hablando. ¿Ha aprendido a hablar coreano? ¿En serio?

—Por lo visto sacó un curso de la biblioteca en cintas de casete —explica Nora, con un tono que claramente dice «si no llego a verlo, no lo creo»—. ¿Quién demonios sigue escuchando cintas? —Agita las manos, indicando que se está desviando de lo importante—. No ha aprendido demasiado, pero lo suficiente como para que Maiko haya estado cotorreando toda la mañana. En los cuatro meses que lleva trabajando aquí, nunca la había encontrado tan feliz.

Había visto un viejo *walkman* por casa alguna vez, pero di por hecho que lo había rescatado de cualquier rincón por la nula cobertura que hay con los móviles y, por lo tanto, con aplicaciones como Spotify, o... yo qué coño sé, que era una nostálgica de los ochenta. Nunca habría imaginado ese motivo.

—Dijo que nadie merecía sentirse aislada —añade—, que todos deberíamos poder tener, al menos, una persona con la que hablar.

Sonrí, pero es un gesto tenue y pintado de culpabilidad. No se lo he puesto fácil, sigo sin ponérselo. «He dejado todo lo que conozco demasiado lejos, las únicas tres personas en las que confío.» Recuerdo esa frase y la punzada de culpabilidad se hace aún mayor. Seguro que echa de menos a la entrometida de su amiga Ophelia, a Ted, a su padrastro, y yo llevo tres semanas evitándola porque no soy capaz de controlar las ganas que tengo de tocarla. Soy un egoísta de mierda.

Vuelvo a buscar a la princesita con la mirada. Empieza a sonar *All She Wants to Do Is Dance*, de Don Henley. Siguen jugando al billar, pero, al segundo siguiente, dos tíos se acercan a la mesa. Uno va directo hasta la chica de Administración, lo conozco, es Lyle Jefferson, un enfermero del hospital, pero al que camina hasta Grace no lo he visto en mi vida. ¿Quién coño es?

Él le dice algo.

Ella sonrío y baja la cabeza.

Celos.

¿Quién coño es? Trato de recordar el parte de acceso al parque, pero, si es una visita que ha entrado hoy, no lo veré hasta mañana. Aprieto los dientes, tratando de contenerme, pero es jodidamente difícil.

Lyle Jefferson dice algo, no puedo oír el qué desde aquí, pero es fácil adivinarlo, que los cuatro jueguen una partida. La chica de Administración asiente más que encantada. Gracie sonrío, tímida, y ese imbécil sin nombre saca pecho.

Me torturo con el cuerpo de la princesita bajo el mío, como si en algún instante de estas tres semanas hubiese podido olvidarlo; sin embargo, ahora el recuerdo es condenadamente real y cálido y, antes de que pueda controlarlo, me estoy llamando gilipollas tantas veces que la palabra empieza a sonar trabada. ¿Por qué me marché? ¿Por qué le dije que no podía ser? De golpe, estoy de un humor de perros, incómodo. Hice lo que tenía que hacer, la única

opción posible. La princesita no es para mí, aunque, visto lo visto, tengo que tatuármelo en la puta palma de la mano.

Él da un paso hacia ella, invadiendo su espacio personal, y la coge de la muñeca. Ella niega nerviosa y da un paso atrás. Él insiste, avanzando de nuevo, ladeando la cabeza para atrapar su mirada.

Puede que yo hiciera lo que tenía que hacer, pero ese capullo no sabe en el lío en el que acaba de meterse.

14
Gracie

—Trabajo... trabajo en el comedor —respondo, alejándome de nuevo.

No está siendo maleducado ni nada de eso, pero está demasiado cerca y eso me hace sentir violenta.

—Vale, lo pillo —replica con una sonrisa, alzando las manos—. Voy muy rápido. No volverá a pasar —afirma, llevándose la mano al pecho a modo de juramento—, pero te prometo que, antes de que te vayas esta noche, habrás bailado conmigo.

Voy a darle las gracias, explicarle que, aunque es muy simpático, no voy a bailar con él, y creo que también voy a despedirme para regresar a mi mesa, cuando el otro chico, Lyle, creo recordar que se llama, se acerca con paso firme y rápido hasta nosotros y agarra a Joey, su primo, del brazo, separándolo de mí.

—¿Estás mal de la cabeza o qué te pasa? —lo reprende.

Al caer en la cuenta de que sigo aquí, me mira, me sonrío forzado y lo aleja un paso más. Frunzo el ceño, tan confusa como Joey. ¿Qué está pasando?

—Es la mujer del jefe del parque —le explica Lyle con vehemencia y también algo molesto.

—Cálmate —le pide su primo con una sonrisa—, sólo estaba flirteando un poco.

¿En serio? ¿Eso ha sido flirtear? Parecía mucho más emocionante cada vez que lo he visto desde fuera.

—Pues flirteas con otra —replica, veloz.

—¿Tanto miedo le tienes a ese tío? —se burla.

La expresión de Lyle cambia en una sola décima de segundo y, si antes parecía molesto, ahora está realmente enfadado.

—Le tengo respeto —sentencia—, como todos los que trabajamos aquí, y porque se lo merece, joder.

Involuntariamente, sonrío. Recuerdo lo que ha hecho esta misma tarde por Matías y su familia y mi sonrisa se ensancha un poco más. A pesar de ser un animal de mal trato, tosco y difícil, es imposible no estar orgullosa de él.

Joey se toma un instante, impresionado por la actitud de Lyle, y finalmente asiente.

—Está bien. Me comportaré.

En ese mismo momento, para mí, el orgullo se mezcla con la confusión. ¿Por qué cree Lyle que a Conrad podría molestarle algo así? Es más que obvio que su autocontrol está por encima de estas cosas.

Por puro interés científico, llevo mi vista hasta Conrad. Sigue sentado con Nora y Niko; tiene sus ojos clavados en mí, pero está sereno, distante, como siempre. Sin embargo, hay algo en la forma en la que me mira que hace que una bombillita se encienda en el fondo de mi cerebro. ¿Está celoso? ¿Por eso podría molestarle?

La situación se abre ante mí como si fuera un libro de más de mil páginas con más de mil posibilidades en cada una de ellas y, de repente, siento que estamos hablando de algo más difícil que la física cuántica y que se escapa por completo a mi control. ¿Qué hago?

Tengo que aprovechar esto a mi favor sí o sí, aunque todavía no sé con qué objetivo. Quizá, torturarlo un poco; sí, sin duda alguna se lo merece, poder devolverle los «deberías verme con algo más... grande» o todos sus «princesita» que claramente quieren decir «te tengo calada, muñeca, y sé que te mueres por que te toque». Pienso en lo que haría Ophelia o, mejor, pienso en lo que haría Jennifer López... No, no, mejor aún, pienso en lo que haría Catwoman, la de Anne Hathaway, que parece más lista y menos psicópata. Sonrío. Eso es. Robo collares de perlas de cajas fuertes, visto de escándalo y

todos los hombres quieren bailar conmigo en las fiestas elegantes. Soy una *femme fatale*.

—¿Jugamos? —pregunto, tratando de romper la incómoda atmósfera.

Por un segundo, todos callan, y me veo rezando mentalmente para que no se larguen. Los necesito para mi plan.

—Claro —responde Andy, la chica de Administración, por fin.

Nos dividimos en dos equipos y empezamos la partida. El ambiente, poco a poco, se va relajando. De reojo, tratando de resultar discreta, observo a Conrad. Sigue en la mesa, pendiente de todos nuestros movimientos, pero mandándole al mundo ese mensaje de control y distancia. «Muy bien», me digo. Es hora de poner en marcha mi estrategia.

Camino hasta Joey y me quedo a su lado mientras es el turno de Andy.

—¿De dónde eres?

—De Minneapolis —responde, atento a la partida.

—Oh —contesto, fingiendo que me parece lo más interesante que he oído nunca—, es una ciudad preciosa.

—No has estado muchas veces en Minneapolis, ¿verdad? —bromea.

Él bromea y yo sólo debería sonreír, pero estoy tan metida en el papel que rompo a reír como si me hubiesen contado el mejor chiste de los chistes. Cuando calmo mis carcajadas, esbozo una sonrisa y otra vez, disimuladamente, busco a Conrad. Sigue en la mesa, continúa sentado, pero su mirada de acero helaría el mismísimo infierno. ¡Está funcionando! ¡Genial! Mi sonrisa se transforma en una auténtica... hasta que llevo mi vista a Joey y me doy cuenta de que me está mirando como si tuviera dos cabezas.

—Me toca —murmuro, escapando hasta el billar.

Tiro, estrepitosamente mal, todo hay que decirlo, y la bola blanca ni siquiera roza su objetivo; no toca nada, en realidad. Dos para el rival.

Me vuelvo para alejarme de la mesa y, no sé qué pasa antes, si su olor me sacude, hechizándome, o su cuerpo llama al mío como si estuviésemos hechos de placer puro y excitación pura. Conrad me agarra de la cintura y,

estrechándome contra él, me besa con fuerza. Su experta boca dibuja la mía y me rinde por completo centímetro a centímetro, segundo a segundo.

Mis músculos se funden despacio.

Me derrito.

Esto se le da demasiado bien.

Se separa lentamente y, antes de hacerlo del todo, me regala otro beso, más dulce y pequeño. Abro los ojos, completamente extasiada, y me pierdo en su mirada verde y profunda.

—Sólo venía a decirte que estamos sentados justo ahí —suelta, indicando con un golpe de cabeza, sin liberar mi mirada, el sitio donde, en realidad, lleva ubicado toda la noche.

Asiento sin poder pronunciar palabra. ¡Ahora mismo no sería capaz ni por un millón de pavos! Conrad sonrío, arrogante y desdeñoso, con esa mezcla tan rematadamente sexy.

Se inclina suavemente sobre mí, sus labios casi rozan los míos. Todo mi cuerpo se enciende. Trago saliva. Estoy a punto de arder por combustión espontánea.

—Sé lo que estás haciendo —susurra, torturador.

Involuntariamente, un gemido se escapa de mis labios, suave y glotón. Conrad se humedece el labio inferior, contemplando su obra, como una presa relamiéndose ante su caza, y, en ese segundo exacto en el que podría darle todo lo que quisiese, alza la mirada y la clava en Joey, a mi espalda, en el otro extremo de la mesa al mismo tiempo que sus manos se hacen más posesivas en mis caderas.

Lo intimida, creo que incluso lo pega al suelo con cemento sin necesidad de decir una sola palabra.

Vuelve a llevar sus ojos hasta mí, me observa un momento más y, finalmente, se marcha con el mismo caminar distante y desafiante con el que estoy segura de que ha llegado.

Mi cuerpo protesta, decepcionado, pero incluso ahora sigue hechizado por

él, mientras Conrad se sienta de nuevo junto a Niko y Nora. Él es el dios y nosotros sólo somos pobres mortales. Es imposible que ahora mismo lo vea de otra manera, aún me tiemblan las rodillas.

Oigo bolas chocar contra otras y recuerdo la partida. Sin embargo, ya no me apetece jugar. Mi plan se ha ido al traste. Tendría que haber visto venir que no se quedaría ahí, tranquilamente sentado, y haría lo que considerase oportuno para solventar la situación.

De pronto caigo en la cuenta de algo. «Sé lo que estás haciendo», ha dicho, pero aun así ha venido hasta aquí y me ha besado, así que mi estrategia estaba funcionando, provoqué una reacción en él. Estaba celoso, ¿no?

La partida sigue avanzando y yo juego por inercia mientras no dejo de darle vueltas a esa idea.

—¿Echamos otra? —pregunta Lyle cuando terminamos.

Niego con la cabeza.

—Me marcho a casa —respondo—. Divertíos.

Me despido de los tres y echo a andar hacia la salida. Tengo mucho en lo que pensar. El día de hoy ha sido demasiado intenso. Observo a Conrad, quien, callado, presta atención a la conversación de Niko y Nora, aunque algo me dice que sabe exactamente dónde estoy, exactamente a un par de pasos de la puerta y, entonces, lo veo claro. Esto es una partida de ajedrez. Si me marcho así, sólo estoy tumbando mi rey, y eso no va a pasar.

Lo pienso un momento, aunque no lo necesito: ya sé lo que tengo que hacer.

Giro sobre mis pies y camino decidida hasta él. A unos pasos de la mesa, clava sus ojos en los míos mientras le da un trago a su Budweiser. ¿Veis? Sabía que estaba pendiente de mis movimientos.

—Conrad —lo llamo al llegar, ganando la atención de los tres, dando un paso atrás para hacerle entender que quiero que se levante y nos alejemos un poco para obtener cierta intimidad.

Él acepta y, en cuanto se incorpora, sin darle tiempo a reaccionar, me cuelgo de su cuello y estrello mis labios contra los suyos. Conrad no tarda una

milésima de segundo en reaccionar. Sus manos se deslizan por la parte baja de mi espalda y me sujeta con fuerza, manteniéndome contra él.

En teoría, sólo iba a ser un beso, pero aquí se está demasiado bien y lo alargo un poco más, disfrutando de verdad.

Un segundo perfecto, dos segundos perfectos, tres segundos perfectos. Me obligo, y me cuesta horrores, a separarme y, despacio, casi a cámara lenta, Conrad deja que mis pies vuelvan a tocar el suelo.

Le mantengo la mirada y me permito un cuarto segundo perfecto al observar sus ojos tan de cerca justo antes de sonreír, pero no es mi sonrisa de siempre, es más insolente y también creo que más sexy, una versión de su sonrisa arrogante y desdeñosa.

—Sé lo que estás haciendo —repito sus mismas palabras—, y no va a funcionarte —sentencio.

Sin darle una sola oportunidad más, me alejo definitivamente y echo a andar hacia la puerta, cargada de una chispeante seguridad. ¡Dios, qué bien sienta!

De reojo puedo ver cómo Conrad frunce el ceño apenas un instante y, en esa misma porción de tiempo, su arrogancia resurge y aprieta los dientes. Buena suerte lidiando con eso, señor Sullivan.

Ando hasta casa con una sonrisa en la cara. Ha sido genial haber podido devolvérsela, aunque sólo haya sido una vez.

Acabo de poner los pies en el camino de piedra que atraviesa el pequeño jardín cuando un ruido a mi espalda me distrae. Me giro justo para ver cómo Conrad detiene la camioneta de cualquier manera junto a la acera.

Se baja de un salto con la mirada clavada en mí, recorriéndome de arriba abajo, desnudándome, abrasándome, no caminando, sino destruyendo cada metro de entrometido suelo que nos separa.

El deseo desbordante, brutal, enloquecedor, me mantiene clavada en el sitio, viéndolo acercarse y sintiendo cómo mi respiración se acelera, cómo los latidos de mi corazón se multiplican por mil.

Llega hasta mí y no duda. Conrad Sullivan nunca duda. Desliza las manos bajo mi camiseta, por mi espalda, y me besa con fuerza, llevándome contra la puerta en el mismo movimiento.

No me da opción y tampoco la quiero.

Sus besos son fuertes, decididos, perfectos. Mi cuerpo se despierta y vuela en contacto con el suyo, porque su boca es todo lo que necesito para dejarme llevar.

—Creía que a los chicos no os gustaba... —murmuro entre jadeos, recordando lo que me dijo cuando le conté que era virgen.

—Cállate, Gracie —me ordena.

Sus manos viajan hasta mi culo y me levanta a pulso, provocando que rodee su cintura con mis piernas.

Conrad abre la puerta a mi espalda y, sin dejar de besarme, nos lleva dentro. Cierra de una patada y me empuja otra vez contra la pared. Los besos se vuelven más desesperados. Mueve las caderas en el punto perfecto, en el momento perfecto, y gimo descontrolada. ¡Por Dios! Ha sido alucinante.

Él sonríe con malicia contra mis labios.

—Y sólo acaba de empezar, princesita —me advierte, separándonos de nuevo del muro y echando a andar.

Nos deja caer contra la cama y mi cuerpo se acopla al suyo en una sola milésima de segundo.

Conrad desliza sus labios por mi piel, despacio, a una velocidad exquisitamente tortuosa. Primero la barbilla, mi cuello, mi clavícula. Con una habilidad increíblemente sexy, se deshace de mi camiseta y mi sujetador, y su deliciosa boca sigue el camino que ya había marcado.

Cuando sus labios acarician mi pezón, un rayo cruza mi sexo y se expande hacia todos lados, electrificando cada una de mis terminaciones nerviosas.

—Conrad —murmuro.

Mis jadeos frenan mi voz, pero él no se detiene, sus besos, su lengua, sus labios, sus dientes. Es *es-pec-ta-cu-lar*.

Jadeo. Me paso las manos por el pelo, absolutamente inconexa, sin saber qué hacer con ellas, temiendo incluso olvidar cómo respirar. Mi cuerpo cada vez está más acelerado, tenso y relajado a la vez, confuso y casi clarividente, a punto de partirse en pedazos y más fuerte que nunca mientras Conrad sigue bajando, llega hasta mis costillas y se regodea en mi estómago, en la frontera que marca mi ropa.

—¡Dios! —me contengo para no gritar.

Se separa lentamente, apenas unos centímetros. Sus ojos verdes atrapan los míos azules y, leyendo en ellos cualquier reacción, como si fueran su ventana particular a mi interior, desabrocha el botón de mis pantalones cortos; el sonido reverbera en toda la habitación. Gimo, más excitada que nunca, y los dos rumores se entremezclan como si tuviesen una vida propia más allá de aquí.

Me quita los vaqueros, las bragas y me deja desnuda debajo de él, que sigue completamente vestido.

Avanza con esa misma sensual lentitud por mi piel hasta que las palmas de sus manos, clavadas en el colchón a ambos lados de mi cabeza, sostienen el peso de su cuerpo. En esta postura, la distancia es casi mínima y la conexión, el hechizo, todo se vuelve más fuerte, completamente real.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —susurra con la voz llena de deseo, pero también determinada. Por muchas ganas que tenga, jamás se permitiría mover un solo dedo hasta estar convencido de que es lo que yo quiero.

Asiento, nerviosa.

—Dímelo, Grace —me ordena.

—Sí, estoy segura —pronuncio.

Conrad sonrío, un gesto medio y tenue, pero lleno de muchas cosas.

Su mano se mueve por mi piel, nuestras respiraciones se acompañan trémulas, expectantes. Siento sus dedos en mi estómago, mi ombligo... y entonces se pierden entre mis piernas.

Jadeo, gimo, no lo sé. Conrad suelta un gruñido y deja caer su frente contra la mía, tan entregado como lo estoy yo.

—Te deseo más que a nada, princesita.

Empieza a mover sus dedos, recorriendo mi sexo entero. Su cálido aliento se entremezcla con el mío, pero no nos besamos, como si el momento fuese tan intenso que un solo estímulo más pudiese rompernos en pedazos.

Se mueve demasiado hábil, demasiado bien, y lentamente empieza a entrar en mí. ¡Maldita sea! Es raro y bueno e increíble. No sé cómo me siento, pero no quiero que pare por nada del mundo. Echo la cabeza hacia atrás, incapaz de controlar los gemidos, y lo agarro del brazo que tiene clavado sobre el colchón.

—¡Dios! —murmuro de nuevo.

Conrad aumenta el ritmo justo cuando lo necesito, como si, en el sexo, nuestra conexión se hiciese aún más fuerte. Empiezo a temblar suavemente. Siento calor. Mi vientre se tensa. ¡Todo da vueltas!

¡Y la calidez estalla dentro de mí!

Una corriente llena de todos los colores de la Vía Láctea me recorre desde la punta de los dedos hasta la nuca, haciéndome vibrar, haciéndome sentir, más, más, ¡MÁS!

Sus caricias se ralentizan, volviéndose más dulces, hasta que sus dedos se alejan de mi cuerpo.

Me llevo las palmas de las manos a la cara, tratando de recuperar el aliento. Tras apenas un segundo, Conrad me besa cada una de ellas y, suavemente, me obliga a apartarlas. Cuando vuelvo a encontrarme con sus ojos verdes, mi corazón da un latido de más y todos le pertenecen a él.

—Diría que te lo has pasado bien —suelta, burlón—. Y eso que sólo me has sentido con los dedos; deberías ver lo que soy capaz de hacer con algo más... —hace una pausa absolutamente deliberada, exactamente igual que la primera vez que pronunció esa frase y, por supuesto, sexy a rabiar— grande.

¡Qué cabronazo! Voy a protestar, pero él vuelve a besarme, haciendo que la

tierra deje de girar otra vez.

Su ropa roza mi piel, el calor traspasa las prendas y vuelve a hacerme arder. Estoy nerviosa, ilusionada. Quiero lo que vendrá y, al mismo tiempo, me asusta.

—Vas a pasarlo aún mejor —susurra contra mis labios, buscando mi mirada, calmando todos mis miedos.

—¿Va a dolerme? —pregunto con la voz evaporada.

Conrad se toma un segundo para responder.

—Sí —lo hace al fin—, pero también va a merecer la pena. Te lo juro.

Nunca había confiado así, incondicionalmente, en nadie.

—Y, para ti, ¿va a merecer la pena?

Sus ojos se hacen más verdes; su rostro, más armónico. Su atractivo se vuelve indomable.

—Sólo poder mirarte ya merece la pena, Grace.

Despacio, dejando que me pierda en cada segundo de este espectáculo, se deshace de su ropa y, desnudo, se acomoda de nuevo sobre mí. Lo siento más cerca que nunca y no es sólo por los motivos obvios. El sexo son muchas cosas diferentes, como mirar a través de un caleidoscopio. Es la emoción, la confianza, el deseo, la excitación y más, mucho más, todo, en realidad. El sexo es la llave a un mundo nuevo, a un paraíso, y, mientras le perteneces, perteneces también a la otra persona que lo ha construido para ti.

Estira su brazo hasta la mesita y saca un condón del pequeño cajón. Se lo coloca en cuestión de segundos con una habilidad casi pasmosa.

Atrapa mi mirada, como si necesitara que estuviéramos conectados de todas las maneras posibles.

Pierde la mano entre los dos.

Gimo por el placer anticipado, por todos los nervios, por todo lo que siento.

Y, de un solo movimiento de caderas, entra en mí.

Arqueo el cuerpo como respuesta y me aferro a sus hombros justo antes de

dejarme caer, sobrepasada. Me siento llena, superada.

—Princesita —me llama contra mis labios con la voz trabajosa, conteniéndose por no embestirme como realmente desea hacer.

Su voz me trae de vuelta a esta cama, a él.

—No tengas miedo —me pide—. Déjate llevar.

Tengo la sensación de que las siguientes palabras que iba a pronunciar eran «confía en mí», pero algo, él mismo, no lo sé, le ha impedido hacerlo. Sin embargo, no me importa, porque, para bien o para mal, ya lo hago.

Conrad puede ver todo eso en mis ojos, porque la batalla con la que siempre parece cargar se hace aún más grande. Pero él parece crecer aún más y me besa con fuerza. Yo le respondo de la misma manera y una perfecta burbuja se construye a nuestro alrededor.

—Voy a moverme —susurra sin dejar de besarme.

—Sí —respondo en un jadeo.

Sale casi por completo y vuelve a embestirme. La sensación es brutal, llena de un placer casi infinito. Repite el envite. Gimo. Placer. Placer. Placer. Quiero morirme así, quiero morirme con él encima de mí.

—¡Conrad! —grito.

Y su nombre en mis labios parece ser el verdadero pistoletazo de salida. Conrad empieza a moverse de verdad, rápido, determinado, sabiendo perfectamente qué teclas tocar, cómo tocarlas, ¡maldita sea!, cómo hacer que me vuelva adicta a esto.

—Joder —ruge.

Todo a nuestro alrededor se volatiliza.

Lo abrazo, me aprieto contra él. Conrad hunde sus dedos en mis caderas, cada entrada, cada salida, se vuelve más posesiva, llega más lejos, más alto, mejor. Los colores regresan, me atraviesan. ¡Siento que estoy hecha de luz!

—¡Dios! —grito de nuevo.

El placer más puro y pletórico se arremolina entre mis piernas y estalla dentro de mí, arrasándolo todo, transformando cada rincón de mi cuerpo,

demostrándole a mis sentidos que hasta ahora habían vivido la vida en blanco y negro, porque esto es sentir de verdad.

Conrad sigue moviéndose. Una, dos, tres embestidas. Me arqueo. El placer no se apaga, sigue subiendo, ardiendo. Cuatro, cinco, seis. Me besa aún con fuerza. Siete.

—¡Conrad!

Sólo soy placer.

Ocho.

Vuelvo a temblar. Vuelvo a volar. Un orgasmo más.

Nueve.

Y Conrad se pierde en mi interior con mi nombre en su boca y sus dedos en mi piel, condenándonos a la euforia más indescriptiblemente maravillosa que he sentido jamás.

—¿Estás bien? —pregunta con la respiración todavía agitada, atrapando otra vez mi mirada.

Sonrío de oreja a oreja, absolutamente extasiada y, así, sin proponérselo, todo se llena de una suave intimidad, antesala de palabras bajitas y secretos bonitos.

—Sí; ha pasado el examen, señor Sullivan —bromeo.

Una media sonrisa de lo más maliciosa se instala en sus labios al tiempo que entorna los ojos.

—Parece que el sexo le ha despertado el sentido del humor, señorita Turner.

—Siempre lo he tenido —replico—, pero estaba esperando el mejor momento para usarlo.

Sale de mí y todo mi cuerpo se estremece. Se deshace del condón y vuelve a recolocarse entre mis piernas.

—Ah, ¿sí? —demanda, con ese tono rematadamente sexy.

—Sí —respondo, divertida, básicamente a punto de jadear de nuevo.

—Pues a mí aún me quedan un par de trucos. Debería probar a ver qué me

dices después de ellos.

—Me muero por verlos —contesto impertinente, pero también mordiéndome el labio inferior por puro instinto.

Conrad sonrío, otra vez con esa sexy canallería, y, antes de que pueda verlo venir, comienza a hacerme cosquillas en los costados, sin ninguna piedad. Yo rompo a reír y trato de detenerlo, pero fracaso estrepitosamente.

—¿Eso es todo lo que puedes hacer? —me quejo, sin poder dejar de reír.

—Diría que estoy logrando mi objetivo.

Quiero hacerme la dura, pero no soy capaz.

—¡Me rindo! —grito feliz entre carcajadas.

Conrad cesa en su tortura y sonrío tratando de calmar mi respiración.

Él clava su mirada en mi piel, pensativo, y, tras unos segundos, me da un suave beso en el centro del estómago y sube hasta volver a quedar encima de mí.

—Gracie —susurra, y su voz se vuelve más ronca—, prométeme que, cuando todo esto acabe, no intentarás que las cosas sean diferentes.

Dejo que sus ojos dominen los míos y esta vez no es porque esté hechizada, sino porque quiero que lo haga.

—Prométeme tú que, en el tiempo que nos quede, vas a dejarnos vivir lo que queramos vivir —digo.

Conrad me aparta un mechón de la mejilla y deja el reverso de sus dedos sobre mi piel en ese gesto tan suyo.

—Eso complicaría demasiado las cosas —responde, y una triste y fugaz sonrisa se apodera de sus labios.

No es la primera vez que pronuncia esa frase y los dos lo sabemos.

—Creo que las cosas ya están complicadas.

No sueno impertinente, no quiero serlo, sencillamente creo que algunos barcos zarparon hace mucho y es imposible traerlos de vuelta. No podemos comportarnos como dos extraños, igual que es imposible que actuemos como si el otro no nos importase. Estamos conectados. Lo sentí cuando su mano

rodeó mi muñeca en los juzgados, cuando nos besamos. Lo he notado cada vez que sus ojos verdes se han cruzado con los míos, y sé que a él le pasa lo mismo, por eso ha intentado alejarme una y otra vez.

Un animal de mal trato, tosco y difícil, pero también un hombre de principios, generoso, honesto y bueno.

—Te lo prometo —contesta con una seguridad inquebrantable.

Conrad Sullivan jamás faltaría a su palabra.

—Te lo prometo —declaro, pero no estoy segura de no estar mintiendo.

Conrad sonrío y, otra vez lleno de esa poderosa habilidad, vuelve a recolocarse sobre mí. Mi cuerpo se enciende en cuestión de segundos y rodeo sus caderas con mis piernas.

—¿Preparada para sellar nuestro acuerdo? —plantea con la voz más sensual que he oído en todos los días de mi vida, con sus ojos sobre los míos, con todo su cuerpo de fantasía erótica incitándome a pecar.

Me muerdo el labio inferior, tratando de reconducirme, pensar y dar una respuesta a la altura de las circunstancias, pero Conrad no me da opción y me besa, poseyéndome como si necesitara hacerlo tanto como necesita respirar.

—Me pone como una maldita moto que hagas eso —ruge contra mi boca.

Y ahora la que sonrío soy yo.

Abre un preservativo con los dientes y se lo coloca en cuestión de décimas de segundo. Me embiste con fuerza y el aliento se corta en mis labios, transformándose en un gemido. Creo seriamente que podría acostumbrarme a que cada minuto de cada día de mi vida fuera exactamente así.

Me ha traído de vuelta al paraíso y acaba de colgar el cartel de NO MOLESTAR.

* * *

Me despierto desorientada.

Tengo mucho sueño.

No reconozco dónde estoy hasta que mis ojos se acostumbran a la luz. La luz. ¿De dónde viene la luz? Me giro y veo la lámpara de la mesita de Conrad encendida. Debió de encenderla por cualquier motivo y olvidó apagarla. Hago el ademán de incorporarme, dispuesta a dejar la habitación a oscuras, cuando, aún dormido, Conrad gruñe en sueños, desliza sus brazos por mi cintura y me estrecha contra él. Sonrío como una auténtica idiota y paseo mi nariz por su pecho, disfrutando de su perfecto olor a gel y suavizante y, en cuestión de segundos, vuelvo a quedarme dormida. ¿A quién le importa ya la luz?

* * *

Esta vez sé perfectamente dónde estoy. Me incorporo, con los ojos entreabiertos y el pelo revuelto. Conrad no está y la luz del sol entra tímida por la ventana. Ya es de día, pero todavía muy temprano. Me giro hacia la mesita y recupero mis audífonos. No me los quité yo, pero sabía que estarían ahí. Después de lo que ocurrió, sé que Conrad nunca los dejaría donde no pudiese encontrarlos.

Cojo su camiseta de la cama y me la pongo. En cuanto mis pies tocan el suelo, me desperezo y estiro los brazos por encima de mi cabeza. Doy un par de pasos y me topo con mis bragas. Me las pongo y, con una cara de auténtica dicha postorgásmica, salgo al salón. Entendedme, han sido mis primeros orgasmos, y vaya orgasmos, y encima hoy es mi día libre. Sólo falta que me toque el bote de la lotería para que todo sea perfecto, aunque supongo que para eso debería empezar a jugar.

En ese momento oigo la puerta y Conrad sale del baño sólo con una toalla blanca a la cintura, el pelo mojado echado hacia atrás con un golpe de mano y descalzo, diabólicamente sexy. Creo que esto se parece mucho a que te toque la lotería.

No quiero, pero me resulta del todo imposible no quedarme embobada con semejante monumento... en toalla; sólo faltan dos modelos hablando en francés

pululando por aquí para que esto parezca un anuncio de colonia. Tuerzo el gesto mentalmente, mejor nos olvidamos de las modelos.

Sin embargo, a pesar de todos estos detalles, es él quien me recorre de arriba abajo a mí, que debo de tener la cabeza como un león y ni siquiera me he duchado. De pronto, la idea de que un hombre como él se coma con los ojos a una chica como yo me hace sentir tímida, porque, con total franqueza, no lo entiendo. ¿Qué puedo ofrecerle yo? Hay millones de mujeres más guapas, con un físico espectacular y, desde luego, con más experiencia, sin miedo al mundo y sin audífonos.

—¿Por qué te gusto? —inquiero.

He querido, pero no he podido contener más esa pregunta en mi garganta.

En un primer momento, Conrad frunce el ceño casi imperceptiblemente, pero su seguridad y su arrogancia regresan al segundo siguiente. Me regala su media sonrisa más sexy y da un provocador paso en mi dirección.

Se inclina sobre mí y creo que va a besarme, pero se detiene en el instante exacto en el que su cálido aliento ya baña mis labios, en el que no podría moverme aunque quisiera.

—Porque has preguntado por qué —responde, torturador.

Yo quiero comprenderlo, pero la maraña de pensamientos pervertidos y sangre caliente que tengo por cerebro se niega a colaborar.

Su sonrisa se ensancha, creo que he reaccionado exactamente como esperaba. Se incorpora y echa a andar hacia la habitación. Me giro, confusa, tratando de pensar qué preguntar a su respuesta, pero él vuelve a adelantármeme.

—Prepárate —me ordena—. Hoy tenemos algo que hacer.

La confusión y la curiosidad aumentan, pero, al menos, ya tengo clara la pregunta. Sin embargo, Conrad se quita la toalla para empezar a vestirse y, sencillamente, pierdo por completo el hilo.

Al volverse con los vaqueros en la mano, me pilla de lleno, pero, lejos de avergonzarse, se queda ahí, de pie, mirándome y decidiendo qué hará

conmigo.

—O vas a ducharte o te tumbas en la cama para gemir mientras te arranco las bragas —me advierte con su indomable voz—. Ésas son tus opciones.

Mi libido toma el mando y elige, y mi cuerpo y yo no podríamos estar más de acuerdo.

Mi gemido resuena por toda la casa.

* * *

—¿De verdad no vas a decirme a dónde vamos? —demando, aún más curiosa.

—No —contesta sin ningún remordimiento al tiempo que apoya el codo en la ventanilla de la camioneta.

Hace poco más de media hora que hemos salido del parque y lo único que sé es que hemos tomado la estatal 168 en dirección norte.

—¿Vamos a hacer un recado de trabajo? —indago.

—No te necesito para hacer mis recados de trabajo —responde, burlón—. En realidad, no necesito a nadie.

—Guau —me burlo ahora yo—, eso ha sonado tan autosuficiente...

—Y tan sexy —añade.

Lo miro, boquiabierta. ¿Se puede tener menos vergüenza? Sin embargo, no puedo aguantar mucho más y acabo sonriendo.

Pasamos junto a un arroyo y a un bullicioso mercado de productos agrícolas.

—Vale —comento distraída, todavía mirando por mi ventanilla el ir y venir de decenas de personas en los puestos—, así que nada de trabajo.

Continuamos avanzando y devuelvo mi vista al frente. Pienso un poco y, de pronto, vislumbro una idea que me encanta.

—Me llevas a comer a un sitio rematadamente bonito —expongo con una sonrisa.

—No voy a negar que he pensado en darte de comer muchas veces últimamente —replica displicente—, pero no, no es eso.

Tardo un segundo de más en pillar el doble sentido de esa frase, pero, una vez que lo hago, no puedo evitar apartar la mirada y ponerme roja hasta las orejas.

Él sonríe, desdeñoso y satisfecho. Me muerdo el labio inferior y pienso una respuesta a la altura de las circunstancias, aunque es... difícil. Ahora no puedo dejar de pensar justamente en eso.

—Eso tendrás que ganártelo —le informo, concentrando toda mi seguridad.

Conrad se gira hacia mí y veo una chispa divertida brotar del fondo de sus ojos verdes.

—Lo veo justo, princesita.

Asiento y me siento extrañamente orgullosa. Últimamente me siento en muchas ocasiones así y me gusta. Me gusta mucho.

Recorremos un par de millas más, en las que no he podido dejar de pensar, tratando de averiguar a dónde vamos.

—No tengo ni la más remota idea —claudico, alzando las manos otro par de millas después—. Si no es nada de trabajo o el parque y no vamos a comer, lo único que se me ocurre es que quieres abandonarme en mitad de la nada.

Sonríó por mi propia broma, pero, cuando me vuelvo hacia Conrad, no hay un sólo rastro de juego en él. Está completamente serio y mi gesto se borra de inmediato de mis labios.

—No vas a hacerlo, ¿no? —pregunto, incapaz de soportar semejante intriga—. Quiero decir, sé que no me abandonarías en mitad de la nada, pero no vas a llevarme al aeropuerto o algo parecido para que regrese a Nueva York, ¿verdad?

—Creo que así las cosas dejarían de ser complicadas, princesita —responde.

El estómago se me cierra de golpe.

No puede ser.

15
Gracie

Lo miro tratando de reaccionar, pero ni siquiera soy capaz. Sin embargo, en el mismo segundo, un vertiginoso enfado va avanzando por mi cuerpo. ¡No es justo! ¡Y no es su decisión! ¡Y...!

Cojo aire, dispuesta a gritárselo a la cara, y veo cómo las comisuras de sus labios empiezan a curvarse hacia arriba. ¡Me estaba tomando el pelo!

—¡No ha tenido ninguna gracia! —me quejo, amenazante.

Lejos de intimidarlo, sólo consigo que rompa a reír. Tengo que tomar clases. Quizá agravar la voz. Puedo probar a imitar a Clint Eastwood en *Gran Torino*.

Quiero seguir subida a esta especie de pedestal de rabia y odio, pero no puedo más y acabo sonriendo. Mi defensa: tendríais que oírlo reír.

—Espero que te estés divirtiendo.

—No voy a negarlo —replica.

Por un segundo aparta sus ojos de la carretera y los lleva hasta mí. Son rematadamente verdes.

—Debo de ser la chica más ingenua de todo el planeta —comento, encogiéndome de hombros—, pero por un momento de verdad he creído que ibas a llevarme al aeropuerto.

Apenas he terminado la frase cuando Conrad detiene, determinado, la camioneta en el arcén y se gira en su asiento para tenerme de frente. No sé cuál de mis palabras lo provoca o si es una mezcla de todas ellas.

—No sé con qué clase de tipos has tratado, Gracie —me explica con esa misma seguridad embargando su voz—, o si lo has hecho con alguno, pero yo

te he hecho una promesa y nada ni nadie podría hacerme quebrantarla. Te he dado mi palabra.

Hay algunos principios, como la honestidad o la integridad, que, desgraciadamente, parecen estar pasados de moda, pero para mí siguen siendo muy importantes, porque una persona vale lo que valen sus valores. Por eso ahora mismo soy incapaz de pensar más allá de que Conrad Sullivan acaba de demostrarme una vez más que es un hombre de verdad.

—No lo olvidaré —sentencio, manteniéndole la mirada.

Conrad sonríe, una sonrisa suave pero llena de una ensordecedora sinceridad; una sonrisa auténtica, porque sabe que no lo haré.

Sin decir una palabra más, nos incorporamos al camino y seguimos avanzando en dirección norte.

Si antes tenía curiosidad, cuando dejamos atrás Carolina del Norte y cruzamos el estado de Virginia sin detenernos y sin que haya soltado prenda de nuestro destino, ya no puedo más y, por supuesto, el señor Sullivan está disfrutando con ello.

Estamos llegando a Alexandria, cerca de Washington D. C., cuando toma una pequeña desviación y nos detenemos en mitad de la nada, en una carretera llena de polvo cerca de un pueblo llamado Fort Belvoir.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto, bajándome de la *pickup* y cerrando la puerta a mi espalda.

Miro a mi alrededor, pero lo que veo no me da ninguna pista, sólo hay carretera y campos de cultivo hasta donde alcanza la vista.

Conrad rodea la Chevrolet y se apoya en el capó, cruzando los brazos sobre el pecho y perdiendo su mirada al frente.

—No tendrás que esperar mucho —me anuncia, misterioso.

Frunzo el ceño.

—¿Esperar? —replico, acercándome a él—. ¿A qué?

—Si quisiera decírtelo, ya lo habría hecho —responde, el muy hijo de su madre, con una media sonrisa.

—Cooonraaad —protesto, alargando todas las vocales de manera inconsciente, lo que le hace sonreír—. Vamos, dímelo —gimoteo. Él me mantiene la mirada y su sonrisa se ensancha un poco más, pero sigue en un perfecto silencio—. Dame al menos una pista. Es lo justo. Sólo una...

—Allí —me interrumpe, señalando al frente.

La confusión es máxima, pero la emoción también y, veloz, me giro, observando donde me indica. Un coche de alquiler se acerca hacia nosotros hasta detenerse a medio centenar de metros. No entiendo nada, pero entonces alguien se baja. Sonrío, casi río, nerviosa. No puede ser. ¡No puede ser!

—Ophelia... —susurro, asombrada y absolutamente feliz—. Me has traído a Ophelia —continúo, volviéndome hacia Conrad.

Antes de que pueda procesar del todo la información, sonrío de oreja a oreja.

—Sé que la echas de menos —contesta—, y yo... —hace una pequeña pausa, tratando de buscar las palabras adecuadas— sólo quería ponerte las cosas más fáciles.

Lo miro. Pienso muchas cosas. Y otra vez, antes de que la idea cristalice en mi mente, me lanzo contra él, rodeo su cuello con mis brazos y lo estrecho con fuerza.

Conrad se queda muy quieto, tenso, pero, apenas un segundo después, alza las manos y rodea mi cintura. Es lo mismo que ocurrió en el bar, pero por un motivo diferente, o quizá sea el mismo y todo esté entrelazado, todo lo que sentimos, todo lo que, de una manera u otra, hemos dado por hecho. Me ha traído a mi mejor amiga. No me puedo creer que haya hecho algo así por mí.

Ninguno de los dos se mueve y alargamos el abrazo un segundo tras otro.

—¡Gracie! —grita Ophelia, entusiasmada.

—Deberías ir con ella —murmura Conrad.

Me separo y asiento en el mismo movimiento. Busco su mirada y todo a nuestro alrededor se llena de cosas bonitas. Es imposible que no lo haga.

Aquella mañana en la cafetería del hospital mi vida cambió. Antes estaba asustada, pensando que, quizá, era para mal; ahora sé que no.

Sonrío de nuevo, Conrad me devuelve el gesto y giro sobre mis talones. En cuanto Ophelia entra en mi campo de visión, mi sonrisa se ensancha por enésima vez, feliz, ¡feliz!

Empiezo a caminar hacia ella, pero, después de apenas dos pasos, no puedo contenerme más y salgo disparada. Mi amiga también lo hace y nos abrazamos con fuerza, en mitad de una carretera perdida en el norte de Virginia.

—¡Tenía tantas ganas de verte! —exclama, todavía achuchándome.

—Y yo —respondo sin poder dejar de sonreír.

—Y, a mí, ¿nadie tenía ganas de verme?

Me quedo boquiabierta y alucinada. ¡Es Ted!

Me separo de Ophelia y le doy un abrazo de oso a su novio, pero, algo así como un segundo después, tiro de la mano de ella, uniéndola al abrazo. No me puedo creer que estén aquí.

Respiro y el alivio más cristalino satura cada músculo de mi cuerpo. Son dos de las personas más importantes de mi vida, y tenerlas cerca significa mucho para mí en más sentidos de los que ni siquiera puedo poner en palabras.

Después de la efusiva bienvenida, los tres caminamos hacia Conrad, que sigue apoyado en el capó de la camioneta, observando toda la escena.

—Vamos a ir a almorzar algo —comento con una sonrisa.

Él asiente.

—Volved a la carretera principal —nos explica—; en la siguiente salida hay un buen sitio para comer. No está más que a un par de millas.

—¿Es un What-A-Burger? —plantea Ted, emocionado, refiriéndose a una de las cadenas de comida rápida más típicas del estado.

La pregunta pilla por sorpresa a Conrad, que sonrío antes de negar con la cabeza, lo que hace que Ted gruña, decepcionado.

—Lo importante es estar juntos, me da igual dónde —sentencia Ophelia, y no podría estar más de acuerdo.

—Pues vamos allá —añade Ted.

Los dos empiezan a andar de vuelta hacia su coche. Sonrío al ver cómo él le pasa el brazo por los hombros y ella agarra su mano en un gesto totalmente instintivo.

—Vendré a recogerte a las cinco.

Sus palabras me sacan de mi ensoñación y me giro de nuevo hacia él.

—Ven con nosotros —replico sin dudar.

—No —contesta—. Tienes muchas cosas que hablar con ellos...

—Quiero que vengas —prácticamente lo interrumpo.

Quiero estar con Ophelia y con Ted, pero también quiero estar con él.

Conrad me observa, meditando mi ofrecimiento.

—Está bien.

La misma sonrisa llena de una chispeante ilusión se dibuja en mis labios. Corro hasta la *pickup* y me encaramo al asiento del copiloto bajo la atenta mirada de Conrad.

No tardamos más de diez minutos en llegar al restaurante. Al verlo, otra vez me siento como en una peli, ya que es exactamente como, gracias a ellas, nos imaginamos las cafeterías de carretera: un edificio bastante funcional de una sola planta, pero muy grande, rodeado de un aparcamiento aún más grande, lleno de ventanas y con el techo de tejas marrones, coronado con el nombre del local en letras enormes.

—Huele que alimenta —comenta Ophelia mientras subimos las escaleritas que separan la puerta principal del suelo de cemento.

Una campanita suena, dándonos la bienvenida. El local está bastante lleno y el ruido de las personas charlando, las hamburguesas en la plancha y una suave canción en la radio se entremezclan, creando una atmósfera de lo más acogedora.

—Para cuatro —anuncia una camarera al reparar en nosotros, haciéndonos un gesto para que la sigamos.

Lleva un uniforme de color salmón con un delantal blanco a la cintura, de

cuyo bolsillo central sobresale el inicio de un paquete de Marlboro.

—¿Qué van a tomar? —inquire, sacándose una libretita del mismo bolsillo y señalando las cartas en una esquina de la mesa con el lápiz.

—¿Qué está bueno? —pregunta Ted, con una sonrisa de oreja a oreja.

Aquí cabe hacer el inciso de que mi amigo nació y se crio en Chicago, una gran ciudad, y estudió, vive y trabaja en Nueva York, otra gran ciudad, así que tiene el distorsionado pensamiento de que todas las personas de los pueblos pequeños son, como en esa idea popular, el sol de América, todo sonrisas y buenos modales. No lo malinterpretéis, creo que es su mecanismo de defensa cada vez que se cruza con un pandillero o lee en las noticias que han tirado a alguien a las vías del metro.

—No vas por buen camino, encanto —replica la camarera, consiguiendo que todos, que ya nos lo veíamos venir, menos Ted sonriamos.

—Una hamburguesa con queso y una coca-cola —digo, devolviéndole la carta.

—Lo mismo para mí —se suma Conrad.

—Y para mí —añade Ophelia.

Todas las miradas se centran en Ted; también la de Betty, como dice su plaquita identificativa, la camarera.

—¿El estofado es casero? —inquire, concentrado en la carta.

La empleada enarca una ceja, sólo un segundo, y escribe el pedido en su pequeño bloc.

—Marchando cuatro hamburguesas con queso y coca-cola —sentencia, echando a andar.

Ted la observa alucinado y los tres estallamos en risas. El sol de América acaba de darle una lección.

—¿Qué tal va todo por aquí? —pregunta Ophelia.

Asiento y, aunque trato de disimularla, una sonrisa acaba apareciendo en mis labios.

—Todo bien —respondo, procurando sonar neutral, pero es del todo

imposible que lo haya conseguido; no puedo dejar de sonreír, ¿recordáis?

—¿Sabes? —replica mi amiga, contemplándome... o estudiándome más bien—. No sé qué es, pero te noto diferente. Estás... resplandeciente —afirma con vehemencia, como si, aunque fuese una palabra de lo más rimbombante, también se ajustara con precisión a lo que ve.

Aparto la mirada, nerviosa, aprovechando que vienen nuestros refrescos, y trato de dejar de sonreír, aunque no puedo, como tampoco puedo no sonrojarme. Estoy diferente porque me siento diferente, porque por primera vez he estado con un chico, con él.

Conrad, el responsable, y que no ha perdido detalle de nuestra conversación, sonrío satisfecho y orgulloso mientras se deja caer sobre el sillón con una expresión que roza la triunfal arrogancia.

Entorno los ojos sobre él, diciéndole sin palabras que más le vale bajarse de ese pedestal o pienso tirarlo de una patada, pero no le afecta lo más mínimo y su sonrisa sigue dibujada en su perfecta boca.

—No... no es nada —contesto aún más nerviosa, procurando correr un tupido velo—. Estoy como siempre.

Ophelia hace un ruidito de aprobación mientras sigue observándome, suspicaz.

—¿Y cómo es la vida en el parque? —interviene Ted.

—Es genial —respondo, y esta vez tampoco dudo, en gran parte porque me alegra (una barbaridad) el cambio de tema, pero también porque de verdad lo pienso.

El parque es duro, pero a cambio te enseña muchísimo.

La sonrisa de Conrad, todavía sobre mí, se transforma en decidida. No hace falta ser un lince para saber que ese parque significa mucho para él, y creo que le importa realmente que también signifique tanto para mí.

Nos traen nuestra comida y continuamos charlando un poco de todo. Ted nos cuenta algunas historias de lo más divertidas de su rotación en urgencias y

Ophelia nos informa, orgullosa, de que ya ha decidido en qué rama de la cirugía se especializará: cardiotorácica.

—¿Vais a querer algo de postre? —pregunta Betty, regresando a nuestra mesa con su bloc de notas y su lápiz.

Conrad y Ophelia niegan con la cabeza; en cambio, yo asiento, entusiasmada. Me apetece un montón lo que sea con mucho chocolate y algo así como tres toneladas de azúcar.

—¿Los gofres...? —empieza a decir Ted.

—¿De verdad quieres que pasemos otra vez por eso, encanto? —le plantea la camarera.

Mi amigo tuerce los labios.

—Pastel de ruibarbo para mí —sentencia Ted.

Leo la carta, maravillada con cada nombre: tarta de cerezas, gofres, tortitas con nata y sirope de arce, brownie... Me muerdo el labio inferior, sin saber qué elegir.

—Tarta de chocolate —escojo al fin. Con los clásicos uno nunca puede fallar.

Le doy las gracias y le entrego la carta a Betty, que me devuelve una amable sonrisa por respuesta. Cuando se marcha, muevo la vista y mis ojos se topan de frente con los de Conrad. No ha habido un motivo especial para acabar así, ningún motivo en realidad, pero ha pasado y ahora no podría apartar mi mirada ni aunque quisiera, que no es el caso. La suya es más verde, más oscura; el deseo se ha prendido en ella y estoy hechizada. ¿Siempre va a ser así? ¿Siempre vamos a necesitar tan poco para olvidarnos del mundo?

Pero en el mundo, actualmente, estamos compartiendo mesa con Ophelia y Ted y, en cuanto lo recuerdo, vuelvo a apartar la vista, tímida. Al hacerlo, esta vez son los ojos perspicaces de mi amiga con los que me encuentro.

—¿Por qué no te tomas el postre en la barra? —me ofrece—. Yo te acompaño —añade, levantándose, sin darme opción a negarme.

»¿Qué está pasando? —dispara a bocajarro en cuanto llegamos al enorme

mostrador de metal y algo parecido al vinilo blanco.

Me encojo de hombros, fingiendo que no sé a qué se refiere, y centro mis ojos en el trozo de tarta que Betty está dejando frente a mí.

—Un tenedor más —le pide Ophelia, sentándose en uno de los taburetes.

Arrugo la nariz. No pensaba compartirla.

—Vamos, desembucha —me pincha.

—No tengo nada que contar —afirmo, sentándome también, hundiendo el tenedor en el bizcocho y glaseado de chocolate y llevándomelo a la boca. ¡Por Dios, está delicioso!

—¿Cómo que no? —se queja—. ¿Y qué han sido esas miradas, entonces? —Coge un trozo de tarta y, al probarlo, se le escapa un gruñidito de placer. No es para menos—. Te estaba desnudando con los ojos.

Ophelia cae en la cuenta de lo que ella misma acaba de decir y deja el tenedor suspendido en el aire al tiempo que abre mucho los ojos. Me pongo roja hasta las orejas en cuestión de milisegundos.

—¿Os habéis acostado?! —grita bajito, absolutamente alucinada.

—¡Calla! —la riño con un susurro.

—¡No pienso hacerlo! ¿Cómo ha sido? ¿Cómo es? ¿Cómo la tiene?

Creo que voy a morirme de la vergüenza y a la vez, en contra de mi voluntad, una sonrisita de lo más boba se me escapa; creo que ha sido la respuesta inconsciente de mi cuerpo a esas preguntas, sobre todo a la última.

—No voy a contarte nada de eso.

—Así que la tiene grande. —Saca sus propias conclusiones... y acierta, ¡pero no es asunto suyo!

La sonrisita de boba se hace aún más grande, otra vez en contra de mi voluntad.

—Por Dios, ¿tan grande la tiene? —exclama, maravillada.

—Quieres callarte —protesto, obligándome a no sonreír. Necesito que me tome en serio—. Va a darse cuenta de que estamos hablando de él.

—Clarooo —me rebate, estirando la palabra, socarrona—, porque Sullivan

tiene pinta de ser de los que sufrirían si pescara a dos mujeres hablando de que la tiene enorme.

Me giro, espero que discretamente. Conrad está hablando con Ted, pero algo me dice que también está pendiente de mí. En cuanto Ophelia termina la frase, vuelvo a mirarla a ella y enarco las cejas.

—Para.

—Vale —claudica—, pero dame detalles. ¿Estáis juntos?

—Sí... Creo que sí.

Mi amiga me mira esperando a que me explique un poco mejor y yo quiero hacerlo, de verdad, pero lo cierto es que no sé muy bien cómo.

—Nuestro matrimonio durará tres meses —continúo—, es lo que acordamos, y de momento no vamos a pensar en qué ocurrirá después.

Mentiiiiiraaaaaaa. Sí, lo pienso, mucho, pero Conrad ha dejado muy claro lo que opina a ese respecto.

—Me parece lo más inteligente —comenta Ophelia, robándome otro trozo de tarta y, de paso, toda mi atención.

—¿De veras lo crees?

—¿Para qué forzar las cosas? —responde con una seguridad absoluta—. No habéis tenido el más común de los inicios y os habéis saltado algo así como diez pasos de golpe. Es una buena idea que, dentro de toda esta locura de casaros y vivir juntos sin ni siquiera conoceros, el paso de ser algo más, en todos los sentidos, incluido el bíblico —añade con una sonrisilla—, os lo toméis con calma.

La contemplo y asiento, sopesando sus palabras. Suenan bastante inteligentes y lo cierto es que estaría bien tener algo de paz en mitad de todo el huracán que ha sido mi vida desde que me mudé aquí.

—Eres muy sabia —sentencio.

—¿Significa eso que me he ganado que me cuentes cómo se le da la ciencia horizontal?

Arrugo la nariz, ¿quién demonios lo llama así?, y niego con la cabeza

esbozando una sonrisa.

—Pero te dejo que cojas un poco más de tarta —le ofrezco, señalándola.

—Esta tarta es mía —me deja claro, inmisericorde—. Pídete tu propio pastel.

Abro la boca, indignada. Ten amigas para esto... y cuánto la he echado de menos.

Después de una hora más de charla y de dos trozos más de bizcocho, nos despedimos en la puerta del restaurante.

—Prométeme que te cuidarás mucho —me pide Ophelia, dándome un abrazo.

—Te lo prometo.

Nos separamos, pero le agarro las dos manos. No quiero que se vaya.

—Prométeme que tú también lo harás.

Ophelia asiente y tuerce los labios para evitar un puchero.

—Podemos repetir almuerzo en unas semanas, cuando consiga otro día libre en el hospital.

Ahora la que asiente soy yo.

—Podrías venir al parque —propongo—. Es una pasada.

—No sé si quiero estar en un lugar donde Conrad Sullivan es la ley —bromea, y una lagrimilla se mezcla con su sonrisa.

—¿Por qué lloras? —le pregunto.

—Quiero que seas feliz —dice Ophelia, asintiendo para reafirmar esa idea al tiempo que un sollozo cruza su pecho y sus labios— y tengo la sensación de que aquí puedes serlo, como si hubieses encontrado tu sitio, y eso me alegra muchísimo.

La contemplo y mi corazón se agita feliz por lo que ha dicho y, sobre todo, porque es la mejor amiga del mundo.

No lo dudo y la abrazo con fuerza de nuevo.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, pequeña.

—Y yo os quiero mucho a las dos —interviene Ted al cabo de unos instantes—, pero es hora de irse a casa. Nos quedan cuatro horas de camino.

Nos separamos. Ophelia mira a su novio y asiente, indicándole que ya está lista. Antes de girar sobre sus pies y montarse en el Ford que han alquilado para venir, levanta la mano, la imito y nos despedimos. Ella sigue llorando y yo suspiro para evitar hacer lo mismo.

Me quedo de pie hasta que el coche sale del aparcamiento y enfila la carretera. Conrad, a mi lado, no dice nada, dándome todo el tiempo que necesite.

—Llévame a casa —le pido.

No responde. Va hasta la camioneta y abre la puerta del copiloto para que me monte. Me tomo un segundo más, pero finalmente lo sigo.

—Muchas gracias —le digo, deteniéndome frente a él.

—No tienes por qué darlas —contesta.

—Quiero hacerlo.

Tan pronto como suelto esas palabras, me doy cuenta de que agradecersele, toda esta situación en general, se parece mucho a recibir halagos, y por eso va a intentar evitarla.

—Cuando una persona hace algo por ti, está bien decirle que te ha hecho feliz —trato de explicarle.

Conrad dibuja mi cara con sus preciosos ojos hasta volver a posarlos en los míos.

—Te equivocas —sentencia sin asomo de dudas.

—¿Qué? —Frunzo el ceño—. ¿Por qué?

—Porque hay veces que no hace falta; no tienes que decir gracias porque para la otra persona no ha sido un esfuerzo ni un sacrificio. Quería hacerlo por ti —añade, y esa cegadora masculinidad, incluso esa arrogancia, reluce con fuerza— y también por mí, algo así como un camino a la redención.

Sonrío.

—¿Significa eso que estás reconociendo públicamente que me debes una?

—Puede ser —gruñe a regañadientes.

—¿Tal vez dos? —añado, impertinente—. ¿Puede que tres? ¿Cuatro o cinco?

—Princesita —me reprende, pero veo el inicio de una sonrisa en sus labios.

—¿Tal vez doscientas?

—Princesita —repite, y su salvaje voz hace que esa única palabra suene increíblemente sensual—, no deberías jugar con fuego —me advierte.

Sonrío, pero mi sonrisa también es diferente. Aprieto los muslos de manera instintiva y puedo notar cómo mi sangre se vuelve más caliente, más liviana.

—¿Por qué? —pregunto con la voz trémula.

Conrad Sullivan no lo piensa y el deseo y la excitación se alían con él.

—Porque podrías quemarte.

Guau.

—Sube a la camioneta —me ordena.

Y debería, a nosotros también nos quedan más de cuatro horas de trayecto, pero estoy embobada. Conrad se da cuenta y una media sonrisa de lo más presuntuosa, sexy e irritante se cuelga en sus labios.

Alzo la barbilla como respuesta, obligándome a salir de mi ensoñación. No puedo dejarle siempre tan claro cuánto me afecta. Ese ego ya está muy bien alimentado sin mi ayuda.

—Te lo tienes demasiado creído —me defiende.

Conrad asiente, tomándose su tiempo.

—Sigues aquí, ¿no? —responde al fin.

¡Qué cabronazo!

Lo fulmino con la mirada, aún más altanera, y finalmente me monto en la *pickup*.

Conrad cierra la puerta y empieza a rodear la Chevrolet para llegar a su asiento. Todavía va por la mitad cuando me inclino y hago sonar el claxon, sobresaltándolo, aunque sólo sea un segundo diminuto.

Me busca a través de la luna delantera y entorna los ojos, mirándome. Sonrío, satisfecha. Te lo mereces, Conrad Sullivan.

* * *

Cuando entramos en el parque, ya ha anochecido. El guardia le pide un momento a Conrad y él se baja para revisar algunos papeles en la garita. Aprovecho para observar este lugar. Quizá Ophelia tenga razón. Tal vez éste pueda ser mi sitio en el mundo. Suelto un largo suspiro, luchando contra las burbujas que se instalan en la boca de mi estómago para bien y para mal. Si realmente creo que tenemos una oportunidad más allá de estos tres meses, tengo que ser sincera con Conrad. Tengo que contarle qué ganaré con la apuesta. A él también le afectaría.

—Podemos irnos —anuncia abriendo la puerta, encaramándose a su asiento y sacándome de mis pensamientos.

—Claro —respondo con una sonrisa.

Sólo tengo que encontrar el momento adecuado.

Llegamos a casa y, como cada noche, preparo el sofá para dormir. Conrad se sienta en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero. Estira sus largas piernas a lo largo del colchón y centra sus ojos verdes en una de las carpetas que siempre están desperdigadas por su habitación.

Es una situación de lo más cotidiana entre estas cuatro paredes. Sin embargo, hoy parece estar ocurriendo a cámara lenta, como si los dosuviésemos algo que decir.

—Buenas noches —pronuncio desde el centro del salón.

Creo que, con la primera letra que suelto —y, si no fuera una absoluta locura, diría que incluso antes—, Conrad alza la cabeza y clava sus ojos en mí. Me recorre con la mirada y siento que se deshace de mi pantalón corto de pijama y mi camiseta de tirantes sin ni siquiera tocarlos.

—Buenas noches —responde con la voz ronca.

Los dos tardamos un ardiente segundo de más: yo, en dirigirme al sofá; él, en liberarme de los ojos verdes más increíbles del mundo.

Me siento en el tresillo antes de meterme bajo la fina sábana, como si estuviese dándome una última oportunidad, aunque no tenga muy claro para qué. No somos novios, ¿no? Sólo nos estamos permitiendo vivir lo que queramos vivir... Santo cielo, eso es tan confuso, mucho más cuando has descubierto lo bien que te sientes cuando te mira suspendido sobre ti y tu libido está a los mandos de tu cuerpo.

Cabeceo. Ophelia tiene razón. No puedo forzar las cosas.

Inicio el movimiento de acostarme de verdad, pero Conrad se levanta de la cama como si el colchón le quemase. Yo llevo mi vista de inmediato hacia él, casi con urgencia. Él parece darse cuenta de lo precipitado de sus movimientos y ralentiza sus pasos camino de la puerta del dormitorio.

—Princesita —me llama, y la excitación pura me derrite por dentro—, no te has despedido.

Frunzo el ceño y me levanto, confundida. Sí, lo he hecho. Acabo de darle las buenas noches.

—Sí, lo he hecho —repito en voz alta, acercándome a él.

—No como se debe —replica.

Sus palabras están llenas de una seductora seguridad.

—Ahora somos algo diferente —explica, dando un cadencioso paso hacia mí—. Ya no podemos despedirnos como lo hacíamos antes. —Un paso más.

Está muy cerca y el hechizo, la conexión, su atractivo, todo se hace más fuerte.

—Ah, ¿no? —murmuro, sin poder apartar mi mirada de él.

Conrad niega con la cabeza.

—Será mejor que te enseñe cómo se hace.

—Sí, creo que será lo mejor.

Mi voz se evapora en un jadeo, que se convierte en placer cuando Conrad me coge de la cintura y, al tiempo que desliza su mano por mi espalda, bajo mi

camiseta, me besa, llevándome contra la puerta.

Su boca es un sueño y siento que por fin mi cuerpo obtiene exactamente lo único que quería.

—Buenas noches, Gracie —susurra contra mis labios, atrapando mi mirada.

Estoy a punto de arder por combustión espontánea.

—Creo que lo he entendido —me obligo a concentrarme en pronunciar—, pero lo mejor será que lo ponga en práctica para asegurarme de no meter la pata la próxima vez.

—Yo no lo habría expresado mejor, princesita.

Asiento. Estoy nerviosa, pero no es como suelo estarlo normalmente. Supongo que la expresión correcta sería «expectante», siendo elegantes, y «muerta de ganas», siendo concisos.

Me pongo de puntillas con mis pies descalzos y, rodeando su cuello con ambos brazos, lo beso... tímida al principio, explorando después. Me dejo llevar, hundo los dedos en su pelo castaño y siento cosquillitas en los dedos de los pies.

—Buenas noches, Conrad —susurro con una sonrisa extasiada, todavía con los ojos cerrados.

Quiero más.

—No puedo más, joder —gruñe.

En un rápido movimiento, me carga sobre su hombro y dos segundos después estoy rebotando contra su colchón entre risas. Conrad se tumba de inmediato sobre mí y vuelve a besarme.

—Me has puesto como una maldita moto.

—¿Eso significa que he aprobado el examen? —replico con una sonrisilla.

—¿Sabes qué, princesita? —contraataca, aún más sexy—, creo que debemos seguir practicando.

Me apunto a eso.

* * *

Me despierto con una sonrisa en los labios. Supongo que directamente relacionada con cómo me dormí ayer.

Estoy cansada. La verdad es que dormiría algo así como cuatro horas más, y eso también está relacionado con lo que pasó anoche, pero tengo que trabajar. Hoy me esperan turno doble y biblioteca. La convocatoria extraordinaria de los exámenes está muy pero que muy cerca y todavía tengo mucho que estudiar.

—Joder —suelta Conrad desde el salón.

Observo la puerta cerrada y sonrío cuando lo oigo maldecir.

—Joder. Joder —repite al cabo de unos segundos.

¿Qué está pasando?

Me pongo el pijama y me dirijo hacia el salón.

Nada más abrir, me encuentro con Conrad sentado a la barra de la cocina, muy concentrado, con un destornillador entre los dientes y un soldador en la mano. ¡Está arreglando el portátil que encontré!

—¿Qué haces? —pregunto, sorprendidísima, con una nueva sonrisa, acercándome a él.

—Arreglando esta chatarra —contesta, malhumorado—. Pensaba que recordaría mejor todo lo que estudié sobre ingeniería informática.

Mi sonrisa se ensancha.

Doy el último paso hasta colocarme frente a él, al otro lado del mueble. Me inclino y apoyo los brazos, cruzados, sobre el granito, observándolo, fingiéndome pensativa.

—Quizá... —dejo en el aire.

Él gruñe algo parecido a un «¿sí?», con la vista puesta en lo que sus manos hacen.

—... todo se deba... —continúo—, y lo digo tomando como referencia los manuales que leí y los tutoriales que vi...

—¿Sí? —me da pie a que siga, con el destornillador aún entre los dientes.

—A que eres un ingeniero de pacotilla —sentencio bromeando.

Conrad se yergue y me asesina con la mirada, mientras que yo sigo observando el ordenador, simulando que no he dicho nada fuera de lo común.

—Me las vas a pagar —me advierte.

—No será con dinero —replico, torciendo los labios—. Lo que has hecho no vale ni veinte pavos.

Lo miro al fin y le sonrío con todos los dientes. En ese momento veo una chispa de pura diversión cruzar los ojos de Conrad antes de salir flechado hacia mí. Yo reacciono rápido y echo a correr, dejando de nuevo el mueble entre los dos. Repetimos la carrera varias veces, pero siempre me las apaño para estar al otro lado de la encimera.

—Te propongo un café —le ofrezco con la voz jadeante.

—¿Te estás haciendo perdonar? —inquire, desdeñoso, a su vez—. Porque, en tal caso, deberías proponerme otras cosas.

Finjo pensarlo.

—¿Quizá unas tostadas? —digo aún más socarrona que antes.

—Te vas a enterar.

Conrad apoya la mano en la encimera y la salta con una habilidad que, con total franqueza, me deja boquiabierta, y, así, alucinada, me atrapa sin problemas. Me agarra de las caderas y me sienta sobre el granito, abriéndose paso entre mis piernas en el mismo movimiento.

Esto iba de venganzas y de jugar, pero estamos tan cerca que creo que los dos lo hemos olvidado.

Desliza sus manos por mi espalda, bajo mi camiseta, y mi cuerpo se estremece, pidiendo más.

—Buenos días, princesita —susurra, inclinándose sobre mí, cerca, muy cerca, de mis labios.

—Buenos días, señor Sullivan —respondo con mis ojos fijos en su espectacular boca.

Hinco los dientes en mi labio inferior. Cierro los ojos. Qué gran forma de empezar el día.

—Lástima que sea un ingeniero tan malo que no puedo permitirme distracciones mientras trabajo.

Pero ¿qué?

Conrad se separa de mí con una sonrisa de autosuficiencia, dejándome con las ganas. Lo miro, boquiabierta y muy indignada. ¡Ha sido mezquino!

—Pues, ¿sabes qué? —lo reto mientras veo cómo vuelve a sentarse delante de la placa base del ordenador—, te has quedado sin tostadas.

—Sobreviviré —contesta, impertinente.

Y, como se lo merece, le tiro lo que tengo más a mano, una mandarina. Lástima que la esquivó justo a tiempo. El bastardo es muy rápido.

—Mejor suerte la próxima vez, princesita.

—No me tientes.

Con toda sinceridad, estoy a punto de tirarle otra, pero, entonces, ladea la cabeza y me guiña un ojo, y simplemente vuelvo a olvidarme de los juegos.

Un desayuno después, estoy de pie junto a Conrad, emocionada, esperando a que el portátil encienda o no. Una prueba de fuego en toda regla.

—¡Funciona! —grito, entusiasmada al ver cómo se ilumina la pantalla con el logotipo de Windows en el centro—. ¡Muchas gracias!

Conrad sonríe, cierra el portátil y me lo tiende. Lo cojo sin dudar, rodeo la isla de la cocina y me siento en uno de los taburetes, otra vez frente a él.

—Ya te dije que no tienes por qué agradecerme nada —me recuerda.

—Quiero hacerlo —suelto por toda contestación, a la vez que me encojo de hombros.

—Me habría gustado comprarte uno nuevo.

Levanto la mirada y una sonrisa vuelve a apoderarse de mis labios.

—No necesito uno nuevo —le dejo claro—. Éste es perfecto.

—Con un portátil nuevo, podrías trabajar mejor y mucho más rápido —se mortifica—. La próxima semana intentaré reunir el dinero.

Vuelvo a observarlo como si le hubiesen salido dos cabezas.

—No lo necesito —repito.

Sin embargo, esta conversación me recuerda algunas cuestiones que me han rondado la mente desde que llegamos al parque.

—¿Puedo preguntarte algo? —inquiero, olvidándome por un momento del ordenador.

Conrad tuerce el gesto, pero finalmente asiente.

—¿Por qué vives aquí? —planteo—. Cuando Ted me dijo que eras el ingeniero aeronáutico jefe...

—Ingeniero aeronáutico mecánico jefe —me interrumpe.

—Sí —respondo, pero una nueva duda se abre paso entre las demás—. No, espera, profundicemos en eso, ¿por qué siempre concretas lo de «mecánico» al final de «ingeniero aeronáutico»?

—Porque es lo que soy —contesta sin dudar.

—Lo sé, pero no es sólo eso. Tú te sientes... —tardo en encontrar la palabra adecuada, pero, una vez que lo logro, resulta de lo más obvio— orgulloso.

—Lo estoy.

Sé que me está dando la razón, pero no está saciando mi curiosidad. Creo que se da cuenta, supongo que mi resoplido exasperado ayuda un poco, porque sonrío y se inclina un poco más sobre la isla.

—En la universidad y después, en mis primeros años de trabajo —me explica—, no te haces una idea de cuántos ingenieros me encontré que se creían superiores sólo por ser eso, ingenieros aeronáuticos. Miraban a los mecánicos por encima del hombro, como si ellos no contasen o simplemente fuesen una herramienta más. Yo los veía y me asqueaba la posibilidad de ser tan estúpidamente clasista. No puedes construir un avión tú solo. Puedes ser el mejor ingeniero aeronáutico de la historia, hacer un plano impecable, pero, sin manos, sin el tesón de las personas, nunca será nada más que un trozo de papel. Así que, cuando llegó el momento de elegir una especialización, tuve

claro cuál sería. Prefiero mil veces estar con los chicos en los hangares, sentir que estamos levantando algo de la nada, que llevar un traje de cinco mil dólares y pavonearme por una oficina para, al final del día, llegar a casa y darme cuenta de que no pertenezco a ningún sitio. Ni el dinero ni la posición social dicen algo de ti; el esfuerzo y el compañerismo, sí.

Muchas emociones recorren ahora mismo sus ojos verdes: sinceridad, valor... y, sobre todo, orgullo, y lo sé porque es lo mismo que siento yo.

—¿Por eso vives aquí?

Conrad me observa, perspicaz.

—¿A qué te refieres? —indaga.

—Cuando Ted me dijo que eras ingeniero aeronáutico mecánico — específico con una sonrisa que Conrad me devuelve— jefe, te imaginé viviendo en un casoplón, con un jardín enorme.

—No lo necesito —afirma, levantándose, cogiendo los platos del desayuno y llevándolos hasta la pila.

—¿Y el dinero? —Puestos a resolver dudas, resolvámoslas todas—. También me sorprendió que no tuvieras un gran sueldo.

—¿Cómo sabes tú el sueldo que tengo? —inquire, socarrón, girándose hasta apoyarse en el fregadero, cruzándose de brazos.

—No lo sé —respondo, sincera—, pero puedo imaginármelo —añado, echando un vago vistazo a mi alrededor.

Su nevera siempre está en horas bajas y ese sofá ya era viejo cuando el hombre llegó a la luna, por no hablar de la camioneta... No me malinterpretéis, soy fan de ese cacharro, pero Chevrolet ha cambiado dos veces de logo desde que la fabricaron.

—Pues eres tan mala imaginando sueldos como captando las bromas a la primera.

Le hago un mohín y él me pilla por sorpresa devolviéndome, lo que me hace sonreír.

—En realidad, sí lo tengo —me aclara—, pero le envió la mitad a mi

familia.

Abro los ojos como platos al oír la última palabra, pero me obligo a disimularlo rápido. Es una gran oportunidad para indagar sobre ellos y, si me ve demasiado ansiosa, se cerrará en banda. Soy como un reportero de *National Geographic* intentando fotografiar a un lobo aullándole a la luna.

—¿A tu familia? —inquiero, fingiéndome desinteresada.

Él asiente.

—Eso es —certifica.

—¿La que vive en Nueva York? —añado como quien no quiere la cosa.

—Sí.

—En Nueva York, ¿ciudad o estado?

—¿Por?

—Es un estado muy grande.

Asiento para aportar enjundia a mis palabras y, de paso, dar a entender que me mueve exclusivamente el interés geográfico.

—Más de lo que la gente cree —replica.

—Eso es porque lo confunden con Nueva York ciudad, donde vive tu familia, ¿no?

—También confunden Nueva York con la isla de Manhattan —añade.

Maldita sea, no me lo está poniendo nada fácil.

—Manhattan es un buen lugar para vivir —tiro el anzuelo.

—La Gran Manzana.

—La ciudad que nunca duerme.

—Le han dedicado muchas canciones.

¡Venga ya!

—Conrad —protesto.

—¿Ya te has cansado de ser sutil? —se burla.

¿Tan poco discreta he sido? Suspiro y jugueteo, nerviosa, con mis propios dedos. No soy una cotilla empedernida, pero me apetece mucho saber de él,

imaginármelo en mil y un sitios. Quizá coincidimos alguna vez en Nueva York; quizá su madre y mi madre eran amigas.

—Sólo quiero conocerte un poco más —claudico.

—Puedes preguntar lo que quieras —contesta, otra vez con esa abrumadora seguridad. Conrad Sullivan no se esconde, nunca—. Siempre voy a ser sincero contigo. Pero mi familia y mi vida antes del MIT son cosas de las que no hablo. Tienes que respetarlo, princesita.

Está siendo claro y honesto y, si de verdad es como deseo que sea, me toca respetar su decisión.

—Está bien —respondo a regañadientes; que sea lo que toca no significa que tenga que gustarme—, y me parece muy bonito que ayudes a tu familia —añado, porque realmente lo pienso. Me parece maravilloso que se sacrifique así por ellos.

Conrad se encoge de hombros, restándole importancia. Los halagos... ya sabéis.

—Lo necesitan.

No puedo evitar observarlo y dejar que una suave sonrisa, poco a poco, vaya inundando mi rostro. Para él es de lo más normal enviar la mitad de su sueldo a su familia y no le hace falta un motivo más allá de que lo necesitan.

—Yo también tengo un sueldo. No es gran cosa, pero, a partir de ahora, me gustaría colaborar en los gastos de la casa. —De hecho, me siento un poco egoísta por no haberlo propuesto antes. Estaba tan concentrada en reunir el dinero para cumplir el trato con Louis que ni siquiera me lo había planteado—. Pagaré facturas y haré la compra.

Conrad niega con la cabeza.

—No tienes que hacerlo. El dinero que ganas es para ti. Yo me encargo de los gastos.

De pronto caigo en la cuenta de algo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamo, levantándome de un salto.

—¿Qué ocurre? —demanda Conrad, poniéndose en guardia en el mismo

instante.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! —pronuncio aún más preocupada, buscando por todo el salón.

—Gracie, ¿qué ocurre? —pregunta, alarmado.

Cojo mi móvil, lo desbloqueo, observo la pantalla y, al fin, suspiro aliviada.

—Menos mal —digo, recuperando la serenidad—. Seguimos en pleno siglo XXI. Por un momento he creído que había habido un salto espacio-temporal y estábamos en 1950 —suelto, socarrona.

Conrad entorna la mirada, asesinándome con ella, y yo sonrío por toda respuesta, además de darme palmaditas mentales; ha sido una broma genial.

—No ha tenido gracia, princesita —me reprende.

—Conrad, no necesito que tú me mantengas —le dejo claro—. Somos un equipo, para lo bueno y para lo malo, y eso significa que, la próxima vez que te tire una mandarina a la cabeza por ser un incordio insoportable, la habré pagado yo —afirmo, alzando la barbilla y regresando hasta él.

Sus ojos verdes siguen sobre mí, creo que decidiendo qué hacer. Le mantengo el gesto. No pienso dar mi brazo a torcer.

—Ya te dije una vez que podía hacer las cosas por las buenas o por las malas —me advierte.

—No vas a salirte con la tuya —le advierto yo a él.

—Entonces —hace una deliberada pausa para crear expectación con una única palabra; es un maldito provocador—, tendrá que ser por las malas.

—Tentador —murmuro, y mi voz se carga de deseo.

Conrad me recorre de arriba abajo con la mirada, poseyéndome centímetro a centímetro.

—Muy tentador —susurra con el tono perfecto.

—Pagaré la mitad de los gastos —le recuerdo, pero sueno trémula, entregada.

—Desnúdate —me ordena.

No hay un solo resquicio de duda en su voz y a mí todo me da vueltas.

—¿Quieres... quieres que lo hagamos?

—¿Necesitas que te haga un dibujo, princesita?

Niego con la cabeza, sintiendo la boca seca.

Conrad me besa con fuerza y todo vuelve a empezar. Las ganas, la excitación, el deseo sin fin y oleadas y oleadas de placer.

Mi mente se empieza a llenar de imágenes de lo más sugerentes, como si fuera mi propio proyector a su propio ritmo y, entre todas ellas, hay una que se hace más fuerte, más clara, que me excita aún más.

—Enséñame a llegar a tercera base ¹ —le pido contra sus labios.

Conrad se detiene, pero no se separa y las comisuras de su sensual boca, despacio, empiezan a curvarse en una media sonrisa llena de una malicia sexy.

—¿Es lo que quieres? —pregunta.

Asiento, pero su mirada me recuerda que, en el sexo, si quiero algo, tengo que ser lo suficientemente valiente como para ponerlo en palabras.

—Sí —respondo.

Él me observa, leyendo en mí, y, por un motivo que ni siquiera conozco, mi piel se va calentando más y más bajo el peso de sus ojos verdes. Ahora entiendo todas esas veces que he oído decir que un hombre puede hacerte llegar a sentir demasiadas cosas con una sola mirada; él puede hacerme arder.

—Lo que te he ordenado sigue en pie, princesita: desnúdate.

Retrocede un paso y todo mi cuerpo protesta, decepcionado. Conrad lo sabe y, de nuevo, su mirada y su sonrisa son prueba de ello. Es un torturador.

—No me hagas esperar —me advierte.

Doy una bocanada de aire que involuntariamente se convierte en un jadeo. Pienso qué hacer, pero comprendo que me estoy equivocando, porque aquí no se trata de pensar, se trata de dejarse llevar.

Muevo las manos hasta alcanzar el bajo de mi camiseta y me la saco por la cabeza. Mis pezones se erizan bajo el aire atemperado en contraste con mi piel caliente y trago saliva para contener un gemido.

Una llama de puro deseo atraviesa los ojos de Conrad y algo me dice que eso es lo que más le gusta de todo, lo excitada que estoy.

Deslizo mis dedos bajo el elástico de mis pantalones de pijama y me deshago de ellos. Más deseo, más placer anticipado, más todo. Voy a hacer lo mismo con las bragas, pero Conrad me detiene.

—No —ruge, y su voz suena deliciosamente salvaje.

Da un paso hacia mí y, con sus ojos clavados en los míos, vuelve a aislarnos del mundo. Consigue que piense que no necesita nada más que yo y, francamente, nada había conseguido hacerme sentir tan bien en veintitrés años.

Alza la mano y me acaricia despacio la mejilla con el reverso de los dedos y, aún más lentamente, baja hasta mis labios, paseando el pulgar por ellos.

El placer vuelve en la forma de una indómita tormenta, que sacude cada una de mis terminaciones nerviosas.

Conrad me coge de la mano y tira de mí hacia el fondo del salón. Se sienta en el sillón en un movimiento lleno de masculinidad y simplemente alza la mirada, atrapando la mía. Él sentado, yo de pie y, sin embargo, el control le pertenece.

Sus ojos verdes se oscurecen, se tornan canallas, sexis, desdeñosos.

No pronuncia una sola palabra, pero sé lo que quiere que haga. Otra vez sólo se trata de dejarse llevar. Obedezco a mi libido y me arrodillo frente a él, entre sus piernas, dejando que mi trasero descansa en mis talones.

Su mirada es lo mejor de todo.

—Desabróchame los pantalones —me ordena.

Me muerdo el labio inferior y me incorporo sobre mis rodillas. Sus vaqueros se abultan en el centro, con su miembro duro luchando por salir, y por un momento llama poderosamente mi atención. El saber que está tan excitado aumenta mi deseo otros cien mil puntos.

Mis manos se mueven torpes, el cinturón se me resiste, pero logro mi objetivo. Cada botón de sus Levi's restalla al pasar por el duro ojal. Lo

acaricio por inercia y Conrad gruñe entre dientes. Sonríe. Me ha gustado ese sonido. Quiero que lo haga más veces.

Le bajo los bóxers blancos lo suficiente como para que su sexo se yerga triunfal. Es grande y ahora mismo parece fabricado de acero.

—Humedécete la mano —me ordena.

Frunzo el ceño, completamente perdida.

—Créeme —me advierte con ese punto de malicia—, vamos a divertirnos mucho más así.

Titubeante, me llevo la mano a la boca y lamo la palma.

Conrad no pierde detalle del movimiento y, en la última milésima de segundo, se muerde el labio inferior para sonreír, canalla, inmediatamente después.

—Agárrala. —Lo hago—. Fuerte —gruñe.

Tiene un tacto suave y al mismo tiempo puedo sentir toda esa dureza palpitando contra mi palma.

—Quiero que la muevas arriba y abajo.

Obedezco. Su respiración se acelera y una chispa eléctrica llena de curiosidad y placer anticipado comienza a abrirse paso en el centro de mi vientre. ¿Qué pasará si voy más rápido? ¿Si aprieto un poco más? ¿Volverá a gruñir?

—Espacio —susurra, adivinando mis intenciones—. Todo a su tiempo, princesita. ¿Alguna vez habías tocado a un chico? —me pregunta.

Pienso en las dos veces que dejé que Marco Scararzo me besase bajo las gradas del instituto, ésa es toda mi experiencia.

Niego con la cabeza.

—No.

Su media sonrisa vuelve a dibujarse en sus labios.

—Soy un tipo con suerte, entonces —sentencia, y me gusta la sensación que esas palabras me provocan, porque, por primera vez, el no tener un bagaje con los hombres no me avergüenza, me hace sentir especial.

—Ahora quiero que la beses.

La chispa en mi interior se hace más grande, más eléctrica.

Me humedezco el labio inferior por acto reflejo y, despacio, le doy un beso en la punta. Sabe a limpio y a salado. Busco su mirada, su aprobación, y la llamarada de deseo desmedido que veo en ella me dice que continúe.

Le dejo entrar en mi boca. Hay un rastro de duda, de timidez, pero lucho hasta desterrarlo. No quiero ser insegura en el sexo. Quiero, sencillamente, disfrutar.

—Ten cuidado con los dientes —me advierte.

Otra vez arrugo la frente, confusa. Me la saco y vuelvo a centrar mis ojos en los suyos.

—¿No puedo morderte? —pregunto.

—No.

—Pero tú me muerdes a mí.

Conrad sonrío, lleno de ternura. Debo parecerle la cosa más inocente del universo. No sé si eso me gusta en este contexto.

—Y tú puedes morderme a mí, sólo que no aquí.

Me apunto ese pequeño detalle.

Conrad enreda dos de sus dedos en mi pelo y juega con uno de mis mechones. El simple gesto me distrae y vuelve a sumergirme de lleno en este momento.

—Quiero que la dejes entrar entera, princesita, hasta que te llegue al fondo de la garganta.

Lo dulce de sus dedos contrasta con la dureza de sus palabras y la mezcla perfecta hace que la sensualidad crezca, estalle, lo inunde todo, como si Conrad fuera las dos caras de una misma moneda y ambas desembocaran en placer.

Obedezco. Una vez, dos veces, tres, para coger confianza y, cuando mi libido lo ordena, la dejo entrar hasta el fondo. El movimiento me hace tragar con ella dentro. Conrad gruñe, otra vez ese sonido tan sexy.

—Joder —masculla, dejando caer la cabeza contra la pared.

Sonrío. Me envalentono. Me siento atractiva, sexy, sensual.

Siento que tengo el poder.

Y esa revelación impacta contra mi cuerpo.

Puede que, cuando él estaba sentado y yo de pie, el control le perteneciese, pero ahora es mío. No os confundáis, estar de rodillas es algo sólo circunstancial.

Empiezo a moverme de nuevo, usando las manos, dejándolo entrar hasta casi llegar al final, dejándolo salir para darle un beso en la punta, cada vez un poco más rápido, cada vez un poco más fuerte.

Conrad cierra los ojos, sus manos se vuelven más posesivas en mi pelo, descienden hasta mi cuello.

Le dejo entrar otra vez, vuelvo a tragar con él dentro.

—Grace —ruge.

Sus muslos se tensan bajo las palmas de mis manos. Un poco más rápido. Un poco más fuerte.

—Princesita, si no quieres que... para.

Sin separarme de su piel, lo miro a través de mis pestañas y sé que él lo ha entendido, como yo he sabido leer en sus ojos cada una de las órdenes que no ha pronunciado.

«No quiero parar. Quiero sentirte de todas las maneras posibles.»

El deseo se vuelve incendiario entre los dos, en sus ojos verdes.

Lo salvaje.

Lo indomable.

Lo instintivo.

Conrad aparta mi mano, se agarra la base de la polla y la mueve arriba y abajo, acompasándose a mis labios.

Se separa brusco, dejándome sin él, y todo mi cuerpo protesta. Él lo sabe y sus ojos se vuelven un poco más maliciosos justo antes de ordenarme:

—Abre la boca.

Su voz suena trémula y eso me excita tanto como verlo acariciarse.

Obedezco y, tras dos sacudidas, Conrad se pierde en mi lengua. Su esencia es salada como su piel.

—Trágate.

No lo pienso, no lo necesito, y lo hago, y nunca, jamás, me había sentido tan excitada. Nunca, jamás, había poseído tanto control. Todo, bajo su atenta mirada.

Conrad se inclina hacia delante con la respiración hecha un caos y toma su cara entre mis manos.

—Ha sido increíble. Tú —pronuncia con vehemencia, y hay auténtica veneración en su voz— eres increíble.

Sonrío y Conrad parece no necesitar nada más. Me agarra de las axilas y me levanta en el mismo movimiento en el que él lo hace.

Lo miro sorprendida, sin saber qué vendrá a continuación, y Conrad responde lanzándome contra el sofá, hincando su rodilla entre mis piernas y reliando la tela de mis bragas entre sus dedos.

Rompiéndolas.

Haciéndome gemir.

—Vas a pasarlo demasiado bien —me advierte con una media sonrisa en los labios.

Un beso en el centro de mi estómago. Un beso en mi pelvis. Y el siguiente es el pistoletazo de salida a todo mi placer.

* * *

—Llego tarde —comento, comprobando el reloj de mi móvil antes de guardarlo en mi bandolera.

A pesar de ello, la sonrisilla de felicidad absoluta sigue en mis labios, a punto de partirme la cara en dos.

Desde su asiento de la camioneta, Conrad mira al frente con la actitud más

presuntuosa que he visto en todos los días de mi vida.

—No te lo tengas tan creído —me quejo, socarrona.

Dirige su vista hacia mí, pero no se acerca.

—¿No debería? —pregunta, desdeñoso.

Niego, impertinente, con la cabeza.

—No —respondo.

Conrad deja que pasen unos segundos para que el ambiente dentro de la vieja *pickup* se llene de la intimidad que siempre parece brotar entre nosotros, de esa atmósfera húmeda y caliente.

Se inclina despacio y, ahora sí, nos coloca muy cerca.

—Me encanta el ruidito que haces justo antes de correrte —sentencia en un ronco susurro.

Y en esa única frase van implícitas muchas otras, sobre todo la arrogante «y soy el único que puede provocarlo».

El corazón me late ridículamente deprisa y estoy a punto de tartamudear un «gracias, señor». Por fortuna, mi mente reacciona rápido, me obliga a apartar la vista, murmurar un «llego tarde» y salir de la camioneta, actualmente conocida como «el paraíso del sexo descontrolado de Conrad Sullivan».

Sin embargo, mi cuerpo parece estar fabricado de plastilina caliente y, al bajar, un pie choca con el otro y estoy a punto de darme de bruces contra el suelo.

—¿Todo bien, princesita? —inquire, burlón.

El muy cabronazo está disfrutando con esto.

Me incorporo, veloz.

—Todo perfecto —contesto, fingiendo que no ha pasado nada... ¿Quién se ha caído porque estaba demasiado excitada como para articular las piernas con propiedad? ¿Yo? No.

Conrad sonrío y creo que decide darme un poco de cuerda.

—Esta tarde salgo antes del trabajo —me informa—. Puedo venir a buscarte cuando termines tu turno y llevarte a la biblioteca. Por el bien de tu

integridad física —me aclara.

Tuerzo los labios.

—Muy gracioso, señor Sullivan —protesto.

—A mandar.

Quiero decirle que sí, sobre todo porque está encantador, pero, tan pronto como estoy a punto de pronunciar esa única palabra, recuerdo a Nash, mi segundo turno y que Conrad no puede enterarse.

—Me encantaría —respondo—, pero prefiero ir caminando. Es el tiempo que aprovecho para repasar lo que llevo estudiado y seguir aprendiendo coreano con el *walkman*.

Conrad asiente, observándome. No sé por qué, pero, de pronto, tengo la sensación de que hay algo más.

—Puedes recogerme de la biblioteca si te apetece —añado.

—Claro —replica, y su voz suena neutra, diferente.

—¿Está todo bien? —inquiero en un murmullo.

—¿Por qué no iba a estarlo, princesita?

Supongo que es la contestación que quería oír, pero no ha sonado como esperaba... o quizá lo ha hecho exactamente como debía y yo estoy dándole demasiadas vueltas porque me siento muy culpable por ocultarle que estoy doblando turno a pesar de que me pidió que no lo hiciera. Cabeceo. Lo más probable es que sea eso.

Asiento, porque no sé qué otra cosa hacer, y alzo la mano a modo de despedida.

—Te veo en un rato —suelto al fin, y, a pesar de todo, no puedo evitar sonar un poco inquieta.

—Adiós, Grace.

Frunzo el ceño, pero no me permito pensar en que, definitivamente, eso ha sido «raro».

Cierro la puerta y giro sobre mis talones. La camioneta arranca a mi espalda y se aleja camino de los hangares.

—No le des más vueltas —me ordeno en un suspiro.
«Cuéntale la verdad», me reprendo mentalmente.

* * *

—Llegas tarde —me riñe Nora al verme aparecer.

—Lo siento, chef —me disculpo con rapidez—. No volverá a pasar.

A partir de este instante no tengo más tiempo para pensar. El ritmo en la cocina es demencial y me obliga a estar concentrada al cien por cien.

Mientras preparamos el segundo turno de comidas, me extraña ver a Nora llamar a uno de los camareros a través de la estrecha ventana y hacerlo pasar a la cocina. Nunca lo permite.

Sirve un plato de una olla más pequeña que tiene en un extremo de los fogones y que en ningún momento ha mezclado de ninguna manera con la comida que hemos preparado para los comensales. Al entregárselo al empleado, le da unas instrucciones concisas y muy concretas. No he podido oírlas, pero ha resultado obvio por la expresión de la chef.

Quizá algún trabajador es alérgico a alguno de los ingredientes del plato principal o quizá el señor Cavalier ha venido a echar un vistazo a los comedores y le ha preparado un menú especial, aunque esa segunda posibilidad me parece poco probable. En el mes que llevo trabajando aquí, no lo he visto por el parque ni una sola vez, y eso que su casa está en la zona oeste del recinto.

Nora se pasa los quince minutos siguientes apostada en la ventana, con cara de satisfacción.

—¿Guardamos ya lo que ha sobrado de la sopa de cangrejo? —le pregunto.
Ella me chista, sin ni siquiera girarse.

—Se va a enterar —farfulla entre dientes.

Llevo mi vista hasta Maiko, que también está observando a nuestra jefa, y enarca las cejas, tan confusa como yo.

—¿Está bien, chef? —me arriesgo a inquirir de nuevo.

Pero esta vez ni siquiera me responde. Se aleja de la ventana decidida, toma con las dos manos la olla de la que antes ha servido ese único plato y, empujando la puerta batiente con la cadera, sale a la sala principal.

Maiko y yo volvemos a cruzar las miradas y, tácita y rápidamente, decidimos asomarnos por la ventana. ¿Qué demonios piensa hacer?

Nora cruza el comedor resuelta, levantando la curiosa mirada de los trabajadores precisamente por su determinación. Se detiene frente a una de las mesas y deja con delicadeza la olla sobre el metal.

Al ver quién está sentada en ese lugar, un suspiro ahogado de pura sorpresa se escapa de mis labios. Es la mujer pelirroja que Nash cuele en la cocina una y otra vez.

—¿Te ha gustado el almuerzo, Anaís? —inquire Nora.

Ella asiente.

—Me ha gustado, aunque podrías haberlo hecho un poco mejor. Faltaba... —hace una deliberada pausa— tomillo —contesta, y es obvio que lo ha dicho completamente al azar, sólo para fastidiarla.

—Yo también lo creo —acepta Nora con amabilidad, y creo que eso es lo que más me escama de todo... Está siendo extrañamente cordial—, por eso he rectificado la salsa y me gustaría que la probaras.

Anaís la mira de arriba abajo con aire de superioridad. Erróneamente, piensa que acostarse con Nash, o lo que quiera que hagan, le da cierto poder aquí porque es el jefe de cocina. No sabe hasta qué punto se equivoca.

—Claro —responde—, te haré el favor, pero tendrás que servírmelo tú —apostilla.

Nora sonrío y puedo ver un puntito de divertida malicia en ese gesto. La otra está tan distraída, creyéndose la reina de Saba, que no se da cuenta.

—Muchas gracias, Anaís. Lo he preparado especialmente para ti.

Nora mete la cuchara en la olla. Primero saca un poco de salsa y verduras, nada especial, pero, entonces, vuelve a sumergir el cubierto y, cuando emerge,

se distingue perfectamente el tacón y la hebilla de una bota de cowboy. ¡Le ha dado de comer sus botas rojas!

Todos los que estaban pendientes de la escena, incluidas Maiko y yo, soltamos algún tipo de gritito de sorpresa.

—¡Pero ¿qué coño?! —chilla, alucinada, levantándose de un salto y en el mismo momento llevándose la mano al estómago, asqueada al racionalizar la idea de que ¡acaba de comerse un zapato!

Nora estalla en risas.

—Eso te pasa por colarte en mi cocina y subir esa horrerada de botas de rodeo a mi mesa —sentencia la chef, señalándola.

Sólo hay sitio para una reina de Saba en este comedor, y es ella.

Sin esperar un solo segundo más, gira sobre sus talones y, orgullosísima, con su olla entre las manos, reemprende el camino hasta la cocina bajo la atenta, maravillada y alucinada mirada de todos.

—¡Me las vas a pagar! —grita, indignadísima, Anaís—. ¿Me oyes?

Pero como ni siquiera se molesta en detenerse o contestar, la ira de la pelirroja crece algo así como un millón de enteros y sale tras Nora.

La chef entra en la cocina y deja la olla sobre la mesa. Al vernos, sabe al instante que no nos hemos perdido un mísero detalle de la batalla.

—Se lo merecía —afirma sin más.

Las dos asentimos. No sé si era para tanto el hecho de que se colara aquí, pero, sólo por cómo la ha tratado en el comedor, se merece haberse comido sus propios zapatos. Es una venganza casi poética.

—Maldita zorra —le espeta Anaís entrando en la estancia.

—¿No has aprendido la lección? —responde Nora, llevándose la mano a la cadera y girándose hacia ella—. No te quiero en mi cocina. Si lo necesitas, puedo prepararte esas deportivas al horno para que te enteres de una vez.

Anaís, literalmente, bulle de rabia.

—Tú no sabes quién soy yo —la amenaza.

Nora la mira de arriba abajo, displicente.

—La que acaba de comerse sus zapatos.

La pelirroja lanza un agudo chillido, exasperada y muy cabreada. De pronto, repara en Maiko y en mí.

—Si descubro que vosotras dos, raritas —nos advierte, malhumorada—, habéis tenido algo que ver...

—Ha sido cosa mía —la interrumpe Nora, alzando el dedo índice—, y no se te ocurra meterte con mis chiquillas o vas a suplicarme que te dé de comer tus condenados zapatos en comparación con lo que pienso hacerte.

Anaís traga saliva. Sí, señor. La ha puesto en su sitio una vez más.

—Pienso hablar con Nash y acabará contigo.

—Nash no pinta nada aquí —contesta la cocinera, sin un gramo de arrepentimiento.

—Eso ya lo veremos —replica, dando un paso hacia ella.

—¿Qué ha pasado esta vez?

La voz de Conrad, exactamente como ocurrió con la discusión de Nash y Nora por el tema del interruptor, las acalla a las dos. Algún trabajador ha debido de avisarlo, imaginando que la sangre podría llegar al río.

—¡Me ha dado de comer mis propias botas! —cuenta Anaís, provocando que la intimidante mirada de Conrad vuele hasta Nora—. ¡Yo no le he hecho absolutamente nada!

—Tendrás valor, rata de alcantarilla —se queja la chef—. Se paseó por mi cocina con el imbécil de Nash.

Conrad aprieta los dientes.

—Eso no es excusa, Nora —le recuerda Conrad.

Ésta le mantiene la mirada y, aunque he sido testigo muchas veces de que para ella es como su hermano pequeño, también es obvio que, en el trabajo, Conrad no va a darle un trato especial si se ha equivocado, y todos, la chef la primera, lo sabemos. Es un hombre justo.

La cocinera alza las manos en señal de tregua, pero, desconfiado, Conrad no aparta los ojos de su amiga. Anaís sonrío taimada, pensando que ha ganado,

pero algo me dice que está cantando victoria demasiado rápido.

Nora se inclina, abre uno de los muebles y saca... ¡la otra bota!

Sin una sombra de remordimiento y toda la insolencia del mundo, la coloca de un golpe encima del pequeño mostrador de metal que comunica la zona de la cocina con la de los camareros.

Anaís vuelve a gritar, todavía más furiosa que antes. Maiko y yo nos aguantamos la risa. Conrad mira a Nora y ladea la cabeza, reprendiéndola.

—Es mi trofeo —sentencia la chef.

—Nora —la advierte Conrad.

—Quería repetir —prácticamente lo interrumpe, sin mucha intención de disimular que está a punto de romper a reír, señalando a la pelirroja.

De verdad que no quiero echar más leña a ese fuego, pero no puedo evitarlo y una carcajada se me escapa. Creo que eso ha sido lo mejor de todo: la muy idiota estaba dispuesta a seguir comiendo suela de bota sin ni siquiera saberlo.

Conrad tampoco lo busca, pero sus labios se curvan en una sonrisa, que contiene veloz.

—¿Dónde está Nash? —se queja Anaís, cruzándose de brazos, consciente de que las dos palabras de Nora la han dejado en un completo ridículo—. Quiero hablar con él. Quiero ver a Nora fregando platos. Estoy segura de que a Gracie no le importará cederle el turno por una vez.

¡Mierda!

¡Maldita sea!

¡No puede ser!

Nora y Maiko me observan, extrañadas, pero Conrad... Conrad me mira como si una decena de cabos acabaran de atarse en su mente y cada uno de ellos le hubiese enfadado un poco más.

16
Conrad

No puede ser verdad, joder.

La miro esperando a que me dé algún tipo de explicación, algo, lo que sea, que implique que no ha estado conspirando con el imbécil de Nash a mis espaldas desde que llegó aquí.

—Te dije que necesitaba trabajar —murmura a modo de disculpa.

Eso no me vale. Puedo entender que no me lo contara al principio, pero después ha tenido muchas oportunidades para hacerlo. Joder. ¡Joder!

—Conrad, por favor...

Avanza un paso hacia mí, pero automáticamente yo lo doy hacia atrás.

Ahora mismo no quiero tenerla cerca. Odio esta situación. Odio esta maldita sensación. Me paso las manos por el pelo, frustrado, enfadado, cabreado. Nos hemos acostado. Nos hemos prometido muchas cosas. He sido sincero con ella, ¿por qué no ha podido serlo conmigo?

Gracie se frena en seco, completamente aturdida, con los ojos llenos de lágrimas, y alza las manos en señal de tregua, indicándome que no va a acercarse más. No es la primera vez que veo a una chica hacer ese gesto, y las dos veces que lo he vivido, recordar cómo me sentí, colapsan dentro de mí.

—Conrad, sé que lo he hecho mal y lo siento...

Todos me miran. Ella me mira. Todos me miraban. Ella me miraba... No puedo seguir aquí.

Salgo disparado de la cocina y también del comedor. Estoy cruzando el vestíbulo cuando me doy cuenta de que necesito ser práctico. Ser práctico siempre me ha mantenido a flote. Obligo a mi mente a centrarse y en ese

mismo instante tengo claro a dónde ir. Robert Nash. Ese cabrón me las va a pagar.

Debería estar trabajando y no lo está. El Amelia's todavía está cerrado, así que es más que obvio que lo encontraré en su casa, durmiendo la mona de ayer.

Me monto en la camioneta y cinco minutos después la estoy deteniendo de cualquier manera frente a su jardín. Nunca había estado tan cabreado como lo estoy ahora.

Llamo a la puerta a golpes sin ninguna amabilidad, con la mirada fija en la madera. No me importa quién pueda verme.

—Ya voy, coño —gruñe al otro lado—. Como seas cualquier empleado de mierda con cualquier problema de mierda, cuenta con que te has quedado sin tu puto trabajo. —Es una basura—. ¿Qué? —responde de malos modos en cuanto abre.

Ni siquiera lo ve venir.

Le cojo de la cochambrosa camiseta que lleva y lo estampo contra la puerta.

—Su... Sullivan, ¿qué pasa? —inquire con miedo. Vaya, parece que ya no es tan valiente.

—Permitiste que Gracie doblará turno cuando te dejé muy claro que no quería que lo hiciera.

Debería darle tiempo a responder, pero no soy capaz de contenerme. Lo separo de la puerta y vuelvo a estamparlo contra ella. Nash aprieta los dientes, temiendo el impacto, y después gimotea como una niña pequeña.

—Ella me lo pidió —se defiende—. Todo es culpa suya.

Es el puto colmo. Maldito desgraciado.

—Ah, ¿sí? —planteo en una desdeñosa burla—. ¿Ella te ofreció que tú ficharas en su lugar?

Nash no responde. Sabe que tengo razón. Y que es un gilipollas por intentar colármela.

—Contéstame —mascullo, sacudiéndolo de nuevo.

—Sí, vale, vale, sí —responde de inmediato, cagado de miedo—, todo eso fue idea mía. Le dije que tú controlabas los partes de empleados, que debía fichar por ella para que no nos descubrieses. Me aproveché.

Esas dos palabras rebotan en mi cabeza y, si antes he pensado que nunca había estado tan cabreado, ahora me doy cuenta de que no es nada comparado con la rabia que siento en este instante. La ha tenido en sus manos más de un mes, por eso no quería enfrentarse a él con el problema de la cámara. Dios, y, aun así, al final lo hizo. De pronto todo mi cuerpo se tensa un poco más.

—¿Qué la obligabas a hacer? —rujo.

—Nada raro —se apresura a contestar—. Te lo juro. Sólo fregar y limpiar.

—¿Y después de que te delatara con el desastre del frigorífico?

—Nada.

Entorno los ojos. Me está mintiendo.

—La apreté un poco —confiesa al fin, prácticamente tartamudeando—: La obligué a volver a fregar cosas que ya estaban limpias, me llevé las fregonas nuevas para que tuviera que trabajar con las viejas, que son más pesadas...

Vuelvo a empujarlo contra la puerta, más fuerte que ninguna otra vez, pero no me calmo. Quiero partirle la maldita cara. Por eso la princesita tenía las manos llenas de pequeños cortes. No es que tuviera que aprender a manejar mejor el cuchillo, fue este malnacido.

—¿Qué más? —rujo de nuevo.

—Nada más.

—¿Qué más? —repito, pronunciando cada palabra despacio y amenazador.

Va a contármelo todo y va a pagar por cada cosa que le haya hecho.

—Le descontaba cinco centavos por cada minuto que llegaba tarde, y entretenía a Nora a propósito porque sabía que no podía empezar a trabajar hasta que Maiko y ella se marcharan.

Una idea muy concisa se abre paso en mi mente.

—¿Cuánto le pagabas?

Nash aparta la mirada como el asqueroso cobarde que es y yo aprieto los dientes. Eso sólo puede significar una puta cosa.

—¿Cuánto le pagabas, joder? —siseo.

—Tres dólares la hora.

¡Maldito cabrón!

No puedo contenerme más y lo tumbo en el suelo de un puñetazo. Nash pretende levantarse, pero no lo dejo y vuelvo a darle en la cara. La nariz empieza a sangrarle, pero me importa una mierda. Me coloco de rodillas sobre él y le suelto otro derechazo. La ha obligado a hacer los peores trabajos en las peores condiciones y encima le ha robado más de la mitad de su sueldo.

—Sullivan, por favor —gimotea.

Pero eso también me importa un carajo.

Lo golpeo una vez más, y otra.

—Sullivan —pronuncia a trompicones.

Cierro los puños. Sólo respiro rabia. Quiero seguir, quiero destrozarlo, pero sé que, en el fondo, por mucho que se lo merezca, los golpes que le dé sólo serán mi manera de huir de toda esta jodida situación, y huir nunca funciona. Lo sé.

Le cojo de la camiseta y levanto su magullada cara.

—Escúchame bien, pedazo de escoria —le advierto, y mi voz suena más amenazante que ninguna otra vez, más dura, porque me sale directamente desde las putas vísceras—: Vas a recoger todas tus mierdas y vas a largarte de este parque para no volver jamás, pero antes vas a darme todo el dinero que le debes a Gracie.

—No lo tengo —murmura en un quejido—. Me lo he gastado.

—No es mi puto problema —le dejo claro—. Tienes una hora.

Lo dejo caer y me levanto. Nash se retuerce en el suelo y escupe sangre antes de incorporarse como puede y empezar a rebuscar entre sus cosas.

Viendo cómo se mueve, metiendo sus pertenencias en una asquerosa maleta, no puedo evitar pensar que tendría que haberme deshecho de él mucho antes.

¿Qué clase de hombre guarda en su equipaje una botella de tequila y deja la foto de sus hijos en el aparador?

Busca en un par de cajones y regresa con un puñado de billetes doblados por la mitad. Es más que obvio que estaban preparados para dárselos a alguien, con toda probabilidad a un tío con el que ha perdido apostando. Por eso no me extrañó cuando me pidió doblar turno en la cocina, ya que me dijo que se había metido en problemas. Simplemente me lo creí y, siendo Nash, di por hecho que se los merecía.

—Hay más de quinientos pavos —me informa, entregándomelos, siguiendo el dinero con la mirada después y maldiciendo por lo bajo.

Pretende darme pena. No se hace una idea de cómo de lejos está de conseguirlo.

—No quiero volver a verte cerca del parque —lo amenazo justo antes de dirigirme a la puerta.

—Mierda —gruñe nervioso cuando estoy a punto de salir—. Sullivan —me llama—, ¿no podrías echarme un cable? Le debo pasta a unos tíos.

—Pide trabajo, quizá tengas suerte y algún miserable te ofrezca trabajar por tres pavos la hora. No te costará mucho encontrarlo, entre gilipollas seguro que os reconocéis —contesto sin ni siquiera detenerme.

Cuando me monto en la camioneta, intento respirar hondo, calmarme, pero no soy capaz. La rabia pesa demasiado. Pienso en volver a los hangares para centrarme en el trabajo y tratar que todo quede al margen, pero no puedo. Con este problema no vale simplemente dejarlo a un lado hasta que pare de doler. Tengo que hablar con ella.

Me dirijo a casa. Su turno ya ha acabado, al menos el que sabía que hacía... Aprieto los dientes; sólo con imaginarlo, me cabreo todavía más.

—Conrad —me llama, nerviosa, viniendo hasta la puerta en cuanto la abro.

Tiene pinta de haber estado dando vueltas de un lado a otro del salón sin ni siquiera sentarse. Sin embargo, a unos pasos de mí, se detiene en seco, sin

saber si quiero que se acerque o no. Resoplo mentalmente; claro que la quiero cerca, siempre, pero al mismo tiempo no puedo evitar sentirme decepcionado.

Es jodidamente duro.

—Esto es tuyo —digo, tendiéndole el dinero.

La princesita frunce el ceño, confusa.

—¿Te lo ha dado Nash?

Asiento, pero ella no lo coge. Su expresión cambia y sus ojos empiezan a estudiarme, a intentar leer en los míos.

—¿Le has pegado? —me pregunta.

Repara es mis nudillos raspados y se contesta sola.

—Sé que Nash es una rata miserable —empieza a decir—, pero yo acepté el trato que me propuso. No me obligó.

—No debió ofrecértelo —la interrumpo—. Se aprovechó de ti, planteándote algo que sabía que no tenías más remedio que aceptar porque era tu única opción. Deja de ser tan inocente —la reprendo.

Pero en el fondo es sólo otro mecanismo de defensa. Gracie es un corderito y yo la envíe con el lobo. Pensaba que, con Nora en la cocina, ella estaría protegida, y sé que eso ocurrió en cada turno que estuvo con ella, pero debí darme cuenta de que Nash tenía una posición de poder ahí y que se aprovecharía en cuanto tuviera la más mínima oportunidad.

—¿Alguna vez te ha tratado mal? —Aprieto los puños con rabia y la boca se me seca de golpe. No quiero ni siquiera tener que hacer el ademán de pronunciar lo que estoy a punto de pronunciar—. ¿Alguna vez ha hecho algo inapropiado?

Gracie niega veloz, sin una sola duda, y siento que puedo volver a respirar. Por Dios, si llega a tocarle un solo dedo...

—Desde que lo delaté, ha sido más mezquino de lo habitual, pero sólo eso.

—¿Por qué lo has hecho? —demando, porque no puedo contener más las palabras en mi boca.

—Porque lo necesito —responde, pero esa contestación se queda

demasiado corta.

—¿Por qué? —replico de inmediato—. Necesitabas casarte y un trabajo, ése fue el trato que te impuso tu padrastro, ¿por qué doblar turno cuando, al principio, apenas sobrevivías a la primera parte del día con Nora?

Gracie lo piensa, no porque no sepa la respuesta, sino porque está decidiendo si dármele o no, y creo que eso es lo peor de todo.

—El trato tiene una tercera condición —dice al fin—. Necesito reunir dinero.

Arrugo la frente. Puedo llegar a entender lo del marido y el trabajo, una manera de provocar que Gracie saliese de su burbuja y se enfrentase a sus miedos o, más bien, de que aceptase que nunca sería capaz de hacerlo, pero... ¿el dinero? Louis Cochrane es un hombre muy rico, ¿por qué imponerle esa condición?

—No tiene sentido, Gracie —dejo oír mis pensamientos—. Dices que tu padrastro es un buen tipo, que te quiere, pero te ha tirado de cabeza a esto.

No sé si es el efecto de oír mis propias ideas en voz alta, pero, de repente, caigo en la cuenta de algo..., algo que debí preguntarme hace mucho tiempo.

—¿Qué ganas tú? —planteo.

—¿Qué? —murmura, nerviosa.

Pero, por cómo me mira, precisamente por lo inquieta que está, sé que tiene cristalinamente claro a qué me refiero.

—Princesita —le advierto, dando un paso hacia ella—, ¿por qué aceptaste el trato?

—Tenía que hacerlo.

—Eso no es suficiente —la presiono; avanzo un poco más.

—Para mí, sí —zanja la discusión.

Grace me mira directamente a los ojos y lo que veo en ellos me golpea con más fuerza que cualquier puñetazo en cualquier pelea de mi vida. No confía en mí. Puede que en el sexo, puede que en algunos aspectos, pero no de verdad, no para contarme lo que pasa en su vida. Y, en realidad, lo peor de todo es que

es culpa mía. La he alejado de mí demasiadas veces. «Un día lo conseguirás y no volveré», me dijo en los hangares; quizá el problema es que nunca la dejé ser mía.

Duele. Duele muchísimo.

No digo nada más y salgo de la casa. Ella me llama, pero no me detengo, ni siquiera me giro. He aprendido por las malas que no tengo suficiente fuerza como para verla llorar, ni como para pensar que, de la manera que sea, le estoy haciendo daño, incluso si la situación, quedarme, me lo está haciendo a mí.

Me monto en la camioneta y conduzco hacia ningún lugar. No sé cómo, acabo en el acantilado desde el que le enseñé el Sound. Puede que sea mi manera de martirizarme, de llamarme gilipollas tarado por no haberla besado con fuerza en la cafetería del hospital y no haberla soltado en los tres meses siguientes; o, quizá, sea mi forma de darme una especie de tregua, porque a veces creo que voy a volverme loco. Grace lo ha cambiado todo. Me ha cambiado a mí.

Cuando llego a casa es ridículamente tarde. Supongo que he vuelto a las viejas costumbres y sigue en pie esa premisa de asegurarme de que esté durmiendo para no tener que enfrentarme a la idea de que, incluso enfadado, decepcionado —conmigo, con ella, con el puto mundo—, sólo puedo pensar en tocarla.

Sin embargo, nada me prepara para lo que me encuentro cuando atravieso la puerta principal. La princesita está en mi lado de la cama, tumbada, aún con la ropa y los zapatos puestos, con la luz encendida. Ha debido de quedarse dormida, esperándome. Está hecha un ovillo y no necesito despertarla para saber que está inquieta, triste. Tal vez todo esto sí fue un error, pero ya no soy capaz de renunciar a ella.

Sé que no debería, sé que es la peor de las decisiones, pero acabo tumbándome a su lado, rodeando su cintura y tirando de ella hasta que su

espalda se acopla a mi pecho, dejando que el olor de su pelo, a vainilla y a libros y a espuma de mar, me calme.

La princesita no se despierta, suelta un ruidito, casi un gemido, y se acomoda contra mí, como si ella, ahora mismo, también estuviese en el único sitio donde quiere estar.

La sensación me supera, me llena, lo hace todo más complicado, y me deja más al borde de un inmenso abismo. Estoy enfadado, joder, estoy furioso, y, a pesar de eso, sólo quiero estar aquí.

Dejarla entrar en mi vida. Hacerle daño. Volver a ser ese monstruo. El miedo se hace mayor. Más aun, porque en algún momento, sin que ni siquiera lo haya visto venir, he empezado a necesitarla.

El miedo se hace jodidamente grande.

* * *

Me levanto mucho antes de que ella se despierte y salgo disparado. Me paso toda la mañana trabajando, pero con una idea clara en la cabeza.

A la una en punto, detengo mi camioneta frente a la puerta del comedor. Me bajo y espero apoyado en la carrocería, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Quince minutos después, la princesita se detiene frente a mí, prudentemente alejada unos pasos. Por la manera en la que me mira, es obvio que no sabe que anoche dormimos juntos. Es lo mejor.

—¿Quieres que hablemos? —inquire con cautela.

Niego con la cabeza, hosco.

—No —respondo de la misma manera que he llevado a cabo el gesto—, vengo a llevarte a tu nuevo puesto de trabajo.

Ella me mira confusa.

—Me gusta trabajar aquí —replica tímida pero valiente, esa extraña combinación que sólo la princesita puede crear—. No quiero dejarlo.

—Y no vas a dejarlo —le aclaro—, pero, hasta donde yo sé — involuntariamente pronuncio la frase cargándola con la rabia y la frustración que siento, pero lo disimulo rápido—, tu segundo turno empieza a partir de la una.

Sin esperar respuesta por su parte, me monto en la *pickup*. Gracie no se mueve. No sabe qué pensar. Está confundida, inquieta, incluso, en cierta manera, asustada. Eso me resulta deprimente, pero aguanto el tirón. Ella se lo ha buscado.

Sin embargo, tras sólo un par de segundos, se sube a la Chevrolet, cierra la puerta y se abrocha el cinturón, dispuesta a todo, y esos movimientos, su actitud, me hacen darme cuenta de algo más. ¿Tanto lo necesita? ¿Tan desesperada está por cumplir el trato que está dispuesta a hacer algo que no conoce, incluso que le da miedo?

Una parte de mí sigue demasiado furiosa, pero también la admira un poco más. La princesita es fuerte, ya lo sabía, pero, además, la princesita lucha por lo que quiere.

Detengo la camioneta junto a los hangares. Gracie mira a su alrededor, tratando de ubicarse.

—¿Voy a hacer mi segundo turno aquí?

La miro, pero no respondo, y bajo de la *pickup*. Todo es más fácil si me concentro en seguir enfadado.

Espero a que me imite y, cuando está sólo a unos pasos, su cercanía llama a mi cuerpo como si fuésemos dos putos imanes. La deseo. A pesar de todo, la deseo como un auténtico idiota. Me obligo a apretar los dientes y echo a andar antes de que ella llegue. Tengo que mantener la cabeza fría, joder.

Al entrar en los enormes garajes, la princesita sonrío. Es más que obvio que le encanta estar aquí, como a mí, y por un momento una punzada de culpabilidad me atraviesa.

Cruzamos una de las gigantescas naves y llegamos a un inmenso y grueso arco revestido de chapas de metal. Ya a unos metros, el ruido es ensordecedor.

Accedo primero y, cuando ella lo hace, la sonrisa se le borra de golpe, transformándose en pura sorpresa y algo más, de nuevo ese resquicio de miedo.

—¿Esto es...? —deja en el aire, confusa, deteniéndose a mi lado.

—La zona B de los hangares —le explico—, donde se preparan todos los materiales que después se usarán para fabricar los aviones.

La nave es del mismo tamaño, pero, por las enormes grúas que trabajan desde el techo y las decenas de planchas de acero y otros materiales, parece aún más grande, casi monstruosa. El trabajo aquí no es ningún juego de niños, pero lo que ha hecho Gracie tampoco. Ya no se trata de que me desobedeciese o me ocultase algo —siendo honestos, no es la primera vez que lo ha hecho—, hablamos de que dejó que Nash se aprovechara de cómo trabajamos en el parque, porque ella también estaba sacando un beneficio. En primera instancia, incluso permitió que saliera impune del problema de la cámara frigorífica con tal de que no la descubriese. No soy ningún imbécil: Nash era el principal responsable y por eso lo he echado de aquí con la nariz rota, pero el comportamiento de Gracie también tiene que tener consecuencias.

—No puedo trabajar aquí —dice, observando a los operarios del hangar, hombres en su mayoría, aunque también hay mujeres..., todos muy fuertes y con una gran forma física.

Pierdo la mirada en uno de los extremos y contemplo cómo un grupo de empleados guía una rueda de cableado, suspendida por la grúa, con pinta de pesar más que su apartamento. Pienso en llevármela de aquí, dejar que haga horas extra en Administración, ordenando albaranes, pero no puedo.

—Si quieres doblar turno, tendrás que hacerlo aquí, Gracie —respondo, luchando porque mi voz suene neutral—. No tienes más opciones.

Giro sobre mis talones y me marchó. Ella se queda bajo el arco, estudiándolo todo. Por un momento, con toda franqueza, rezo para que se dé media vuelta y decida dejar de doblar turno y pasar, no sé, más horas en la

biblioteca, pero, lejos de hacerlo, la princesita toma aire y echa a andar hacia el interior del hangar.

Maldita sea..., aunque a estas alturas ya debería saber que es lo suficientemente valiente como para enfrentarse a esto.

* * *

Desde ese condenado día, mi vida es un puto infierno. Quiero estar con la princesita, tocarla, pero al mismo tiempo estoy demasiado enfadado, y una parte de mí empieza a gritarme que no es porque no me contara lo de Nash, sino porque no confía en mí, y no tengo la más remota idea de cómo poder encajarlo con cómo quiero que sean las cosas.

Distanciarme de ella, duele. Verla en el trabajo, duele. Me duermo pensando en ella y ella es lo primero que acude a mi mente cuando abro los ojos. Estoy bien jodido.

—Te estás equivocando. —La voz de Niko me llega clara y concisa, a pesar del rumor de maquinaria y gente trabajando reinante en el hangar.

Me paso la mano por la nuca, con la vista en lo que tengo delante, el cableado principal de la parte de abajo del morro de un avión no tripulado 4070. No sé dónde falla. Últimamente me cuesta un condenado infierno concentrarme.

—Sólo he hecho lo que tenía que hacer.

—Lleva dos semanas trabajando aquí —replica de inmediato—. Entiendo que se equivocó y que merecía un castigo, pero Gracie ya lo ha pagado, ¿no te parece?

No había ningún tipo de duda acerca de que estábamos hablando de ella, pero ésta es la primera vez que pronuncia su nombre y siento que algo me golpea con fuerza el esternón. Tengo que encontrar la jodida manera de que la princesita dejé de afectarme así.

—No es asunto tuyo —le digo, tosco. Esta conversación tiene que acabarse

ya—. Soy yo quien decide ese tipo de cosas.

Y mucho más si hablamos de ella.

Niko aprieta los labios, estoy seguro de que llamándome gilipollas mentalmente una decena de veces. No lo culpo. Yo también lo hago.

—Eres un testarudo de mierda —sentencia al fin, exasperado, alzando las manos y girando sobre sí mismo sólo para perderme de vista.

En ese momento, McSimons, el jefe de uno de los equipos del hangar B, se acerca hasta nosotros.

—Señor Sullivan —me llama.

—¿Algún problema?

—No, señor —responde profesional—, pero tengo que hablar con usted.

Me da la sensación de que es verdaderamente importante, así que dejo el destornillador apoyado en el depósito abierto y me giro hacia él. De todas formas, no estaba avanzando gran cosa.

—¿Qué pasa? —demando, prestándole toda mi atención.

McSimons mira a Niko, pero yo le hago un gesto para que no se preocupe y continúe.

—Se trata de Gracie —contesta.

Mi respiración se acelera en una décima de segundo y todo mi cuerpo se tensa, en guardia.

—¿Está bien? —inquiero, conteniendo toneladas de urgencia en esas dos palabras.

—Sí, señor.

—¿Acaso no está cumpliendo? —Lo planteo por cerrar todas las puertas, pero sé que ése no es el problema.

—No, señor. Es más, se esfuerza muchísimo.

Contengo una sonrisa de puro orgullo. Lo sabía.

—¿Entonces?

Sueno más tosco que otras veces, pero no me importa. Si pasa algo con la princesita, necesito saberlo ya.

—Con todos mis respetos —empieza a decir—, creo que éste no es el trabajo más adecuado para Gracie, y no lo digo porque sea mujer —añade rápidamente, dejando claro que su objeción no tiene nada que ver con eso—: Ninguna persona con su compleción física debería realizar este trabajo.

Le mantengo la mirada, luchando, conteniéndome otra vez. Primero Niko y ahora él, aunque no sé de qué me sorprende, es imposible conocer a la princesita y no preocuparte automáticamente por ella, querer que esté bien y que tenga todo lo que necesite.

—Usted es un jefe justo —continúa—, por eso nos gusta trabajar aquí, y por eso he pensado que querría saberlo.

Mierda. Aparto la vista y la pierdo en un punto indefinido a mi izquierda al tiempo que entreabro los labios y me paso la punta de la lengua por ellos, sólo un segundo. Ser justo es lo que estaba haciendo, ¿no? ¿O estoy tan jodidamente dolido que no soy capaz de verlo?

—Vuelve al trabajo —le ordeno con la voz más serena.

Él asiente y se marcha por donde ha venido.

—Tiene razón —comenta Niko tras unos segundos—. Eres un tío justo. —Vuelvo a ladear la cabeza y me topo con su mirada—. Selo con ella.

Creo que nunca había estado tan confuso.

—Tú también deberías volver al trabajo —replico, con la cabeza yéndome a mil millas por hora.

Regreso al morro del avión y recupero el destornillador, aunque no tengo ni idea de por dónde seguir trabajando.

Niko resopla, con la vista sobre mí, justo antes de echar a andar. Supongo que esperaba que reaccionase de otra manera, pero lo cierto es que ahora mismo ni siquiera sé cómo.

A partir de este mísero segundo, todo pasa a cámara lenta.

Un estruendo cruza el hangar, como si fuésemos el Londres de 1942 asediado por la Luftwaffe.

Después un grito.

Sólo uno.

Y el mundo se desmorona a mis pies.

17
Conrad

Salgo corriendo. Creo que nunca lo había hecho tan rápido. Los operarios me miran. Cruzo el arco como un ciclón y la veo, a la princesita, en el suelo, rodeada de media docena de tubos de cobre de más de cincuenta kilos cada uno; apenas a un metro, la cadena de la grúa que se ha roto, dejándolos caer.

Voy hasta ella, pero tengo la sensación de que le está pasando a otra persona y no a mí, que no es mi chica, mi mujer, la que está tirada en el suelo.

—¡Avisad a Niko! —grito justo antes de arrodillarme a su lado.

Está inconsciente. Le aparto el pelo de la cara. Con cuidado, miro si tiene algún golpe, si hay sangre.

—Grace —la llamo con los ojos llenos de lágrimas—. Grace, despiértate, por favor.

Princesita, por favor.

El ruidoso hangar de pronto está sumido en un sepulcral silencio. Le acaricio la mejilla. Despiértate, Gracie.

Por favor, no me dejes solo.

Una lágrima cae.

Se oyen unos pasos acelerados cortar el ambiente.

—No la muevas —me ordena Niko.

Se arrodilla al otro lado de ella y comprueba la reacción de sus pupilas. La ambulancia llega en cuestión de minutos. Niko no deja de dar instrucciones, la inmovilizan en una camilla, la levantan.

Me incorporo con ellos, la sigo con la mirada. Hijo de puta. ¡Todo esto es tu maldita culpa! Conrad Sullivan siempre tiene que acabar destrozando todo

lo que toca.

Muevo la vista sin ningún motivo y mis ojos se encuentran con los de McSimons. No dice nada, pero su mirada lo dice todo por él.

Me monto en la ambulancia y, en cuestión de minutos también, estamos en el hospital. Dos enfermeras y, al menos, dos médicos salen a recibirnos. Niko los informa. ¿Por qué no se despierta? Princesita, despiértate, por favor.

—No puedes pasar —me detiene Niko, colocándome la palma de la mano en el pecho.

—Quítate de en medio —le advierto, cerrando los puños con fuerza junto a mis costados, un detalle que no le pasa inadvertido.

—Cálmate —me pide, esforzándose en sonar más sereno.

—Niko —rujo, y no sé qué es lo que quiero, intimidarlo, suplicarle... Estoy desesperado.

La mirada de mi amigo se tiñe de compasión.

—Déjame ayudar a Gracie —dice—. Ahí dentro sólo estorbarías.

Quiero protestar. No quiero separarme de ella, pero la parte de mí que todavía conserva algo de sentido común sabe que es lo mejor.

Asiento a regañadientes.

Son las tres horas más largas de mi vida.

Nora y Maiko se presentan en el hospital, intentan consolarme, pero yo no abro la boca. Lo único que quiero es que Niko cruce esa maldita puerta y me diga que Gracie está a salvo, que va a ponerse bien.

—Señor Sullivan —me llaman a mi espalda.

Me giro y me encuentro con una enfermera vestida con pijama de hospital.

—Acompáñeme, por favor —me indica.

Echo a andar tras ella sin dudar y cada paso que doy se transforma en algo casi angustiante. Por favor, que esté bien. Esa frase se ha transformado en el puto mantra de mi vida.

Atravesamos un par de pasillos y al fin me deja junto a una puerta. Al levantar la cabeza, siento tantas cosas a la vez que ni siquiera soy capaz de

ponerles nombre. Grace está en una cama, aún inconsciente. El pitido que rítmicamente marca un monitor junto a ella es una gota de alivio en mitad de toda esta pesadilla; es su corazón, latiendo.

Tiene una mano aparatosamente vendada y un moratón junto al labio, casi en la barbilla, y otro en la frente. Pero ¿por qué no se despierta?

—Está bien. —La voz de Niko atraviesa la neblina que me rodea y la disipa—. Ha tenido mucha suerte.

Suelto el aire que había contenido sin ni siquiera darme cuenta y, desesperado, me paso las manos por el pelo. Está bien. Está bien.

—Está bien —murmuro.

—Le hemos hecho todas las pruebas posibles —me explica—, radiografías, escáneres, TAC, cualquier examen que nos permitiese descartar cualquier tipo de hemorragia interna, y así ha sido. De todos modos, tiene la muñeca derecha dislocada y una contusión bastante fuerte en el costado que le afecta a dos costillas.

—¿Por qué no se despierta?

—Porque necesita su tiempo —responde.

Asiento. Puede tomarse todo el que quiera. No pienso moverme de su lado.

Avanzo un paso hacia a ella, dispuesto a cumplir lo que acabo de prometer, pero, justo antes de hacerlo, me giro hacia mi amigo.

—Gracias, Niko.

—No me las des.

Automáticamente pienso en la princesita, en las veces que me ha dicho que hay que agradecer las cosas.

—Hablo en serio.

—Yo también —replica—. No me las des, porque ahora mismo no quiero ni dirigirte la palabra. Te advertí de que Gracie no debía estar allí. Podría haber muerto, Conrad.

Aguanto la reprimenda. Tiene razón. Todo esto es culpa mía. Nunca tendría que haber dejado que trabajara allí. Observo a la princesita y una rabia densa

se entremezcla con el dolor. Todo esto podría haber terminado mucho peor. Podría haber muerto, joder.

—Te preocupa ser un monstruo —añade con el resentimiento saturando su tono de voz. Esa simple palabra me golpea y todo se vuelve gris—, pues, créeme, con ella ya lo has sido.

Trago saliva con la vista clavada en Grace. En eso también tiene razón. También aguanto este tirón, pero cuesta mucho más. Está a punto de mandarme al fondo del pozo.

Niko se marcha y me quedo ahí de pie, mirándola, dejando que sus palabras me calen hasta los huesos. Me las merezco.

—Destrozo todo lo que todo —mascullo, odiándome más que nunca.

* * *

Gracie no se despierta en el resto del día ni tampoco en toda la noche. Nora me propone hacerme compañía, quedarse con ella mientras bajo a comer algo. Se lo agradezco, pero rechazo su ofrecimiento. No quiero separarme de ella.

No tengo ni idea de qué hora es, pero ya está amaneciendo. Estoy junto a su cama, con los dos codos apoyados en el colchón y su mano entre las mías.

—Eh, princesita —la llamo en un susurro—, ¿me oyes?

Espero un segundo, dos, tres... nada.

—Parece que los hospitales van a marcar un punto importante en nuestra historia. Nos conocimos en uno, ¿recuerdas? —continúo, y una débil sonrisa se cuelga en mis labios con tan sólo recordarla en aquella cafetería, cómo me sentí la primera vez que la vi—. Creo que nunca había visto a una chica tan nerviosa ni tan adorable.

Dibujo su cara con mis ojos.

«Despiértate, por favor.»

—No voy a decir que haría las cosas de otra manera si volviésemos a aquel día, creo que no sabría —reconozco—, pero, si tuviese la oportunidad,

me dejaría sentir todo lo que tú me haces sentir. Te besé en los juzgados porque quise hacerlo, porque sentí algo cuando mis dedos rodearon tu muñeca, algo que no había vivido antes, algo mejor... Tú me haces mejor, princesita. —Aprieto los dientes. Los ojos se me llenan de lágrimas. El dolor cortante, sobrehumano, impregna mis huesos y los agujerea—. Por eso tienes que despertarte.

No puedo perderla; a ella, no.

—Conrad...

Su voz suena en un murmullo apenas perceptible, pero para mí tiene el mismo efecto que un grito a pleno pulmón.

Levanto la mirada y sonrío como un idiota al verla intentando abrir los ojos. Ladea la cabeza, desorientada, buscándome, pero el cansancio o los medicamentos, no lo sé, la vencen y vuelve a cerrar los ojos.

—Princesita —la llamo, sentándome en el borde de la cama para estar más cerca de ella y pulsando el botón que da aviso a las enfermeras.

—¿Dónde estoy? —musita.

—En el hospital.

Ella niega con la cabeza, como si no pudiese creerlo.

—No, no quiero —replica con los ojos cerrados—. Llévame a casa, por favor.

Sonrío. Pienso hacerlo. Nadie ni nada podría impedírmelo.

La enfermera entra y, al verla despierta, sonrío y me informa de que llamará al doctor.

Niko llega al cabo de unos minutos. Comprueba algunas cosas, le hace un par de preguntas. Yo lo observo todo desde un extremo de la habitación, apoyado en la pared, con los brazos cruzados. Minuto a minuto, Gracie parece más despierta y, minuto a minuto también, su expresión parece cambiar. Está recordando todo lo que ha pasado.

Cuando Niko se marcha, lo único que deseo es que vuelva a pedirme que la lleve a casa, pero ella guarda silencio. Quiero acercarme, besarla,

convencerla de que me perdone, pero me obligo a repetirme que ahora mismo tengo que darle su espacio. Tiene derecho a odiarme. Se lo debo.

—¿Por qué me enviaste a los hangares? —pregunta.

—Porque no hiciste las cosas bien y merecías un castigo. Estaba siendo justo.

Una fugaz, breve e irónica sonrisa se apodera de su boca.

—Tú nunca has sido justo conmigo, Conrad.

—Eso no es verdad.

—Sí, lo es —sentencia sin un solo resquicio de duda.

Quiero convencerme de que tengo razón, pero lo cierto es que sé que no. Durante días, la prejuzgué, pensando que era un animalillo asustado, una mocosa sin dos dedos de frente. Siendo sinceros, ése fue el motivo por el que me casé con ella. Después, se lo puse demasiado difícil, la alejé, tomé decisiones por los dos. He sido un cabrón, un hijo de puta, todo lo que queráis llamarme. Sólo puedo decir que lo último que quería era hacerle daño.

—Todo lo que hice fue para protegerte.

—¿De qué?

—De mí.

Todo mi cuerpo protesta al pronunciar esas palabras, como si un miedo demasiado grande se hubiese despertado en mi interior al dar por hecho que, confesándole la verdad, la perderé.

—¿Por qué?

Tenso la mandíbula.

—No puedo contártelo —susurro, y mi voz suena ronca. No puedo perderla. No quiero perderla.

—Si no puedes contármelo, márchate —replica, y no suena enfadada; suena dolida, triste, cansada, decepcionada, y yo nunca pensé que odiaría tanto cuatro putos adjetivos.

—Tú me importas —trato de hacerle entender.

Gracie niega con la cabeza.

—Eso no me vale —sentencia—. Ya no.

Voy a perderla. Da igual lo que haga, el resultado siempre será el mismo.

—Grace... —la llamo.

Necesito encontrar la manera, necesito que se quede conmigo.

—Conrad, márchate —me pide.

Mi cuerpo, mi corazón, deciden por mí y niego con la cabeza, absolutamente perdido, muerto de miedo.

—Esto no es por ti —continúa con la voz llena de lágrimas, con las mejillas mojadas—, es por mí. Sé que debería odiarte por todo lo que ha pasado, pero no puedo... y he aprendido, este parque me ha enseñado, tú me has enseñado —rectifica, y, a pesar de todo, consigue que esas palabras se llenen de cosas bonitas—, que tengo que ser valiente y elegir lo mejor para mí, pedir lo que quiero y marcharme si sé que no van a dárme.

—¿Y qué es lo que quieres?

Te daré cualquier cosa que me pidas, te lo juro.

—Quiero que me quieras, Conrad, como yo te quiero a ti.

Menos eso.

Algo dentro de mí, yo mismo, cae en barrena hasta estrellarse contra el suelo y hacerse millones de pedazos.

—Te quiero, Conrad.

El corazón me late demasiado deprisa, casi no puedo respirar, la batalla es abismal y el miedo va a ganar. Siempre gana.

—No deberías quererme.

Deberías querer algo mejor que yo.

—Lo sé —contesta—. Por eso necesito que te vayas.

18
Gracie

Lo quiero. Puede que lo haya comprendido ahora, pero sé que hace mucho que lo siento, aunque no pudiese ponerle nombre. Creo que, por eso, prometerle que no pensaría en nosotros más allá de estos tres meses, se pareció sospechosamente a una mentira.

—¿Y qué va a pasar con nuestro trato? —pregunta con su indomable voz bañada de demasiadas cosas.

—Tenemos que seguir con él. Los dos lo necesitamos.

Conrad asiente sin ni siquiera mirarme y el corazón se me parte en pedazos. Lo quiero y va a acabarse. Lo quiero y estoy renunciando a él.

Alza sus preciosos ojos verdes y atrapa los míos. Ya lo echo de menos.

—Lo siento, Grace —dice, y su masculina seguridad brilla con fuerza—. Nunca había odiado tanto cómo soy hasta ahora —añade, con tanta sinceridad que duele.

Sale de la habitación y, en el momento en el que la puerta se cierra tras él, rompo a llorar, desconsolada. Mi corazón ha elegido y lo ha elegido a él. Puedo luchar cuanto quiera, pero no puedo evitarlo. Creo que nunca podré.

* * *

Ya llevo veinticuatro horas aquí. Maiko, Nora y Niko han venido para estar conmigo, pero no sé si he sido una compañía muy agradable. No dejo de pensar en Conrad. Tampoco he comido demasiado; pasar de los menús de

Nora a los del hospital es complicado. Por lo menos, las pastillas para el dolor del costado me dejaron K.O. y dormí al menos siete horas seguidas.

—El doctor vendrá a verla ahora y le dará el alta —me explica la enfermera.

Sonrío, agradeciéndoselo. Estoy deseando marcharme a casa, aunque esa misma idea hace que la mente se me enmarañe. Hice lo que tenía que hacer rompiendo con él, pero lo quiero y no dejo de llorar... y tenemos que seguir compartiendo casa, porque, en teoría, somos un matrimonio feliz. ¿Cómo se supone que voy a manejar todo eso?

—Hola. —Su voz... su voz siempre me ha complicado las cosas.

Alzo la cabeza y veo a Conrad a los pies de mi cama, con las manos metidas en los bolsillos. Parece cansado, pero su halo de puro atractivo sigue ahí, resplandeciendo.

«¿Qué hace aquí?», me pregunto, aunque a mi corazón no le importa esa respuesta y se hincha, feliz. No quiero dejar de mirarlo.

—Van a darte el alta —contesta con una innata habilidad para leerme el pensamiento—. Sería raro que no estuviese aquí. Debemos seguir fingiendo que estamos casados.

Asiento. Tiene razón, pero por algún motivo la palabra *fingiendo* ahora duele mucho más que antes.

Durante el siguiente puñado de segundos nos quedamos mirándonos. Lo quiero. Me da igual que sea un animal de mal trato, hosco y difícil, y quiero que esté aquí. Una vez oí decir que el corazón es el órgano más estúpido del cuerpo humano, porque es el primero en entregarse y el primero en perdonar. El mío late feliz sólo porque él está cerca.

Conrad da un paso hacia mí, como si mi cuerpo le hubiera mandado exactamente ese mensaje. Sus ojos verdes se llenan de muchas emociones: hay rabia, hay impotencia, hay deseo... y hay algo más que cruza su mirada tan rápido que ni siquiera soy capaz de atraparlo.

—Grace —me llama, y otra vez sé que jamás podré olvidar su voz.

—No —le pido, negando con la cabeza, a punto de romper a llorar.

El primero en entregarse, el primero en perdonar, ¿recordáis? Pero es que el mío ya es suyo, por eso tengo que protegerme.

—Yo... —continúa, sin rendirse.

Una lágrima rueda por mi mejilla.

—¿Qué tal te encuentras? —pregunta Niko, interrumpiéndolo, entrando en la habitación con la vista puesta en la carpeta que revisa.

Conrad lanza un juramento ininteligible entre dientes al tiempo que se aleja y se pasa las manos por el pelo.

—Puedo volver más tarde —se ofrece Niko, al reparar en los dos.

—No —niego, veloz—. No molestas.

Sin embargo, no me está prestando atención a mí, tiene los ojos clavados en su amigo y es obvio que está preocupado. Me pregunto si sabrá lo que ha ocurrido entre nosotros.

Finalmente me sonrío, un gesto de puro trámite que, en el fondo, no engaña a nadie, y camina hasta mí.

Me revisa el vendaje de la mano y los golpes del costado.

—Estoy bien —respondo en un claro intento de convencerlo para que firme el alta.

—Reposo absoluto una semana —me informa.

Refunfuño como una niña pequeña. Una semana es demasiado tiempo. Tengo muchas cosas que hacer.

—Si te cuesta trabajo respirar o estás más cansada de lo habitual —añade —, tienes que regresar de inmediato.

—Voy a pasarme una semana tumbada —me quejo—, ¿cómo es posible que vaya a estar cansada?

—Hablo en serio, Gracie —me advierte.

—Lo hará.

La voz de Conrad atraviesa el ambiente clara y segura, como es él en realidad. Las mariposas se levantan en tropel en la boca de mi estómago,

¿piensa cuidar de mí? Por fortuna, consigo contenerlas rápido.

Niko asiente, pero no dice nada. Eso me resulta... extraño.

—Tendré tus papeles listos en quince minutos.

—Muchas gracias.

Niko sonrío de nuevo y sale de la estancia.

En cuanto la puerta se cierra tras él, el aire vuelve a llenarse de esa suave electricidad, como si Conrad y yo no fuésemos capaces de estar en la misma habitación sin crearla.

—¿Necesitas algo de ropa?

Niego con la cabeza.

—Las enfermeras han sido muy amables y me han dejado llevar un pijama de hospital —contesto—. Puedo ir con él a casa.

La ropa que llevaba puesta cuando llegué quedó hecha jirones. La cortaron para poder quitármela y tratarme. Ese pensamiento, el de mi ropa, por inercia, me lleva a fijarme en la de Conrad y me doy cuenta de que viste la misma de aquel día: unos vaqueros oscuros y una camiseta blanca con botones en el cuello, desabrochados.

—Tu ropa... —empiezo a decir.

—No tiene importancia —me interrumpe.

Muchas posibilidades se agolpan en mi mente, entre ellas que lleva dos días en la sala de espera, para poder estar cerca, cuidándome, y al mismo tiempo respetar lo que pedí. Las mariposas vuelven y son más difíciles de contener, aunque finalmente lo consigo. Sólo estoy dejando que el romanticismo me gane la partida; con toda probabilidad, tiene más de una camiseta de ese color y forma y seguro que viste unos vaqueros parecidos, no los que llevaba entonces.

En ese preciso instante me percato de que, si quiero tener alguna posibilidad de sobrevivir, tengo que ser más lista. Tengo que dejarlo todo atrás. Tengo que olvidarme de lo que ha pasado, lo bueno y lo malo; encerrarlo en una cajita y guardarla en el fondo de mi corazón y mi cerebro.

Tengo que obligarme a pasar página, ya, sin anestesia. Más que nunca, tengo que ser fuerte.

La enfermera regresa con una silla de ruedas y me ayuda a sentarme en ella. Las costillas se me resienten un poco, pero aguanto el tirón.

Nos despedimos y Conrad me lleva hasta la salida principal, donde está aparcada la camioneta.

Hago el ademán de levantarme para subir a la Chevrolet, pero Conrad me chista al tiempo que me empuja suavemente en el hombro para que vuelva a apoyar la espalda en la silla.

—¿Es posible que ya hayas olvidado lo del reposo absoluto? —plantea, socarrón.

Lo miro francamente mal. Miraría francamente mal a Niko si estuviese aquí. Sólo están exagerando.

—Estoy bien —le dejo claro.

Conrad asiente, condescendiente. Él me está dejando bastante claro a mí que le importa bastante poco lo que yo tenga que decir.

—No lo dudo —replica—, pero resulta que le he dado mi palabra a Niko de que descansarías, así que no te queda otra.

En cuanto pronuncia esa frase, mi mente vuela libre y se posa en un momento muy concreto, en un recuerdo, con los dos, en la camioneta, camino de mi encuentro sorpresa con Ophelia, con él diciéndome que no iba a alejarme porque me había hecho una promesa y nada ni nadie le impediría cumplirla.

Conrad se inclina sobre mí, pasa una mano bajo mis rodillas, otra por mi espalda y, como si no pesara nada, me levanta y me lleva hasta la *pickup*.

Otros muchos recuerdos persiguen al primero y, al sentirme entre sus brazos, todas las veces que lo he tenido así de cerca, que su olor me ha sacudido, que he estado en el único lugar donde quiero estar, me llenan de calor por dentro.

Creo que no soy la única cuya cabeza se llena de esos momentos, porque,

por un solo segundo, sus manos se hacen más posesivas sobre mi piel, sus ojos se oscurecen y esa maravillosa burbuja vuelve a crearse a nuestro alrededor.

—Gracias —murmuro cuando me deja sobre el asiento.

Conrad mueve sus manos y siento que me quedo huérfana. Conrad sonrío. Una sonrisa suave, preciosa y auténtica, y empiezo a preguntarme por qué no podemos quedarnos el resto de la vida así.

Sin embargo, mi sentido común, en paradero desconocido los últimos diez minutos, vuelve y me recuerda que voy a sufrir, que tengo que apartarme de él.

—Te lo agradezco —me parafraseo con voz trabajosa—, pero deberías volver a tu asiento.

—Lo haría encantado, princesita, pero tendrías que soltarme.

El tono burlón de sus palabras me hace salir de mi ensoñación para ver cómo tengo agarrada su camiseta a la altura de su estómago. Su sonrisa se transforma en una media, sexy y desdeñosa, y yo quiero que la tierra me trague.

Inconsciente, deja de actuar por tu condenada cuenta.

Lo suelto de inmediato y, nerviosa y tímida, clavo mi vista al frente.

Conrad, ya libre de mi agarre, me observa un segundo más y finalmente se encamina a su puesto tras el volante.

Durante el trayecto, ninguno de los dos habla y *Maps*, de Colin & Caroline, ocupa el aire a nuestro alrededor. Me encanta esta canción; habla de que, cuando estás con la persona adecuada, puedes enfrentarte a cualquier cosa. Automáticamente pienso en mí y decido extrapolar ese precioso mensaje: yo, en este parque, en el Sound, puedo hacer frente a cualquier cosa. Me ha enseñado a ser valiente.

En el momento en el que nuestra casita entra en mi campo de visión, no puedo más que suspirar, algo sobrepasada. No sé hasta qué punto es buena idea que me quede aquí, en el epicentro de toda nuestra historia, junto con la camioneta, todo hay que decirlo. Aunque lo cierto es que tampoco es algo que

esté en mi mano decidir: el trato con Louis sigue en pie y, por tanto, las condiciones también. Debemos seguir casados.

Al menos, decido ponerme las cosas un poco más fáciles y salgo de la *pickup* por mi propio pie.

En cuanto me ve, Conrad aprieta los dientes.

—Gracie, por Dios —protesta, bajándose de un salto y corriendo a mi lado de la Chevrolet.

—Estoy bien —repito por enésima vez.

Con el primer paso, una punzada de dolor me recorre las costillas. Uffffffff. Un ojo se me cierra involuntariamente, parece que me estuviesen atravesando con una lanza candente.

Conrad me dedica la mirada más suspicaz, displicente y condescendiente (otra vez) que he visto en todos los días de mi vida.

—Estoy bien —vuelvo a decir, pero lo cierto es que aún tengo el ojo cerrado.

Conrad pone los suyos en blanco y, sin pedirme permiso de ningún modo, me coge de nuevo en brazos.

—Las costillas me duelen cada vez que haces eso —miento sólo para fastidiarlo.

—Por lo menos, ahora tienes los dos ojos abiertos —replica, sin ningún remordimiento.

Entramos en la casa y, sin darme explicaciones, pasa de largo el tresillo, derecho a su habitación.

—Yo duermo en el sofá —le recuerdo.

Conrad suelta un bufido de lo más impertinente.

—Hablo en serio —le advierto.

—Ya te he oído.

Pero sigue caminando inexorablemente hacia su dormitorio. Forcejeo para bajarme, pero no sirve de nada.

—Conrad, maldita sea —protesto—. No voy a dormir en tu cama.

—Y yo no pienso permitir que duermas en el sofá.

Muy bien. No me has dejado otra, Conrad Sullivan.

A un paso de su cuarto, tomándolo por sorpresa, le cojo del pelo y tiro con fuerza. Conrad gruñe y ladea la cabeza, tratando de frenarme, pero, como no lo suelto, lo desequilibro y, para no dejarme caer, me pone despacio en el suelo.

—Gracias —pronuncio, insolente.

Conrad me fulmina con la mirada.

—No vas a dormir en el sofá —me recuerda, malhumorado.

—No voy a dormir en tu cama —le recuerdo yo a él.

Pero internamente sopeso la situación. Entiendo por qué lo hace, se supone que debo descansar y todo eso y un sofá antediluviano no es la mejor de las maneras. Aun así, la idea de que durmamos en la misma cama, con él cerca... Ya siento cómo mis músculos se tensan deliciosamente y todavía ni siquiera se ha puesto uno de esos pijamas ridículamente sexis.

—¿Y cómo pretendes que lo hagamos? —propongo al fin, procurando sonar conciliadora—. No puedo dormir contigo, Conrad.

No quiero, pero mi voz suena como una súplica.

Él aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea, como si, a pesar de todo, ese tipo de frases fuese lo que más le doliese. Mi corazoncito levanta la mano, dispuesto a decir algo, pero lo mando callar sin contemplaciones. Sé que todo esto le duele, nunca lo he dudado, pero necesito más.

—Es muy fácil, princesita —plantea, tosco—. Tú duermes en la cama —dice, señalándola a mi espalda— y yo, en el sofá.

El gesto hace que me gire por inercia y, con el mueble en cuestión en mi campo de visión, no puedo evitar suspirar absolutamente sorprendida. La ha llenado de almohadones y cojines, ni siquiera sé de dónde ha sacado tantos, creando el lugar más cómodo del mundo, con una especie de respaldo para poder leer o estar con el portátil. Mi propio ordenador está sobre el colchón y, en la mesita, los libros que saqué de la biblioteca, además de, por supuesto, mi cajita de Altoids.

Lo ha preparado para que una persona esté increíblemente cómoda. En ningún momento tuvo en mente que fuéramos dos.

—Gracias —digo, y esta vez es de verdad.

—De nada —replica—, pero tumbate —me pide con vehemencia—. Tienes que descansar.

Sonrío y asiento.

Me tumbo en la cama y me sumerjo entre los almohadones. Vaya, esto es realmente cómodo... muy muy cómodo. Me recuesto un poco más, me saco el brazo del cabestrillo y lo dejo sobre uno de los cojines. Ya no me duelen las costillas. Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos.

—Mmm... —se me escapa un gruñidito de pura relajación.

Este rincón es una pasada.

Cuando vuelvo a abrir los ojos con una sonrisa extasiada, me topo con los de Conrad. Se pasa la punta de la lengua por el borde de los dientes y, al tiempo que coge el cabecero de la cama con una mano, se inclina despacio, muy despacio, sobre mí.

—Me alegra que estés a gusto —sentencia, atrapando mi mirada.

Yo trago saliva, manteniéndole el gesto.

—Hay tantos almohadones que sería imposible no estarlo —comento, aunque lo correcto sería decir que casi tartamudeo.

Conrad sonrío de esa manera que hace que todo me dé vueltas y se incorpora para dirigirse a la puerta.

—Tienes un bloc y un lápiz en la mesita —me explica, sin volverse—. Apunta los libros que necesitas e iré a la biblioteca a buscarlos.

¿En serio? Llevo mi vista a la mesita y ahí está, el bloc. Sonrío como una idiota y ahora sí que es imposible contener las mariposas. De verdad, va a cuidar de mí.

* * *

Lo positivo de estar en cama es que tengo un montón de tiempo para estudiar y consigo avanzar muchísimo en el trabajo que debo entregar.

Ya ha anochecido cuando termino de leer uno de los libros que tenía pendiente. Lo cierro, satisfecha, y miro a mi alrededor. Es el momento perfecto para darme una ducha.

Me muevo poco a poco, procurando que mis costillas no se resientan demasiado, y, tras estar un par de minutos sentada en el borde de la cama para que la punzada de dolor se calme, consigo ponerme en pie. Duele. Duele más de lo que parecía que iba a doler. ¡Duele mucho!

—¿Se puede saber qué haces? —Su voz llega con ese punto de malicia y arrogancia que sólo Conrad Sullivan, y Robert Downey Jr., sabe imprimirle a las palabras.

Alzo la cabeza y está bajo el umbral de la puerta, con el costado apoyado en el marco y los brazos cruzados.

—Quiero darme una ducha —le explico.

Conrad asiente.

—Pues habrá que llevarte al baño.

Asiento, nerviosa, no voy a negarlo, y Conrad da el primer paso hacia mí.

—No es necesario que me cojas en brazos —le aclaro.

Sonríe.

—¿Y puedo saber por qué?

Porque pareces un caballero andante cuando lo haces y tu olor me sacude y tengo ganas de quedarme a vivir justo ahí. Gracias a Dios, respuesta mental... pero, casi sin darme cuenta, busco sus ojos con los míos y dejo que los atrape. Mala idea. Muy mala idea.

—Porque no es necesario —murmuro, obligándome a apartar la mirada—. Tú sólo..., tú sólo, ven aquí y ayúdame —añado, un pelín exasperada.

Él no dice nada, aunque sospecho que está disfrutando con esto.

Camina hasta mí con ese aire cadencioso, casi torturador, y se detiene a mi lado. Desliza su mano por mi cintura y el gesto tiene un eco en mi cuerpo que

me corta la respiración. El corazón empieza a latirme deprisa, y su mirada, en contra de mi voluntad, vuelve a hechizarme.

—¿Preparada? —me pregunta, y tengo la sensación de que me está desafiando.

Asiento.

—Sí —musito, sin poder dejar de contemplarlo.

Damos el primer paso, todo mi cuerpo se resiente y me doblo como acto reflejo. Aprieto los dientes y algo a medio camino entre un gemido y un quejido cruza mis labios. ¡Maldita sea!

—Grace —me llama—, mírame.

Me tomo un segundo de más, esperando a que el dolor disminuya y, al fin, alzo la cabeza. Sus ojos vuelven a atrapar los míos y simplemente sonrío, despacio, suave, con el único objetivo de tranquilizarme.

—Sé que duele —susurra—, pero también sé que eres capaz. Sólo tienes que confiar.

Confiar. La palabra perfecta. Esconde muchas cosas. Sentir, creer, querer. También es una de las más difíciles. Confiar no es algo que puedes hacer si realmente no lo sientes; no se puede fingir y tampoco se puede forzar, por mucho que lo desees. Confiar es un premio que tienes, que recibes, una recompensa que compartes.

Lentamente, volvemos a intentarlo. Paciente, sus manos me sostienen y me guían y yo me centro en aguantar y llegar donde quiero llegar.

Sé que sólo estamos recorriendo un puñado de metros, pero también que me está demostrando lo generoso que puede ser.

Al alcanzar el baño, sonrío orgullosa. ¡Lo he logrado!

—La primera parte ya está hecha —comenta, ayudándome a sentarme en el borde de la bañera y estirando su perfecto cuerpo para abrir el grifo a mi espalda—. Quítate la ropa —añade con una naturalidad pasmosa.

—¿Qué? —pregunto en un golpe de voz.

Conrad frunce el ceño imperceptiblemente.

—Pretendes ducharte vestida —afirma, burlón—. ¿Es una nueva modalidad? Te duchas y lavas tu ropa al mismo tiempo.

—Ahorraríamos en detergente —respondo por inercia, siguiendo su línea de argumentación, pero, tan pronto como lo digo, cabeceo—. No voy a desnudarme contigo aquí.

—No puedes ducharte sola.

Sonríó nerviosa, casi con un punto de risa histérica. No puede ayudarme a ducharme. Sería como mandar la soga a casa del ahorcado y pedirle amablemente al pobre desgraciado que se subiese al banco mientras canta una canción de Bonnie Tyler.

—Sí que puedo.

Conrad me mira con esa mezcla de condescendencia, socarronería y ternura. Estoy teniendo un *déjà vu* de la conversación sobre dormir o no en el sofá.

—Esto es muy simple, princesita —me advierte—. O dejas que te ayude a ducharte o vuelves a la cama.

Observo mi brazo en cabestrillo, ni siquiera puedo mojármelo. Pienso en mis costillas... Maldita sea, vuelve a tener razón.

—Está bien —claudico a regañadientes.

Conrad se asegura de que la temperatura del agua sea la adecuada y vuelve a ponerme en pie. Poco a poco, me retira el refuerzo del brazo y lo deja sobre el lavabo.

—¿Cuánto costaría contratar a una enfermera? —planteo con un mohín en los labios, aunque soy consciente de que es una probabilidad tan lejana que ni siquiera se ve en el horizonte.

—Créeme, no nos lo podemos permitir —responde, chistoso.

—Lo imaginaba.

Agarra el cordón de mi pantalón de hospital y tira de él. El nudo se deshace en un segundo. Sus dedos se cuelan entre la tela y mi piel y, despacio,

acuclillándose, los baja. Levanto los pies por turnos y Conrad deja caer la prenda a un lado al tiempo que se incorpora de nuevo.

El movimiento pretende ser mecánico, sé que así queremos interpretarlo los dos, pero la realidad es que todo a nuestro alrededor parece volverse borroso, la habitación más pequeña, el agua más caliente.

Sus ojos se posan sobre los míos y mi respiración, otra vez, se convierte en un caos. Conrad mueve sus manos y desliza una bajo mi camiseta, por mi espalda, logrando que cierre los ojos guiada por la caricia.

Por Dios, todo me da vueltas.

Toma el bajo de la prenda y me la saca por la cabeza. En el momento en que cae al suelo, convirtiéndose en un amasijo azul con el resto del pijama, la realidad y el deseo vuelven a aliarse para ponernos las cosas muy difíciles, porque, por mucho que queramos reinterpretarlo, mandando nuestras naves a costas más seguras, estoy desnuda frente a él, y quizá otras dos personas en cualquier parte del mundo puedan fingir, pero nosotros no; creo que ni siquiera sabemos.

—Métete en la bañera —me ordena con voz trémula.

Obedezco, muevo las piernas y, con su ayuda, en cuestión de segundos estoy bajo el chorro de agua caliente. Sin embargo, el líquido no me calma. El vapor secuestra el aire de la diminuta estancia, y todo, el deseo, se vuelve más pesado.

—No muevas el brazo —me advierte, apartándolo.

Está siendo práctico. Es su manera de enfrentarse a lo que no puede controlar.

Moja la esponja y la llena de gel. El olor a frutas se une al vapor y todo sube un escalón más. Me la tiende y, al asirla, nuestros dedos se tocan llenos de agua y jabón. Me separo pausadamente y todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo echan de menos su contacto.

Comienzo a pasar la esponja por mis hombros, mi brazo, mi estómago... Yo también debo ser práctica. Pero, entonces, tomándome completamente por

sorpresa, Conrad alza la mano despacio y, aún más lentamente, deja que la punta de sus dedos, casi efímera, acaricie el moratón de mi costado.

Hay tanta dulzura en el movimiento que no me duele, pero eso no significa que no esté lleno de un sinfín de cosas. Muevo mi mirada y me topo con la suya, fija en su mano, en mi piel. Su respiración está repleta de una rabia tan cortante que puede llegar a doler. Está sufriendo. Está perdido. Puede que yo acabara en el hospital, pero es él quien está más herido de los dos.

Las murallas caen, las suyas, las mías, y los dos nos quedamos al descubierto, como si el universo nos estuviese diciendo que podemos intentar ser todo lo cordiales que queramos, pasar página, pero que lo que sentimos el uno por el otro siempre estará ahí, latiendo con tanta fuerza entre los dos que todo lo demás ni siquiera importa.

—Lo siento, Grace —dice con el dolor saturando su voz.

Asiento y los ojos se me llenan de lágrimas. Lo quiero.

—Lo sé —respondo, y de verdad lo hago.

—Princesita —pronuncia, dejando caer su frente contra mi estómago, como si ya no pudiese más, como si mi nombre fuese un oasis en mitad de una batalla que lo está consumiendo por dentro.

Hundo mi mano en su pelo y la intimidad, la suave electricidad, la burbuja... da igual cómo lo queramos nombrar, regresa y, por un puñado de minutos, con el agua empapándonos, volvemos a poder respirar de verdad.

* * *

—No había mucho donde elegir —comenta, tendiéndome un plato azul con un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada de arándanos cortado por la mitad—. Mañana iré al supermercado.

—Gracias —respondo, cogiéndolo con una sola mano y dejándolo en mi regazo.

Estoy hambrienta.

Después de la ducha, Conrad me ha ayudado a vestirme y me ha dejado en la cama antes de salir a preparar algo de cenar.

Lo que ha pasado me ha servido para comprender que los sentimientos, sean los que sean, necesitan tiempo, así que tengo que olvidarme de la estupidez de esta misma mañana de obligarme a pasar página. Lo haré cuando esté preparada. Sólo espero que sea lo más pronto posible.

Sé que Conrad también le está dando vueltas. Es más que obvio que sigue preocupado y muy pensativo.

—¿Lo compartimos? —le ofrezco, moviendo el plato, con la boca llena de sándwich.

Me mira y niega suavemente con la cabeza.

—Necesitas comer para recuperarte —replica.

—Pues, entonces, siéntate y hazme compañía —contraataco.

Tuerzo los labios en un pucherito muy poco creíble, pero que surte efecto, ya que Conrad accede.

El siguiente minuto lo pasamos en silencio. Le doy un nuevo bocado a mi comida y, sin quererlo, lo recorro con la mirada. Está sentado, con el cuerpo inclinado hacia delante, los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas, suspendidas entre sus muslos.

—Te quedaste en la sala de espera, ¿verdad? —pregunto de pronto—. Todo el tiempo que estuve en el hospital.

Conrad oye mi pregunta, pero sigue con la vista al frente, no sé si meditando una respuesta o pensando en cómo todo cambió en menos de veinticuatro horas.

—No quería dejarte sola —contesta al fin—, pero quería respetar tu decisión.

Asiento.

—No quise tener que hacerlo.

—Sólo quiero que lo entiendas —me interrumpe, con la necesidad hablando por él, ladeando el cuerpo para tenerme de frente—. Dime que sabes

que no es un capricho, que no quiero alejarte, que no me he cansado ni ninguna de esas estupideces, que sabes que de verdad no puedo.

Aparto la mirada, tratando de luchar contra todo lo que siento. Lo sé. Sé que no es un capricho, pero, por mucho que lo comprenda, hay demasiadas cosas que nos siguen separando.

—Me sería mucho más fácil entenderte si pudieras contarme por qué.

Conrad asiente con tristeza.

—Ya da igual, ¿no te parece? Al final, todo hubiese acabado de la misma manera.

Tengo la sensación de que no es eso lo que querría poder contestar, pero, sin duda, su pasado, fuera lo que fuese lo que ocurrió, ha pesado más.

—Eso nunca lo sabremos —replico.

Nuestra historia ha sido, cuando menos, inusual. Habríamos podido hacer demasiadas cosas de manera diferente y, quizá, todo habría sido más fácil, o, tal vez, no habríamos durado más de una semana. Las decisiones que tomamos en cada paso del camino lo construyen poco a poco.

—Deberías descansar —sentencia, levantándose.

Por un momento busco la manera de seguir la conversación, pero, antes de pronunciar la primera palabra, desisto. ¿Para qué seguir torturándonos?

Conrad se dirige hacia la puerta y lo sigo con los ojos. Otra vez lo echo de menos, cuando, en realidad, no sé si alguna vez llegó a ser mío.

—Lo entiendo —digo antes de que el pensamiento cristalice en mi mente. Conrad se detiene y el alivio más auténtico se derrama por todo su cuerpo como un bálsamo—. Sé que nada de lo que ha pasado ha sido un capricho para ti.

Sin embargo, la batalla interna, su batalla interna, también parece relucir con fuerza. A un lado todo lo que siente, al otro los motivos por los que no puede permitirse sentirlo.

—Si pudiese querer a una sola chica —susurra sin girarse, dejando que todo lo que es lo haga brillar—, un solo segundo, aunque eso me condenase a

pasar el resto de mi vida solo, te querría a ti.

Conrad se marcha y yo me quedo muy quieta, en silencio, sintiendo cómo cada una de esas palabras me atraviesa, me duele y me hace feliz a la vez.

—Yo también te quiero —murmuro para mí, y las lágrimas se estrellan contra el plato azul.

* * *

Las siguientes semanas son..., la verdad es que ni siquiera sé cómo describirlas. Conrad cuida de mí, está atento a todo lo que necesito y me demuestra que tiene mucha más paciencia de la que nunca imaginé, sobre todo porque empiezo a estar insoportable. Quiero salir de aquí. Hacer cosas. Ya estoy curada, pero Niko no opina igual y, para mi desgracia, él tiene la última palabra.

Además, cada maldito día, el señor Conrad Sullivan está más asquerosamente guapo, ¿alguien puede explicarlo? ¿Por qué condenada fórmula matemática del espacio psic sideral gana enteros de atractivo a cada minuto que no puedo lanzarme a sus brazos? Es mezquino.

Maiko me hace compañía cada tarde después de su turno. Le pedí a Conrad que sacara un curso de inglés para ella en la biblioteca, así que nos pasamos horas parloteando cada una en el idioma de la otra. Si seguimos así, vamos a crear un nuevo lenguaje: el *coreanés* o el *ingloano*.

Como pasó en el hospital, Nora ha venido a verme —con un pastel de chocolate, es la mejor—, y también Niko, en visitas no oficiales. Incluso el señor Cavalier, el dueño del parque, me envió un ramo de flores enorme y una tarjeta deseando mi pronta recuperación.

No le he dicho nada a Louis ni tampoco a Ophelia o a Ted. Afortunadamente sólo fue un susto; de acuerdo, uno bastante gordo, pero contándoles algo que no van a poder solucionar, estando a casi quinientas millas, sólo los preocuparía.

* * *

El miércoles ya no puedo más. Literalmente, empezaré a subirme por las paredes si no consigo salir de aquí y hacer algo, lo que sea; incluso echo de menos la fregona industrial y el cubo.

Pero tengo un plan.

Me pongo la alarma intempestivamente temprano, me levanto y me visto procurando no hacer ruido. Asomo la cabeza antes de salir. No hay moros en la costa. La luz está encendida, pero observo el sofá, Conrad sigue durmiendo; tampoco es tan raro... Al fin y al cabo, ni siquiera ha amanecido. Supongo que debió de quedarse trabajando y olvidó apagarla. Le pasa muchísimas veces.

De puntillas, voy hasta la puerta principal. Sonrío. Ya casi llego al pomo.

—¿Se puede saber a dónde vas?

Su pregunta me hace dar un respingo y gruñir malhumorada.

Me giro a tiempo de verlo junto al baño, ya vestido con una camisa de cuadros remangada y unos vaqueros, descalzo y con el pelo húmedo echado hacia atrás con un golpe de mano. Pero ¿cómo es posible? Estaba dormido...

—¿Por qué te levantas tan temprano? —protesto.

—Podría decir lo mismo —replica, burlón.

—Tengo muchas cosas que hacer —contesto sin asomo de dudas, alzando la barbilla. Voy a salir. Ni el mismísimo diablo me arrancaría esa idea de la cabeza.

Conrad enarca las cejas; claramente sabe lo que estoy pensando y claramente piensa ponérmelo difícil, el muy maldito.

—Voy a salir —sentencio, intimidante.

—Creo que no, princesita —contesta en absoluto amedrentado, echando a andar hacia el sofá.

Lo observo. ¿Se puede ser más arrogante? ¿Qué piensa, que si me dice que no, me quedaré clavada en el suelo sin poder mover un solo músculo? Tengo

mis recursos y sé abrir una puerta sin su ayuda.

Agarro el pomo, lo giro, pero nada. Lo intento otra vez, sigue cerrado. Trato otra y otra.

—¿Cuántas veces necesitas probar para llegar a la conclusión de que he cerrado con llave? —plantea, evidentemente riéndose de mí.

Resoplo muy enfadada y camino determinada hasta el salón. Cuando el sofá entra en mi campo de visión, me doy cuenta de que confundí los cojines bajo la colcha con el propio Conrad.

—Quiero salir —le dejo claro, sin un solo atisbo de duda, para más señas—. Quiero trabajar, ir a la biblioteca.

Conrad lo piensa un segundo y por un momento creo que va a ser racional, por una vez, y va a dar su brazo a torcer.

—No, no —finge pensarlo un segundo más— y no.

Lo fulmino con la mirada. Sin embargo, como siempre, en realidad, mi intento de resultar amenazante acaba logrando el efecto contrario y Conrad me dedica una sonrisa de lo más canalla.

—Deja de hacer eso —farfullo.

—Princesita, Niko ha dicho que aún no estás bien —me recuerda.

Ahora la que sonrío, con un poco de malicia, todo hay que decirlo, soy yo.

—Qué casualidad que menciones a Niko —replico—, ¿habéis hecho ya las paces?

Conrad me mantiene la mirada, demostrando que, si quiero sacarlo de sus casillas, no lo estoy consiguiendo.

—¿Ya os habláis? —insisto.

—No es asunto tuyo.

Echa a andar hacia la cocina y oigo cómo empieza a preparar café. Refunfuño, exasperada, y salgo tras él.

—Tú te metes en todos mis asuntos —protesto, apoyando las palmas de las manos en la encimera.

—Eso es porque prácticamente tú me obligas —bufa—. Eres tan inocente

que me da miedo llegar un día a casa y verte cantando rodeada de todos los animalitos del bosque.

Le dedico un mohín y él me responde con el ademán de una reverencia con la mano. Maldito descarado.

—Niko es tu mejor amigo —sigo argumentando—. Se enfadó contigo, pero hace una eternidad de aquello. Habla con él.

Soy consciente de que sólo he sacado el tema para chincharlo, pero lo cierto es que de verdad me apena que no hagan las paces. Se necesitan y estoy segura de que se echan de menos, aunque los dos sean tan estúpidamente orgullosos como para no reconocerlo.

—Te lo agradezco, princesita, en serio que sí —responde, cerrando la pequeña puertecita de la máquina y presionando el botón de encendido—, pero sigue sin ser tu problema.

Entorno los ojos, pensativa... urdiendo una estrategia, más bien; ya volveré con este tema más tarde, no me rindo, pero creo que tengo más posibilidades de agotarlo mentalmente con el «quiero salir de aquí».

—Hoy voy a trabajar, así que voy a desayunar y voy a marcharme —comento con la voz serena, profesional, sin dar opción a replica.

—No —responde inmisericorde.

—Conrad —gimoteo.

—Gracie...

—Por favor —lo interrumpo—. Por favor —añado antes de que pueda decir nada—. Por favor —vuelvo a cortarlo antes de que diga lo que pensase decir—. Por favor.

Conrad se gira, irritado, hacia el armarito donde están las tazas y saca dos.

—Por favor —pronuncio por enésima vez.

No puede contenerse y deja con más fuerza de la que pretendía las tazas sobre la encimera, a punto de estallar. Sonrío. Ya es mío.

—Por fa...

—Bailemos —me frena esta vez él a mí, girándose.

Frunzo el ceño, absolutamente perdida.

—¿Has dicho que bailemos?

Conrad asiente.

—Dices que no te duele nada, que puedes caminar y todo eso, ¿no? Pues demuéstramelo —me reta—, aquí, sin salir de estas cuatro paredes.

De pronto, me imagino que quiere que le haga una coreografía de Beyoncé o algo parecido y me pregunto hasta qué punto estoy en forma para conseguirlo, y me refiero a en cualquier momento de mi vida.

Conrad se dirige al salón, activa el viejo equipo de música y se aleja un par de pasos. Una suave canción empieza a sonar, *Made for You*, de Alexander Cardinale, y cualquier idea preconcebida que pudiese tener, simplemente, desaparece.

Lo veo detenerse en el centro de la estancia, envuelto en todas las palabras bonitas que comienzan a inundar el ambiente. Alza la mirada y, a pesar de la distancia, me atrapa y vuelve a hechizarme, a poseerme.

Camino despacio y me detengo a un solo paso de él. Conrad alza la mano con la misma lenta agonía, casi como si fuera una exquisita tortura. Toma una de las mías y me estrecha contra él mientras deja que la otra se pose en mi espalda, que me recuerde lo bien que me siento cuando estamos tan cerca.

Empieza a movernos, casi a mecernos. La canción canta bajito que puede que haya muchas cosas que no sepa, pero que tengo claro que estoy hecho para ti. Y el hechizo se hace mayor. Hemos firmado un trato con el universo para que este momento sea sólo nuestro. Tenía veintitrés años cuando mi vida cambió. Él la cambió.

Su olor, sus ojos, él.

El corazón es el órgano más estúpido del mundo, pero ahora mismo no me importa porque lo seguiría sin dudar, seguiría a Conrad sin dudar.

Deja caer su frente contra la mía y creo que, si quisiese, podría oír mis latidos retumbando contra mi pecho. Seguimos moviéndonos, seguimos bailando, seguimos construyendo nuestro propio paraíso.

—Grace —susurra.

Y sé que es su mantra igual que su nombre es el mío.

Sólo me gustaría poder fugarnos a una isla desierta lejos de todos sus miedos; ser como ese chico y esa chica para los que el Sound y el océano construyeron un lugar donde quererse.

Mi único sueño es que podamos ser felices.

Conrad me aprieta contra él, desliza su mano bajo mi camiseta. Cierro los ojos, buscando sus labios a ciegas, diciéndole sin palabras cuánto he echado de menos que hiciera ese gesto, lo vacía que se ha sentido mi piel sin él.

Ladea la cabeza; noto el cálido aliento de sus labios en los míos.

La canción habla de sonrisas que brillan, de salvar corazones que necesitan ser salvados, de que no hay dudas, de que estoy hecho para ti.

Pero no puedo.

—Tengo que irme a trabajar —murmuro, separándome de él, con el corazón retumbándome en el pecho.

Todo mi cuerpo protesta. El deseo, el placer, el amor... se alían para recordarme a lo que estoy renunciando alejándome de él, pero, de verdad, no puedo, nada ha cambiado. Si lo dejo volver a hacerme feliz, también volveré a sufrir. Él no puede quererme.

Me obligo a levantar la vista y a mirarlo. No soy ninguna niña asustada, pero lo que veo en sus ojos verdes hace que todo duela todavía más. Conrad también lo desea, también quiere dejarse llevar.

—Por favor —susurro, y sé que suena como una súplica, pero no me importa, lo es. Si se acerca, caeré. Si me toca una sola vez, le daré todo lo que soy. Por eso necesito poner un poco de distancia con él, escapar a todo lo que me hace sentir.

Conrad pierde su mirada al frente, a ningún punto en concreto en realidad, al tiempo que se lleva las manos a las caderas. Está enfadado, lo sé, y también sé que se está conteniendo.

—Te llevaré —sentencia al fin, echando a andar hacia su habitación, sin ni

siquiera mirarme.

Al pasar a mi lado, adivino mi corazón a punto de estallar. Lo quiero. No puedo pensar en otra cosa. Su olor me sacude y el dolor se hace casi sobrehumano. Cierro los ojos, luchando por retener las lágrimas. Lo quiero y estoy renunciando a él.

* * *

En el trabajo, al menos, consigo distraerme un poco, aunque Nora me obliga a prometerle que me lo tomaré con calma y, a las once, cuando me dispongo a lavar los aproximadamente cinco millones de manzanas que necesita para el postre, me manda sentarme y descansar. Según ella, «lo tiene todo controlado y no le hago ninguna falta».

Al terminar, se ofrece a llevarme a casa, pero le pido que me deje en los hangares. Quiero hablar con Conrad. Hay algo a lo que le he estado dando vueltas todo el día y necesito contárselo.

Nada más poner un pie en los enormes garajes, los operarios comienzan a acercarse y a decirme cuánto se alegran de que esté bien y me haya recuperado. Consiguen hacerme sonreír y que de verdad me sienta una más. Ahora entiendo todo lo que dijo Conrad sobre formar parte de algo.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta Conrad con una sonrisa, de pie frente a mí, observando cómo todos me dan la bienvenida.

Mi sonrisa se ensancha, sincera. Me daba miedo pensar que pudiese estar enfadado por lo de esta mañana y ni siquiera quisiese verme.

Le respondo con ese mismo gesto en los labios.

—Quiero hablar contigo.

Conrad asiente y, con un gesto de cabeza, me indica que lo siga a su despacho justo antes de empezar a caminar hacia allí.

Me despido de los chicos y voy a su encuentro.

—Hola —lo saludo, empujando la puerta entreabierta.

Conrad está apoyado, casi sentado, en su mesa. La imagen me trae muchos recuerdos. Nos dibujo aquí a los dos, discutiendo por ir o no ir a la biblioteca, a mí contemplándolo embobada mientras trabajaba subido al morro de un avión. Sólo hace dos meses de aquello y parece que ha pasado una eternidad.

—¿Qué tal te ha ido con Nora?

Cierro la puerta a mi espalda y doy un paso hacia él.

—Creo que eso ya lo sabes —contesto con una sonrisa—, me ha tenido entre algodones.

Sé que él ha sido el responsable.

Conrad se cruza de brazos, fingiéndose inocente, pero la media sonrisa lo delata.

—Gracias por no estar enfadado por lo de esta mañana.

Nuestra situación no es sólo dura para mí; a él también le afecta.

Conrad me mantiene la mirada, pero no dice nada y por un momento esa punzada de miedo vuelve; espero no haber metido la pata recordádoselo.

—¿De qué querías que habláramos? —encauza la conversación.

Sea lo que sea lo que sintiese esta mañana, no quiere ponerlo sobre la mesa. Supongo que no puedo reprocharle nada. Ya no estamos juntos.

Tomo aire y me obligo a centrarme. Ya ahora sé que esta conversación va a ser complicada, pero tengo que defender mi postura.

—Le he estado dando vueltas —empiezo a decir— y me gustaría recuperar mi segundo turno en el hangar B.

—No —responde al instante, juraría que asustado. Creo que no ha necesitado pensarlo, le ha salido directamente desde el centro del pecho.

—Es importante.

—Que estés sana y salva, lo es —me rebate con vehemencia, incorporándose como un resorte.

Se pasa las manos por el pelo. Yo vuelvo a suspirar. No quiero hacerle daño, pero es una decisión que me corresponde a mí tomar.

—Fue un accidente —contraataco.

—Y me dejaste por ese accidente —replica casi en un grito, y otra vez parece que esas palabras no las pronuncia su cerebro, sino su corazón.

Durante el siguiente minuto, los dos nos quedamos en silencio, como si para ambos, lo que acaba de decir, pesara más que el aire.

—No te dejé por eso, Conrad —rebato, y me cuesta un mundo que esas palabras atraviesen mi garganta. Odio tener que decirlas en voz alta, odio tener que mirarlo y utilizar el verbo *dejar*—. Ni siquiera fue lo que lo provocó. Yo... yo sólo estoy intentando protegerme.

Conrad tuerce el gesto, apenas un segundo. Sé que le duele y también que ahora está recordando todas las veces que él mismo ha dicho exactamente eso.

—No puedes trabajar aquí —sentencia.

—Tengo que hacerlo, Conrad.

Niega con la cabeza, como si la sola idea lo torturase.

—No, no tienes.

—No voy a huir —respondo en un golpe de voz—. Estoy cansada de hacerlo, de esconderme.

Conrad me mantiene la mirada y sus ojos verdes se llenan de demasiadas cosas, pero, por encima de todas, soy capaz de ver que me entiende. Él también huye, no sé de qué, y también está cansado de hacerlo.

Lucha, lucha por decirme que no, por encontrar algo, lo que sea, que le permita ir en esa dirección, pero acaba bajando las manos, rindiéndose.

—Eres la persona más valiente que he conocido —afirma con una seguridad y una sinceridad atronadoras, dibujando mi rostro para volver a centrarse en mis ojos, ofreciéndome todo lo que es y permitiendo que mi corazón vuelva a rozar la felicidad.

Me equivoqué. No son ni el parque ni el Sound los que me dan la fuerza suficiente para enfrentarme a cualquier cosa, es él, el tenerlo cerca.

—Empezaré mañana.

Me permito mirarlo una vez más y salgo de su despacho.

Quiero ser valiente siempre.

* * *

—El teatro isabelino ocupa del 1578 al 1642 y, aunque fundamentalmente hace referencia a las obras escritas e interpretadas durante el reinado de Isabel I, también se extienden a los de Jacobo I y... —Hago memoria. Lo sé. Lo sé. Lo sé.

—Carlos I —me recuerda Conrad, pasando la hoja de mi libro sobre el teatro renacentista inglés—. No es tan difícil.

Lo miro francamente mal. Él no ha tenido que memorizarlo entero. Es un libro muy gordo.

—Siguiente pregunta —farfallo.

—Dime cinco autores del teatro isabelino —sonríó por adelantado. Está chupado—, entre los que no estén Shakespeare ni Marlowe.

Tuerzo los labios en un mohín.

—Eso es juego sucio —protesto.

—Tienes cinco segundos —me presiona.

—No hay tiempo.

—Uno —empieza a contar, inmisericorde—, dos...

Lo miro alucinada y resoplo, pero no tengo tiempo de seguir protestando, así que me incorporo hasta quedar con la espalda recta en el sofá y comienzo a pensar.

—William Alabaster —respondo—, Robert Armin, George Chapman, Thomas Middleton y...

Un gran momento para coronar mi contestación con William Shakespeare.

—Cuatro.

Lo fulmino con la mirada, pero sólo consigo que sonría. Qué infame.

—Wentworth Smith —añado veloz.

Conrad me observa, suspicaz, mientras guarda silencio. Está consiguiendo que dude.

—La respuesta es correcta —suelto el aire que sin darme cuenta había contenido, como si de pronto estuviésemos en «Jeopardy!» y fuese a conseguir el bote de cien mil dólares—, pero lamento comunicarle que ha entrado fuera de tiempo, señorita Turner.

Abro la boca, superindignada.

—No habías dicho cinco, tramposo.

—Después de llevar estudiando contigo más de dos horas, soy, oficialmente, el mejor marido del mundo —replica, desdeñoso—, así que... no me importa nada lo que tengas que decir. Has perdido. Siguiendo pregunta.

Aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea. Se va a enterar.

Cojo uno de los cojines del sofá y se lo lanzo a la cabeza, pero Conrad lo esquiva sin problemas. Lo reitero: el cabronazo es muy rápido.

—¿Estás atacando al mejor marido del mundo? —pregunta, divertido y amenazante al mismo tiempo.

—Es lo que se merece —contesto, alzando la barbilla.

Conrad asiente, fingiendo meditar mis palabras y... ¿aceptarlas? ¿En serio? ¿He ganado?

—¿Estás de acuerdo, señor Sullivan?

¡He ganado!

—Creo que no.

Antes de que pueda verlo venir, me toma de la cintura, me inmoviliza y empieza a hacerme cosquillas sin ninguna piedad. Yo rompo a reír en contra de mi voluntad.

—¿Te rindes?

—No —contesto entre carcajadas.

—¿Te rindes?

¡Esto es una tortura!

—Sí.

Conrad sonrío, satisfecho, y deja de hacerme cosquillas, pero, en el mismo movimiento, me coge de las muñecas y me las sujeta por encima de la cabeza,

contra el tresillo.

—Esta afrenta te saldrá cara —me advierte.

—No me das ningún miedo —suelto con los ojos entornados.

—Ah, ¿no?

Niego con la cabeza.

—No.

—Di que soy el mejor marido del mundo.

—Ni por un millón de pavos —niego.

Conrad me sujeta las dos manos con una sola de las suyas y baja la que le queda libre, hacia mi costado, amenazante.

—No me hagas más cosquillas —le pido, riéndome por adelantado con sólo recordar las últimas.

—Pues dilo —me chantajea.

Resoplo. Eso no vale. Estoy siendo coaccionada.

—Eres el mejor marido del mundo —gruño a regañadientes.

—Disculpa, no te he oído —replica, torturador.

Vuelvo a resoplar y la sonrisa de Conrad se ensancha.

—Eres el mejor marido del mundo —repito alto y claro.

—Y el más inteligente.

—¿Qué? —protesto—. ¡No!

Conrad agita los dedos de su mano libre, muy cerca ya de mi piel.

—Está bien —lo freno, y de nuevo estoy a punto de echarme a reír—. Y el más inteligente, ¿contento?

Finge pensarlo.

—Todavía no —sentencia el muy cabronazo.

Abro la boca, indignada, otra vez.

—¿Quién es el marido del mundo más guapo, increíblemente atractivo y fuerte?

Le mantengo la mirada. Él sonrío encantado, disfrutando de estar saliéndose con la suya, pero...

—Chris Hemsworth —respondo.

Yo también sé ser bastante impertinente cuando quiero.

—Te vas a enterar.

Vuelve a hacerme cosquillas, rompo a reír de nuevo, forcejeamos y, antes de poder impedirlo, estamos rodando y cayéndonos del sofá. Conrad aterriza en el suelo y yo lo hago sobre él.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí —contesta en un jadeo, pero cabecea indicando un no y no puedo evitar sonreír.

Al oírme, Conrad abre los ojos, los míos creo que ya lo esperaban y, en una décima de segundo, nuestra conexión vuelve a brillar, como si nunca, jamás, da igual todo lo que pase entre nosotros, pudiese apagarse.

Sin pretenderlo, mis manos se apoyan en su pecho y, despacio, muevo la palma hasta que noto el latir de su corazón debajo. Conrad alza la suya y me mete un mechón de pelo tras la oreja, dejando que el reverso de sus dedos acaricie mi mejilla.

Estamos muy cerca. Estoy en el mejor lugar del universo.

—Deberías prepararte —susurro casi en un tartamudeo—, en una hora es la fiesta de Cavalier.

Lo digo, pero no hago el más mínimo ademán de quitarme de encima para que pueda levantarse. No quiero.

—No me movería de aquí por nada del mundo —responde.

Una sonrisa tímida, suave, sincera, se instala en mis labios. Es el eco de este momento, de esta atmósfera perfecta, de lo que me hace sentir.

—Pues, entonces, creo que tenemos que seguir estudiando —digo, pero no dejo de sonreír.

Y otra vez ninguno de los dos se mueve.

No sé cuánto tiempo pasamos así, hasta que me obligo a levantarme y alejarme unos cuantos metros prudenciales de él. Hay cosas que no podemos

elegir y, que la tierra deje de girar cuando Conrad me mira a los ojos, es una de ellas.

—Siguiente pregunta —le pido, y la misma sonrisa sigue ahí.

* * *

Tengo suerte y, desde que me reincorporo al trabajo en la zona B de los hangares, me dedico a etiquetar y guardar pequeñas bovinas de cables flexibles unipolares para altas temperaturas y piezocerámicos después, nunca de más de diez metros, así que nunca llegan a pesar más de un kilo. Si una de ellas se me cayera encima, sobreviviría sin problemas.

Ya he vuelto a mi vida de siempre en el parque. Primer turno, segundo turno y biblioteca. Echo de menos a Conrad como una idiota, más aún cuando lo tengo cerca, y cada noche, al acostarme, tengo que recordarme por qué tomé la decisión que tomé.

—Donnie —llamo a uno de mis compañeros, caminando hasta él—, ya he terminado de preparar todo el cableado de la cubeta. ¿Sabes dónde hay más?

Niega con la cabeza.

—No habrá más hasta mañana a primera hora —me anuncia, quitándose los gruesos guantes y revisando los albaranes que tiene delante, sobre el sillón de su carretilla elevadora—. De todas formas, pregúntale a Sullivan cuando venga de la reunión, él es el que prepara las cubetas por las noches.

Frunzo el ceño, absolutamente confusa, negándome a creer lo que un pequeño cartel luminoso en el fondo de mi cerebro ya está anunciando.

—¿Sullivan prepara las cubetas?

—Sí, los cables llegan en bobinas de cien kilos. Desde hace un par de semanas, viene a veces de noche, otras a primerísima hora, increíblemente temprano, y prepara el cableado en las cubetas. Supongo que quiere que esa parte del trabajo esté lo antes posible, aunque lo cierto es que no vamos retrasados —añade como si no fuese capaz de entenderlo del todo.

Pero yo sí. ¡Y no me lo puedo creer!

Me paso el resto del turno de un humor de perros, mirando en intervalos de diez segundos hacia su despacho para comprobar si ha regresado de la reunión. Me cambio en los vestuarios de empleados y ficho mi salida, pero no me marcho. No pienso hacerlo hasta que hable con él.

Voy hasta su despacho y lo espero mientras observo cómo, poco a poco, los operarios van terminando y la nave va quedándose en silencio. Ni siquiera cuánto me gusta estar aquí consigue calmarme.

Esta atardeciendo, con el cielo pintado de naranjas y violetas, cuando le oigo saludar a Bobby Lee, el guardia de seguridad de los hangares.

Todo mi cuerpo se tensa aún más. Estoy muy enfadada. Me levanto como un resorte y salgo de la habitación.

Conrad está a unos metros, avanzando en mi dirección, concentrado en los papeles que tiene en la mano, sin darse cuenta de que estoy aquí.

—¿Cómo has podido atreverte?! —le espeto.

Ésta no era la idea, que quede claro. Tenía un plan muy elaborado en el que pensaba esperar a que entrara en su despacho; allí lo haría confesar, fingiendo que no sabía nada, y después lo golpearía con algo metálico en la cara. La segunda parte todavía puedo cumplirla.

Conrad se pone en guardia en el mismo instante en el que pronuncio la frase. Es muy sexy la capacidad que tienen algunos hombres de estar preparados para la batalla en un solo segundo, como si siempre estuviesen listos para una pelea en los billares o para luchar contra el dinosaurio que los acecha a la salida de su cueva. Sin embargo, ahora mismo, no me importa (o me importa muy poco, siendo sincera).

—¿Qué pasa? —inquire con cautela, estudiándome.

—Pasa que lo sé todo, Conrad.

Su mirada se recrudece y un destello de miedo se cuela en la profundidad de sus ojos verdes.

—¿Has hablado con ella?

Frunzo el ceño. ¿Quién es *ella*? ¿A qué piensa que me refiero?

De pronto caigo en la cuenta de que cree que todo esto va de su pasado, de eso que no quiere contarme. Una parte de mí sopesa la posibilidad de dejar que dé por hecho que lo sé y ver qué información obtengo, sobre todo ahora que sé que hay un «ella», pero la otra sabe que sería mezquino. Tiene que elegir contármelo, no puedo tenderle una especie de emboscada.

—Me refiero al trabajo, Conrad —le aclaro, y no puedo evitar que mi voz tenga un toque amargo.

Él suspira, aliviado de verdad, la misma sensación que cuando te despiertas de una horrible pesadilla y entiendes que sólo ha sido un sueño. Por Dios, ¿qué fue lo que le pasó?

Sin embargo, prácticamente al segundo después, racionaliza lo que mis palabras significan y el estado de guardia, que no se ha marchado ni por un solo segundo, se reaviva con fuerza.

—Sólo estaba haciendo lo mejor para ti —me explica, alzando las manos suavemente, como si estuviese calmando a un animalillo asustado.

—De eso nada —protesto—. Lo mejor para mí habría sido hablar conmigo, respetar mi decisión.

—Acababas de tener un accidente, Gracie —gruñe—. Entendí por qué tenías que volver, pero no iba a permitir que existiese la más mínima posibilidad de que estuvieses en peligro de nuevo.

Algo me dice que no lo ha hecho sólo por mí, que también ha sido por él, como si no estuviese dispuesto a consentir siquiera la idea de que acabara otra vez inconsciente en un hospital.

—¿Y pensabas trabajar catorce horas al día? —contraataco—. Tú también necesitas descansar, dormir.

—Sólo quería ayudarte —sentencia.

—¡Pues, si quieres ayudarme, ayúdame, pero no me compadezcas! —grito, y tengo la sensación de que no sólo se lo estoy gritando a él, que esta especie

de declaración de intenciones es para mi padrastro, para la mayoría de las personas con las que me he cruzado en mi vida, para mí.

Conrad me mira, comprendiendo cada letra que he pronunciado. Siempre he pensado que podía ver a través de mí, entenderme a más niveles de los que incluso yo lo hago, y este momento es sólo una prueba más de que tenía razón.

—Durante toda mi vida todo el mundo me ha subestimado —continúo, y la rabia ha dejado paso a otra cosa más profunda, que duele más, pero que también sabes que está en tu mano, y sólo en tu mano, sanar—. Yo he permitido que lo hiciesen, que me tuviesen lástima. Y eso se acabó, Conrad. Si tengo que hacer algo, lo haré. Si tengo que esforzarme el doble, me esforzaré, porque, si tengo miedo, lo venceré. No voy a ser la Gracie asustadiza nunca más.

Él sigue manteniéndome la mirada; sus ojos se llenan de tantas cosas que los saturan, volviéndolos más verdes.

—No lo eres —ruge con su indomable voz calentándome por dentro, haciéndome brillar—. Nunca lo serás. Eres mejor. Mejor que todos nosotros. Si pudieras verte un solo segundo como te veo yo...

Su respiración se agita. Ya no puede más. Yo tampoco. Quiero dejar de luchar por alejarme de lo único que me hace feliz.

—¿Qué vería? —pregunto, con los ojos llenos de lágrimas.

—Que eres mi vida entera, Gracie.

Destruye la distancia que nos separa, toma mi cara entre sus manos y me besa con fuerza. Todo lo que somos estalla entre los dos. Si hubiese música, sonaría más alto; si estuviésemos en una peli, llovería, porque sólo somos un chico y una chica luchando por sentir.

Sus manos vuelan por todo mi cuerpo, estrechándome contra él. Yo le devuelvo cada beso, cada caricia, y, lo mismo que brilla dentro de mí, me llena de deseo, me hace subir y me alivia. Es Conrad, es él, y sé que nunca podrá haber nadie más.

Nos tumba despacio en el suelo. Siento el peso de su cuerpo contra el mío.

Toda su calidez.

Su boca se desliza por mi cuello y marca un camino lleno de besos, de mordiscos, de su lengua sobre mi piel.

Elegí estar lejos de él y me convertí en un beduino atravesando un árido desierto y ahora sus besos crean, uno a uno, cientos de árboles a mi alrededor, manantiales de agua fresca, las flores más maravillosas.

Su mano baja entre mis pechos, torturadora, y se ancla a mi cadera. El gesto me hace gemir, como si fuera una marca, una antesala al placer más intenso del mundo.

Cierro los ojos. Jadeo.

Los dos estamos acelerados, necesítándolo tanto como necesitamos respirar.

Conrad sube mi falda, arañando suavemente mis piernas a su paso, volviéndome un poco más loca, haciendo que las ganas lo consuman todo.

Le desabrocho el pantalón con manos torpes, bajándoselo lo suficiente como para liberar su erección. Me rompe las bragas, pierde la mano entre los dos y, con una sola embestida, entra en mí y yo entro en el paraíso.

—Conrad —gimo, descontrolada. Por primera vez no hay nada entre los dos y todas las sensaciones suben un escalón más. Alzo el cuerpo, buscándolo, pero él vuelve a besarme, llevándome al suelo de nuevo.

—Te he echado de menos —susurra contra mi boca, derritiéndome despacio—. Creo que sin ti ya no soy capaz de respirar.

Sus palabras me curan, me calientan, me excitan, me hacen subir más y más. Conrad mueve las manos y atrapa las mías, entrelazando nuestros dedos, colocándolas por encima de mi cabeza.

Rodeo sus caderas con mis piernas.

El cielo lleno de un millón de tonos distintos se refleja en los aviones para volver a entremezclarse con la luz del atardecer, creando un universo diferente para nosotros. Cada uno de esos naranjas, de esos violetas, es un gemido, un

gruñido, un jadeo, es un poco de deseo y un trozo de placer, somos nosotros, él y yo, llegando más lejos.

—Dios —gimo.

—Grace —susurra.

Electricidad, placer, querer, confiar... Todo estalla, todo crece, todo se hace mejor.

Mi cuerpo se arquea y comienza a temblar suavemente. Ni siquiera me pertenece. Conrad entra, sale y un huracán fabricado de besos, de caricias, de palabras bonitas susurradas despacio, me recorre entera, tocando, estimulando, extasiando cada centímetro cuadrado de mi cuerpo.

Mi orgasmo es el pistoletazo de salida del suyo y Conrad se corre en mi interior, alargando mi placer, fabricando más y más sólo para mí.

Llevaba dieciséis días vagando por el desierto y por fin he llegado a casa.

Nuestras jadeantes respiraciones se entremezclan poco a poco, casi traviesas. Siento la piel sonrojada y el corazón latíendome con fuerza en el pecho.

Alzo la mano y, también lentamente, le aparto el pelo castaño de la frente. Al notar el contacto, Conrad abre los ojos y de inmediato busca los míos. Sonríe muerta de amor porque ésa sea su primera intención.

—No te rindas conmigo, princesita.

No necesita especificar. Sé que está hablando de todo lo que lo aleja de mí, de cada barrera, de cada vez que ha dicho que no podía quererme.

—¿Por qué no puedes quererme?

—Porque no soy capaz de tener sentimientos, Gracie. Soy una especie de monstruo —sentencia con amargura.

—Tú no eres ningún monstruo —replico, sin asomo de dudas.

No lo es.

—Tú no me conoces.

Niego con la cabeza, y eso también lo hago con una seguridad absoluta.

—Sí lo hago —contesto—, y puedo ver a un hombre maravilloso,

inteligente, bueno y generoso.

Conrad trata de contenerse, pero acaba chasqueando la lengua, contrariado. Lo miro y vuelvo a sonreír. En esto tampoco tengo dudas. Es el mejor hombre que pueda existir.

—Y por eso no voy a rendirme —sentencio.

Su expresión cambia en una décima de segundo, sus ojos se llenan de un sinfín de emociones y, con demasiadas palabras que querer decir a la vez, opta por el camino más corto, pero también más auténtico, y me besa con fuerza. Mi camino preferido.

—Grace... —pronuncia contra mis labios.

Sólo somos él y yo, porque estamos hechos el uno para el otro.

El rítmico silbido del guardia de seguridad acercándose de vuelta a los hangares para seguir con su ronda nos devuelve a la realidad.

Conrad me levanta y nos arreglamos la ropa, veloces. Recoge mis bragas rotas del suelo. Toma mi mano y tira de mí para que salgamos corriendo. Rompo a reír, feliz, mientras «escapamos» y me doy cuenta de que Ophelia tenía razón, este parque, este hangar, para bien y para mal, son mi lugar en el mundo.

La camioneta, la puerta principal, la encimera de la cocina... No somos capaces de quitarnos las manos de encima y, cada vez que los gemidos nos nublan el entendimiento, sonrío como una idiota y las endorfinas saturan hasta el último rincón de mi cuerpo.

* * *

—Todo está oscuro. Todo está oscuro.

Abro los ojos desorientada y torpe, como si una parte de mi cerebro siguiese dormido, y miro a mi alrededor. Tardo un segundo de más en darme cuenta de que Conrad no está.

—Todo está oscuro. Todo está oscuro.

Su voz.

Es su voz.

Me levanto de prisa y cierro su camisa sobre mi cuerpo, debí de dormirme con ella puesta.

Salgo al salón y veo a Conrad en mitad de la estancia, sólo iluminada por el reflejo de las farolas de la calle. Un sudor frío le recorre la frente y el pecho. Parece confuso, desorientado.

Doy un paso hacia él.

—Todo está oscuro —susurra.

Su mirada. Su expresión.

Está muerto de miedo.

Gracie

Racionalizo sus palabras, corro hasta el interruptor y enciendo la luz. Vuelvo hasta él. Nunca lo había visto tan asustado.

—Conrad —susurro.

Alzo la mano y, cuando mis dedos rozan su mejilla, da una bocanada de aire, como si lo despertaran de la peor de las pesadillas. Retrocede un paso y mira a su alrededor, sin entender qué hace en mitad del salón.

—¿Estás bien? —pregunto, preocupada.

Mi voz hace que lleve su vista hacia mí. Sus ojos verdes están llenos de temor, de angustia, de rabia, y por primera vez no hay ni una sola pizca de arrogancia.

—¿Qué te ha ocurrido? —inquiero—. ¿Necesitas algo?

Sigue en silencio, con la respiración agitada, completamente perdido.

—Conrad —lo llamo otra vez.

Cierra los ojos y, al abrirlos de nuevo, por fin me ve.

Vuelvo a levantar la mano, despacio, dispuesta a acariciarlo, a consolarlo de alguna manera, pero Conrad se mueve rápido, interrumpiendo mi gesto, me carga sobre su hombro y me lleva de regreso a la habitación.

En cuanto aterrizo sobre el colchón, Conrad se tumba sobre mí, besándome con fuerza en el mismo movimiento. Yo le respondo, mi cuerpo se enciende, pero necesito saber que está bien.

—Conrad, espera —le pido—. Cuéntame qué ha pasado. ¿Estás bien?

Ni siquiera parece oírme y continúa besándome, acariciándome.

—Conrad...

Más besos. Más dedos perfectos sobre mi piel.

—Conrad...

—Necesito sentirte, por favor —pronuncia contra mi boca.

Y ni siquiera tengo que pensarlo.

Lo obligo a girarse hasta que cambiamos de postura y quedo a horcajadas sobre él, me deshago de mis bragas, de sus pantalones. Me levanto sobre mis rodillas y me inserto en él, lentamente.

La intensidad, el llenarme por completo, nos hace gemir a los dos.

Me abre la camisa y descubre mi pecho. Empiezo a moverme. Empieza a dejarse llevar.

Me necesita y yo no necesito nada más.

* * *

Me despierto unas horas después. Ya ha amanecido, aunque mi alarma todavía no ha saltado. Meto las manos bajo la almohada y me acurruco, observando a Conrad, que está profundamente dormido. Lo de ayer no fue una simple pesadilla, fue un terror nocturno. Nunca los he sufrido, pero he oído hablar de ellos: el sudor frío, el estar desorientado, el mirarte pero no verte porque sigues soñando y, sobre todo, el haberse levantado, ya que llegó hasta el salón, son síntomas muy claros.

Quiero seguir durmiendo, pero no puedo dejar de darle vueltas, así que me levanto con cuidado de no despertarlo. Me abotono su camisa y voy directa a la cocina, en busca de una taza gigante de café.

«Todo está oscuro.» Conrad no dejaba de repetir eso y no empezó a calmarse hasta que encendí la luz.

Abro el grifo y lleno el depósito de agua de la cafetera.

Trato de recordar si alguna vez lo he visto dormir con la luz apagada y me doy cuenta de que siempre que me he despertado en mitad de la noche o, simplemente, antes que él, la luz de su mesita estaba encendida. Di por hecho

que era porque se quedaba trabajando o lo olvidaba; tal vez estaba equivocada.

—Hola. —Su voz suena ronca por el sueño.

—Hola —respondo, girándome—. No quería despertarte —añado, cerrando la puertecita del café después de cargarlo y pulsando el botón de encendido.

Lentamente, avanzo los dos pasos que me separan de la isla y apoyo las manos en ella.

—No estabas y me he despertado —dice a modo de toda explicación, sentándose en el taburete.

Sonrío.

—¿Me estás diciendo que me echas de menos incluso durmiendo? Qué romántico —planteo, alargando todas las vocales, socarrona.

—Puede —replica, displicente—, o puede que te esté diciendo que eres un incordio incluso cuando duermes y que, al irte, hay tanta tranquilidad que me despierto.

Me tomo un segundo para sopesar sus palabras.

—Entonces, ¿soy como una máquina de ruido blanco que no necesita enchufe?

—Oh —me rebate burlón—, claro que necesitas enchufe.

Tardo un segundo en caer en el doble sentido de la frase y, cuando lo hago, abro la boca, alucinada, para inmediatamente después torcer el gesto.

—Eres un descarado —me quejo.

—Y te encanta —sentencia.

Me encojo de hombros, con una sonrisa. Puede que tenga razón, pero no pienso reconocerlo jamás.

Sirvo dos tazas de café. Conrad prepara dos cuencos con cereales y algo de fruta y nos acomodamos en la isla de la cocina. Aún falta más de una hora para que tengamos que estar en el trabajo.

—¿Puedo preguntarte algo?

Conrad asiente, con la mirada fija en su desayuno.

—¿Qué te pasó anoche?

Mi pregunta lo incomoda. Lo sé por cómo se le tensan los músculos de sus hombros desnudos.

—Tuve una pesadilla —contesta con la voz neutra, sin mirarme.

Asiento despacio, buscando la mejor manera de abordar el tema.

—Más bien parecía un terror nocturno.

—Creí que estudiabas literatura, no psicología.

—No necesito ser psicóloga para ver la diferencia, y tú tampoco —lo reto.

Conrad vuelve la cabeza y al fin une sus ojos con los míos. Le mantengo la mirada. Sé que tengo razón y sé que sabe que lo sé. No debería haberse puesto a la defensiva si pretendía engañarme.

—¿Desde cuándo los tienes? —insisto.

—No hables como si los tuviera cada noche —replica, devolviendo su atención a su desayuno—. Llevamos viviendo juntos más de dos meses, princesita. ¿Me has visto tener alguno antes?

—No, pero obviamente no es el primero que tienes. De ser así, ahora mismo estarías completamente desconcertado, queriendo ir a hablar con Niko o con cualquier otro médico.

—¿Eso también viene en tu manual de psicología imaginario?

—¿Y eso viene en el tuyo de cómo estar a la defensiva cuando te preguntan algo que no quieres tener que responder?

Conrad cabecea. Está empezando a enfadarse.

—¿Cómo sabes que no lo he hecho antes, que no me he levantado en plena noche y he ido a ver a Niko? —trata de cambiar de estrategia.

—Ah, ¿sí? —contraataco, intentando sonar zen, dándole una oportunidad a la remota posibilidad de que de verdad las cosas hayan sido así y no esté intentando colármela. Sin embargo, no puedo evitar que un tonillo ciertamente impertinente me delate—. ¿Lo has hecho? ¿Qué te ha dicho?

—Que me casé con la mocosa más entrometida de la faz de la tierra.

Mocosa. Esa palabra lo delata a él.

—Estás procurando enfadarme para no seguir con esta conversación. Deberías preocuparte de dormir mejor por las noches, o por las mañanas no va a dársete tan bien ser un engreído malicioso.

Expuesto mi alegato, me levanto, cojo mi tazón de cereales vacío y lo llevo hasta la pila. Sólo me estoy preocupando por él y él se comporta como un adolescente enfurruñado.

—Y tú estás intentando hacerme enfadar a mí para... ni siquiera tienes un motivo —protesta al darse cuenta de que no encuentra ninguna razón, porque, en efecto, sólo pretende echar balones fuera.

Me giro y me dejo caer hasta apoyarme en el fregadero.

—Si quisiera enfadarte, te preguntaría por tu familia —sentencio.

Conrad entorna los ojos, presuntuoso.

—Familia —repite, displicente, incluso con una estela amenazadora—. Los dos tenemos mucho que sacar de ahí, ¿no te parece?

—Puede ser —contesto, dando un paso hacia él—, pero hasta que yo no me levante muerta de miedo y aparezca en el centro del salón sin saber cómo he llegado allí, la pelota estará en su tejado, señor Sullivan.

Conrad asiente despacio, en teoría un gesto inocente, pero lo conozco demasiado bien como para saber que ése es el último adjetivo que podría aplicársele.

—Un padrastro rico que te obliga a casarte con un desconocido, trabajar y reunir dinero con el objetivo de demostrarte que no debes moverte de su lado —resume—. Mientras su vida parezca un capítulo de un culebrón mexicano, la pelota estará en el suyo, señora Sullivan.

Aprieto los labios.

—Es señorita Turner —le recuerdo, arisca.

—¿Quién está a la defensiva ahora?

Es un malnacido.

Me dirijo hacia la habitación sin darle opción a decir nada más y cierro de

un soberano portazo.

—¡Muy maduro! —grita al otro lado.

—¡Sólo estaba intentando ayudarte, capullo! —chillo, increíblemente enfadada.

—¡Y te equivocabas!

—¡De eso nada! ¡Tú te equivocas, maldito cabezota! ¡Eres un desagradecido y un presuntuoso testarudo, hosco y difícil!

La puerta se abre de golpe cuando pronuncio la última palabra. Conrad aparece al otro lado con cada fibra de su torso armónicamente dibujada, la respiración suavemente acelerada y los ojos oscurecidos. Enfadado y sexy a rabiar, la peor combinación del mundo.

—¿Has terminado? —pregunta, amenazante.

—Y un completo idiota —añado—. Ahora he terminado.

Conrad asoma la punta de la lengua entre los dientes, sólo un segundo, mientras cabecea, sólo otro más.

En contra de mi voluntad, los músculos de mi cuerpo se tensan deliciosamente. Estoy muy furiosa y excitada, ¿es posible sentirse así? No lo entiendo. Sólo sé que quiero darle una bofetada y desnudarlo después.

Y no sé si es mi cuerpo, mi mirada, pero Conrad lo entiende a la perfección y lo último que veo es su canalla sonrisa antes de que me bese con fuerza y me levante a pulso para aprisionarme contra la pared.

Rodeo su cintura con ambas piernas. Él me embiste con su espectacular miembro, llegando hasta el último rincón de mi cuerpo. Gimo. Gruño.

—Sigo enfadada contigo —le dejo claro—. Esto no va a cambiarlo.

Conrad me dedica su media sonrisa sexy, arrogante y llena de malicia.

—Hablamos cuando te haya hecho ver las estrellas.

Maldito engreído, pero su siguiente envite es aún más brutal, más delicioso; me sube contra el muro, deslizándome hacia abajo después, logrando que cierre los ojos y eche la cabeza hacia atrás, absolutamente entregada.

Empieza un ritmo mágico, delirante, rápido.

Me aferro a sus hombros. Quiero aguantar, pero no soy capaz y un orgasmo con la intensidad de una tormenta me recorre, haciendo que me corra con más fuerza y más rápido que ninguna otra vez.

Él acelera un poco más, se vuelve un poco más duro, me abre más para él y alcanza el clímax, clavando sus dientes en su camisa sobre mi cuerpo, en mi hombro.

—Sólo me preocupo por ti —murmuro con la respiración aún jadeante y los ojos todavía cerrados.

Sé que quería estar enfadada, pero es imposible.

Conrad levanta la cabeza y atrapa mi mirada.

—Yo ya no tengo remedio, princesita —responde, y ha dejado de estar a la defensiva, sólo está siendo sincero. Me acaricia la nariz con la suya en un gesto increíblemente dulce y deja que sus ojos verdes me convenzan—, así que los dos vamos a concentrarnos en que tú seas feliz.

—Para eso necesito que tú lo seas.

Conrad sonrío.

—Mírame. Hacía once años que no lo era.

No hay dudas. No hay juegos. Sólo verdad. Sonrío como una idiota enamorada y me muerdo el labio inferior, avergonzada al darme cuenta de que lo hago. Mi gesto aprieta una tecla muy concreta en él y Conrad vuelve a besarme, a endurecerse dentro de mí, como si llevara días sin tocarme.

—Vas a conseguir que no salgamos de este cuarto en todo el puto día —gruñe contra mis labios.

Mi sonrisa vuelve. Señor Sullivan, me apunto a eso.

* * *

—Llegas tarde otra vez, chiquilla —me riñe Nora al verme aparecer.

Asiento y camino veloz hasta la pequeña salita de empleados. Le diría de nuevo eso de que no volverá a pasar, pero es que ya lo he dicho y aquí estoy,

poniéndome el mandil rápido como un gato.

El trabajo es tan estresante como siempre, pero no puedo evitar seguir dándole vueltas y más vueltas a lo que pasó con Conrad ayer y a cómo ha reaccionado esta mañana... y con ese pensamiento viene otro, más bien una estrategia para hallar respuestas, una que se llama Nora Harris. Ella y Conrad son amigos desde que se conocieron en el parque, y a menudo ambos han definido su relación como si ella fuera su «hermana mayor». No sería de extrañar que ella supiera lo que le pasa o, al menos, fuese capaz de indicarme por dónde van los tiros.

Sin embargo, este plan también tiene una gran problemática, una que se llama Nora Harris. La observo, con ojos suspicaces, darle indicaciones a Maiko y volver a sus fogones. No sé si le hará gracia que intente sonsacarle información.

—¿Qué miras, chiquilla? —inquire al pescarme contemplándola.

—Nada —contesto de inmediato, apartando la vista y centrándome en el *crumble* de moras que tengo delante.

Hay dos opciones: ser cien por cien sincera y explicarle que estoy preocupada y por qué o ser muy lista y conseguir disimular lo suficiente como para que no parezca increíblemente obvio que le estoy sacando información.

Entorno los ojos sobre ella. Puedo hacerlo. Sólo tengo que pensar muy bien qué decir y cómo y cuándo decirlo.

—¿Se puede saber qué te pasa? —demanda de nuevo, al pillarme otra vez.

—Nada —contesto todavía más rápido que antes, acelerando eso de poner moras encima de un delicioso y crujiente bizcocho.

«Puedo hacerlo —me repito—. Soy capaz.»

La chef llama a Maiko y le ordena que vaya al cuarto donde se dejan los platos sucios para comprobar si el piloto de la caldera ha vuelto a apagarse; lleva haciéndolo toda la mañana. Hace algo así como una hora, uno de los técnicos, una mujer llamada Gwen, vino a revisarla. Parece ser que Nash se

relajó un poco de más con las tareas de mantenimiento y mintió en los informes de control.

Maiko asiente y se marcha. Nos hemos quedado solas. Éste sería el momento perfecto.

—Chiquilla —resopla a punto de perder la paciencia. Me ha pillado, por tercera vez.

Estoy a punto de decir «nada», pero doy una bocanada de aire y le hecho valor.

—Tengo que hablar contigo... con usted... —rectifico. Seguimos en la cocina en horario laboral— chef.

Ella me analiza, perspicaz, y da un paso hacia mí.

—¿Qué ocurre?

—Hace mucho que conoce a Conrad, ¿verdad? —planteo.

—Desde el primer día que llegué al parque, ¿por qué?

—Entonces, deben de hablar de todo, ¿no? —continúo, como si no pretendiese llegar a ningún lado en concreto. «Eso es, Gracie, la sutileza es tu lema»—. Deben de conocerse muy bien.

—Son muchos años —responde—, y eso son muchas tardes muertas en un sitio que sólo tiene un bar.

Eso era lo que quería oír, aunque haya sido en forma de rebuscada metáfora.

—Así que si, por poner un ejemplo completamente al alzar, le preguntara por la familia de Conrad... —dejo en el aire.

La chef me estudia con la mirada, sólo un segundo, y a continuación sonrío como Bernadette en «The Big Bang Theory» cada vez que pilla a Howard tratando de colársela.

—Chiquilla, eres transparente —sentencia.

Tuerzo el gesto, aunque, en realidad, quiero gimotear como una niña.

—Estoy muy preocupada —suelto de un tirón. Si la táctica uno no ha funcionado, tendrá que hacerlo la dos—. Anoche tuvo un terror nocturno y esta

mañana se ha cerrado en banda a hablar del tema. Sé que le pasa algo. Duerme todas las noches con la luz encendida. Pensaba que era una casualidad, pero no lo es, y yo sólo quiero ayudarlo, pero...

—Chiquilla —repite, y su voz suena dulce, llena de empatía. Coloca su mano sobre la mía y ese gesto me calma, haciéndome respirar de nuevo cuando ni siquiera era consciente de que había soltado toda esa retahíla sin hacerlo—. Entiendo que estés preocupada. Niko y yo lo estamos, pero, si quieres estar con Conrad, ésa es una sensación con la que debes acostumbrarte a convivir.

Frunzo el ceño, confusa.

—¿Me está diciendo que debo dejarlo estar?

Nora niega suavemente con la cabeza.

—Lo que te estoy diciendo es que Conrad tiene un problema muy grave y que, por desgracia, no está en tu mano ni en la mía poder solucionar. No va hablarte de ello, no porque quiera apartarte, sino porque, equivocadamente, piensa que, haciéndolo, será lo que provoque. Pasaron años antes de que se sincerara conmigo y no creo que yo le importe ni la mitad de lo que lo haces tú.

Una débil sonrisa se cuele en mis labios. Sé que le importo e, incluso en un momento como éste en el que la mente me va a mil millas por hora, sólo recordarlo, me hace feliz.

—¿Y cómo puedo ayudarlo?

Nora se encoge de hombros.

—Con lo que él te lo permita —sentencia—. Conrad necesita ayudar a todo el mundo, poder decirse que ha hecho todo lo posible por cada persona que tiene un problema. La mejor manera de ayudarlo a él es ayudando a los demás. Creo que eso es lo único que le hace dormir un poco mejor por las noches.

Guardo sus palabras como un tesoro y finalmente asiento.

—Lo haré.

Nora sonrío, un gesto lleno de satisfacción pero también de una genuina

alegría.

—Creo que ahora ya hay más de una cosa que le hace dormir mejor por las noches.

Bajo la cabeza, tímida, y me muerdo el labio inferior, nerviosa, pero el gesto me recuerda al de esta mañana y cómo acabó, y termino sonriendo, aún más nerviosa.

—Por Dios —se queja Nora, divertida.

Voy a decir algo, básicamente, un «vuelvo al trabajo», cuando un ruido, un pitido, me distrae.

En cuestión de segundos, el pitido se vuelve más intenso, casi ensordecedor.

—Es la alarma de incendios —anuncia Nora, haciéndome un gesto para que la siga.

—¡Chef! —Maiko entra corriendo en la cocina—. ¡Fuego en caldera!

Las tres nos miramos y salimos disparadas.

—El extintor —le recuerdo a la chef, indicándole que voy a cogerlo.

—Olvidalo —me frena—. Hay que salir de aquí.

Obedezco y nos dirigimos al comedor. Por suerte, aún es temprano y ni los camareros ni los operarios han llegado todavía.

Sin embargo, apenas unos pasos más adelante, mis pies chocan con algo, es la caja de herramientas de Gwen, la técnica que ha venido a supervisar la caldera.

—¡Maiko! —grito para hacerme oír por encima de la alarma de incendios—. ¿La técnica de la caldera sigue dentro?

Ella me mira y niega con la cabeza, inquieta, pero sé que es porque no me ha entendido.

—¡Gwen! ¡La chica que ha venido antes! ¡¿Dónde está?!

Maiko abre mucho los ojos.

—¡Sigue dentro! ¡En caldera!

¡Oh, no!

Por inercia, miro a Nora.

—¡Puede haber salido mientras estábamos en la cocina! —argumenta.

—¡Pero ¿y si no?!

¿Y si no?

No lo dudo.

—¡Gracie, por Dios, vuelve aquí! —grita Nora.

Pero no puedo hacerlo. ¿Y si no ha salido? ¿Y si está herida?

Regreso corriendo a la cocina, cojo el extintor y, de una patada, abro la puerta donde está la caldera.

Una bocana de humo sale tiñéndolo todo de gris, haciéndome toser.

—¡Gwen! —chillo.

Nadie responde.

La humareda cada vez es más densa. Veo el fuego al fondo.

—¡Gwen! —repito—. ¡Gwen!

—¡Aquí!

¡Dios mío! ¡Viene de la misma zona del fuego!

Retiro la anilla del extintor y lo activo. El cacharro pesa muchísimo y me es muy difícil dirigir el chorro de espuma, pero lo consigo.

—¡Estoy aquí! —vuelve a gritar Gwen.

Miro a mi alrededor y, al fin, la veo, sentada en el suelo, desorientada, con los ojos medio cerrados. Debe de haber respirado demasiado humo.

—¡No te preocupes! —le pido.

Sigo apuntando el extintor. Cada vez pesa menos. Me da miedo que se acabe antes de que consiga apagar el fuego. Un poco más. Un poco más. Por favor, un poco más... pero no hay suerte.

Suelto el extintor vacío y me acerco hasta Gwen.

—¡Tenemos que salir!

La ayudo a levantarse y, cogiéndola de la mano, tiro de ella para que me siga.

Llegamos al comedor y corremos hasta el vestíbulo.

Gwen no deja de toser.

—¡Santo cielo! —exclama Nora al vernos, corriendo hacia nuestra dirección.

Sostiene a Gwen, que está a punto de caerse, y yo me inclino hasta apoyar las palmas de mis manos en las rodillas. Estoy exhausta.

—¿*Estés* bien? —me pregunta Maiko.

Asiento.

—Sí, estoy bien, pero no he conseguido apagar el fuego del todo. El extintor se ha agotado. Espero que los bomberos no tarden en venir.

Como si hubiesen oído mi llamada imaginaria, un camión de bomberos se detiene frente a nosotras. Una dotación se baja en cuestión de segundos y se acercan raudos a nosotras.

Nora les explica lo poco que sabemos, que he intentado apagar el fuego y que he sacado a Gwen. Cuatro de ellos entran flechados, mientras otro, con un estetoscopio al cuello, coge a Gwen del codo y la acompaña hasta el camión.

El que parece el jefe, y le ha hecho todas las preguntas a Nora, empieza a hablar por un *walkie*.

Contemplo el interior del edificio. Espero que puedan apagarlo sin más problemas y los daños sean mínimos.

No deben de haber pasado más de dos minutos, como mucho tres, cuando la camioneta de Conrad se detiene casi derrapando junto al camión de bomberos y él se baja como una exhalación. Lleva un *walkie* en la mano y, de inmediato, comprendo que era con él con quien hablaba el jefe de bomberos.

No dice nada, no saluda, ni siquiera suelta un juramento ininteligible entre dientes. Sólo clava sus ojos verdes en mí y camina determinado en mi dirección con la mandíbula tensa y el cuerpo repleto de esa amenazadora calma, la misma que precede a una tormenta.

No me dice nada, no me saluda, ni siquiera suelta un «princesita» a modo de advertencia. Sólo se inclina y, cogiéndome por sorpresa, como siempre que lo hace, he de confesar, me carga sobre su hombro y me lleva hasta la *pickup*.

Cierra de un portazo, ocupa su puesto tras el volante y salimos disparados.

—Conrad —lo llamo.

No responde.

—Conrad, vamos, di algo.

Sé que está demasiado enfadado. Sé que está demasiado preocupado. Puede que fuese una locura entrar de vuelta a por Gwen, pero no podía dejarla ahí.

—Lo siento —trato de disculparme—. Siento haberte preocupado, pero no podía abandonarla.

Mis palabras parecen crisparlo aún más, gira por la primera calle que le da la oportunidad, vuelve a hacerlo, de nuevo un poco más adelante y detiene la Chevrolet de cualquier modo junto a la puerta trasera del Amelia's, a esta hora todavía cerrado.

Aprieta el volante con fuerza hasta que se le emblanquecen los dedos. Su cuerpo refleja una tensión indecible. Está al límite.

Quiero decir algo, pero Conrad se baja de un salto y vuelve a cerrar de un portazo. Anda un par de pasos, lo justo para llegar al capó, y se pasa las manos por el pelo.

—Conrad, por favor —repito, descendiendo y acercándome a él.

Pero otra vez no me da opción, camina hasta mí y me besa con fuerza, casi desesperado, y me doy cuenta de que, además de la rabia, es el miedo el que está guiando cada uno de sus movimientos.

Me toma de las caderas y me sienta sobre la camioneta, abriéndose paso entre mis piernas.

Sigue besándome, sigue con sus manos en mi mejilla, en mi cuello; sus besos se hacen más intensos, más desbocados. Pero, súbitamente, se separa, estirando su cuerpo para mantener el contacto, a pesar de la distancia que él mismo ha provocado, como si en este preciso instante su boca contra la mía fueran la Quimera y el Belerofonte, el veneno y el antídoto, de todo lo que siente.

—Conrad...

—¿Por qué has hecho una estupidez así? —casi chilla, alejándose del todo, llevándose las manos a la cabeza de nuevo.

—Tenía que hacerlo. No sabíamos si Gwen había salido.

—¿Y te has parado a pensar un jodido segundo en lo que podría haberte pasado a ti? —me recrimina más enfadado, más triste, más asustado.

Verlo así me llega directamente al corazón y ni siquiera sé qué decir.

—¿Te has parado a pensar en lo que me habría pasado a mí? —grita.

Sus palabras nos silencian a los dos. Si antes creía que había tocado mi corazón, ahora estoy segura de que ha caído fulminado. Hacerle daño es lo último que quiero.

Me bajo del capó y doy un paso hacia él, pero rápidamente él lo da hacia atrás, alejándonos otra vez.

—Conrad —lo llamo con la voz teñida de todo lo que siento.

Busco sus ojos verdes, me permite atraparlos por un segundo, pero, al instante siguiente, cabecea, lleno de rabia, de impotencia, de todo lo demás, y echa a andar.

—Conrad...

—Necesito estar solo, Gracie.

Lo observo hasta que desaparece en una calle cualquiera y no puedo evitar que los ojos se me llenen de lágrimas. Hace mucho que me di cuenta de que mi vida nunca será la misma sin él, pero nunca imaginé que él sentiría lo mismo.

Camino de regreso a casa, deseando que Conrad aparezca en cualquier momento con su camioneta, pero no lo hace. Ya de vuelta, me ducho para quitarme las manchas de tizna negra y el olor químico de la espuma del extintor. No dejo de pensar en todo lo que ha pasado, en cada pequeño detalle, en cada confesión importante, y llego a una especie de conclusión clarificadora.

Me cambio y preparo algo de cena. Estoy removiendo la salsa de tomate para la pasta cuando la puerta se abre.

—Hola —dice, andando hasta llegar a la isla de la cocina.

Está más tranquilo, pero también es obvio que no ha dejado de pensar desde que se ha marchado.

—Hola —respondo—. Estoy preparando la cena.

Conrad asiente.

—Seguro que está riquísima.

—Espaguetis con salsa de tomate —añado con una sonrisa que, en el fondo, no engaña a nadie.

Conrad vuelve a asentir. Estoy convencida de que quiere seguir con esta conversación trivial, relajarse, respirar, pero no es capaz.

—Lo siento, princesita —susurra antes de dirigirse a la habitación.

Pero yo no puedo dejarlo.

—Espera. —Salgo tras él, deteniéndome a unos pasos cuando se vuelve.

—No estoy enfadado —replica, exhausto, advirtiéndome tácitamente de que no quiere seguir con esta conversación—, pero no me apetece hablar.

—No quiero hablar —contesto, veloz.

Al oírme, frunce el ceño imperceptiblemente, pero la confusión, rápida, se transforma en una suave sensación de guardia y me mira esperando a que continúe.

—Quiero contarte un cuento —le explico—. Me lo he inventado hoy. Es para uno de los trabajos que tengo que entregar en la universidad y quiero saber tu opinión.

Está cansado, con ganas de beberse una cerveza y olvidarse del mundo, pero, aun así, asiente.

Nos acomodamos en el sofá, el uno frente al otro.

Carraspeo.

Estoy más nerviosa de lo que pensaba que estaría.

—El cuento se llama «La historia del chico que tenía miedo a la oscuridad».

Conrad clava sus ojos en los míos, llenos de un sinfín de emociones, y me

doy cuenta de que tengo que empezar a hablar rápido si no quiero que el relato termine incluso antes de empezar.

—Un niño vivía feliz con su familia en el reino más especial de todo el universo. Sus luces podían verse desde cualquier lugar de la inmensa tierra y del gran mar. En aquel reino, las personas vivían en torres de cristal y metal, pues lo que más les gustaba era que la luz, divertida, entrara en cada rincón.

»Pero un día, nadie sabe qué pasó, una de las luces se apagó, y la casa del pequeño se sumió en la más terrible oscuridad.

Conrad traga saliva y suspiro bajito, casi sin hacer ruido. No quiero hacerle daño. Sólo quiero liberarlo. Recuerdo lo que dijo Nora, pero sencillamente no puedo. No puedo verlo sufrir y mantenerme al margen. Conrad es un hombre maravilloso y se merece ser feliz.

—Al principio, el niño y su familia trataron de ignorar la oscuridad, pensando que la luz volvería, pero, poco a poco, todo pareció volverse más y más difícil; la oscuridad no venía sola, estaba acompañada del miedo, y el miedo —mi voz se resquebraja— hacía que todo fuese complicado, incluso sonreír...

—Gracie, para, por favor —me interrumpe, con la voz entrecortada.

Bajo la cabeza. Una lágrima se estrella contra la palma de mi mano.

—Ese niño no está solo —le digo, necesitando, rezando porque crea mis palabras, para que se abran paso entre todo lo demás—. Ni la oscuridad ni el miedo tienen por qué ganar.

—Grace —repite, levantándose, dejando escapar todo el aire de sus pulmones, girándose hacia la ventana.

Mi nombre es su mantra, lo sé, pero ahora también es el último clavo al que agarrarse.

—No estás solo. —Me incorporo y doy un paso hacia él—. Puedes confiar en mí.

—Esto no va de ti, princesita —replica con la misma rabia que sintió al saber lo que había pasado en el incendio, con todo ese cortante dolor—. Va de

mí.

—Va de los dos —trato de hacerle entender—. Somos tú y yo, y tú y yo podemos enfrentarnos a cualquier cosa, también a lo que sea que te pasara hace once años.

Conrad niega con la cabeza, aún más al límite, aún más enfadado y al mismo tiempo más perdido, como si aquí la rabia le golpease, como si fuese su enemiga.

—No sabes de lo que hablas.

—Sí lo sé —insisto, sin rendirme—. Igual que sé que estás equivocado. Sí puedes sentir amor. Lo vi en cómo miraste mi herida del costado mientras me duchaba, en cómo me acariciaste. Esta mañana, cuando te has enfadado por lo del incendio, has sentido algo, has tenido que hacerlo, si no, no habrías reaccionado así.

—Princesita... —me reprende, me advierte, no lo sé, pero no me importa.

—Si eso no es amor, dime qué es.

—No puedo perderte —ruge—. Has hecho que me sea imposible imaginar mi vida sin ti. ¿Eso es lo que querías, no?

Su mirada, toda su expresión, en realidad, están llenas de tantas cosas que me es imposible distinguir una sola. El peso que aflige su corazón está ahí, retratando cada átomo de verde.

—No pasa nada por sentirte así. —Mi voz suena más dulce que ninguna otra vez—. A veces es normal estar asustado.

—Yo siempre estoy asustado, Gracie.

—¿Qué?

De pronto todo lo que creía tener absolutamente claro da un vuelco inesperado. Recuerdo cada vez, cada momento en el que he dado por hecho que estaba enfadado, que sólo quería alejarme, cuando lo que verdaderamente sentía era miedo.

Conrad sonrío, pero es la sonrisa más triste que he visto nunca.

—¿Cómo es posible que no te hayas dado cuenta, princesita?

—¿Y qué es lo que te asusta?

—La oscuridad —responde en un golpe de voz—. Volver a sentir esa oscuridad, perderme y que esta vez nadie pueda encontrarme, pero, sobre todo, lo que me aterra hasta dejarme sin aliento es perderte a ti.

Los ojos se me llenan de lágrimas.

—¿Qué fue lo que pasó?

—El primer recuerdo que tengo es la luz, como si regresase de la oscuridad más profunda. El segundo es en el hospital —empieza a decir, con la voz llena de un desahucio casi infinito—. La habitación estaba llena de tarjetas, de flores, incluso había un puñado de globos en una esquina con un cartel que decía: PONTE BIEN MUY PRONTO. La enfermera sonrió al verme con los ojos abiertos y salió. Apenas un segundo más tarde, entró una mujer con el pelo castaño y unos enormes ojos verdes, que me miraba a punto de romper a llorar. Después, un hombre. A continuación, dos chicas más. La mujer corrió a abrazarme; sus lágrimas me mojaban en el hombro, pero yo no sabía quiénes eran. Ella debió intuirlo al ver que no le devolvía el abrazo, porque se separó y dijo: «Soy mamá, ¿no me recuerdas?», y yo sólo respondí: «No». No estaba confuso, no estaba perdido, simplemente... ellos... no eran parte de mí. El médico nos explicó que por culpa del accidente de coche había perdido la memoria, que seguramente era algo temporal, una cuestión de días. Todos quisieron dar por buenas esas palabras, incluso yo lo hice, pero algo en mi interior no paraba de repetirme que no sería así. Mi mente podía haberlos olvidado, pero ¿cómo era posible que mi corazón no sintiese nada por ellos, aunque no supiese el qué?

Conrad tuerce el gesto. Decir que es una herida abierta es quedarse demasiado corto, porque hay más, e incluso «mucho más» también se queda demasiado pequeño.

—Empecé a tener pesadillas, cada vez más fuertes... Todo se quedaba oscuro, muy oscuro, y tenía tanto miedo que no era capaz de respirar. Me hicieron más pruebas. Los terrores nocturnos pueden llegar a ser complicados

en adultos y me mandaron a terapia de grupo, pero eso sólo empeoró las cosas. No dejaba de escuchar historias sobre personas que no recordaban los últimos veinte años de su vida, pero que, al ver a su pareja, sentían un vínculo especial. Yo la veía a ella y no sentía nada.

—¿Tenías novia?

Conrad asiente. La «ella» que temía que hubiese hablado conmigo.

—Íbamos juntos al MIT e íbamos a casarnos. Era guapa, inteligente, mis padres la adoraban y ellos, mis amigos, no dejaban de repetirme que era mi chica ideal, que estaba loco por esa mujer, pero yo no sentía nada, ni siquiera una pequeña sensación de cariño. Cuando la tocaba, sólo me sentía vacío..., perdido..., solo.

Cada palabra es una losa que cae sobre sus hombros, que lo hace sentirse más y más culpable.

—No podía seguir así y la dejé. Ella no quería aceptarlo. No paraba de llorar. Estábamos en mi habitación y salió disparada en busca de mis padres para intentar que ellos me convenciesen de que estaba cometiendo un error. Cuando bajé al salón, mi padre, mi madre, mi hermana, todos intentaron hacerme ver que estaba equivocado, pero yo..., de verdad, no podía seguir. No quería hacerle daño, pero no había nada dentro de mí que le perteneciese. Le dije que lo sentía, pero que era la mejor decisión que podía tomar por los dos. Mi familia me miró como si me hubiese vuelto loco... Entonces, ella clavó sus ojos en los míos y me llamó monstruo, y en ese momento lo comprendí, es lo que soy —sentencia.

La batalla adquiere un color, una forma, un nombre.

—No eres ningún monstruo —respondo sin asomo de dudas.

—¿Qué clase de persona no puede querer a sus padres, Gracie? —replica con los ojos llenos de lágrimas, pero sin perder un ápice de su poderosa masculinidad.

—Uno que no recuerda cómo hacerlo —contesto con vehemencia.

Conrad niega con la cabeza, desesperado, dolido, herido.

—Tengo que salir de aquí —dice echando a andar hacia la puerta.

—No todos somos iguales —trato de explicarle, saliendo tras él—. No todos queremos de la misma manera. Puede que tú no recuerdes a tus padres, pero, precisamente, que sea tan duro para ti es la mejor prueba de que te importan.

No responde.

—Eres una buena persona. Cuidas de todos aquí y también de ellos. Sé que los quieres, como me quieres a mí.

—No —ruge, girándose, deteniéndome—. No voy a volver a pasar por eso. Tengo que luchar cada día para no derrumbarme, para seguir a flote, y estaba controlado, pero llegaste tú y lo cambiaste todo y ahora... yo... necesito volver a saber el suelo que piso.

Lo entiendo y sólo quiero ayudarlo. Sólo quiero que sea feliz.

—Mi vida también ha cambiado ciento ochenta grados desde que estoy aquí, pero sé que juntos podemos superarlo todo. Déjame ayudarte...

—No —me interrumpe, y esa única palabra está llena de miedo, de rabia y de dolor.

Y, entonces, comprendo que le estoy pidiendo que dé un salto al vacío, que confíe en que yo agarraré su mano y, para convencerlo, sólo puedo saltar yo primero.

Me llevo las manos a los oídos y, despacio, me quito los audífonos. Conrad sigue mis movimientos con el mismo miedo saturando la sangre de sus venas, con la misma rabia, con la misma tristeza, pero también comprendiendo por qué lo hago, sintiendo en cada centímetro de su cuerpo, del mío, del aire que nos rodea, que nuestros corazones están unidos, que, para bien o para mal, queramos o no, ya sólo somos uno.

Comienzo a llorar en silencio, pero no aparto los ojos de él porque, por muy grande que sea el miedo, sé que la recompensa será mayor.

Doy un paso hacia él y hago lo que nunca, jamás, he hecho, pero, si es la manera de que se acabe su oscuridad y sólo sienta luz, lo haré.

—¿Tienes miedo? —pronuncio lentamente—. Pues yo también, pero no importa. Vamos a superarlo juntos, porque, desde la primera vez que te vi, mi mundo se llenó con el sonido de tu voz y, cada vez que lo necesites, yo seré la luz para ti.

Conrad me mira, conteniendo tantas emociones en sus ojos verdes que traspasan mi piel y me calientan, me golpean, me hacen feliz. Da una bocanada de aire y, atravesando la distancia que nos separa, desliza sus manos por mi cintura, bajo mi camiseta, y me besa con fuerza, dejándose llevar, ofreciéndome todo lo que es, saltando al vacío por mí.

Yo le devuelvo cada beso, cada caricia.

Nos tumbamos en la cama y cada caricia lleva un mensaje: «No te dejaré solo», «Confía en mí», «Siempre seremos luz».

Nos desnudamos sin prisas, disfrutando, sintiendo cada rincón de piel que descubrimos, dibujándonos despacio.

Sus manos se deslizan por todo mi cuerpo, sus besos siguen el mismo camino y, cuando se recoloca entre mis piernas, todo mi cuerpo se acopla al suyo. «Poder respirar cuando estamos juntos», los dos hemos pronunciado esas palabras. «Poder sentirlo todo», son las que deberíamos decir ahora.

Me embiste con fuerza, desesperado, como si cada entrada fuera un bálsamo, como si cada salida sólo fuese el impulso para volver. Yo gimo, perdida en cada sensación, en cada emoción, en sus manos, en mi piel, en su boca.

Nuestros cuerpos apremian el ritmo, nuestros corazones marcan el compás.

Una embestida más. Un gemido más. Sus manos anclándose a mis caderas. El placer, el amor, tatuándose en cada hueso de mi cuerpo.

Me besa con más fuerza y el mundo estalla a la vez para los dos y renace en torno a esta cama, a nosotros. No es sólo un orgasmo, no es sólo sexo; está tan cerca en todos los sentidos que me toca el alma con los dedos.

Cuando abro los ojos, los de Conrad ya me esperaban. Me aparta un mechón de pelo de la cara y prolonga el movimiento acariciándome la mejilla

con el reverso de los dedos. Su mirada se pierde en el gesto para después volver a posarse en la mía.

—Eres un maldito sueño, princesita —le leo en los labios.

Sonrío y, sin pensarlo, alzo la mano y le acaricié el pecho, deslizando mi palma hasta que descansa sobre la piel de su corazón.

Te quiero, Conrad Sullivan.

* * *

Decir que me levanto con una sonrisa es quedarse tan corto que resulta casi ofensivo, como lo es afirmar que en el trabajo voy flotando de un lugar a otro. Dicha postorgásmica más dicha post-felicidad es igual a tener unicornios volando a tu alrededor toda la mañana. Si no fuera porque le habría dado demasiada munición para futuras discusiones, habría preparado el desayuno cantando, esperando a que todos los animalitos del bosque se me uniesen.

Estoy pelando algo así como un millón de calabacines cuando un chico que nunca había visto antes irrumpe en la cocina. Maiko y yo miramos automáticamente a Nora y la chef lo mira automáticamente a él. Más le vale tener una buena excusa o su integridad física y, sobre todo, la de sus zapatos estarán en peligro.

—Buenos días —nos saluda—. Estoy buscando a la señora Sullivan.

Frunzo el ceño, confusa, pero no por lo de señora Sullivan, ese barco zarpó hace mucho, aunque pienso contratar un remolcador para traerlo de vuelta, sino porque... ¿qué quiere? Ni siquiera lo conozco.

—Soy yo —digo dando un paso adelante.

—Acompáñeme. La requieren en Administración.

Vale, ahora sí que estoy confundida.

Miro a Nora, pidiéndole permiso, y ella asiente, dándomelo.

El chico ha venido en coche, así que llegamos a Administración en cuestión de minutos. Allí, me pide amablemente que espere junto a un grueso mostrador

en uno de los extremos de la enorme sala.

Nunca había estado en este edificio, pero lo cierto es que tengo tanta curiosidad que ni siquiera puedo detenerme a observarlo. Por suerte, una chica subida a unos tacones de infarto no tarda en acercarse a mí. No paro de intentar imaginar para qué pueden necesitarme.

—¿Señora Sullivan? —pregunta con una sonrisa.

—Sí, soy yo.

La joven rodea el mostrador y deja la carpeta que llevaba en una bandeja de metal con un pequeño letrero en el que pone ARCHIVOS.

Mi curiosidad crece y crece.

—Ha recibido una llamada de Nueva York.

¿Qué? ¿Una llamada? ¿Yo?

Ante mi sorpresa, supongo que debe de ser de lo más expresiva, la chica toma un pequeño papel de color rosa, uno de esos en los que se anotaban las llamadas telefónicas en las pelis de los ochenta, y me lo tiende. Escrito a mano en letras muy gruesas, puede leerse «Louis Cochrane».

—Pidió que lo llamase tan pronto como le fuera posible. Comentó que le fue imposible contactar con usted en el móvil... Ya sabe, por lo de la cobertura.

Adelantándose a la pregunta que le pensaba hacer, me indica una de las mesas a unos pasos de mí.

—Puede usar ese teléfono —me informa.

—Gracias.

Le devuelvo la sonrisa y camino hasta la mesa tratando de no salir corriendo. Louis no me llamaría si no fuera realmente importante.

Dos tonos después, mis nervios han crecido hasta el infinito; uno más y contesta.

—Despacho del señor Cochrane.

—Buenos días, Cynthia, soy Gracie. ¿Podría hablar con Louis?

Hay un segundo de silencio. Supongo que por la sorpresa.

—Buenos días, Gracie —responde, y sé que está sonriendo. Cynthia es una persona increíble—. Ahora mismo te lo paso.

Los pocos segundos del tono de espera me dan el tiempo suficiente para suspirar.

—Gracie.

—Hola, Louis. ¿Va todo bien? —suelto, demasiado inquieta para contenerme.

—Sí —contesta, y siento un alivio inmenso—, pierde cuidado. Me he puesto en contacto contigo porque me han llamado los de Servicios Sociales. Todo se ha adelantado a mañana por la mañana.

¿Qué?

—Pero eso es... ya —replico, alarmada—. Se suponía que tendría tres semanas más.

Aún no han pasado tres meses.

—Lo sé, pero estas cosas, a veces, funcionan así. ¿Podrás tenerlo todo listo?

Rápida, hago cuentas. Tengo unos tres mil dólares ahorrados, con los turnos que me quedan hasta finales de semana conseguiré otros doscientos. No es suficiente.

—¿No podemos hacer nada por retrasarlo? —le pregunto, preocupada.

—Gracie, si rechazamos esta vista, pueden tardar meses en concedernos otra, y esta situación no puede alargarse eternamente.

Lo pienso, pero, en el fondo, no lo necesito. Tiene razón.

—Te he mandado por mensajería urgente toda la documentación y un billete a Nueva York —me explica—. Te llegará a última hora de la tarde.

Asiento.

—Gracias, Louis.

Oigo un suave suspiro al otro lado de la línea y una punzada de culpabilidad me atraviesa. Todo esto también es muy duro para él. Los dos perdimos a mi madre a la vez y también vimos cómo todo lo demás se

complicaba. Soy consciente de que a veces parece el malo de la película, pero no lo es.

—Nos veremos mañana —me despido.

—Adiós, Gracie.

Cuelgo.

Necesito reunir al menos otros dos mil dólares.

Creo que sólo tengo una opción, pero no puedo contárselo a Conrad. Es demasiado pronto.

Nunca imaginé que las cosas podrían cambiar tanto, que ella podría cambiarme tanto. Le conté lo que ocurrió hace once años y no sólo no huyó, sino que consiguió que volviera a sentir... esperanza, ilusión porque las cosas puedan ser diferentes; que ya no se trate sólo de mantenerse a flote, sino de vivir.

Cuando me doy cuenta de que estoy poniendo la sonrisa más idiota del mundo, cabeceo y me obligo a parar, pero, joder, es complicado. Vuelvo a cabecear. Muy muy complicado. Por Dios, parezco un niño enamorado.

Enamorado. La palabra rebota en mi mente y por un momento me deja sin aliento. No sé si es eso lo que siento o es sólo una especie de espejismo por todo lo que pasó ayer, pero, por primera desde hace demasiado tiempo, quiero descubrirlo y todo es gracias a la princesita.

Esa palabra también se queda dando vueltas en mi cerebro y me percató de que hay algo que debo hacer; Gracie querría que lo hiciera.

—Carlos —llamo a uno de los operarios, guardando el destornillador en la caja de herramientas—, tengo que arreglar unos asuntos, encárgate de que revisen los paneles E10 y E11. Quiero que estén listos cuando vuelva.

—Cuenta con ello, señor Sullivan —responde, profesional.

Asiento y me encamino hacia la salida del hangar.

Diez minutos después estoy aparcando frente al hospital. El día que Gracie tuvo el accidente, Niko y yo nos peleamos y no hemos vuelto a hablar, más allá de las indicaciones sobre cómo debía cuidar a Gracie o explicaciones sobre su evolución. Ya hace casi un mes de aquello y ya va siendo hora de que lo

arregle. Niko estaba furioso conmigo por lo que pasó; tenía todo el derecho a estarlo, yo lo estaba.

Cruzo la recepción y saludo con un leve movimiento de cabeza a la enfermera de Admisiones. Subo a la segunda planta y voy directo a su despacho. Sé que a esta hora, salvo una emergencia, suele estar ahí, revisando historiales médicos.

Llamo a la puerta abierta y me detengo bajo el marco.

—¿Podemos hablar?

Niko levanta la cabeza de su tablet y me observa unos segundos antes de asentir.

—¿Qué ocurre?

Ahora soy yo quien se toma un momento, tratando de poner en palabras todo lo que sé que tengo que decir.

—Que somos dos gilipollas, supongo —me sincero.

La expresión de Niko en un primer momento permanece imperturbable, pero sus labios empiezan a curvarse hacia arriba y una media sonrisa se cuele en ellos.

—Tú, el que más —sentencia.

—¿Qué puedo decir? —respondo, encogiéndome de hombros—. He aprendido del mejor.

Niko sonrío abiertamente y me señala la silla al otro lado de su mesa para que tome asiento.

Los dos minutos siguientes nos los pasamos hablando de estupideces, básicamente fastidiándonos el uno al otro. Lo he echado de menos, aunque no pienso decírselo. Seguro que me lo estaría recordando los próximos veinte años.

—Siento haber dicho lo que dije —pronuncia de pronto, pero no me coge por sorpresa.

—Tenías razón —replico—. Gracie podría...

—Fue un accidente —me rebate—, y muy mala suerte. Esa goma de grúa ni

siquiera sufría fatiga o estaba en mal estado. Pasó y ya.

—¿Te haces una idea de cuántas veces me he repetido eso? Y no dejo de sentirme culpable.

—Pero es que a ti te encanta sentirte culpable —me suelta.

—¿Perdona?

Lo miro absolutamente alucinado y él asiente sin un gramo de arrepentimiento.

—El cambio climático también es culpa tuya —añade—, y la guerra comercial entre Estados Unidos y China... Ah, y que tengamos a Trump de presidente; sobre todo, eso último.

Finjo sopesar sus palabras.

—Que Trump saliera elegido presidente suena más a castigo divino por todos los pecados de la humanidad, así que eso —apunto con retintín— es culpa tuya.

—Sí, nunca debí acostarme con aquella veinteañera —responde, rascándose la nuca, pensativo—, aquel bikini era demasiado pequeño, seguro que incumplía al menos cuatro mandamientos... ni con su hermana.

Pretendo seguir mostrándome indiferente, pero no puedo más y rompo a reír. Es un auténtico sinvergüenza. Él no tarda más de un segundo en imitarme.

—Entonces, ¿está todo bien? —pregunto cuando nuestras carcajadas se calman.

Niko asiente.

—Está todo bien.

* * *

Estoy a unos pasos de la camioneta para regresar al hangar cuando oigo cómo me llaman por el *walkie*. Me llevo la mano al bolsillo trasero de los vaqueros por inercia, donde suelo engancharme, y entonces soy consciente de que me lo he dejado en el coche.

—Aquí Conrad Sullivan. Cambio —contesto tras asomarme por la ventanilla y cogerlo del asiento.

—Señor Sullivan, el señor McIntire desea hablar con usted. Cambio.

Pongo los ojos en blanco. ¿Qué demonios quiere?

—Es de suma importancia. Cambio —apostilla, como si me hubiese adivinado las ganas de mandarlo al diablo.

—Voy para allá. Cambio y corto.

Me monto en la Chevrolet a regañadientes y voy hasta Contabilidad, a poco más de cinco minutos desde el hospital.

McIntire me está esperando junto al mostrador de recepción. Lo conozco y sólo pretende parecer solícito, cuando, en el fondo, no lo es. Supongo que por hoy se ha cansado de hacerse el importante.

—¿Qué? —respondo hosco, deteniéndome a unos metros de la puerta.

Podría ser más amable, pero no quiero. No se lo merece. Se cree mejor por haber nacido en este país, haberlo hecho en una familia blanca acomodada y tener polla. Por gente como él y Carter es por lo que Dios nos mandó el castigo divino.

—Conrad, me alegro de verlo —dice, ofreciéndome una falsa sonrisa—. Podemos pasar a mi despacho.

—Estamos bien aquí —lo interrumpo—. ¿Qué ocurre?

—Creo que sería mejor que nos dirigiéramos a mi oficina —insiste.

Lo observo. ¿De qué demonios quiere hablar? Es irritante.

Asiento, otra vez de mal humor, y lo sigo hasta su despacho. Al vernos pasar, su secretaria se levanta de un salto. Es más que obvio que McIntire le ha dado exactamente esa orden.

—¿Les apetece tomar algo? —pregunta.

—Café, un capuchino —especifica—, rápido.

No hay «por favor», ni «gracias», ni siquiera la mira, por supuesto. Apuesto a que no tiene ni idea de que Faith, que estudió biología, aceptó un

puesto de secretaria para tener nuestro seguro médico y que su madre pudiese tratarse en el hospital del parque.

—No necesito nada, gracias.

—No es molestia, señor Sullivan —contesta con una amable sonrisa.

—¿Tu madre está mejor?

Ella asiente.

—El nuevo tratamiento que le puso Niko le funciona muy bien. Ya casi no necesita bastón.

Sonríó sincero. Me alegro de verdad.

—Eso es genial.

—Muchas gracias por la semana libre que me dio para poder cuidarla.

—No tienes por qué dárme las.

Ella asiente de nuevo y se marcha veloz a prepararle el café a este gilipollas, al que tuve que amenazar para que le diera esos días libres y poder cuidar a su madre después de que se cayera, porque obviamente es tan inútil que no sabe hacerse el puto capuchino solo.

Cuando nos quedamos a solas, lo observo, esperando a que continúe.

—¿Qué tal se está recuperando la señora Sullivan después del accidente?

—me pregunta, acomodándose tras su mesa e indicándome la silla al otro lado para que haga lo mismo. Evidentemente, declino su oferta.

Le mantengo la mirada, y la sonrisa, poco a poco, se borra de sus labios.

—Creía que tenía que contarme algo de suma importancia —le dejo claro, usando las mismas palabras que, con toda probabilidad, le dictó a cualquier empleado para que dijera por el *walkie*.

Él me mira, desconcertado.

—Sólo pretendía... —deja en el aire.

Supongo que ha dado por hecho que, si he hablado con Faith, estaré dispuesto a hacerlo con él, ya que él es el jefe y ella sólo una secretaria. No sabe hasta qué punto se equivoca y lo poco que me conoce.

Al ver que no doy la más mínima muestra de interés en seguir la charla,

carraspea y cuadra los hombros, inquieto.

—Quería hacerle partícipe de una información que ha llegado al departamento contable. Le ruego que no piense que me mueve cualquier tipo de interés, sólo he pensado que querría saberlo.

—¿El qué?

—La señora Sullivan ha pedido un adelanto.

Pero ¿qué coño?

Baño la confusión y la sorpresa en arrogancia y no dejo que vea ninguna de esas dos emociones.

—¿De cuánto?

—Por el valor de sus próximas tres nóminas.

No necesito hacer ninguna cuenta para saber que ése es el número exacto de semanas que nos quedan para cumplir los tres meses de matrimonio.

¿Por qué demonios lo ha hecho?

—¿Cuándo?

—Esta misma mañana. A ella le explicamos que el trámite nos llevaría unas horas. Fue una pequeña argucia —añade, estúpidamente orgulloso— para tener tiempo de comentarlo con usted, pero, en realidad, ya tenemos el cheque.

Abre una de las carpetas de su escritorio, lo saca y me lo tiende, y yo no me puedo creer lo que estoy viendo. ¿En serio piensa exponer a Grace de esta manera sólo para contentarme a mí? Cojo el trozo de papel, pero no por gusto, sino para impedir que la princesita tenga que volver a tratar con este imbécil, y me lo guardo en el bolsillo de los pantalones.

—¿Algo más? —demando, malhumorado.

—No, señor Sulliv...

—Mejor —sentencio antes siquiera de que pueda terminar la frase—, porque ahora me toca hablar a mí.

Doy un amenazador paso hacia McIntire. Quiero que sienta miedo para que el mensaje se le quede grabado a fuego.

—La próxima vez que vulneres la intimidad de cualquier empleado de esta

manera —le advierto—, te pondré en la calle, en el mejor de los casos. En el peor, acabarás igual que Nash. ¿Ha quedado claro?

Tiene ganas de salir corriendo.

—Sí, señor Sullivan.

Justo lo que quería oír.

Salgo del despacho y del edificio con demasiadas ideas en la cabeza cruzándose unas con otras. ¿Para qué ha pedido Gracie el dinero? ¿Qué ha ocurrido? ¿Necesita algo?

Rápido, me monto en la camioneta y vuelo hasta casa.

—Grace —la llamo al abrir la puerta, pero no contesta, no está.

Echo un rápido vistazo a la habitación, al baño, nada. Quizá esté aún en la biblioteca. Giro sobre mis talones y enfilo la puerta principal, pero, al pasar junto a la barra de la cocina, algo llama mi atención. Es un sobre blanco con la etiqueta de FedEx en la parte superior. Lo han abierto con prisas. El extremo de un trozo de papel más pequeño puede verse en el interior. Lo dudo; hace poco más de diez minutos he hecho una amenaza muy concreta acerca de vulnerar la intimidad de las personas, pero estamos hablando de la princesita. Necesito saber que está bien.

Tiro del papel y me encuentro con un billete en primera clase de American Airlines, para mañana, a Nueva York.

Algo dentro de mí cae en *shock*. Joder, algo dentro de mí quiere liarse a puñetazos con el mundo. ¿Va a largarse? ¿Por eso quiere el dinero? Todo lo que pasó ayer desfila ante mí como un ciclón y mi mente y mi tarado corazón empiezan a atar cabos que no querría tener que atar jamás. La verdad, lo que me ocurrió, ha sido demasiado para ella. Se ha dado cuenta de que no tengo remedio y no quiere acabar con un tío como yo. ¿Quién podría culparla?

Miro el remitente. El sobre viene de la oficina de Louis Cochrane.

Ha debido de llamar a su padrastro esta mañana y él ha decidido sacarla de aquí. Joder, ¿y quién podría culparlo a él?

Aprieto los puños con rabia mientras siento cómo ese desolador miedo

vuelve a ocuparlo todo. ¿Quién querría estar con un monstruo como yo?

En ese momento la puerta se abre y la princesita aparece frente a mí.

—Qué pronto has vuelto —dice y, aunque sonríe, es obvio que está nerviosa.

—¿Vas a marcharte?

Soy consciente de que podría haber enfocado este problema de diez mil formas diferentes y todas serían mejor que ésta, pero es que no tengo tiempo para jueguecitos. Necesito que me diga que estoy equivocado, que todo esto es un maldito error, una idea de su padrastro, que no va a largarse.

—¿Por qué lo dices? —pregunta a su vez, sólo para ganar tiempo.

—¿Por qué iba tu padrastro a enviarte un billete de avión, si no?

—Echaba de menos Nueva York —argumenta en un golpe de voz—, a Ophelia y a Ted, y Louis ha querido hacerme un regalo.

—¿Sólo eso?

—Sí —responde, encogiéndose de hombros—, claro.

—¿Y necesitas pedir adelantada tu nómina de tres semanas para ir?

Su expresión cambia en una décima de segundo. Me mantiene la mirada sin saber qué contestar y el miedo se hace un poco más cortante.

—No —murmura al fin, pero vuelve a guardar silencio, sin saber cómo continuar—. ¿Cómo lo has sabido?

—McIntire —contesto a modo de toda explicación.

Ella asiente más de una vez, pero no dice nada y yo creo que voy a volverme loco.

—¿Por qué te vas a Nueva York?

—Conrad —pronuncia mi nombre sobrepasada.

—Contéstame.

No sé para qué insisto. No dejar a nadie entrar en mi vida. Ésa era mi maldita norma y nunca debí romperla.

—Basta.

—¡Contéstame!

—¡No!

—¡Si vas a largarte, por lo menos ten el valor de decírmelo!

Nunca debí romperla, porque ahora duele como nada había dolido.

—Necesito ir —trata de hacerme entender, esforzándose en sonar más serena y fracasando—, y no puedo contártelo porque no tiene nada que ver contigo. Esto no va de ti, Conrad, va de mí.

Esas palabras son como una condenada puñalada y automáticamente recuerdo cuando yo mismo las pronuncié a un puñado de metros de donde estamos ahora.

—Qué curioso —respondo dolido y, joder, lo estoy—. Creía que iba de los dos.

Gracie también recuerda lo que dijo, lo que dije, y todo se vuelve un poco más oscuro.

—No quería decir eso —intenta disculparse.

—Pues yo creo que sí.

—Tienes que confiar en mí, Conrad.

Una sonrisa fugaz y arisca y triste se cuele en mis labios.

—Es muy difícil hacerlo cuando tú no confías en mí.

—Sí confío en ti —replica sin dudar.

—Pues, entonces, cuéntame por qué necesitas ir a Nueva York.

Atrapo sus ojos azules. Ella me mantiene la mirada, pero por primera vez no es transparente.

—Conrad, yo...

Trago saliva. Por favor, princesita. No lo hagas. No me mientas. No te vayas.

—Es por la universidad —continúa, titubeante—. Ha habido un problema con mi matrícula; si no lo soluciono, no podré presentarme a los exámenes.

Me está mintiendo y algo dentro de mí se rompe o simplemente se recrudece, no lo sé.

Saco el cheque que me ha dado McIntire y, antes de pensarlo con claridad,

lo deslizo por la encimera hasta colocarlo frente a ella.

Grace lo coge con dedos nerviosos.

—Considéralo tu finiquito —sentencio con la voz fría, vacía—. Cuando termines con lo que quiera que tengas que hacer en Nueva York, no te molestes en volver.

Los ojos se le llenan de lágrimas, pero los dos sabemos que, por una vez, sólo le he puesto las cosas más fáciles. No quiere estar con un monstruo. Tiene todo el jodido derecho.

—¿Y así es como va a acabar?

Sus palabras me traspasan, me detienen en seco, me llaman. Quiero gritar que no, quiero volverme, besarla, pero todo eso se ha acabado.

—Siempre pensé que no tenía que empezar —me obligo a pronunciar sin volverme.

Me paso las manos por el pelo y trato de contener el huracán que ahora mismo parece asolarlo todo en mi interior. Más tarde o más temprano, se calmará, y volveré a salir a flote. Al fin y al cabo, llevo teniendo miedo desde que puedo recordar, ¿por qué iba a tener la suerte de cambiar ahora?

Ella no me llama, yo no me vuelvo. Salgo de casa, paso de largo la camioneta y comienzo a andar sin ningún rumbo fijo. Duele, joder. Duele muchísimo.

Acabo en el Amelia's sin saber cómo, pero, con toda franqueza, ahora mismo no me imagino en otro lugar. Sólo quiero beber hasta perder el maldito sentido.

Miro a Harvey y me sirve una cerveza helada. El primer trago no me apacigua, el primer trago no me dice jodidamente nada. La recuerdo ayer, entre mis brazos. Creí que podríamos ser diferentes, que, de verdad, podríamos tener una oportunidad. Me dijo que me quería, ¿por qué demonios tuve que decirle que no debería quererme?, ¿por qué demonios no le dije que yo también la quiero?

La quiero.

Durante un segundo todo se queda en silencio, creo que incluso el mundo deja de girar. La quiero. Ni siquiera sé cómo explicar por qué lo sé, ni siquiera tengo nada con lo que compararlo, o quizá sea justamente por eso, porque nunca había sentido nada parecido, que sé que esto es real. Ella es mi maldita luz.

Salgo despedido del bar y echo a correr. Tengo que decírselo. Tengo que convencerla. Grace luchó por mí, lo justo es que ahora yo luche por ella. No puedo dejar que se marche pensando que no me importa, que estoy contento con esto.

Entro llamándola a gritos, pero la casa está vacía.

Miro a mi alrededor; mi respiración, agitada, resuena entre estas cuatro paredes. Corro hasta la habitación. Su portátil no está, ni su caja de Altooids. Abro el armario. Su ropa..., su maleta..., todo ha desaparecido. Todo se vuelve pesado, gris. Todo duele aún más.

Corro hasta la camioneta. Vuelo hasta el control.

—¿Has visto a Grace? —demando antes incluso de bajarme.

El guardia, Monroe, sale a mi encuentro.

—Grace —repito con la urgencia saturando mi tono de voz—. ¿Ha salido?

Se toma un par de segundos para hacer memoria y yo quiero estamparlo contra la pared.

—Sí —responde—, hará unos diez minutos. Llevaba una maleta.

No le doy más explicaciones. Ni siquiera me despido. Me monto de nuevo en la *pickup* y salgo disparado. Sólo tengo que encontrarla. Sólo tengo que decirle que la quiero. Ella sabrá lo que significa. Entenderá que no soy ningún monstruo, que sé tener sentimientos, y se quedará.

Paso una milla, otra, otra más. Es imposible que haya llegado tan lejos. Incluso si se hubiese marchado en cuanto yo lo hice, no ha tenido tiempo de llegar al pueblo.

Sin embargo, voy hasta allí, entro en la estación de autobuses, pregunto por ella. Nadie la ha visto. ¿Dónde está?

Me paso horas buscándola en cada rincón de Point Harbor, del parque. Trato de localizarla en su móvil y me llamo gilipollas una decena de veces al darme cuenta de que no tengo su número.

Regreso a casa de madrugada. Solo.

Abro la puerta, pero tan sólo llevo un mísero segundo aquí cuando me doy cuenta de que no lo soporto, de que la rabia pesa tanto que ni siquiera me deja pensar, de que la odio por marcharse, joder, de que la odio a ella y me odio a mí y ya la echo de menos.

Me dejo caer contra la pared y me deslizo por el suelo hasta acabar sentado. Me sujeto la frente con las palmas de las manos, casi en mis ojos, casi en mi pelo. Llevaba once años sobreviviendo, luchando; llevaba once años perdido, la encontré a ella, encontré mi hogar, y ahora ya no queda nada.

No sé cuánto tiempo paso así.

No sé cuándo me doy cuenta de que comienza a llover.

No sé cuándo me doy cuenta de que ya ha amanecido.

Al principio creo que es un espejismo, pero me percató de que es imposible que una alucinación te haga sentir tantas cosas.

Me levanto, salgo y la observo caminar hasta mí. No hay rastro de su maleta ni de ninguna de sus cosas, sólo un trozo de un papel en su mano derecha. Ni siquiera lleva un paraguas y, a pesar de eso, puedo distinguir cada una de sus lágrimas de las gotas de agua.

Todo vuelve a recrudecerse, como si, con cada maldita patada del destino, comprendiese que soy capaz de subir un maldito escalón más, de que el dolor puede hacerse aún más puntiagudo.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, saliendo a su encuentro—. ¿Estás bien?

Ni siquiera me escucha.

—Grace, ¿estás bien?, dime que estás bien —le pido, desesperado.

No responde.

¿Y si la atracaron camino del pueblo? ¿Y si le hicieron daño?

La cojo de los hombros. No reacciona. No deja de llorar. No habla.

—¿Qué ocurre? Grace, por el amor de Dios, cuéntamelo. Confía en mí.

Pero no lo hace, no pronuncia una mísera palabra. Sólo quiere seguir caminando, sólo quiere huir... ¿por qué?, ¿de qué? Demasiadas cosas se agolpan en mi mente y en mi corazón, en cada condenando rincón de mi cuerpo. Cierra los puños con fuerza.

—Escúchame.

Gracie forcejea todavía más. Está nerviosa, triste, enfadada, dolida.

—Maldita sea, escúchame.

La dejo caer sobre el césped y la retengo a horcajadas sobre ella, con mis rodillas flanqueando sus caderas. Sujeto sus manos con las mías contra la tierra, por encima de su cabeza, y trato de buscar su mirada.

—Gracie —la llamo.

Ella se agita, se mueve, no deja de llorar.

Y el miedo se hace más fuerte que todo lo demás.

—¿Por qué no confías en mí? —grito, desesperado—. Necesito que confíes en mí.

Sólo son cinco palabras, pero, en realidad, es todo mi mundo puesto del revés. Cuando conocí a la princesita, no quería necesitar a nadie, no quería que nadie me necesitase a mí; después, sin ni siquiera saber cómo, ella empezó a importarme más y más y, la idea de pasar estos tres meses sin que ninguno de los dos dejase una huella en la vida del otro se esfumó. Ahora ya están puestas las cartas sobre la mesa, quiero que confíe en mí porque necesito saber que lo nuestro es real, que tenemos una oportunidad, que todavía me quiere.

Gracie me mira y sus ojos azules están llenos de tantas cosas que me golpean hasta dejarme K.O.

—Por favor —susurro—, déjame cuidar de ti.

Le aparto un mechón de pelo de la cara y dejo mi mano en su cuello, sosteniéndola. Ella me mantiene la mirada y se agarra a mi camiseta con la mano que acabo de liberar. Ahora mismo tiene los ojos más tristes del mundo.

De pronto una idea se abre paso en el fondo de mi mente. Le acaricio suavemente la oreja. Ella trata de apartarse, pero, casi en el mismo segundo, se rinde.

—¿Dónde están tus audífonos, Grace? ¿Dónde están todas tus cosas?

Ella no responde, sólo abre la mano y descubre un trozo de papel, el mismo que vi cuando caminaba hacia mí. No necesito cogerlo para ver el membrete de una tienda de empeños.

—¿Qué has hecho, princesita?

Grace me mantiene la mirada, pero algo me dice que ya no puede más y yo nunca he tenido tanto miedo de perderla como lo tengo ahora.

La ayudo a levantarse y la llevo hasta la camioneta. Hay más de una hora hasta la dirección de la tienda de empeños del papel, una factura, en realidad, en Virginia Beach, a la que llegó haciendo autoestop. Creo que voy a tener un infarto si vuelvo a pensar en la posibilidad de que la hubiera recogido un puto pirado en lugar de una abuela de Brooklyn.

—Espérame en el coche —le pido.

La miro para asegurarme de que me ha entendido y ella asiente. Sin embargo, no soy capaz de bajarme y la recorro con la mirada. No ha dicho una sola palabra en todo el camino y sé que no tiene nada que ver con los audífonos. Está empapada. Va a acabar cogiendo una pulmonía. «Tendría que haberla hecho cambiarse de ropa», me martirizo.

Me freno en seco y me obligo a ser práctico, eso siempre funciona. Recuperaré sus audífonos, buscaré una tienda y le compraré algo de ropa. Por suerte ha dejado de llover.

—No tardaré —añado, y me fuerzo a bajarme.

La tienda de empeños es tan sórdida como imaginas que será: una luz deprimente y recuerdos felices de personas que ya no lo son adornando las paredes.

—¿En qué puedo ayudarlo? —pregunta un tío sin demasiado interés en sonar cordial.

—Vengo a recuperar todo lo de este recibo —respondo, entregándole el papel.

La princesita lo empeñó todo: su ropa, su portátil, sus libros, incluso la maleta y su bandolera, y, por supuesto, los audífonos.

El hombre revisa la nota y la comprueba en un ordenador que ha visto tiempos mejores.

—¿Todo? —pregunta.

Lo miro y tampoco tengo ningún interés en parecer cordial.

—Todo —se autorresponde.

Entra en el almacén y regresa con la ropa de Grace, aún en la maleta. Se pasea por la tienda y, de distintas baldas, siempre detrás de gruesos mostradores y un cristal de seguridad de al menos cinco centímetros de ancho, coge el portátil, el teléfono móvil y todo lo demás.

—¿Dónde están los audífonos?

Si piensa que puede tratarme como si fuera uno de los imbéciles que entran aquí buscando un Rolex falso, desde ya debería saber que no es el puto día.

—Los audífonos son muy valiosos, ¿sabe? —empieza a decir—. La chica no empeñó sus cosas, las vendió; quería sacar el máximo dinero posible, así que esos chismes ahora son míos.

—¿Cuánto quiere por ellos? —rujo.

—Setecientos.

Aprieto los dientes. No le dio más de trescientos por todas sus cosas y ahora pretende sacar más del doble sólo por los audífonos.

Hago cuentas. Me faltan cuatrocientos dólares... y yo no tengo más de ciento cincuenta en la cartera. Trato de encontrar una solución. No puedo irme de aquí sin los audífonos.

—¿Acepta o no? —me presiona.

Quiero darle una puta paliza. Sólo tiene esta tienda para aprovecharse de los demás.

—Claro que los quiero.

Me quito el reloj sin levantar mi amenazante mirada de él.

—Este reloj es un Omega. Vale más de mil dólares, quédese lo con los trescientos dólares a cambio de todo.

El tipo coge el reloj y lo examina con cuidado. Con el primer vistazo sabe que tengo razón y va a ser el negocio de su vida. Mi padre me lo regaló cuando me gradué en el MIT. Eso fue mucho antes de que perdiera el trabajo. Después intenté devolvérselo muchas veces, pero él nunca lo aceptó. Ahora me alegro de que no lo hiciera, mi padre habría acabado en un sitio como éste y no creo que lo hubiese podido soportar.

—Los audífonos y el portátil —me ofrece.

—Todo.

El dependiente lo piensa un momento.

—Los audífonos, el portátil y la mitad de la ropa.

—Todo —repito.

No me pongas a prueba.

—Perdona, pero ¿tienes la más mínima idea de cómo se negocia? — responde irónico, aunque sólo es un mecanismo de defensa, porque, en el fondo, sabe que tiene las de perder.

—Claro que sí —contesto impasible, con la voz amenazadoramente suave. Son sus cosas, sus audífonos, y no pienso marcharme de aquí sin ellos—: O me lo llevo todo o tú no te llevas nada, elige.

El tío me mantiene la mirada, pero, al cabo de unos segundos, la presión le puede y acaba apartándola.

—Está bien —responde—. El reloj y los trescientos por todo.

Se acerca para guardar las cosas de Gracie en la maleta, pero yo las cojo antes de que pueda llegar a tocarlas. No va a poner sus asquerosos dedos encima de ellas ni una sola vez más.

Resopla fingiéndose molesto, pero no pronuncia palabra. Mejor. No tiene nada que decir.

Regreso a la Chevrolet, dejo su maleta en la parte de atrás justo después de

coger la única sudadera que traje y regreso a mi asiento. Le ofrezco la chaqueta y se la pone rápido. Ha salido el sol y la temperatura es alta, pero está muerta de frío. Sin embargo, cuando le tiendo los audífonos, mira aliviada la caja de Altoids, pero no la coge.

—Póntelos, Gracie —le ordeno—. Tenemos que hablar.

Ella se los coloca y clava la vista en el salpicadero. Tiene la respiración agitada; está asustada, nerviosa, y yo sólo quiero abrazarla, joder, consolarla, pero no puede ser. Tiene que hablar, tiene que contarme qué es lo que ocurre para que podamos solucionarlo.

—¿Qué ha pasado? —pregunto—. Y desde ya te digo que no vamos a movernos de aquí hasta que me lo expliques.

Guarda silencio y estoy a punto de sentarla en mis rodillas y darle unos azotes.

—Tengo un hermano —dice.

Las palabras atraviesan, veloces, el pequeño espacio de la camioneta, pero al mismo tiempo se quedan flotando, despacio.

Frunzo el ceño imperceptiblemente. De todas las opciones posibles, ésa era la última que esperaba oír.

—Se llama Billy y tiene once años —continúa con la voz triste, casi apagada—. Cuando mi madre murió, quise hacerme cargo de su custodia. Louis es bueno, nos quiere, pero no es nuestro padre. Billy es mi responsabilidad.

De pronto recuerdo la foto que vi en su apartamento: estaba en un parque, con un niño pequeño con el pelo rubio como ella.

—Hablé con Louis y, aunque no le gustó la idea, aceptó. Al principio todo iba bien, nos mudamos a un apartamento, conseguimos plaza en un colegio público al que podíamos llegar en metro, pero, poco a poco, todo fue complicándose. No conseguía encontrar trabajo y las facturas empezaron a acumularse; dejé la universidad. —Cierra los ojos como si el mero recuerdo de aquellas decisiones la torturara—. Cuando se me acabó el poco dinero que

tenía ahorrado, le pedí ayuda a Louis. Él me la prestó a cambio de que regresáramos con él, pero, al inscribir a Billy en otro colegio, uno que Louis consideró más apropiado, saltó un aviso en Servicios Sociales. Fueron muy claros: si quería mantener la custodia y que ésta no recayera de forma permanente en Louis, tenía que cumplir unos requisitos muy claros.

—Un marido, un trabajo y dinero —la interrumpo, sintiendo cómo las piezas empiezan a encajar.

—Estabilidad, recursos laborales y económicos, decía el informe. Fue Louis quien las concretó en el trato que teníamos. Si lo cumplía, testificaría a mi favor en la vista y yo conservaría la custodia de Billy.

—¿Y por qué no me lo contaste?

—Al principio, tú no querías saber nada —replica, a punto de echarse a llorar otra vez—, después no supe cómo hacerlo y, cuando las cosas cambiaron entre nosotros, sentía que debía esperar un poco más. Me hiciste prometer que no imaginaría una vida juntos después de los tres meses, ¿cómo iba a decirte que quería que tú lo hicieras y que en esa idea tenías que incluir a un niño de once años?

Aparto la mirada y la pierdo en la ventanilla. Tiene razón. ¿De qué me estoy quejando? Le dejé muy claro que no me interesaba su vida y, luego, que no teníamos un futuro.

—Sólo quería encontrar el momento adecuado —añade—, pero todo se adelantó.

Una nueva lágrima resbala por su mejilla.

Vuelvo a buscarla con los ojos, pero ella sigue con la vista clavada en el salpicadero. Es la chica más optimista del universo, imprudentemente optimista incluso, y verla así, como si se quisiese bajar del mundo, resulta demasiado triste.

—Louis me llamó ayer. Los Servicios Sociales habían adelantado la vista. Si la rechazaba, podían pasar meses hasta obtener otra, pero aún no estaba preparada.

—¿Por eso pediste el adelanto?

—Tenía que regresar a Nueva York, pagar las semanas de alquiler que le debía a mi casero y facturas pendientes para que me devolvieran la luz y el gas, abrir una cuenta corriente e ingresar una buena cantidad para demostrar que podía hacer frente a futuros gastos..., pero no he conseguido reunir el dinero suficiente, ni siquiera vendiendo todas mis cosas.

—Grace —la llamo, negando suavemente con la cabeza—, aunque hubiese funcionado, habría sido una idea horrible. Te habrías presentado con dinero, pero sin audiófonos. ¿Cómo pensabas ir a la vista así?

—Estaba desesperada —pronuncia a modo de toda explicación.

Y es obvio que lo estaba, pero esa sensación ha dejado paso a una más densa, más profunda. Está hundida.

—De todas formas, ya da igual —concluye—. La vista ha sido hace dos horas y yo ni siquiera conseguí llegar al aeropuerto. Los Servicios Sociales han elaborado un informe favorable a Louis, así que él tendrá la custodia total de Billy. Lo mandará al internado más caro y respetable de la Costa Este y yo perderé a mi hermano.

Más lágrimas caen y comienza a llorar en silencio.

—Grace —la llamo, con todo lo que siento, con toda la impotencia de querer pelearme con todo el maldito mundo, saturando mi voz.

—Tal vez sea lo mejor para él. Louis se encargará de que no le falte nada, pero es que no puedo dejar de pensar que no es lo que querrían mis padres —sentencia, y un sollozo hincha su pecho para vaciárselo después—. Todo es culpa mía. Estaba siendo tan feliz en el parque que no me he esforzado lo suficiente.

El llanto se hace más fuerte y yo ya no puedo más, la tomo de la cintura, la siento en mi regazo y la abrazo con fuerza. Ella hunde la cabeza en mi hombro y comienza a llorar desconsolada.

—Te has esforzado muchísimo —susurro contra su pelo. Necesito que lo entienda—. Lo has dado todo de ti, más incluso. Has trabajado catorce horas

al día, has ido caminando a la biblioteca, has estudiado y te ha quedado tiempo para preocuparte por Maiko, por Gwen, por mí.

El nudo en la garganta se hace más fuerte. Tendría que haberme dado cuenta de que le pasaba algo, haber insistido cuando se cerró en banda a hablar. Hacer lo mismo que ella hizo por mí. Lo pienso un instante. Todavía estoy a tiempo.

—Princesita —la llamo, tomando su cara entre mis manos y obligándola a mirarme—, tiene que haber algo que podamos hacer. Hablar con Louis, contratar un abogado, ir ante un juez.

—¿Y decirle qué? —replica, triste—. ¿Que nos casamos en un matrimonio de conveniencia al que le queda poco para cumplir tres meses y después ni siquiera sabemos si seguiremos juntos?

—Seguiremos juntos —afirmo con una seguridad desbordante. La tengo.

Grace me mira a los ojos y, en mitad de todo esto, sé que siente una punzada de felicidad. Sin embargo, en el mismo segundo, la propia alegría parece hacerla sentir aún más culpable, como si las cosas bonitas fuesen algo que ya no se puede permitir.

Pienso en decirle que la quiero, explicarle que por eso sé que seguiremos juntos y seremos felices, pero tengo claro que no es el momento.

—Encontraremos la manera de recuperar a Billy —sentencio, y la misma seguridad sigue ahí.

La princesita aparta la mirada. No me cree, pero tampoco quiere tener que pronunciar esas palabras.

—Llévame a casa, por favor.

Asiento. Ella vuelve a dejar caer la cabeza sobre mi hombro y otra vez pierdo la noción de cuánto tiempo pasamos así. Hundo mi nariz en su pelo y le doy un suave beso en la cabeza, tratando de consolarla.

«Encontraré la manera, te lo juro.»

* * *

Regresamos al parque y me gustaría decir que a nuestra vida de siempre, pero estaría mintiendo. Gracie apenas habla. Sigue yendo al trabajo puntual como un reloj, caminando hasta la biblioteca, estudiando, pero ya nunca se ríe, nunca tararea canciones en el baño, nunca cuenta historias. Es como si Grace Turner estuviese aquí, pero la princesita hubiese desaparecido.

Hablamos con los servicios jurídicos del parque, Grace lo hizo con Louis, pedimos una nueva vista con los Servicios Sociales. Nada funcionó y, tres días después, Billy entró en el internado más elitista de Connecticut.

Una mañana de un miércoles cualquiera, al levantarme, Grace ya no está en la cama. La busco en el baño, en la cocina. No hay rastro de ella, pero, entonces, me doy cuenta de que su cajita de Altoids sigue sobre la mesilla, con los audífonos. Los ha olvidado.

Los cojo y salgo como alma que lleva el diablo. Sé cómo se siente sin ellos. Debe de estar en cualquier rincón, asustada, nerviosa, sobrepasada. Tengo que encontrarla. Hago, con la camioneta, el mismo camino que ella hace a pie, pero no está. Lo pienso un instante. Quizá se haya armado de valor para llegar al comedor y se haya refugiado allí.

Aparco de cualquier manera, atravieso el vestíbulo y el propio comedor como una exhalación y entro en la cocina.

—¿Dónde está Gracie? —le pregunto a Nora, con la respiración todavía agitada—. Ha olvidado sus audífonos. Los necesita. Se pone muy nerviosa si...

Pero Nora, con la mirada preocupada, señala a mi espalda.

Me giro, desconcertado, y me encuentro a Gracie, limpiando verduras en el fregadero, concentrada en lo que sus manos hacen, demasiado triste, demasiado sola.

—No ha mencionado palabra desde que llegó —me explica Nora en un murmullo.

No se ha puesto los audífonos a propósito; ha elegido aislarse del mundo, y mi corazón cae hecho pedazos a sus pies.

* * *

Hace un calor asfixiante. Estamos a principios de septiembre y el Sound no da tregua. Estoy sentado en el césped, con la espalda apoyada en las vallas de madera del pequeño porche y las piernas estiradas sobre la hierba, con los tobillos cruzados al final. Llevo la camisa de cuadros remangada y tengo una cerveza en la mano.

Suena una canción a lo lejos, desde alguna de las otras casas. El aire caliente lucha con la brisa del mar y el olor a sal lo inunda todo. Hace una semana que Grace prácticamente no ha pronunciado palabra. Ya no estudia con Maiko e incluso le ofrecí que fuéramos a ver a Ophelia, a Ted, pero no quiso.

Cada día intento ser práctico, me aseguro de que come, de que se pone los audífonos, de que no ha tenido ningún problema... pero, cuando todas esas cosas están cubiertas, sólo queda el dibujo de lo que fue la princesita. Daría todo lo que tengo porque me sonriera, porque arrugara la nariz mientras me llama descarado. Parece que han pasado años de aquello.

—Conrad.

Su voz llega desde la puerta. Me giro a tiempo de ver cómo la luz del salón recorta su silueta, y el deseo, las ganas, todo lo que siento por ella, me arrasan como un ciclón. Ojalá pudiera verse un solo segundo como la veo yo.

—¿Podemos hablar?

Mi cuerpo se tensa y me levanto de un salto. ¿Está bien? ¿Necesita algo?

—Claro —respondo.

La princesita camina hasta mí, pero se queda prudentemente separada. Baja la cabeza y da una bocanada de aire. Está armándose de valor.

—En tres días se cumplen los tres meses.

Ya lo sabía. Cavalier me llamó esta mañana para decirme que mi nuevo contrato como director del parque está esperándome en Administración. Sólo tengo que firmarlo. Todo por lo que he luchado por fin se ha hecho realidad.

—Parece que han sido años —bromeo, y una débil sonrisa inunda mis labios.

—Han pasado demasiadas cosas —conviene.

Un amago de sonrisa aparece en los suyos y todo el Sound se ilumina por una décima de segundo. Es la chica más maravillosa del mundo.

Doy un paso hacia ella porque necesito tenerla cerca. Alzo la mano, despacio. La echo tanto de menos que a veces creo que voy a volverme loco, porque está aquí, frente a mí, pero al mismo tiempo está demasiado lejos; mi chica está demasiado lejos y daría todo lo que tengo para que volviese.

Cuando estoy a punto de tocarla, ella da un paso hacia atrás y todo se vuelve gris de nuevo. Grace piensa que no hizo todo lo posible para recuperar a su hermano y se siente tan culpable que huye de cualquier cosa que pueda darle un mínimo alivio. He pasado por muchas cosas en mi vida y muchas han dolido, pero nada lo ha hecho tanto como verla así.

Se ha rendido.

Suspiro y le doy el espacio que me pide sin palabras. Sólo me gustaría ser capaz de hacerle entender que hizo todo lo que pudo, más de lo que la mayoría hubiese hecho.

Sólo se merece ser feliz.

—Lo he estado pensando mucho y, cuando se cumplan los tres meses, yo... voy a marcharme.

Pero ¿qué coño...?

—No —contesto antes de que la respuesta ni siquiera cristalice en mis venas.

—Conrad, no puedo seguir —trata de hacerme entender, demasiado nerviosa—. No puedo seguir aquí, contigo —especifica con la voz triste.

No. No. No puede hacerlo.

—Grace, sé que crees que no te mereces ser feliz, que no hiciste...

—Y no me lo merezco —me interrumpe.

—Hiciste todo lo que pudiste —casi grito.

La serenidad directamente se va al diablo. No puede marcharse.

—No lo hice.

—Sólo estás huyendo —le recrimino.

Gracie niega con la cabeza.

—No es verdad.

—Oh, sí que lo es —replico—. Reconozco esa actitud, porque yo me he comportado así demasiadas veces, y no sirve de nada.

—¿Y qué quieres que haga? —protesta, estirando las manos junto a sus costados—. ¿Que me quede aquí, que sea feliz contigo, mientras mi hermano está lejos, solo? Sólo tiene once años —sentencia con la voz entrecortada.

—¡Quiero que no te rindas!

Por favor, princesita, no lo hagas.

—¡No puedo!

Le mantengo la mirada con la mandíbula tensa, deseando que todo hubiese sido diferente desde el principio, que Ted me la hubiese presentado mientras nos tomábamos una copa en algún bar de Manhattan, reírnos, bailar. Haberla llevado al cine, a cenar. Haber tenido una relación normal, que yo pudiera recordar cada día de mi vida, que ella no hubiese perdido a sus padres, que nos hubieran dejado querernos en paz.

—Conrad, por favor, si de verdad te importo...

—Grace, yo te quiero.

Su expresión cambia en un solo segundo y da un paso hacia mí al tiempo que una sonrisa sincera y preciosa se dibuja en sus labios. Alza suavemente las manos, dispuesta a aferrarse a mi camisa, a abrazarme, pero en ese mismo instante la culpa, el miedo, la tristeza, juegan su papel y todo se desvanece.

—Pues, si de verdad me quieres, tienes que dejar que me vaya.

Niego con la cabeza. No puedo. No puedo perderla.

—No —me reitero, y las lágrimas me queman detrás de los ojos, aunque no me permito derramar ninguna.

—Por favor, Conrad —me pide, con el llanto bañando sus mejillas—. Aquí

sólo soy un fantasma. Necesito marcharme.

Recuerdo cuando llegó al parque, cómo se quedó admirada con el Sound, cómo sonrió mientras se encaramaba a la parte de atrás de la camioneta para coger su maleta. Daría todo lo que tengo por volver a aquel momento y saber que aún la tendría tres meses.

—¿A dónde vas a ir? —le pregunto.

—No lo sé —responde, sincera.

Aparto la mirada y la clavo en un punto indefinido del césped. Va a marcharse y no podré tocarla nunca más, besarla, oírla reír.

—Lo siento de verdad —pronuncia, y puedo notar cada lágrima de su voz.

La princesita gira sobre sus pies descalzos y entra de nuevo en casa.

Va a marcharse y nunca, jamás, volveré a ser feliz.

Me quedo en el césped como si mis pies fueran parte inamovible de la tierra. La rabia, el miedo, todas esas sensaciones demasiado familiares, vuelven demasiado rápido, como si ella fuese lo único que las mantenía a raya.

Pero, entonces, tomo una condenada decisión. Hace once años me rendí y fue la princesita quien me dio la fuerza necesaria para superarlo. Ella quiere rendirse ahora; puede hacerlo, pero yo no pienso dejar de luchar.

Determinado, me monto en la camioneta y salgo del parque. No pienso dejar de luchar por los dos.

Tardo casi ocho horas en llegar a Manhattan. Todo me resulta familiar y al mismo tiempo frío, casi distante. Es mi ciudad, pero no es mi sitio en el mundo. Le pertenezco, pero ella no me pertenece a mí. Mi lugar es el parque, Point Harbor, el Sound.

El tráfico ya es endiablado a esta hora y, tras entrar en la isla por el túnel Lincoln, tardo casi una hora más en cruzar la 46 de punta a punta.

El edificio donde están las oficinas de Louis Cochrane es como muchos de Park Avenue, un rascacielos casi infinito de cristal y metal.

Atravieso la recepción y pregunto por él. Me preparo para una retahíla de

cuestiones, impedimentos, para que me dejen esperando una hora y acabe peleándome para que me permitan verlo. No me importa, si tengo que hacerlo, lo haré. Sin embargo, sorprendentemente, al decir mi nombre, el guardia me entrega un pase de visitante y me indica que suba a la planta treinta.

La planta es como el edificio, como toda Manhattan, en realidad, con el suelo de parquet perfectamente acuchillado y la impecable pintura de la pared..., todo preparado para deslumbrarte y hacerte soñar, pero, en el fondo, nada es real, sólo una invitación a algo que nadie va a regalarte, que todos van a luchar por quitarte. No es un lugar fácil y en él no siempre ganan los buenos.

—Estoy buscando a Louis Cochrane —le digo a la recepcionista.

Ella asiente y me hace un gesto para que la siga. Caminamos hasta una elegante puerta de madera. Llama y me indica que pase con una sonrisa.

Su secretaria, una mujer de unos cincuenta, con el pelo largo y liso de un rubio casi platino, me mira con una sonrisa. Debe de ser Cynthia. Grace me ha hablado de ella.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Quiero hablar con Louis Cochrane.

—¿Y usted es? —inquire, cordial.

—Conrad Sullivan.

Al oír mi nombre, la secretaria entorna los ojos, estudiándome, sin perder su expresión amable. Es más que obvio que sabe quién soy; me pregunto quién se lo habrá contado, su jefe o Grace.

La mujer descuelga el teléfono, habla unos segundos y cuelga.

—Puede pasar, señor Sullivan.

—Gracias.

Cualquier otra persona se tomaría un segundo antes de atravesar las enormes puertas de madera maciza de ciprés mediterráneo. Yo no. Tengo demasiado claro por qué estoy aquí.

El despacho es como la recepción, como el edificio, como Manhattan, pero no me importa.

Louis Cochrane está de pie junto a su enorme mesa, con las manos cruzadas tras la espalda y la mirada perdida en el cielo de Nueva York.

—Tenemos que hablar —le advierto, deteniéndome en el centro de su despacho.

Él asiente, pero no me mira, y algo me dice que siempre ha sabido quién soy; que, desde que Gracie le dijo que nos habíamos casado, me ha tenido controlado. No sabe hasta qué punto me preocupa poco esa idea. No tengo nada que esconder. He cometido errores y he pagado de sobra por ellos.

—¿Cómo está Grace?

—¿Cómo cree que está? —replico, y la rabia satura cada letra que pronuncio.

—Esto es lo mejor para ella y también para Billy. Gracie no sabe cuidar de sí misma, necesita que la protejan, que la cuiden.

—Con todos mis respetos, no sabe una mierda de Gracie. —Mi voz se vuelve más arrogante, pero, con total franqueza, eso tampoco me importa.

No la conoce. No sabe cómo es. No sabe cuánto ha luchado.

Mi frase lo hace girarse al fin, y me observa. No sé si soy lo que esperaba o si cumplo sus expectativas, pero no he venido aquí a por su aprobación.

—Conocí a Grace cuando sólo tenía dieciséis años, la niña más tímida que he visto nunca, pero también la más generosa y la más buena. ¿Se hace una idea de lo fácil que es que la gente sin escrúpulos se aproveche de una chica como ella?

—No la subestime —le dejo claro—. Es cierto que es buena y generosa, pero también sabe serlo con quien lo merece. Grace es demasiado inteligente como para permitir que se aprovechen de ella.

Lo he visto en el parque. Supo distinguir que Nash era una basura y ayudar a Maiko cuando ni siquiera le dirigía la palabra.

—¿Qué es lo que quiere? —me desafía.

No lo dudo.

—Que nos devuelva la custodia de Billy.

—¿Nos?

—Nos —repito, con una convicción absoluta.

—Creía que el suyo era un matrimonio de conveniencia.

—Obviamente, se equivoca otra vez.

Tengo la sensación de que estamos compitiendo, una especie de lucha tácita por marcar territorio, y el premio es Gracie. Lo pienso y tengo ganas de vomitar.

—Cuando la conocí di por hecho que era una mocosa débil y asustadiza, y puede que fuera así, pero Gracie ha cambiado, ha crecido. Es fuerte, valiente, inteligente. No lo necesita a usted y tampoco a mí.

Cochrane me mantiene la mirada.

—Entonces, ¿por qué está aquí?

—Porque la quiero —sentencio.

Y eso no va a cambiar jamás.

—Quiero que sea feliz —añado—, y no puede serlo sin Billy.

Cochrane pierde la vista en su mesa, pensativo.

—Ha venido en camioneta desde Carolina del Norte, ¿verdad?

No respondo. Es más que obvio que sabe la respuesta.

—Eso son casi ocho horas de viaje —comenta—. Supongo que no lo habría hecho si no tuviera algo que ofrecerme.

No me monté en la Chevrolet con una idea concreta. Sólo lo hice porque necesito recuperarla, no a Gracie, sino a la princesita. Ella misma se había definido como un fantasma, y tenía razón. Por eso sé que no puedo limitarme a tratar de mantenerla a mi lado, tengo que recuperarla. El «cómo» se fue forjando milla a milla y ha terminado de construirse en este instante. Sé lo que quiero y no me importa sacrificarlo todo, a mí, con tal de conseguirlo.

—Deje que Gracie tenga la custodia de Billy y nos mudaremos a Nueva York para que estén cerca de usted.

—¿Y qué pasa con su puesto en el parque? Acaban de ascenderlo, todo por lo que ha luchado tanto.

Llevo seis años trabajando en ese parque... He disfrutado con cada avión que hemos levantado de la nada, cada vez que he visto uno de ellos volar. Es mi lugar en el mundo, no son palabras que haya dicho sin pensar, pero Gracie es mi hogar. Duele, duele muchísimo, pero la decisión también ha sido fácil de tomar.

—Renunciaré.

La palabra se hace más grande, más valiente; la palabra se llena de más cosas y todas son por ella.

—Usted quiere tenerla cerca —continúo—, asegurarse de que está bien. Lo conseguirá, pero Billy vivirá con nosotros.

Cochrane me contempla, estudiándome de nuevo. Es exactamente como me lo había imaginado... como su despacho, como su edificio, como Manhattan.

—El mismo día que la custodia de Billy recayó en mí definitivamente, le ofrecí ese trato a Grace, que regresara a Nueva York, que cuidara de su hermano siempre que yo pudiera hacerlo de los dos, y ella lo rechazó.

Frunzo el ceño, confuso, pero no dejo que esa emoción sobreviva en mis ojos y saco toda mi determinación a relucir. ¿Por qué no me lo contó?

—¿Por qué lo rechazó?

—Porque no podía separarse de usted.

Ella tampoco quiere alejarse. El motor dentro de mí se enciende. Joder, el motor acelera sin freno. La princesita lo dijo una vez, juntos podemos enfrentarnos a cualquier cosa, como en esa canción, y juntos vamos a hacerlo.

—¿Hay trato o no? —rujo.

Sin ni siquiera estar aquí, Grace me ha dado la fuerza que necesitaba.

—Antes dígame por qué.

—¿A qué se refiere?

—¿Por qué Grace?

—Porque ella es lo único que me importa. Usted la quiere, pero yo la quiero mucho más y, si la pierdo, volveré a luchar y, si se cae, la ayudaré a levantarse y, si hoy no salgo de aquí con Billy, lo haré mañana o pasado o

dentro de un mes o de un año, pero no voy a rendirme. Y eso lo aprendí de ella.

No dudo. Jamás dudaré. Puede que tardara demasiado en darme cuenta de lo que verdaderamente sentía por Grace, pero siempre estuvo ahí, desde la primera vez que la vi.

—¿Está dispuesto a renunciar a todo por ella?

—Una y mil veces.

Salgo de su despacho y del edificio y vuelvo a la camioneta. Lo que he hecho ahí arriba ha sido una promesa en toda regla. Me da igual cuántas veces tenga que venir o a quién tenga que enfrentarme, voy a recuperar a Billy, por Grace.

Como algo en una cadena de comida rápida, en la carretera, a las afueras de un pueblo cualquiera de Jersey, y regreso al Sound.

Ocho horas son mucho tiempo y yo lo uso para pensar todo lo que quiero decirle a Grace. Entiendo que quiera desaparecer, pero tiene que darme un poco de tiempo, tiene que dejar que cuide de ella.

Aparco la Chevrolet frente a nuestra casa y doy una bocanada de aire antes de bajarme de la *pickup*. Sé que va a funcionar, sé que voy a conseguirlo. Sólo necesito que la princesita confíe como confío yo.

—Sólo necesito que me des un poco de tiempo —digo en voz baja, moviendo las manos con la vista clavada en ellas, practicando mi propio discurso.

No me doy cuenta de que la puerta se abre y Grace sale disparada hacia mí hasta que se cuelga de mi cuello. Suspiro por la sorpresa mientras ella hunde su cara en sus brazos. Sonrío. Mi cuerpo reacciona y la abrazo con fuerza. Es el instinto. Es el motor, desbocado.

—Louis me ha llamado esta mañana —dice sin moverse—. Va a dejar que Billy viva conmigo.

Mi sonrisa se ensancha y la aprieto un poco más. Mi princesita ha vuelto y es todo lo que deseaba.

—Dice que fuiste a verlo —me explica, separándose, pero quedándose entre mis brazos, con sus manos sobre mis hombros—, que le dijiste que no te rendirías hasta que Billy estuviera con nosotros.

Asiento. Volvería a hacerlo sin dudar.

—También me contó lo de dejar el parque y mudarnos a Nueva York.

Trago saliva. Eso cuesta un poco más, pero sólo necesito verla sonreír como lo está haciendo ahora para saber que valdrá la pena.

—¿Por qué lo hiciste? —me pregunta.

Dibujo su precioso rostro con mi mirada al tiempo que le acaricio la mejilla y pierdo mi mano en su pelo. Está sonriendo. Está preciosa. Ni siquiera tengo que pensar la respuesta.

—Por ti —contesto—. Haría cualquier cosa por ti, princesita.

Ella no lo duda y vuelve a abrazarme. Yo la dejo a hacer y disfruto de lo bien que estamos justamente así.

—¿Incluso mudarnos a una de esas casas más grandes de dos calles más abajo?

Frunzo el ceño, completamente perdido. ¿A qué se refiere?

Gracie se separa con la misma maravillosa sonrisa en los labios.

—Louis va a dejar que Billy viva aquí con nosotros. No tendremos que mudarnos a Nueva York.

Sonrío, joder, creo que casi río, y vuelvo a abrazarla con fuerza.

—¿Cómo pudiste pensar que permitiría que te marcharas de aquí? —dice, separándose por tercera vez, buscando mis ojos verdes y dejando que atrape los suyos.

—¿Cómo pudiste pensar tú que no haría cualquier cosa por mantenerte a mi lado?

Sonríe, baja la cabeza, tímida, y se muerde el labio inferior. El motor acelera, se revoluciona. Todo mi cuerpo lo hace. Ella también lo nota. Su cuerpo también se enciende.

—Louis me pidió que te explicara —empieza a pronunciar, tratando de

cambiar de tema— que ha tomado esta decisión porque tú dijiste exactamente lo que quería oír. ¿Se puede saber qué fue? —pregunta, divertida.

Finjo pensarlo para hacerme el interesante, pero, en realidad, no lo necesito.

—Que te quiero —sentencio.

La princesita vuelve a sonreír, vuelve a ser todo lo que adoro que sea, vuelve a hacerme feliz con tan sólo estar ahí.

—Yo también te quiero.

Ella es mi luz.

Epílogo

—¿De qué es tu helado? —me pregunta Billy.

—De *cheesecake* y galleta —respondo—, ¿y el tuyo?

—De chocolate.

Está sentado en el capó de la camioneta, con una camiseta de los Yankees, comiéndose un helado de Ben y Jerry's más grande que su cabeza.

—¿Me das un poco? —inquiero de pie, a su lado, apoyado en la carrocería. Tendría que haberme pedido uno de chocolate para cuando acabara con el de tarta de queso.

—No —responde, inmisericorde.

—¿No?

—No —repite, divertido.

—¿Estás seguro?

Asiente manteniéndome la mirada, con la boca llena de helado, pero, algo así como un segundo después, le puede la presión y se echa a reír.

Sonrío encantado. Adoro a este crío.

El siguiente par de minutos seguimos comiendo en silencio.

—¿Cuándo estaremos de vuelta en el parque? —plantea.

Pierdo la mirada en la fachada del edificio de Lengua y Literatura de la Universidad de Nueva York y, a continuación, en la ajetreada University Place, en el cruce con la 8 Este. Hay muchísimo tráfico, pero creo que nos tratará bien.

—Esta noche, antes de cenar, estaremos allí —contesto.

—¿Podemos cenar también helado?

Lo pienso un instante.

—No sé... Si nos lo comemos de cereza, ¿cuenta como fruta?

Ahora es él el que medita la respuesta.

—Puede ser.

—¡He aprobado! —grita Grace, saliendo del edificio.

Me incorporo con una sonrisa. La princesita sale disparada como una exhalación y se tira a mis brazos. Adoro que haga eso.

—He aprobado —repite, alucinada y feliz al mismo tiempo—. Oficialmente estoy licenciada en Literatura.

La abrazo con más fuerza. Estoy muy orgulloso de ella. Se ha esforzado muchísimo, ha superado sus miedos y lo ha conseguido.

Billy salta del capó, corre hasta nosotros y se abraza a la cintura de su hermana.

—Felicidades, Gracie.

—Gracias, enano.

La princesita sonrío y se inclina para darle un beso en la cabeza. Su sonrisa, automáticamente, se contagia en mis labios. Billy mueve sus brazos, yo muevo los míos y pasamos a un abrazo familiar en toda regla. Familiar. Familia. No tenía ni idea de lo bien que sonaría esa palabra hasta que vi la cara de Billy por primera vez.

* * *

Estamos atravesando el Sound. Ya ha anochecido. *Confession*, de D'Artagnan, suena bajito en la radio del coche. Grace y Billy se han quedado dormidos. Observo el paisaje y no puedo evitar sonreír, recordando a la princesita la primera vez que lo vio, cómo se quedó embobada, con la vista clavada en la luna delantera. Es una locura pensar todas las cosas que nos han pasado desde entonces. Es una auténtica locura sentir cuánto la quiero.

* * *

—¡Ya ha llegado Niko! —grita Billy, entusiasmado, alejándose de la ventana y corriendo hasta la puerta.

Sonríó. Como era de esperar, Billy adora a Niko y es completamente mutuo.

—¿Qué pasa, socio? —le pregunta mi amigo al entrar, y se chocan las manos en un saludo secreto de, al menos, quince movimientos—. ¿Estás listo?

Billy asiente.

Ayer regresamos de Nueva York con la maravillosa noticia de que mi chica se había licenciado y hoy toca celebrarlo. Harvey nos ha prestado el Amelia's y comeremos todos juntos allí.

—Nora ha preparado dos pasteles de chocolate —le explica Niko a Billy—. Uno para ti y para mí y otro para todos los demás.

—Nora es muy lista —sentencia Billy.

—Díselo a ella —intervengo—. Le va a encantar.

—Quizá así me haga otro pastel.

—Y hasta unos *muffins* —añade Niko—. Está esperándonos en el coche.

Billy me mira.

—¿Puedo, Conrad? —pregunta, deseando oír un sí.

—Corre —respondo, divertido.

El pequeño asiente con una sonrisa y sale disparado. El grito de puro júbilo de Nora al verlo llegar puede oírse desde aquí. Vuelvo a sonreír. Como era de esperar, Nora adora a Billy y es completamente mutuo.

Niko los contempla con una sonrisa.

—Nos veremos en un rato —se despide, dirigiéndose a la puerta.

—Gracias, tío.

—A mandar.

La puerta se cierra y la casa, por un segundo, se queda en silencio. Cuando Billy llegó, nos mudamos a una con dos habitaciones, cuatro números más

abajo. Quizá es un poco pequeña, pero no nos importa porque es un hogar, nuestro hogar.

—Ya podemos irnos —dice la princesita saliendo del baño, poniéndose brillo de labios.

Está preciosa, joder, y se me están ocurriendo muchas cosas que hacer con ella.

—Voy a llevarme el móvil —me explica—; con un poco de suerte, pillaré cobertura en la entrada del Amelia's.

Puedo tumbarla en la cama, levantarle esa faldita, arrancarle las bragas y hundirme en ella fuerte, rápido, hacerle gritar mi nombre hasta que el eco llegue a Carolina del Sur.

—Vamos a olvidarnos de la fiesta —le propongo, apoyando las palmas de las manos en la isla y anclándome sobre ella.

Gracie sonríe, pero lo disimula rápido.

«¿Tiene ganas de jugar, señora Turner-Sullivan? Por mí, perfecto.»

—No podemos —responde, imitando mi gesto al otro lado de la encimera y dejándonos muy cerca—. La fiesta la organizaste tú.

—Eso es sólo un detalle —contesto, desdeñoso—. Lo que tengo que proponerte es mucho más divertido.

Tuerce los labios, otra vez ocultando una sonrisa.

—Y sexy —sentencio.

Ya no puede más y sus labios se curvan hacia arriba al tiempo que cabecea. La conozco y ahora mismo también está apretando los muslos. Jugar le gusta tanto como a mí.

Atrapo su mirada y cada una de esas ideas adquiere un color y una forma, despertando nuestros cuerpos y tirando del uno contra el otro. Es deseo puro, joder. Es saber que el placer te hará perder la maldita cabeza.

—No podemos. Tenemos que ir a la fiesta —murmura con una sonrisa y la voz jadeante, muy poco convencida, alejándose de la encimera.

Sonrío, observándola.

Es consciente de que, si se queda aquí un solo segundo más, ella misma acabará pidiéndome que nos olvidemos de todo, así que echa a andar, resuelta, hacia la puerta. Sin embargo, al pasar junto a mí, decido ponerle las cosas un poco más difíciles.

La agarro de la muñeca y me inclino sobre ella.

—Me debes gemir mi nombre mientras te corres —mis labios casi tocan el lóbulo de su oreja— fuerte.

La princesita se queda al borde del colapso, con la sangre recorriéndole el cuerpo demasiado deprisa. Yo me levanto y empiezo a caminar hacia la camioneta como si no hubiese dicho nada fuera de lo común.

Me encanta ponerle las cosas difíciles.

* * *

—¿Qué hacemos aquí? —inquire, bajándose de la Chevrolet y mirando a su alrededor.

—Nada —respondo displicente, encogiéndome de hombros—. Sólo quería venir a ver el paisaje.

La princesita tuerce el gesto, contenta, con los ojos posados en mí.

—Es un sitio muy concreto para sólo venir a pasar el rato, ¿no te parece, Sullivan?

Le mantengo la mirada, fingiendo que no tengo ni la más remota idea de a qué se refiere, pero soy incapaz de aguantar así mucho tiempo y acabo sonriendo. Estamos en uno de mis lugares favoritos del parque: el pequeño acantilado desde donde le enseñé el Sound, donde le conté la leyenda, donde sentí tantas ganas de besarla que creí que no sería capaz de respirar si no la tocaba.

—Había pensado... —empiezo a decir, caminando despacio y cadencioso hacia ella, dejando que mi voz se vuelva más arrogante sólo para asegurarme de que se quede embobada y me diga que sí a todo lo que le pida. Son mis

trucos bajo la manga, como remangarme las camisas hasta el antebrazo o salir siempre descalzo de la ducha con la toalla convenientemente enrollada a la cintura.

—¿Sí? —responde Grace, observando cómo me acerco.

—Que hace mucho tiempo que no estábamos los dos, aquí, solos y, teniendo en cuenta todas las cosas que han pasado desde entonces, quizá, ahora querrías llevar esto.

Me meto la mano en el bolsillo de los vaqueros y saco su alianza.

La princesita abre la boca, maravillada, y al cabo de un segundo se muerde el labio inferior para contener una enorme sonrisa.

—¿Es la misma que te tiré a la cabeza?

Finjo pensarlo un segundo y, finalmente, asiento.

—Sí, es la misma con la que perpetraste semejante crimen —anuncio grandilocuente—. ¿Cómo pudiste?

—Bueno —contesta, encogiéndose de hombros—, hay quien me habría preguntado cómo no pude apuntar mejor.

Pero ¿qué demonios?

Entreabro los labios y dejo que la punta de mi lengua se pasee por el borde de mis dientes, sólo un segundo, al tiempo que entorno los ojos. La princesita pretende fingir que no ha dicho nada fuera de lo normal, pero no puede y acaba sonriendo, casi riendo.

—Menos mal que soy muy rápido —apunto.

También sonrío, con ella es así de fácil, y deslizo el anillo por su dedo anular.

—Es preciosa —murmura, contemplándola.

En realidad no es más que una simple alianza, como hay millones; es ella la que la convierte en algo especial.

—Tú sigues llevando la tuya —comenta.

La miro y sonrío de nuevo, la sonrisa que sólo ella sabe provocar. ¿Cómo es posible que no vea todo lo que me hace sentir?

—Nunca me la quité.

Su sonrisa se ensancha. El motor silba y el vapor llena mi cuerpo, grabando en cada hueso de mi cuerpo todo lo que significa para mí.

No puedo aguantar y, joder, tampoco quiero. Rodeo su cintura, estrechándola contra mí, pierdo mi mano bajo su camiseta y la beso con fuerza. Le levanto las piernas, acariciando su precioso culo en el camino, y la obligo a rodear mi cintura.

Nos subo a la parte de atrás de la Chevrolet y nos tumbo. Ella sonrío y le dedico una media sonrisa sexy, reliando mis dedos en la tela de sus bragas. Voy a rompérselas. Los dos lo sabemos.

Me recoloco entre sus piernas. Mi respiración ya es un caos. El corazón me martillea en los oídos. La adrenalina, el placer, el deseo. La embisto. Grita.

Estar dentro de ella es lo que mueve mi maldita existencia.

—Conrad —gime.

Y todo crece un poco más. Su voz es diferente a la de cualquier otra chica; conecta con una parte de mí, muy adentro, una parte que ni siquiera sabía que tenía, como si algo en mi interior ya la hubiese reconocido incluso antes de oírla por primera vez.

* * *

—Ha sido increíble —musita, rozando su nariz contra mi pecho en un gesto somnoliento, extasiado y adorable a la vez.

—La camioneta nos trae suerte —respondo, socarrón—. Es nuestro club del sexo sobre ruedas.

Ella asiente, luchando por contener una sonrisa.

—Eso significa —comenta, transformada en una científica de un documental del Discovery Channel, una muy sexy— que puedes ser un perverso en cualquier punto geográfico del mundo siempre que pueda llegarse en carretera. Son todo ventajas.

—Y orgasmos.

Al oír mi réplica, los dos nos echamos a reír.

Nuestras carcajadas, poco a poco, van calmándose y entremezclándose con el aire entre los dos, cada vez más íntimo, más suavemente eléctrico, como si alguien estuviese tarareando bajito una canción que hablase de mirarse a los ojos y ser feliz.

Gracie se incorpora y se apoya sobre mi pecho para buscar mis ojos.

—Ahora que has tenido este momento increíblemente romántico y hemos follado como animales en tu camioneta... —plantea, pero, conforme va pronunciando la frase, se va avergonzando por las palabras que ella misma ha elegido.

—Me encanta cuando me dices guarradas —bromeo.

Consigo que se sonroje, tímida, al tiempo que me mira a través de sus largas pestañas y provoca que se me ponga dura otra vez.

—Si vuelves a mirarme así —la advierto—, voy a tener que follarte como un animal en mi camioneta —añado, eligiendo su misma expresión— otra vez.

—Conrad —se queja, dándome un manotazo, pero, en el fondo, está encantada, lo sé—. Tengo que decirte algo. Además, sé que, después de lo que ha pasado, no vas a poder decirme que no.

—No me subestimes —pronuncio, socarrón.

Ella entorna los ojos, tratando de resultarme amenazante, pero, como siempre, sólo consigue que me entren ganas de tirármela. Al final, siempre es culpa suya. Yo soy la pobre víctima aquí.

—He hablado con tu madre —suelta de pronto.

¿Qué?

Mi cuerpo se tensa en una décima de segundo y me incorporo deprisa hasta quedar sentado. Ella también lo hace y nos deja frente a frente.

—No te enfades —continúa, veloz—. Sólo quiero ayudarte. Sé que todo esto es complicado para ti y me gustaría ponerte las cosas más fáciles. Ella —

coge su pequeño bolso y lo abre— te ha escrito una carta. Sólo te pido que la leas.

Saca un sobre doblado y me lo tiende.

Yo la observo con recelo y también con miedo, no voy a negarlo. Lo último que quiero es leerla y no sentir nada. No quiero hacerles más daño.

Gracie parece intuirlo, porque, rápida, se sienta a horcajadas sobre mí y toma mi rostro entre sus manos.

—Eres el mejor hombre del mundo, ¿lo sabes, verdad? —dice, clavando sus preciosos ojos azules en los míos. Trato de mover la cara, irritado, odio los halagos, pero ella no me deja—. Y sé que todo esto puede asustar un poco, pero no tienes que preocuparte, porque yo siempre voy a estar a tu lado.

Dejo escapar todo el aire de mis pulmones y dibujo su precioso rostro. La quiero, joder, y ese sentimiento nunca disminuye, sólo se hace más fuerte, más grande, como una hoguera en el centro de mi pecho que me calienta por dentro, siempre.

Te quiero, princesita.

—¿Eso significa que no voy a poder librarme nunca de ti? —inquiero, burlón.

Ella finge pensar la respuesta.

—¿Y que te plantes donde sea que haya decidido mudarme y empieces a cantar canciones debajo de mi ventana con un radiocasete gigante? No, gracias.

Sonrío. Ha estado rápida. Ella también lo hace y, antes de poder darnos cuenta, volvemos a besarnos, pero la sensación no es suficiente y soy consciente de cuántas ganas tengo de tocarla otra vez.

—Prométeme que leerás la carta —me pide, con la respiración acelerada.

—Te lo prometo —contesto, acercándola de nuevo, besándola de nuevo.

Pierdo la mano entre los dos y la inserto sobre mí. Grace gime contra mi boca, mis manos vuelan a su trasero y comienzo a marcar el ritmo.

Podría morirme así, joder.

* * *

Llegamos a la fiesta con dos horas de retraso, pero todos están tan encantados en el porche trasero del bar, disfrutando de la comida de Nora, en una mesa enorme construida con otras más pequeñas, como si fueran piezas de lego, que nadie parece haberse dado cuenta de nuestra ausencia.

No los culpo. Nora ha preparado cangrejo, y desde aquí puede verse el mar.

Están la propia Nora, Niko, Billy, Maiko, Matías y su familia... incluso Harvey se ha apuntado. Suena *Home Is Where the Heart Is*, de Ramon Mirabet, y no podría haber una canción que encajara mejor.

Después de una comida increíble, entramos en el bar. Es hora de abrir al público. La música de los ochenta comienza a sonar y nos pedimos una ronda de cervezas.

Me escapo y vuelvo al porche donde estábamos. Me meto la mano en el bolsillo y saco la carta de mi madre. Dudo muchísimo si abrirla o no, pero finalmente la hago y, dando una bocanada de aire, empiezo a leer.

Querido Conrad:

Nunca imaginé que te escribiría una carta, pero Gracie me dijo que, en ocasiones, es mejor expresar lo que sentimos en palabras sobre un papel... y que, a veces, es más fácil para la otra persona enfrentarse a ellas por escrito y no a una voz... y, después de pensarlo mucho, comprendí que tenía razón.

Naciste en plena nevada, ¿te lo he contado alguna vez? Papá estaba muy asustado, pensando que no podríamos llegar al hospital, que la ambulancia no sería capaz de llegar hasta casa, pero yo estaba segura de que todo iría bien, lo presentía. Tú eras un regalo, y los regalos, al final, siempre traen felicidad.

Fuiste un niño normal, muy listo y también muy generoso. Nos sentíamos muy orgullosos de ti.

Después, el instituto, la universidad, la beca para el MIT, prometerte... y sé que tú crees que ahí acaba ese Conrad, pero estás muy equivocado.

Sigues siendo el mismo Conrad Noah Sullivan. Puede que tú no lo recuerdes, pero

yo sí.

¿Sabías que lo que más te gustaba cuando eras pequeño era ver los aviones sobrevolar el cielo?, ¿que le pedías a tu padre que te llevara al JFK sólo para poder verlos a través del cristal?

Con diez años montaste un puesto de limonada a las puertas del edificio en el que vivíamos. Querías una bici nueva y papá te prometió que, si conseguías reunir la mitad de lo que costaba, él pondría la otra. Trabajaste tarde tras tarde durante tres semanas. Daba igual que hiciera calor o que tus amigos te llamaran para ir jugar. Cuando al fin lograste reunir el dinero, estabas a punto de entrar en casa cuando viste que el señor Ademekis, uno de nuestros vecinos, tiraba un destornillador al suelo, muy enfadado porque no era capaz de arreglar su camioneta. La señora Ademekis salió, muy preocupada. Él trabajaba como repartidor y, sin la furgoneta, no podría continuar haciéndolo. Tú miraste el dinero, lo pensaste un solo segundo y cruzaste la calle en su dirección. Le ofreciste todo lo que tenías. Él te lo agradeció, pero te dijo que no. Tú insististe y, cuando él volvió a negarse, le dijiste que no se lo estabas regalando, que le estabas comprando el destornillador que acababa de tirar al suelo porque lo necesitabas para arreglar tu bici vieja.

Siempre has sido como eres ahora, siempre te hemos querido por ello y siempre te vamos a seguir queriendo. Desde que papá perdió su trabajo, tú nos envías la mitad de tu sueldo para poder seguir pagando las facturas y la universidad de tu hermana Stacey. Eres bueno, y no sabes cómo me arrepiento cada día de no haberle dicho cuatro cosas a esa imprentable cuando te llamó monstruo.

Sé que te preocupa que el amor por nosotros no brotó en ti cuando despertaste en el hospital, ni después, pero fuiste demasiado duro contigo, te exigiste demasiado. No todas las relaciones funcionan igual y, a veces, los comienzos ni siquiera son mínimamente parecidos a como se suponen que debían ser. Tú mejor que nadie deberías saberlo.

Date tu tiempo, pero déjanos formar parte de él, por favor. El amor y el cariño llegarán y, si no, ¿sabes qué?, aquí tendrás a una amiga increíblemente sabia, que sabe cocinar todos tus platos favoritos y puede contarte historias realmente buenas sobre un jovencito llamado Conrad Sullivan (tu primera novia se llamaba Sally, pero la dejaste porque te dijo que, si no os casabais antes de cuarto curso de primaria, es que no la querías de verdad).

Ven a vernos cuando quieras y tráenos a Gracie y a Billy, nos morimos de ganas de conocerlos.

Un beso enorme, Conrad.

Doblo la carta y no puedo evitar que una suave sonrisa se dibuje en mis labios. Asusta, pero asusta menos, y el espacio que el miedo está dejando libre empieza a cubrirse con algo parecido a la esperanza.

Gracie me ha demostrado que las cosas pueden ser diferentes; tal vez también puedan serlo con mi familia.

* * *

—Prométeme que te cuidarás mucho —le pide Ophelia a Gracie a través de la pantalla de su teléfono.

Camino despacio y me apoyo en la baranda de madera de la entrada delantera del Amelia's. La princesita está abajo, sólo a unos pasos. Misteriosamente, éste es el único rincón donde se puede encontrar algo de cobertura en todo el parque, y no siempre funciona.

—Te lo prometo —responde—, y prométeme tú a mí que vais a venir a vernos.

Ophelia asiente.

—Iremos a los dominios de Conrad Sullivan en cuanto tengamos unos días libres.

Sonrío. Sigo pensando que Ophelia es una entrometida que claramente se inmiscuye en asuntos que no le conciernen lo más mínimo, pero siempre se preocupa por Gracie, la quiere de verdad, y eso, para mí, es más importante que todo lo demás.

—Te quiero tres mil —se despide.

—Te quiero tres mil más un escudo del Capitán América —responde Gracie.

—Pienso encontrar una mina de vibranium y forrarme —sentencia Ophelia.

—Montaremos nuestro propio Wakanda.

—¡Wakanda! —repite su amiga, cruzando los brazos sobre el pecho.

Las dos rompen a reír y, finalmente, cuelgan.

—Sois una monada, hablando de superhéroes como si entenderais lo más mínimo —comento, socarrón.

La princesita abre la boca, superindignada, y acaba haciéndome un mohín.

—He visto todas las películas de Marvel —replica, convencidísima—. Además «te quiero tres mil» ya es una frase atemporal, perteneciente a la cultura pop mundial.

Sonrío de nuevo. Tiene razón. No voy a negarlo.

—¿Recuerdas la última vez que estuvimos justo aquí, justo así? —pregunta. Mi sonrisa se ensancha.

—Estabas llamando a tu padrastro para que te sacara de aquí —recuerdo divertido, bajando los cuatro escalones que separan el porche del suelo.

—Tú me desafiaste, preguntándome si ya pensaba rendirme.

—Y tú contestaste que no —sentencio.

Rodeo su cintura y deslizo mi mano bajo su camiseta. Mi cuerpo se activa poco a poco. Nunca voy a cansarme de ella.

—Habría aceptado robar un casino sólo para fastidiarte —confiesa, rodeando mi cuello con sus brazos.

—Sólo estaba intentando provocar una reacción.

—¿Me estás diciendo que, cada vez que has sido condenadamente insoportable, tenías un propósito? —plantea, entrecerrando los ojos.

Disimulo una sonrisa.

—Fastidiarte en sí, ya es uno —replico—, y uno muy bueno.

—Eres imposible —se queja.

—Lo sospechaba.

La princesita sonrío y ya no puedo más y la beso. Me separo y trato de quedarme así, lo juro, pero soy incapaz y un segundo después vuelvo a estrellar mi boca contra la suya. Gracie sonrío. El motor silba, pero consigo mantener las putas manos quietas —ni siquiera sé cómo, roza lo milagroso, la verdad—, y le doy un beso más dulce antes de separarme, esta vez en serio.

—Quizá —empiezo a decir—, la próxima vez que vayamos a Nueva York a

ver a Louis, podríamos ir a ver a mis padres; viven en Brooklyn.

Gracie abre mucho los ojos y está a punto de lucir una sonrisa enorme, pero disimula rápido y trata de poner cara de circunstancias, pensando, acertadamente, que no quiero que le dé más importancia.

—Me parece bien —comenta.

—Genial —replico.

—Genial —replica ella, pero no puede soportarlo más y todo lo que veo antes de que me abrace con fuerza es su enorme sonrisa.

»Me alegro muchísimo, Conrad —pronuncia, aún abrazándome.

Quiero protestar, pero decido darle cuerda; ésa es la versión oficial y la que mantendré cuando, con toda probabilidad, ella saque este momento a relucir una docena de veces. La extraoficial es que yo también me alegro mucho.

Gracie se separa y busca mi mirada.

—Creo que es un buen momento para contarte algo —susurra ella.

Asiento.

El ruido del mar llega desde la playa, entremezclándose con la canción del bar. La noche es preciosa. El cielo está lleno de estrellas.

—Estoy embarazada.

La miro y algo a medio camino entre un fugaz suspiro y una breve sonrisa se cuela en mis labios. No me lo puedo creer, ni siquiera sé qué decir. Un bebé. Nuestro.

—Princesita... —pronuncio, pero no tengo ni la más remota idea de cómo continuar.

—¿Estás contento? —pregunta, buscando cualquier reacción en mis ojos.

La alegría explota dentro de mí, me atraviesa. La abrazo y la levanto del suelo, haciéndola girar. No estoy contento, joder, ¡estoy feliz!

—¿De verdad tienes que preguntármelo? ¡Estoy feliz!

Sin embargo, en ese mismo momento, la dejo en el suelo, preocupado de que las vueltas puedan hacerle daño a ella, al bebé.

—¿Estás bien?

Dios, tenemos que ir al médico, seguro que tiene que tomarse un montón de vitaminas. Debemos preparar la casa. Tengo que reorganizar mis turnos para poder ocuparme de llevarla al trabajo y recogerla, nada de caminar, podría caerse o tener una bajada de tensión o...

Gracie rompe a reír.

—Van a ser ocho meses muy complicados para ti, Sullivan—se burla.

Caigo en la cuenta de lo que acaba de decir y entorno la mirada, amenazante. Sin embargo, dos segundos después me olvido de todo y sonrío. Está riendo y el sonido no podría ser mejor.

La abrazo de nuevo y la atraigo otra vez contra mí.

—Te quiero, princesita.

Ella sonrío.

—Te quiero, Conrad.

Ella ha conseguido que mi vida merezca la pena.

Agradecimientos

Este libro ha sido muy especial para mí. La historia de Conrad y Gracie llevaba mucho tiempo en mi cabeza y ellos estaban deseando que llegara su momento para poder contaros todo lo que han sentido, cómo han crecido, cómo el amor ha cambiado sus vidas.

Sin embargo, a veces los caminos son un poco más complicados, piensas que te has perdido, incluso te asustas y tienes miedo, pero, entonces, en el instante en el que lo ves todo más gris, una mano aparece y tira de ti para compartir contigo su mapa y su brújula y ponerte de nuevo rumbo a donde pretendas llegar.

Esa mano siempre entra en acción cuando todo está peor, cuando uno más lo necesita, porque es también cuando entra en acción el superradar de los amigos de verdad, de los que van a buscarte y a ayudarte siempre, da igual cómo de grave sea el problema.

En mi caso, esa mano pertenece a un brazo, y ese brazo a un cuerpo, y el cuerpo a una cabeza con el pelo lila, y esa cabecita tan chula a Aroa. Muchas gracias. No te haces una idea de cuánto me has ayudado con esos mensajes, con esa llamada, diciéndome que no me preocupara, que todo iba a salir bien, ofreciéndote a ir leyendo la historia capítulo a capítulo para descubrir por qué me atascaba. Te quiero muchísimo y a veces tengo la sensación de que no te lo demuestro lo suficiente, así que TODO el libro —no sólo los agradecimientos—, mi trabajo, toda mi ilusión, son para ti... para ti y para Silvia, Emma y Verónica. Habéis sido más que un salvavidas; me habéis hecho reír cuando lo estaba pasando mal y me habéis demostrado que no hace falta vivir a un par de calles, ni siquiera en la misma ciudad o en el mismo meridiano, para sentir el

apoyo y el cariño de los verdaderos amigos, porque, cuando los sentimientos son auténticos, los kilómetros son sólo una circunstancia geográfica. OS QUIERO.

Hubo otra persona que también se preocupó muchísimo por mí y me animó y me ayudó, y la quiero muchísimo por eso y por todo lo demás, porque se lo merece y es alguien maravilloso. Muchas gracias, Sara.

Montse, muchas gracias a ti también por estar ahí.

También quiero dedicarle este libro a Tiaré, no sólo por diseñar la cubierta o por ayudarme, sino por ser ella y por estar siempre ahí. Sé que estás viviendo una época complicada, pero esto sólo va a hacerte más fuerte y más sabia de lo que ya eres (amén de, como hemos dicho muchas veces, ponerte en la lista de futuras ganadoras del Euromillón). Te quiero mucho, socia.

Este libro también le pertenece a mi marido, Giuseppe, y a mi peque, Pasquale. Han sido semanas con la casa hecha un desastre, comiendo ensaladas preparadas y comidas hechas a velocidad de vértigo porque mamá tenía que volver a trabajar (además de las que se me quemaban porque me distraía escribiendo), sin poder acompañaros a ningún sitio, ni pasar un rato juntos. Vosotros no sólo no os habéis quejado ni una sola vez, sino que me habéis animado siempre, me habéis ayudado y os habéis preocupado de venir a darme besos y abrazos cuando estaba en el ordenador para recargar las pilas. SOIS LA SUERTE DE MI VIDA.

Quiero dedicar este libro a mi familia, en especial, a mis padres, los mejores del mundo, y a mi supercuñada, Juani, que se lee todos mis libros y se hace fotos con ellos en los centros comerciales 😊. También a mi familia que está en Italia, sobre todo a mi supercuñada Isa. He perdido la cuenta de cuántas veces me ha dicho que la próxima protagonista tiene que llamarse Luisa como ella.

Para mi amiga Carmen, que lleva esperando esta historia casi tanto como los propios Conrad y Gracie. ¡Te quiero tres mil!

A tod@s mis amig@s, a Esme, a Mari Carmen y Anabel, a las chicas Riley

y a mis compis de profesión (muchas sabéis que también entráis en el primer grupo).

A la gente de Zafiro, porque podré pasar temporadas en Esencia o en Booket, pero vosotros sois mi casa e hicisteis mi sueño realidad. Aquí me gustaría poner un «en especial» muy grande y hablaros de Laura, de Mireia y, aunque sé que no nos pertenece sólo a Zafiro, de Elena.

A Booket, por confiar en mí en esta especie de experimento en el que cada uno está poniendo lo mejor que tiene al servicio de lo demás para que la historia de Conrad y Gracie llegue lo más lejos posible. Muchas muchas gracias.

Y a Esther, mi jefa, mi apoyo y muchísimas cosas más. Eres una de las personas más importantes de este sueño. Espero que estés orgullosa de mí tanto como yo lo estoy de lo que he creado trabajando contigo.

Y, por último, me gustaría contaros que este libro tiene un personaje que se llama Niko no por casualidad o simplemente debido a mi imaginación. Hace algún tiempo, una amiga, y una de las lectoras más sabias que conozco, llamada Beatrice, me escribió para proponerme algo, una idea que tenía como único objetivo intentar hacer un poquito feliz a una amiga común, Margarita (Mitera). Me pareció algo precioso y no dudé en decir que sí. Recuerdo que sólo le puse un pero: tenemos que encontrar el personaje perfecto, y aquí está. Niko es cariñoso, inteligente, bueno y generoso, se preocupa por los demás y sabe sacarles a todos una sonrisa, una pequeña parte de lo que estoy segura de que otro Niko aportaba al mundo. Un beso gigante, Mitera.

UN BESO A TODOS DE PARTE DE GRACIE, DE CONRAD Y DE LA MÍA.

Referencias de las canciones

Eye of the Tiger. Copyright: © 1991 Volcano Entertainment, III, L.L.C., interpretada por Survivor. (N. de la e.)

The Wind. Derechos de autor: © This Compilation 2000 Universal Island Records Ltd. A Universal Music Company. © 2000 Universal Island Records Ltd. A Universal Music Company, interpretada por Cat Stevens. (N. de la e.)

Revelry. Derechos de autor: © 2008 RCA Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por los Kings of Leon. (N. de la e.)

One Way or Another. Copyright: © This Compilation 1999 EMI Records Ltd © 1999 EMI Records Ltd., interpretada por Blondie. (N. de la e.)

Something Just Like This. Copyright: © 2017 Disruptor Records/Columbia Records, interpretada por Coldplay y The Chainsmokers. (N. de la e.)

Million Reasons. Copyright: © © 2016 Interscope Records, interpretada por Lady Gaga. (N. de la e.)

On the Other Side. Copyright: 2016 The Rocketboys, interpretada por The Rocketboys. (N. de la e.)

Love Me Better. Copyright: © 2017 Atlantic Records UK, a Warner Music Group company, with the exception of track 12 2017 TONSPIEL/ Warner Music Group Germany Holding GmbH, a Warner Music Group company. © 2017 Atlantic Records UK, a Warner Music Group company, interpretada por James Blunt. (N. de la e.)

Jessie's Girl. Copyright: © 2018 Sony Music Entertainment, interpretada por Rick Springfield. (N. de la e.)

All She Wants to Do Is Dance. Derechos de autor: © This Compilation 2009

Geffen Records © 2009 Geffen Records, interpretada por Don Henley. (*N. de la e.*)

Maps. Sello: Colin & Caroline, interpretada por Colin & Caroline. (*N. de la e.*)

Made for You. Copyright: © © 2016 Atlantic Recording Corporation for the U.S. and WEA International Inc. for the world outside of the United States. A Warner Music Group Company, interpretada por Alexander Cardinale. (*N. de la e.*)

Confession. Copyright: 2014 Masterphonic, interpretada por D'Artagnan. (*N. de la e.*)

Home Is Where the Heart Is. Copyright: © © 2015 Warner Music Spain S.L. bajo licencia de Ramon Mirabet, interpretada por Ramon Mirabet. (*N. de la e.*)

Biografía

Cristina Prada vive en San Fernando, una pequeña localidad costera de Cádiz. Casada y con un hijo, siempre ha sentido una especial predilección por la novela romántica, género del cual devora todos los libros que caen en sus manos. Otras de sus pasiones son la escritura y la música. Hasta el momento ha publicado las series: «Todas las canciones de amor que suenan en la radio», «Manhattan Love», «Una caja de discos viejos y unas gafas de sol de 1964», así como las novelas independientes *Las noches en las que el cielo era de color naranja*, *La sexy caza a la chica Hitchcock*, *Una historia de chicos guapos y un montón de zapatos*, *Cada vez que sus besos dibujaban un te quiero*, *Todas las malditas veces que la tuve debajo de mí*, *Mi mundo se llenó con el sonido de tu voz* y *Los chicos malos apuestan, las chicas listas ganan*.

Encontrarás más información de la autora y sus obras en:

Facebook <[Aquí manda Ryan Riley Chicas, de Cristina Prada](#)>

Twitter <[@everysonwhich](#)>

Instagram <[@cristinaprada_escritora](#)>

Notas

1. En el lenguaje urbano estadounidense, llegar a tercera base equivale a practicar sexo oral.

Mi mundo se llenó con el sonido de tu voz
Cristina Prada

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta, a partir de la idea original de Tiaré Pearl
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Cristina Prada, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21491-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

